PHILIP K. DICK

VERTICE GALAXIA

TEMPO MARCIANO

Tiempo de Marte

PHILIP K. DICK

Título original: *Martian Time-Slip*

Autor: Philip K. Dick

Traducción: F. Sesen

Portada: Enrich

Printed in Spain - Impreso en España

Depósito legal: B-23082

Distribuidor Exclusivo para España y Exterior

Organización Distribuidora ibérica - ODI
Amaro García, 15 - Madrid (5)

Industrias Gráficas Miralles - Torns, 2 - Barcelona - 14.

Índice

Introducción 5

CAPÍTULO I 11

CAPÍTULO II 18

CAPÍTULO III 28

CAPÍTULO IV 39

CAPÍTULO V 50

CAPÍTULO VI 61

CAPÍTULO VII 72

CAPÍTULO VIII 82

CAPÍTULO IX 90

CAPÍTULO X 100

CAPÍTULO XI 112

CAPÍTULO XII 122

CAPÍTULO XIII 134

CAPÍTULO XIV 145

CAPÍTULO XV 153

CAPÍTULO XVI 162

PORQUE EN MARTE EL AGUA ES MUY ESCASA…

El sindicato de fontaneros es inmensamente poderoso. Su presidente, Buenmiembro Arnie Kott, es duro, sentimental, corrompido, supersticioso y un tirano. Participa en casi todos los tinglados comerciales del planeta y no quiere permitir que nadie —incluyendo en este nadie a las NU— le prive de su derecho de explotar a sus paisanos americanos y a los nativos marcianos por igual.

Nada puede detener a Arnie Kott en su tarea de despojar al planeta y a sus habitantes en beneficio propio… hasta que se ve atrapado en los enfermizos meandros del cerebro apesadumbrado de un muchacho…

TIEMPO DE MARTE

La novela que describe lo que podría ser un planeta si trasplantáramos a él los prejuicios, las rencillas, las ambiciones de nuestra actual humanidad.

En **TIEMPO DE MARTE** el argumento tiene ritmo, un ritmo creciente, obsesionante, que se desenvuelve en un «*crescendo*» alucinante e implacable, hasta un final que el lector agradece como la única liberación posible que pueden lograr los personajes dentro de aquel mundo agobiante y denso en que los metiera su autor. Una gran novela de ciencia-ficción humana para los lectores más sensibles del género.

Introducción

A partir de cierto punto el sendero se nivelaba, ensanchándose. Todo estaba en penumbra. El frío y la humedad traspasaban el ambiente, como si estuvieran atravesando una gran tumba. La vegetación raquítica y perniciosa que nacía en la superficie de las rocas tenía cierto aire de muerte, como si la hubieran envenenado en el momento de crecer. Mas adelante, un pájaro muerto yacía en el sendero, y sus restos putrefactos podían haber estado varias semanas en el lugar; no sabría decirlo. Tenía un aspecto momificado.

CAPÍTULO 15

Arnie Kott está en el camino de regreso de una variante psicótica del pasado reciente.

El escenario es Marte, parcialmente colonizado, y los colonos viven a lo largo del sistema de canales, donde se logra una magra fertilidad.

La tela de araña de la civilización se ha extendido al máximo sobre una absoluta desolación y no existe ninguna garantía de poder mantenerla. Por otra parte, las grandes potencias de la Tierra amenazan constantemente la estabilidad del planeta. Han descuidado a Marte durante muchos años, concentrando grandes sumas de dólares y esfuerzo humano en proseguir sus exploraciones hacia diversos lugares del Sistema Solar; parece llegado el momento en que han decidido intervenir en forma activa en el equilibrio de la colonia.

Detrás de esta trama existe otra, aún más complicada, de las relaciones humanas. Hombres y mujeres, niños, ancianos y pardos —los nativos autóctonos, pero no indígenas de Marte— dependen, aunque a desgana, unos de otros. Cuando el pobre Norbert Steiner se suicida, todo el mundo siente los efectos de su acto.

Detrás de estas dos tramas hay una tercera que se entrevé indirectamente. Es la telaraña que enlaza las cosas buenas y malas del universo. Los despreciados pardos, vacilantes al borde de una mayor sabiduría que el resto de la humanidad, son conscientes de esta trama

y de vez en cuando logran torcer alguna hebra en su beneficio, pero están atrapados por ella como los demás.

Todas estas tramas se superponen en varios puntos coordinados, el más notable de los cuales es AM-WEB, una compleja estructura habitacional que posiblemente las Naciones Unidas construirán en cierto tiempo futuro en las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

El hijo autista de Steiner, Manfred, es capaz de visualizar la estructura, a la que ve en un estado avanzado de deterioro. En la novela es un símbolo que representa las aspiraciones y fracasos de la humanidad. Cuando quede terminada, la estructura representará un logro importante, lo que no significa que no esté destinada a la ruina final. Parte de esa ruina puede ser decretada por las miserables maniobras políticas y financieras que constituyen uno de los temas menores de esta intrincada novela.

Martian Time-Slip (Tiempo de Marte) surge en uno de los períodos más creativos de Dick. *The Man in the High Castle (El hombre en el castillo)* se publicó en 1962. *The Game Players of Titan* salió en 1963, y en 1964 se publicaron *The Simulacra, The Penultimate Truth, Clans of the Alphan Moon* y el presente tomo. Si bien Dick es un autor prolífico que ha publicado unas quince novelas en treinta años, su ritmo de producción es bastante moderado en comparación con el de muchos escritores del pródigo campo de la ciencia-ficción.

Uno de los atractivos de las novelas de Dick es que todas se interrelacionan en algún punto, si bien Dick nunca repite personajes de libros anteriores. Se trata de una relación más sutil, más similar a una trama. En *Clans of the Alphan Moon* está formada por «el mundo-araña que hila su tela de determinación para todo lo que es vida». En la presente novela, la manera en que Marte es fragmentado entre diversas nacionalidades nos trae reminiscencias de la fragmentación de la Tierra entre las grandes potencias en *The Penultimate Truth* y *The Game Players of Titan*. El reino de Gubble, el horrible mundo corrupto de la esquizofrenia de Manfred, recuerda al mundo de la tumba en que cae John Isidore en *Do Androids Dream of Electric Sheep?*, o también a uno de los espantosos universos falsos de Palmer Eldritch en *The Three Stigmata of Palmer Eldritch*. En las primeras páginas de la novela, cuando Jack Bohlen espera la llegada de su padre desde la Tierra se anuncia la inminencia de un cambio y, paradójicamente, el cambio con frecuencia está personificado en alguien o en algo viejo, como Edwin M. Stanton envuelto en periódicos en la parte posterior del

Jaguar de Maury Rock en las primeras páginas de *We Can Build You*. Y así sucesivamente.

Sin embargo, estos bloques narrativos comunes no son intercambiables entre un libro y otro; el caleidoscopio de Dick se agita continuamente y de él emergen incesantemente nuevos colores y diseños siniestros. La fuerza del universo de Dick reside en estos bloques narrativos más que en sus personajes, y aun cuando alguno de ellos tenga un poder especial (como la facultad para ver el futuro de Jones en *The World Jones Made),* muy raras veces le resulta provechoso personalmente.

Si observamos dos de los más importantes bloques narrativos y comprendemos cómo dependen uno de otro para mayor efecto, habremos estado muy cerca de comprender un aspecto del pensamiento de Dick. Estos bloques son la Ansiedad-por-la-Realidad y el Compromiso-con-el-Pasado.

La mayor parte de los temas característicos de la ciencia-ficción es materialista; solo el tema de la ansiedad por la realidad representa una especulación metafísica, y este es un tema que Dick ha hecho suyo. Entre sus cuentos de más temprana publicación se encuentra *Imposter (*1953*),* en el que un robot cree ser hombre. La intriga es tan perfecta que ni él es capaz de detectar la verdad, hasta que una bomba que lleva dentro de sí se activa a causa de una frase pronunciada por él mismo.

Más adelante los personajes de Dick se encuentran con frecuencia atrapados por alucinaciones o mundos ficticios de diversa índole, a menudo sin saberlo, o si lo saben, sin la posibilidad de hacer nada al respecto. En *El hombre en el castillo* el mundo que conocemos —en el que los Aliados ganaron la Segunda Guerra Mundial y los poderes del Eje la perdieron— se reduce a un mundo hipotético que sólo existe en una novela titulada *La langosta se ha posado,* que los japoneses y alemanes triunfantes han prohibido.

Y no solamente hay mundos ficticios; objetos, animales y personas pueden también ser irreales de diversas maneras. La impostura abunda en las novelas de Dick, desde reproducciones de revólveres enterrados en las rocas en *The Penultimate Truth* que más tarde son usados, convirtiéndose por lo tanto en imitaciones verdaderas, hasta el sapo que apenas se distingue del verdadero en *Do Androids Dream of Electric Sheep?,* y los androides que imitan a los humanos en la misma novela. Las cosas muchas veces contestan a las personas. Hay puertas que discuten, paquetes de medicinas que protegen; al final de *Now Wait for*

Last Year, el taxi aconseja al doctor Eric Sweetscent que se quede al lado de su esposa enferma. Hay, además, un verdadero despliegue de toda clase de drogas que conducen a universos imaginarios, como la dañina *Can-D* y el *Chew-Z,* que en *The Three Stigmata of Palmer Eldritch* usan los colonos de Marte, o la *JJ-180* cuyo empleo está prohibido en la Tierra en *Now Wait for Next Year.*

En la novela que nos ocupa, los colonos de Marte sólo usan drogas que están a nuestro alcance, aunque ellos lo hacen en forma más generalizada. Ya en la primera escena encontramos a Silvia Bohlen dopada con fenobarbital. En este caso, el tema de la preocupación por la realidad se elabora a través de la fractura del tiempo del título, y a través de Manfred el niño autista.

Manfred cae en poder de Arnie Kott, Presidente del Gremio de Fontaneros que, debido a la escasez de agua, disfruta de una supremacía especial en Marte (típico ejemplo de la imaginación de Dick). Arnie se preocupa mucho y en una ocasión le pregunta a su sirviente pardo si alguna vez ha sido psicoanalizado.

—No, señor. Toda la cuestión del psicoanálisis es una tontería jactanciosa.

—¿Qué estás diciendo, Helio?

—Lo más importante, y a lo que nunca prestan atención, es cómo transformar a una persona enferma, en base a qué proceder para remodelarla. No hay un cómo ni un porqué, señor.

—No te entiendo, Helio.

—Si desconocemos el propósito de la vida, si la verdadera manera de ser está oculta a los ojos de los seres vivos, ¿quién puede decir que los esquizofrénicos no están en lo cierto? Créame, señor, emprenden un viaje muy arriesgado; vuelven la espalda a las meras cosas que usamos con fines prácticos. En cambio, vuelven hacia adentro en busca del sentido. Se enfrentan con el pozo, la negra noche sin fondo...

CAPÍTULO 6

Hay, naturalmente, muchas maneras de caer en el pozo, una de las cuales es estar demasiado envuelto en el pasado. En una entrevista con Philip Purser, que fue publicada, Dick reconoce que siente una fascinación por el pasado y cita al efecto unos versos de Henry Vaughan:

«Some men a forward motion love but I by backward steps would move...».*

Mientras afirma encontrar placer en la hojarasca del pasado, Dick agrega: *«Pero asimismo soy consciente de sus nefastas posibilidades. También a Ray Bradbury le apasiona la década de 1930 y creo que la falsifica y adorna un poco...».*

(Revista *Daily Telegraph,* 19 de julio 1974)

Arnie Kott siente una simple fascinación por objetos del pasado —posee el único clavicordio que hay en Marte—. De la misma forma, en *El hombre en el Castillo* cambiar relojes Ratón Mickey e historietas *Tip Top* a los victoriosos Japoneses es algo completamente inocuo. Los problemas comienzan cuando la obsesión con el pasado y toda su parafernalia se convierte en una pesadilla, como *Wash 3*5 de Virgil Ackerman, un enorme país de infantes regresivos que aparece en *Now Wait for Last Year.*

Y aquí es, justamente, donde Dick se aleja de Ray Bradbury y de muchos otros escritores, tanto dentro como fuera de la ciencia-ficción. Si bien ve muy poca seguridad en el futuro, el pasado es más corruptor, y de una forma más insidiosa. El pasado de Manfred es tan espantoso que es posible morirse en él. Una de las ideas más notables de Dick es considerar al pasado como algo regresivo. Se trata de la «regresión de las formas» que tiene lugar en *Ubik,* una magnífica novela, aunque con ciertos fallos, en la que los personajes tratan de avanzar en un mundo que se transforma gradualmente en algo más primitivo, de modo que un avión moderno se transforma en un Ford trimotor y luego en un biplano Curtis, mientras que el sintonizador de frecuencia modulada múltiple retrocederá hasta un fonógrafo y un cilindro que transmite un recitado, a gritos, del Credo.

En *Tiempo de Marte* existe con el pasado un compromiso que es general, además de estar particularizado en la enfermedad de Manfred. El mismo Marte está considerado por la Tierra como «algo que ha sido» y está dividido en comunidades sacadas del pasado, basadas en versiones primitivas de la historia terrestre. Esto hace particularmente difícil escapar a la condenación.

Con un pasado tan corrupto, un presente tan incierto y un futuro tan amenazador, bien podemos preguntarnos si existe alguna salida. El secreto para sobrevivir en el universo de Dick no es intentar escapar a cualquier versión alternativa de la realidad sino solucionar los problemas lo mejor posible; de esa manera se podrá al menos salir del paso, aunque sin llegar al triunfo. El personaje más favorecido en *Tiempo de Marte* es Jack Bohlen, y al final le encontramos reunido con su mujer, en un oscuro jardín, alumbrando las tinieblas con una antorcha para buscar a alguien. Su voz es segura, competente y perseverante, virtudes muy exaltadas estas, en la teología dickiana. Es muy significativo que Jack sea un mecánico en reparaciones (un idiota que puede arreglar cosas, según Kott), un trabajo con muchas posibilidades de supervivencia, puesto que ayuda a mantener el *statu-quo.* En otras novelas existen supervivientes semejantes: curanderos, negociantes, médicos, fabricantes de instrumentos musicales y eliminadores de androides (los androides amenazan el *statu-quo*).

Los personajes que sobreviven cuentan, por lo general, con la ayuda de un sistema de conocimiento que implica fe, sistema que muy raras veces es científico, y más probablemente antiguo. En *Tiempo de Marte* es la comprensión paranormal, nunca específicamente formulada, que poseen los pardos; así, Bohlen, sin comprenderla, siente respeto por esa vaga fe escatológica mientras que Kott la desprecia.

En el *Hombre en el castillo,* el *I Ching* o *Libro de las mutaciones* cumple una función similar, mientras que en *Counter-Clock World* Lotta Hermes consulta la *Biblia* al azar y puede predecir el futuro con alarmante exactitud. En ambas obras maestras de la primera época de Dick, *Tiempo de Marte* y *El hombre en el castillo,* el elemento religioso, presentado como algo frágil, poco fiable y que se entrevé con dolor, está muy bien integrado dentro de la textura de la novela.

La próxima gran novela de Dick, *The Three Stigmata of Palmer Eldritch* fue escrita poco después de *Tiempo de Marte y* ambas están íntimamente ligadas, no sólo porque en ambas se usa Marte como escenario. Considero que *Eldritch es una* obra con fallos, supercomplicada, que por último se desvanece en una nube de

cuasiteología, mientras que *Tiempo de Marte* se caracteriza por una buena dosis de calma y lucidez. Asimismo, en *Eldritch* encontramos una antigua y poco confiable estructura de fe, personificada en esta caso en la feroz entidad extraña que se fusiona con el ser de *Eldritch*.

Nuestro antagonista, algo feo sin lugar a dudas y alienado, que invadió a uno de nuestra raza como una enfermedad durante el largo viaje entre la Tierra y Próxima... y sin embargo, sabía mucho más que yo en cuanto al sentido de nuestras vidas finitas aquí, pues lo veía en perspectiva. De sus siglos de largo flotar en vano como esperando que pasara alguna forma de vida que pudiera tomar y convertirse... tal vez eso es lo que está en la fuente de su sabiduría, no la experiencia sino una interminable melancolía solitaria.

CAPÍTULO 12

Así medita Barney Mayerson. Jack Bohlen necesita desesperadamente un acto de fusión; está separado de su mujer, vendido por su primer patrón y amenazado por el segundo, e invadido por la esquizofrenia del niño a quien brinda su amistad. En esta enfermedad, tan terriblemente descrita en el libro, reconoce al enemigo definitivo. De este enemigo definitivo procede la fractura del tiempo del título y ese párrafo admirable que parece condensar en mucho el significado del libro y, por cierto, de la obra de Dick en general, cuando Bohlen descifra lo que significa la enfermedad mental de Manfred.

«Es un detenerse del tiempo. El fin de la experiencia, de todo lo nuevo. Después que la persona se convierte en psicótica, nada más vuelve a sucederle».

Los seres de Dick se mueven dentro de este circulo maldito, del que tienen que escapar, aunque. Casi todo cambio es para peor. Extasis significa muerte, si no la verdadera, por lo menos la espiritual.

Cualquier discusión de la obra de Dick nos hace pensar en un mundo apabullante y triste; así puede parecer en la superficie. Sin

embargo, debe decirse también que Dick es humorístico y que en él se funden el terror y el humor. Esta rara cualidad es la que destaca a Dick, y por eso los críticos, al tratar de describir su sabor esencial, piensan en los nombres de Dickens y Kafka, antiguos maestros de la comedia de horror.

Tiempo de Marte está llena de encantadores efectos cómicos, como por ejemplo el modo en que Steiner y el libidinoso Otto Zitte embarcan ilegalmente alimentos para *gourmets* desde la Tierra en cohetes suizos autodirigidos. La predilección de Dick por entidades y títulos descabellados se pone de manifiesto sobre todo en la Escuela Pública surrealista en la que el emperador *Tiberio, Sir Francis Drake, Mark Twain* y otros personajes famosos hablan a los niños. Debajo de este humor bonachón yace una capa de humor más negro. El terrible y fatal error de Arnie Kott al creer que la realidad es meramente otra versión del pasado esquizoide, es también parte de la comedia de errores que hace bailar a los personajes de Dick.

La obra tiene más similitud con Dickens que con Kafka. Al igual que el primero, Dick se inclina por una novela de complicado argumento. Lo que la metáfora legal significa en *Bleak House,* el mundo-prisión en *Little Dorrit,* el cúmulo de polvo en *Our Mutual Friend,* la riqueza dudosa en *Great Expectations,* es Marte en *Tiempo de Marte.* Está descrito con trazos vivos y precisos, no es el Marte de Edgar Rice Burroughs —una feria de aventuras—, ni el de Ray Bradbury —un paralelo con la prístina América—: aquí está empleado en una forma muy hábil y elegante, como metáfora de pobreza espiritual. Al funcionar como un escape de la realidad, tiene mucho en común con los escenarios semi-alegóricos y semi-surrealistas empleados por Kafka para realzar su comedia negra (Mientras contempla su casa, al borde del escuálido desierto marciano, Bohlen sonríe y dice: *«Este es el sueño de un millón de años, estar aquí para ver esto»*).

La unión de Dick, si así pudiera llamarse, con escritores tales como Dickens, crea una instantánea compatibilidad con el lector inglés y europeo. Es posible que esta cualidad le haya valido la reputación que goza de este lado del Atlántico antes de que sus virtudes fueran reconocidas en su propio país.

Tal vez se me permita agregar que me siento particularmente deleitado al ver esta novela agregada a las crecientes listas de títulos de *Master Series**. La leí hace diez años en la edición Ballantine y la

admiré intensamente, además de recomendarla a varias editoriales inglesas en los años siguientes. Algunos opinaban que era un poco «avanzada» para el mercado inglés, además de que tenía ciertas dificultades contractuales. Un admirador del libro fue Mr. Ronald Whiting, que en ese momento estaba estableciendo su propia editorial, pero se le opusieron varias circunstancias desgraciadas y su firma quebró antes de que pudiera publicar *Tiempo de Marte*.

Desde entonces *Tiempo de Marte* ha estado flotando en un limbo propio, en el cementerio de lo que no se publica sin que nada más vuelva a sucederle. Esta edición señala su primera publicación inglesa, un tanto retrasada tal vez —en vista de la creciente reputación de Dick como maestro de la ciencia-ficción—, pero no por eso menos oportuna.

Brian W. Aldiss, 1976

CAPÍTULO I

Desde las profundidades del letargo de Fenobarbital, Silvia Bohlen oyó algo que la llamaba. La viveza rompía las capas en las que se había hundido, dañando su perfecto estado de inconciencia.

—Mamá —volvió a llamar su hijo desde el exterior.

Incorporándose, tomó un trago de agua del vaso junto a la cama; puso sus pies desnudos en el suelo y se levantó con dificultad. El reloj marcaba las nueve y media. Encontró su bata, caminó hasta la ventana.

No debo tomar más de esa droga, pensó. *Es mejor sucumbir al proceso esquizofrénico, unirse al resto del mundo*. Levantó la persiana; el sol, con su tinte rojizo y polvoriento familiar, llenó su vista y le hizo imposible distinguir las cosas. Se hizo sombra con la mano, llamando:

—¿Qué pasa, David?

—¡Mamá, el que recorre el canal está aquí!

Entonces debe ser miércoles. Asintió, se volvió y caminó insegura de su dormitorio a la cocina, en donde logró poner en marcha una buena y sólida cafetera de fabricación terrestre.

¿Qué debo hacer?, se preguntó para sí. *Todo lo tengo preparado. De todos modos, David lo verá*.

Se volvió hacia el fregadero y se mojó la cara con agua. El líquido, desagradable y maloliente, le hizo toser. *Debería limpiar el depósito*, pensó. *Arreglarlo, ajustar el flujo de clorina y ver cuántos filtros estaban atascados; quizá no estén todos. ¿No podría hacerlo el viajero de los canales? No, no es asunto de las NU*.

—¿Me necesitáis? —preguntó, abriendo la puerta trasera. El aire giró a su alrededor, frío y sofocante con la fina arena; sintió un sobresalto y escuchó la respuesta de David. Estaba enseñado a decir que no.

—Creo que no —gruñó el muchacho.

Más tarde, mientras estaba sentada ante la mesa de la cocina bebiendo café, el plato de tostadas y la mermelada de manzana ante

sí, miró hacia fuera al ver al viajero de los canales llegando en su lancha plana que recorría el canal de un modo puramente oficial, sin prisas y, sin embargo, llegando siempre a tiempo. Aquel era el año 1994, segunda semana de agosto. Habían aguardado once días y ahora recibirían su parte de agua del gran canal que pasaba junto a su línea de casas a una milla hacia el norte Marciano.

El viajero del canal había amarrado su lancha en la compuerta y subía a tierra seca, dificultado por su libreta anillada, en la que guardaba sus anotaciones, y sus herramientas para abrir la compuerta. Vestía el uniforme gris salpicado de barro, botas altas, casi pardas. ¿Alemán? Pues no lo era; cuando el hombre volvió la cabeza, advirtió que su rostro era llano y eslavo, y que en el centro del visor de su gorra aparecía una estrella roja. Aquel era el turno ruso; ella se dio cuenta de que había perdido la noción de los cambios.

Evidentemente, no era la única que perdió tal noción de la secuencia rotativa impuesta por las autoridades directoras de las NU. Porque ahora vio que la familia de la casa próxima, los Steiner, habían aparecido en su porche delantero, que estaba preparándose para recibir al viajero del canal: todos los seis, padre y gruesa madre y las cuatro rubias, redondas y ruidosas chicas Steiner.

Ahora estaban cortando el agua de los Steiner.

—Maldición, *Mein Herr*... —comenzó a decir Norbert Steiner. Pero luego vio la estrella roja y guardó silencio.

Silvia sonrió para sí. *Mala cosa*, pensó.

Abriendo la puerta posterior, David entró presuroso en la casa.

—¿Sabes, mamá, que el depósito de los Steiner tuvo una filtración anoche y han perdido casi la mitad de su agua? Así que no tienen bastante almacenada para su jardín y se morirán las plantas, según dice el señor Steiner.

Ella asintió y dio el último bocado a la tostada.

—¿Verdad que es algo terrible, mamá? —preguntó David.

—Y los Steiner quieren que les dejen un poco más de agua —añadió Silvia.

—No podemos dejar que muera su jardín. ¿Recuerdas los apuros que pasamos con nuestras *vitunias*? Y el señor Steiner nos dio ese

producto químico que mataba a los escarabajos y prometimos darles parte de nuestras plantas, pero no lo hicimos; se nos olvidó.

Era verdad. Ella lo recordó con un sobresalto culpable; les prometimos... y ellos jamás dijeron nada, aunque debían acordarse. Y David siempre está allá, jugando.

—Por favor, sal y habla con el empleado —rogó David.

—Creo que podríamos darles algo de nuestra agua más tarde, durante el mes —contestó ella—; podríamos pasar una manguera hasta su jardín. Pero no te creas lo de la filtración... Esas personas siempre quieren más ración de la que les dan.

—Lo sé —dijo David, balanceando la cabeza.

—No se merecen más, David. Nadie la merece.

—Es que no saben conservar en marcha su propiedad —dijo David—. El señor Steiner lo ignora todo acerca de las herramientas.

—Eso es cosa suya —se sintió irritable y se le ocurrió que no estaba del todo despierta; necesitaba una *Dexmye*, o no lograría nunca abrir sus ojos, por lo menos hasta que no fuese otra vez de noche y llegado el momento de otra dosis de Fenobarbital. Acercándose hasta el armarito botiquín del cuarto de baño, tomó la botella de comprimidos verdes, pequeños, acorazonados, la abrió y contó; le quedaban sólo veintitrés, y pronto tendría que abordar el gran tractor bus y cruzar el desierto hasta la ciudad, para visitar la farmacia y reaprovisionarse.

Por encima de su cabeza nació un ruidoso barboteo. El tanque o depósito del tejado, su enorme receptáculo de agua, comenzaba a llenarse. El viajero del canal había terminado de abrir la compuerta; las súplicas de los Steiner habían sido vanas.

Sintiéndose cada vez más culpable, llenó un vaso de agua para tomar su comprimido matutino. Si al menos Jack estuviese más tiempo en casa, se dijo para sí; todo esto es tan vacío. Resulta una forma de barbarismo esta mezquindad a la que nos vemos reducidos. *¿Para qué toda esta tensión y esfuerzo, este terrible interés por cada gota de agua que domina nuestras vidas? Debería haber algo más... Se nos prometió tanto al principio...*

Fuerte, desde una casa próxima, el ruido de una radio estalló de pronto; música de baile y luego el locutor dando una misión comercial

que hablaba de las excelencias de una marca de maquinaria agrícola.

—...Profundidad y ángulo en las rejas —afirmaba la voz, despertando ecos en el brillante y frío aire matutino—, reajustaje y automatismo para que incluso el agricultor más inexperto pueda...

Volvió la música de baile; la gente había sintonizado una emisora distinta.

El parlotear de los niños creció. *¿Es que va a ser así todo el día?*, se preguntó, extrañándose de poder soportarlo. Y Jack, lejos hasta el fin de semana, en su trabajo... Era casi como no estar casada, como no tener hombre. *¿Y para eso emigré de la Tierra?* Se llevó las manos a los oídos, tratando de no oír el ruido de las radios y de los niños.

Debería volver a la cama; ahí es donde me encuentro bien, pensó, cuando por fin decidió vestirse para el día que le quedaba por delante.

* * *

En el despacho de su jefe, en la parte de Bunchewood Park, Jack Bohlen hablaba por radioteléfono con su padre en la ciudad de Nueva York. El contacto, a través de un sistema de satélites a millones de millas en el espacio, no resultaba demasiado bueno, como siempre; pero Leo Bohlen pagaba la llamada.

—¿A qué te refieres, a la cordillera Franklin D. Roosevelt? —dijo Jack en voz alta—. Debes de estar equivocado, papá, allí no hay nada... Es una zona absolutamente yerma. Cualquiera que esté en el negocio de los terrenos te lo podrá decir.

Le llegó la voz débil de su padre.

—No, Jack, creo que es buena cosa. Quiero ir, echar un vistazo y discutirlo contigo. ¿Cómo está Silvia y el chico?

—Estupendamente —contestó Jack—. Pero, escucha, no te comprometas, porque es un hecho conocido que cualquier hacienda en Marte lejos de la parte de la red de canales y en funcionamiento, y te recuerdo que sólo están en marcha la décima parte de ellos, viene a ser casi una estafa —no podía comprender cómo su padre, con muchos años de experiencia comercial, especialmente en inversiones de tierra virgen, podía haberse tragado aquella bola. Le asustaba. Quizá papá, en los años que llevaba sin verle, había envejecido. Las cartas decían bien poco; su padre se las dictaba a una de las mecanógrafas de la

compañía.

O quizá el tiempo fluía de manera distinta en la Tierra que en Marte; había leído un artículo sobre psicología en las revistas sugiriendo tal cosa. Su padre se habría convertido en una antigua reliquia, chocheante, canosa. ¿Es que había algún modo de impedir la visita? David se alegraría de ver a su abuelo y Silvia le tenía cariño también. Mientras, la débil voz distante contaba noticias de la ciudad de Nueva York, ninguna de ellas de interés. Esto resultaba irreal para Jack. Una década atrás había hecho un terrible esfuerzo para arrancarse de su comunidad en la Tierra y lo logró; no quería oír hablar de ella.

Sin embargo, el eslabón con su padre permanecía y se vio un poco lastimado mientras se produjese el primer viaje de su padre saliendo de la Tierra; siempre quiso visitar otro planeta antes de que fuese demasiado tarde... antes de su muerte, en otras palabras. Vio que estaba decidido. Pero a pesar de las perfecciones de los grandes navíos interplanetarios, el viaje resultaba azaroso. Eso no le molestaba. Nada podría detenerle; en realidad ya tenía hechas sus reservas.

—¡Cielos, papá! —exclamó Jack—, será estupendo que te veas capaz de hacer un viaje tan pesado. Espero que lo soportes. —Sentía dentro de sí resignación.

Enfrente suyo, su jefe, el señor Yee, le miraba tendiéndole un recorte de papel amarillo en el que estaba escrita una llamada de servicio. El flacucho y tranquilo señor Yee, con su corbata de lacito y su traje sencillo... El estilo chino de vestuario rigurosamente enraizado aquí, en un suelo extraño, tan auténtico como si el señor Yee hiciera sus negocios en el barrio bajo de Cantón.

El señor Yee señaló el recorte y luego, solemnemente recalcó su significado: Se estremeció, lo pasó de la mano izquierda a la derecha, se secó la frente y se arregló el cuello de la camisa. Luego consultó el reloj de pulsera con gesto rápido. Una unidad de refrigeración de una granja lechera se había estropeado, según comprendió Jack Bohlen, y la reparación resultaba urgente; se estropearía la leche si el calor aumentaba.

—Está bien, papá —dijo—. Esperamos tu cable —se despidió y colgó—. Lamentó haber estado tanto rato en el teléfono —dijo al señor Yee. Tendió la mano para guardarse un recorte.

—Ninguna persona mayor debería venir —comentó el señor Yee, con su voz plácida pero implacable.

—Está decidido y quiere ver cómo nos desenvolvemos —dijo Jack.

—Y si usted no se desenvuelve también como yo desearía, ¿puede ayudarle? —el señor Yee sonrió con desdén—. ¿Se cree que la familia de usted es rica? Dígale que aquí no hay diamantes. Las NU se los llevaron. En cuanto al aviso que le di: es el refrigerador, según el archivo, fue reparado por nosotros hace dos meses a causa de una queja igual. Creo que la avería está en su motor o en algún conducto. En momentos impredecibles el motor disminuye hasta que el interruptor de seguridad lo corta para impedir que se queme.

—Veré si esos clientes han estado extrayendo energía de su generador por otros usos —dijo Jack.

Resultaba duro trabajar para el señor Yee, pensó mientras subía hasta la terraza en donde estaban aparcados los helicópteros de la compañía. Todo se hacía bajo un sistema racional. El señor Yee actuaba como una maquinaria montada para efectuar cálculos. Seis años atrás, a la edad de 22, calculó que podía dirigir un negocio más provechoso en Marte que en la Tierra. Había una enorme necesidad en Marte de servicios de reparación y mantenimiento de toda clase de maquinarias, puesto que el coste de envío de unidades nuevas desde la Tierra era enorme. Un viejo tostador de pan, que se destinaría para chatarra en la Tierra, debía seguir funcionando en Marte. Al señor Yee le gustó la idea de recuperar maquinaria para el servicio. No aprobaba el desperdicio, habiendo crecido en la atmósfera puritana y frugal del pueblo chino. Puesto que era ingeniero eléctrico en la provincia de Honan, poseía conocimientos. Así que de un modo tranquilo y metódico llegó a la decisión de que para la mayor parte de las personas significaba una avería algo así como una catástrofe emocional; dio los pasos necesarios para emigrar de la Tierra, con la misma indiferencia que hubiera ido a visitar a un dentista para que le colocase un puente de acero inoxidable. Sabía lo lejos que podía ir una vez hubiese iniciado su negocio en Marte. Resultaba un trabajo con escaso margen de ganancias, pero interesante. En los seis años pasados desde 1988 había extendido continuamente su exclusiva de reparaciones para casos de emergencia... En una colonia que todavía tenía dificultades para crecer bajo sus propias bases y reflexionar sus escasos productos, ¿acaso la avería de una máquina no resultaba una emergencia?

Cerrando la puerta del helicóptero, Jack Bohlen puso en marcha el motor y pronto se elevó por encima de los edificios de Bunchewood Park, penetrando en el cielo brumoso del mediodía.

Lejos, a la derecha, un navío enorme, completando su viaje desde la Tierra, se posaba en el círculo más alto del campo receptor para las cargas vivientes. Otras cargas tenían que entregarse a un centenar de millas hacia el este. Este era un transporte de primera clase y al poco sería visitado por aparatos de control remoto que limpiarían a los pasajeros de cualquier virus y bacteria, insecto o semilla nociva que tuviesen adherida; saldrían tan desnudos como cuando nacieron, maldecirían irritados durante ocho horas de pruebas y luego, por último, se les permitiría procurarse por su supervivencia personal, una vez asegurada la supervivencia de la colonia. Incluso alguno podía ser devuelto a la Tierra; aquellos cuyas condiciones implicasen defectos genéticos rodeados por la tensión del viaje. Jack pensó pacientemente en su padre, soportando el proceso de emigración. *Tiene que hacerse, hijo mío*, diría su padre, fumándose un cigarro y meditando. Era un filósofo cuya única educación formal consistía en siete años en el sistema de escuelas públicas de Nueva York y durante su período más crítico. *Es extraño*, pensó, *cómo se muestra el propio carácter*. El viejo estaba en contacto con cierto nivel de conocimiento que le decía como comportarse, no en el sentido social, sino en un modo más profundo y permanente. Se ajustaría a este mundo, decidió Jack. En su breve visita estaría más en armonía con Silvia que yo. En cuanto a David...

Se llevaría igualmente bien abuelo y nieto. Ambos agudos y prácticos y, sin embargo, terriblemente romántico como testificaba el impulso de su padre de comprar tierra en algún lugar de la cordillera FDR. Era una última pizca de esperanza manando eterna en el anciano; aquí se vendió la tierra por casi nada, al no haber compradores, siendo ésta la auténtica frontera que no tenían patentada las partes de Marte habitadas. Por debajo suyo Jack advirtió el canal Senador Taft y alineó su vuelo con respecto a él; el canal le llevaría hasta el rancho lechero de McAuliff, con sus miles de acres de hierba reseca, su antaño valioso rebaño de Jerseys convertido ahora en algo que se parecía poco a sus antecesores gracias al injusto medio ambiente. Esto era habitable en Marte, con su telaraña de líneas, radiando y entrecruzándose, pero siempre apenas adecuadas para sostener la vida. El Senador Taft, ahora directamente bajo suyo, mostraba un verde lujurioso y repelente; era agua depurada y filtrada en sus etapas finales, pero aquí mostraba las secreciones del tiempo, el barro y cieno subyacente y la arena que contamina cuanto toca, lo que convertía al agua en cualquier cosa menos en potable. Sólo Dios sabía

cuántos alcalinos había absorbido la población y asimilado ahora en sus huesos. Sin embargo, seguían vivos. El agua no les había matado, por muy parda y llena de sedimentos que estuviera. Mientras, hacia el oeste, las extensiones que estaban aguardando a la ciencia humana para resurgir y experimentar su milagro, se perdían interminables.

Los equipos arqueológicos que habían aterrizado en Marte a los principios de los años 70, ansiosamente calcularon las etapas de retirada de la vieja civilización que los seres humanos habían ahora comenzado a reemplazar. No se había instalado nunca en el propio desierto. Evidentemente, como ocurrió con las civilizaciones terrestres del Tigris y del Éufrates, se aferró a lo que podía irrigar sus suelos. La antigua civilización marciana había ocupado una quinta parte de la superficie del planeta, dejando el resto tal y como lo encontró. En la casa de Jack Bohlen, por ejemplo, cerca del empalme del canal William Butler Yeats y el Herodoto, se alzaba casi al borde de la red por la que la fertilidad se alcanzó durante los pasados cinco mil años. Los Bohlen eran recién llegados, aunque nadie pensaba once años atrás, que la emigración decaería de manera tan asombrosa.

La radio del helicóptero emitió ruidos de estática y luego la voz del señor Yee dijo:

—Jack, tengo una llamada de servicio para añadir a la suya. La autoridad de las NU dice que la escuela pública funciona mal y que su propio empleado no está a mano.

Tomó el micrófono Jack y dijo:

—Lo siento, señor Yee... como ya le anuncié, no tengo conocimientos para reparar esas unidades de las escuelas. Será mejor que encargue a Bob o Pete que la arreglen —como ya te dije, zoquete, murmuró para sí.

Con su lógica habitual, el señor Yee contestó:

—Esa reparación es vital y, por tanto, no podemos rechazarla, Jack. Nunca rechazamos ningún trabajo de reparación. Su actitud no es positiva, debo insistir que acepte la tarea. En cuanto sea posible, enviaré a otro mecánico a la escuela para que le ayude. Gracias, Jack —el señor Yee colgó.

—*Muchas gracias a ti* —exclamó acremente para sí Jack Bohlen.

Por debajo suyo veía ahora los principios de un segundo puesto de colonos: esto era Lewistown, el habitáculo principal de la colonia

unida de los fontaneros; había sido una de las primeras en organizarse dentro del planeta y tenía sus propios miembros sindicados como mecánicos reparadores; no fomentaba el negocio del señor Yee. Si su trabajo se volvía demasiado desagradable, Jack Bohlen siempre podía hacer las maletas y emigrar a Lewistown, inscribirse en el sindicato y ponerse a trabajar quizá con mejor salario. Pero los últimos acontecimientos políticos en la colonia del sindicato de fontaneros no habían sido de su gusto. Arnie Kott, presidente de los Trabajadores Hidráulicos locales, había sido elegido después de una campaña muy peculiar y de algunas irregularidades en la votación bastante significativas. Su régimen no era de los que apetecían a Jack para vivir; por lo que había visto, el gobierno del viejo tenía todos los elementos de la tiranía de la primera época del renacimiento, con una pizca de nepotismo introducida en él. Y, sin embargo, la colonia parecía ser próspera económicamente. Tenía un avanzado programa de obras públicas y su política fiscal había producido una enorme afluencia de dinero en efectivo en el erario público. La colonia no sólo era eficiente y próspera, sino también capaz de proporcionar empleos decentes para todos sus habitantes. Con la excepción de la colonia israelí al norte, la colonia sindical era la más viable del planeta. Y la colonia israelí tenía la ventaja de poseer duras unidades de choque sionistas, acampadas en el propio desierto, enfrascadas en proyectos de reclamación de todas las clases, desde cultivar naranjas a retinar los fertilizantes químicos. Los de Israel habían reclamado un tercio de todo el desierto ahora bajo cultivo. De hecho, era la única colonia en Marte que exportaba sus productos a la Tierra en cierta cantidad.

La ciudad capital de los trabajadores hidráulicos de Lewistown quedó atrás y luego el monumento a Alger Hiss, primer mártir de las NU; después siguió el desierto puro. Jack se arrellanó y encendió un cigarrillo. Bajo la orden acuciante del señor Yee, se había marchado sin acordarse de llevar consigo su termo de café y ahora notaba su falta. Se adormitó. *No me harán trabajar en la escuela pública*, dijo para sí, pero con más cólera que convencimiento. *Dimitiré*. Pero sabía que no lo haría. Iría a la escuela, lucharía con la maquinaria durante una hora o así, dando la impresión de estar reparándola afanosamente y luego Bob o Pete aparecerían y realizarían el trabajo; la reputación de la empresa quedaría a salvo y todos podrían volver al despacho juntos. Cada cual se mostraría satisfecho, incluyendo al señor Yee.

Varias veces había visitado con su hijo la escuela pública. Eso era distinto. David era el primero de su clase, según las máquinas de enseñanza más avanzadas en funcionamiento. Se quedaba hasta tarde, sacando el máximo partido del sistema tutorial del que las NU estaban tan orgullosas. Mirando su reloj, Jack vio que eran las diez en punto.

En este instante, mientras recordaba sus visitas y los informes de su hijo, David se encontraba enfrascado con *Aristóteles*, aprendiendo los rudimentos de la ciencia, o de la filosofía, de la lógica, de la gramática, de la poética y de la física arcaica. De todas las máquinas de enseñanza parecía David preferir la de *Aristóteles*, lo que resultaba un alivio; la mayor parte de los chicos preferían maestros más amenos en el colegio: *Sir Francis Drake* (historia inglesa, fundamentos de la fidelidad masculina) o *Abraham Lincoln* (historia de los Estados Unidos, bases del moderno bienestar y del estado contemporáneo) o sombríos personajes como *Julio César* y *Winston Churchill*. Él mismo había nacido demasiado pronto para aprovecharse del sistema escolar tutorial; cuando niño, en clase, se sentaba con otros sesenta colegiales. Y más tarde, en el instituto, se encontró escuchando a un instructor que hablaba por un circuito cerrado de TV a una clase de un millar de alumnos. Si, sin embargo, se le hubiese permitido acudir a la nueva escuela, fácilmente habría localizado a su propio favorito: en una visita con David, el primer día de los padres-maestros, vio que la máquina de enseñanza *Thomas Edison* y eso le bastó. Le costó a David una hora alejar a su padre del mecanismo.

Debajo del helicóptero, la tierra del desierto daba paso a una pobre y escasa pradera. Una cerca de alambre espinoso marcaba el principio del rancho de McAuliff y también la tierra administrada por el estado de Tejas. El padre de McAuliff había sido un millonario petrolero tejano que financió sus propios navíos para la emigración a Marte; derrotó incluso a la gente del sindicato de fontaneros. Jack tiró el cigarrillo y comenzó a descender el helicóptero, buscando contra el resplandor del sol los edificios del rancho. Un pequeño rebaño de vacas se asustó y galopó alejándose del ruido del helicóptero; las vio esparcirse, esperando que McAuliff, que era un irlandés bajito, de rostro avinagrado con una actitud obsesiva hacia la vida, no se diese cuenta. McAuliff, por buenos motivos, tenía una visión hipocondríaca de sus vacas; sospechaba que toda clase de «cosas» marcianas las hacía enflaquecer, enfermar y disminuir en su producción lechera.

Poniendo en marcha su transmisor de radio, Jack dijo por el micrófono:

—Aquí un navío de reparaciones de la Compañía Yee. Jack Bohlen pide permiso para aterrizar en la pista de McAuliff, en respuesta a su llamada.

Aguardó y luego vino la contestación desde el enorme rancho.

—Esta bien, Bohlen, todo listo. Es inútil preguntar por qué tardó

tanto —era la voz resignada, pero gruñona, de McAuliff.

—No tardaré en bajar —anunció Jack, con una mueca.

Al poco descubrió delante los edificios blancos destacando contra la arena.

—Tenemos quince mil galones de leche aquí —le llegó la voz de McAuliff por el altavoz de su radio—. Se estropearán a menos que ponga usted en marcha ese maldito refrigerador y pronto.

—A la orden —contestó Jack. Se puso los pulgares en los oídos e hizo una mueca burlona al micrófono de su emisora.

CAPÍTULO II

El ex fontanero Arnie Kott, Buenmiembro Supremo de los Trabajadores Hidráulicos, rama del Cuarto Planeta, se levantó de la cama a las diez de la mañana y, como era su costumbre, marchó directamente hacia el baño de vapor.

—Hola, Gus.

—Hola, Arnie.

Todo el mundo le llamaba por su nombre de pila y eso resultaba bien. Arnie Kott saludó con la cabeza a Bill, a Eddy, a Tom y todos le devolvieron el saludo. El aire, lleno de vapor, se condensó en torno a sus pies y rezumó por los tilos del suelo hasta el desagüe. Aquel era un contacto que le complacía: los baños habían sido construidos para que no se recogiese y reaprovechase el agua. El líquido elemento caía sobre la cálida arena y desaparecía para siempre. *¿Quién más podía hacerlo así?*, pensó. *Veamos si esos ricos judíos de Nueva Israel tienen un baño de vapor que desperdicia el agua*.

Colocándose bajo la ducha, Arnie Kott dijo a los amigos que le rodeaban:

—He oído ciertos rumores que quiero comprobar lo antes posible. Ya sabéis que proceden de California, de aquellos portugueses que originalmente conservaban el título en la cordillera FDR y que trataron de extraer de allí mineral de hierro; pero tenía una graduación baja y el coste resultaba prohibitivo. Me he enterado de que han vendido sus acciones.

—Sí, también lo oí yo —todos los muchachos asintieron—. Me pregunto cuanto habrán perdido. Deben haber sufrido un grave quebranto.

Arnie dijo:

—No, me enteré de que han encontrado un comprador que momentáneamente está dispuesto a pagar más de lo que pagaron; después de todos estos años, han sacado beneficio, así que les ha resultado rentable. Yo me pregunto quién puede estar tan loco como para querer esa tierra. Tengo, ya sabéis, algunos derechos de mineral allá. Deseo que comprobéis quién compró esa tierra y qué clase de

operación representa o representan. Deseo saber lo que van hacer allá.

—Es bueno saber todas esas cosas. —De nuevo asintió todo el mundo y un hombre, según parece Fred, se destacó de su ducha y marchó chapoteando hasta el vestuario.

—Investigaré eso, Arnie —dijo Fred por encima del hombro—. Lo haré enseguida.

Dirigiéndose al resto de los hombres, Arnie se enjabonó y dijo:

—Sabéis que tengo que proteger mis derechos minerales; puede que venga algún entrometido de la Tierra y convierta esas montañas en, por ejemplo, como un parque nacional para los excursionistas. Os digo lo que oí. Sé que un puñado de oficiales comunistas de Rusia y Hungría, peces gordos, estuvo aquí hace una semana, sin duda para curiosear. ¿Se puede pensar por eso que su plan colectivo fracasó el año pasado y que han renunciado? No. Tienen cerebro de gusano y por eso siempre vuelven, siempre se muestran insistentes. Esos rojos desean establecer una colectividad triunfadora en Marte; prácticamente es su sueño dorado allá en la patria. No me sorprendería que descubriésemos que esos portugueses de California vendieron sus acciones a los comunistas y muy pronto cambiaran el nombre de montañas FDR, que es el adecuado y justo, por algo así como cordillera Joe Stalin.

Todos los hombres se rieron apreciando el chiste.

—Bueno, tengo mucho trabajo hoy para resolver —anunció Arnie Kott, enjuagándose el jabón con furiosos chorros de agua caliente—. Así que no puedo dedicarme más tiempo a este asunto; confío en vosotros para que resolváis. Por ejemplo, he viajado al este, donde tenemos ese experimento sobre melones en marcha, y parece ser que estamos a punto de conseguir un éxito asentándolos y aclimatándolos aquí, en este medio ambiente. Sé que os habéis preguntado cómo va el asunto, porque a todos nos gusta disfrutar de una buena rebanada de melón[3] por la mañana para el desayuno, si es que es posible.

—Cierto, Arnie —asintieron los muchachos.

—Pero —continuó Arnie—, tengo algo más en mi mente que melones. Uno de esos chicos de las NU nos visitó el otro día protestando de nuestros reglamentos referentes a los negros. O quizá no debiera decirlo así; puede que debiese emplear la fraseología de los de las NU y decir «restos de la población indígena», o, simplemente,

hombres tristes. A lo que él se refería era a nuestra *licenciación* de las minas propiedad de nuestros colonos para utilizar hombres tristes en pequeña escala, quiero decir, con un mínimo de salario... porque incluso esos tipos de las NU no se proponen en serio que paguemos buenos sueldos a los negros hombres tristes. Sin embargo, tenemos el problema de que no podemos pagar ningún salario mínimo a los negros de esta clase, porque su trabajo es tan poco consistente que nos arruinaríamos, y tenemos que utilizarlos en operaciones menores, ya que son los únicos que pueden respirar allá abajo. No podemos comprar equipo de oxígeno en cantidad para que lo transporten aquí a un precio que no sea ruinoso. Hay una estación de mucho dinero en la patria con esos tanques de oxígeno y compresores. Es como una banda y no vamos a dejarnos embaucar, eso os lo aseguro.

Todos asintieron sombríos.

—Ahora no debemos consentir que los burócratas de la NU nos dicten como dirigir nuestro puesto de colonos —continuó Arnie—. Hemos puesto en marcha operaciones antes que las NU tuviesen a nadie aquí; construimos casas antes de que ellos pudieran disponer de un retrete en algún lugar de Marte, incluyendo toda esa zona disputada en el suelo, que pretenden repartirse los Estados Unidos y Francia.

—De acuerdo, Arnie —sintieron al mismo tiempo los muchachos.

—Sin embargo —dijo Arnie—, existe el problema de que esos melones de las NU controlan las vías de agua y necesitamos líquido; lo necesitamos para transportarlo dentro y hacerlo salir del puesto y como fuente de poder y para beber y cosas por el estilo, como, por ejemplo, bañarnos. Me refiero a que esos individuos pueden cortarnos en cualquier momento nuestra agua; nos tienen cogidos por los pelos.

Terminó su ducha y cruzó por el cálido y húmedo entarimado para recoger una toalla que le tendía su criado. El pensar en las NU le hacía revolvérsele el estómago y su antigua úlcera de duodeno comenzó a arder en su lado izquierdo, casi en el escroto. Comprendió que era mejor desayunar.

Cuando el sirviente le hubo vestido con sus pantalones grises de franela y camisa de cuello abierto, botas de blando cuero y gorra náutica, dejó el baño de vapor y cruzo el pasillo del Edificio de la Unión hasta su comedor, en donde Helio, su cocinero, hombre triste, y el desayuno, le aguardaban. Al poco, se sentó ante una pila de

pastelitos calientes y tocino, café y un vaso de jugo de naranja y la edición dominical de la semana anterior del *«New York Times»*.

—Buenos días, señor Kott. —En respuesta al botón que oprimió, una secretaria de la oficina acabada de aparecer, una chica a la que no había visto jamás. *No es demasiado guapa*, decidió después de una breve mirada de reojo; volvió a leer el periódico. Además, le llamaba «señor Kott». Saboreó su jugo de naranja y leyó lo del navío que había desaparecido en el espacio con trescientas personas a bordo. Era un mercante japonés que transportaba bicicletas. Eso le hizo reír. Bicicletas en el espacio y todas desaparecidas; mala cosa, porque en un planeta con poca masa como Marte, donde no había virtualmente ninguna fuente de energía, excepto el escaso sistema de canales, y donde incluso el petróleo costaba una fortuna, las bicicletas tenía un gran valor económico. Un hombre podía pedalear sin gasto alguno centenares de millas, incluso sobre la arena. Las únicas personas que utilizaban turbinas impulsadas por petróleo para los vehículos, eran funcionarios vitales, como por ejemplo los hombres de los servicios de reparación y mantenimiento y, claro, oficiales importantes como él mismo. Había transportes públicos, naturalmente, como los autobuses-tractor que conectaban un puesto con el siguiente y las zonas residenciales con todo el mundo... Pero funcionaban de manera irregular, dependiendo de los envíos de la Tierra para su combustible. Y hablando personalmente, los autobuses le producían ataques de claustrofobia, por su lento caminar.

Leer el *«New York Times»* le hizo sentirse durante un rato como si hubiera regresado otra vez a la patria, en Pasadena del Sur; su familia está suscrita a la edición del *«Times»* de la Costa Occidental y de niño recordaba recogerlo cada día del buzón de correos, allá en la calle bordeada de melocotoneros, aquella cálida y brumosa vía pública recortada por casas de un solo piso y coches aparcados, con cuidados jardines que aguantaban de un fin de semana al siguiente, mostrando sólo indicios de descuido al acercarse cada viernes. Era el césped, con todo su equipo y accesorios, lo que echaba de menos; la carreta de fertilizante, la nueva semilla de hierba, las tijeras cortadoras, la *forca* de blanca madera... y siempre los aparatos de riego por aspersión[4] funcionando a lo largo del verano, mientras lo permitiese la ley. Los que vigilaban allí también se hacían notar. Una vez fue detenido por lavar su coche en un día en que el agua estaba racionada.

Leyendo más en el periódico, tropezó con un artículo sobre una recepción de la Casa Blanca a una tal señora Lizner quien, como miembro de la Oficina de Control del Nacimiento, había efectuado ocho mil abortos terapéuticos y, por tanto, constituía un ejemplo para

las mujeres americanas. Vaya vida la de una enfermera o comadrona, decidió Arnie Kott. Es una noble ocupación para las hembras. Giró la página.

Allí, con grandes titulares, había un cuarto de página que él mismo había compuesto, destinada a llamar la atención de la gente invitándola a emigrar. Arnie se arrellanó en su sillón, plegó el periódico y experimentó un profundo orgullo mientras estudiaba el anuncio; *tenía buen aspecto*, decidió. Con toda seguridad atraería a la gente, si es que esas personas tenían un deseo sincero para la aventura, como insinuaba el anuncio.

En la demanda venía una lista de las especialidades que hacían falta en Marte y la lista resultaba larga, excluyendo sólo a los criadores de canarios y a los proctólogos. Resaltaba lo difícil que era ahora para una persona con sólo un grado de maestría, conseguir trabajo en la Tierra, y los buenos puestos de trabajo que habían en Marte, con magníficas pagas, para los que eran sólo bachilleres en artes.

Eso es otra edad, pensó Arnie. El mismo emigró porque poseía únicamente el bachiller en artes. Todas las puertas se le cerraban y tuvo que ir a Marte como fontanero de la Unión, aunque al cabo de pocos años ya se le podía ver con satisfacción, considerando lo mucho que había madurado. En la Tierra, un fontanero con sólo bachiller en artes, estaría recogiendo langostas muertas en África como parte de la ayuda extranjera de los Estados Unidos. De hecho, su hermano Phil estaba realizando ahora tal tarea; se graduó en la *Universidad de California* y jamás tuvo ocasión de practicar su profesión, que era la de analista de leches. En su curso se graduó un centenar de analistas de leche, ¿y para qué? *No había oportunidades en la Tierra. Era preferible ir a Marte, se dijo Arnie a sí mismo. Podemos utilizar a todo el mundo aquí. Fíjense en los vaqueros, en esos ranchos lecheros de las afueras de la ciudad. Sería necesario efectuar análisis de los productos que obtienen*.

Pero la pega del anuncio era simplemente que cuando uno se encuentra en Marte, no tenía nada garantizado, ni siquiera la certeza de abandonar y volver a la patria; los viajes de regreso resultaban muy caros, debido a las poco adecuadas instalaciones de los campos de aterrizaje. Ciertamente, nada se le garantizaba en el asunto de empleo. El defecto estaba en los grandes poderes allá en la patria, China, los Estados Unidos, Rusia y Alemania Occidental. En lugar de respaldar adecuadamente el desarrollo de los planetas, habían dedicado toda su atención a más exploraciones. Su tiempo y sus cerebros y el dinero estaban todos destinados a los proyectos siderales, tales como el vuelo

hasta Centaurus, que ya había consumido centenares de millares de dólares y de horas de trabajo. Arnie no concebía que los proyectores sidéreos diesen de comer. ¿Quién deseaba emprender un viaje de cuatro años a otro Sistema Solar que quizá no estaba siquiera allá donde se pensaba?

Y, sin embargo, al mismo tiempo, Arnie temía un cambio de actitud de las grandes potencias terrestres. ¿Y si mañana despertaban y echaban un nuevo vistazo a las colonias en Marte y Venus? ¿Y si miraban los ruinosos perfeccionamientos de allí y decidían que era preciso hacer algo por remediarlo? En otras palabras, ¿qué sería de Arnie Kott cuando las grandes potencias recobrasen la sensatez? Era algo que merecía meditar.

Sin embargo, las grandes potencias no presentaban síntomas de reaccionar. Su sentido de la competencia seguía gobernándolas; en este mismo instante tenían los cuernos trabados, las vidas puestas a dos años luz de distancia para alivio de Arnie.

Siguiendo con la lectura del periódico, llegó a un artículo breve sobre una organización femenina en Berna, Suiza, que se había reunido para insistir una vez más en la necesidad de la colonización.

EL COMITÉ DE SEGURIDAD COLONIAL ALARMADO
POR LAS CONDICIONES DE LOS CAMPOS DE
ATERRIZAJE DE MARTE.

Las damas, en una petición presentada al Departamento Colonial de las NU, expresaron una vez más su convicción de que en Marte los campos a los que los navíos de la Tierra aterrizaban, estaban demasiado remotos de las zonas habitables y del sistema hidráulico. Los pasajeros en algunos casos se veían obligados a viajar centenares de kilómetros por el desierto y esto afectaba a las mujeres, a los niños y a los ancianos. El Comité de Seguridad Colonial quería que las NU aprobasen un reglamento obligando a los navíos a aterrizar en campos que estuviesen dentro de unos cuarenta y cinco kilómetros de cualquier canal de los llamados mayores.

Buenas personas, pensó Arnie Kott mientras leía el artículo. Probablemente ninguna de esas mujeres había estado jamás fuera de la Tierra; debían saber lo que alguien les escribió en una carta, quizá un pariente retirado en Marte cobrando pensión, y leerían en la Tierra el Libro de las NU y naturalmente se quejaban. Y, claro, también dependían de sus miembros residentes en Marte, una cierta señora Anne Esterhazy; hacía circular, la buena dama, una especie de boletín

de noticias en multicopista dirigido a otras animosas señoras de todos los puestos de colonización. Arnie recibía y leía el boletín, llamado, *«The Auditor Speaks Back»*[5], un título que le dejaba boquiabierto. Del mismo modo se quedó al leer un par de líneas insertas entre dos artículos bastante mayores:

> «Ruega por la purificación potable». ¡Ponte en contacto con los consejeros carismáticos de la colonia y los testigos de la filtración de agua de quienes debemos sentirnos orgullosos!

Apenas pudo captar el significado de ciertos artículos que solían aparecer en *«The Auditor Speaks Back»*, porque venían redactados con una jerga especial. Pero, evidentemente, el boletín atraía a un público de mujeres devotas que ceñudamente se tomaban a pecho cada párrafo y actuaban según se les pedía. Ahora indudablemente se quejaban, junto con el Comité de Seguridad Colonial de la Tierra, de las tremendas distancias que separaban la mayor parte de los campos de aterrizaje en Marte de las fuentes de agua y los lugares habitados. Estaban haciendo su papel en una de las muchas grandes peleas y, en este caso particular, Arnie Kott logró controlar sus náuseas. Porque de los veinte y pico campos de aterrizaje en Marte, sólo uno quedaba dentro del radio de cuarenta kilómetros de un canal importante y ese era el Campo Samuel Gompers, que servía a su propio puesto de colonos. Si por alguna casualidad la opresión del Comité de Seguridad Colonial era efectiva, entonces todos los pasajeros que viniesen de la Tierra aterrizarían en la zona de Arnie Kott, dando una nueva vida a aquel puesto de colonos.

Quedaba lejos de ser casual que la señora Esterhazy y su boletín y organización en la Tierra abogasen por una causa que resultaría de valor económico incalculable para Arnie. Anne Esterhazy era la ex esposa de Arnie. Seguían siendo buenos amigos y todavía poseían en común cierto número de empresas que fundaron o compraron durante su matrimonio. En bastantes aspectos seguían trabajando en comunidad, aun cuando en terrenos estrictamente personales ya no tenían nada que les uniera. La encontraba agresiva, dominante, masculina, siendo una mujer alta y huesuda de largas zancadas que vestía siempre zapatos planos, una chaqueta de *cheviot* y gafas oscuras, un gran bolso de cuero colgado del hombro, etcétera... pero era aguda e inteligente y una directora innata. Mientras no tuviese que tratarla fuera del contexto comercial, podía llevarse bien con ella.

El hecho de que Anne Esterhazy fuera antaño su esposa y que siguieran unidos por lazos financieros, no resultaba muy conocido.

Cuando deseaba ponerse en contacto con ella no dictaba ninguna carta a alguna de sus taquígrafas del personal del puesto; en vez de eso utilizaba una pequeña máquina de dictado en clave que guardaba en su escritorio, enviando el carrete de cinta a su ex esposa por correo especial. El mensajero dejaba la cinta en una tienda de objetos de arte, propiedad de Anne en la colonia israelí y su respuesta, si había alguna, quedaba depositada del mismo modo en un despacho de una fábrica de cemento en el canal Bernard Baruch, que pertenecía al cuñado de Arnie, Ed Rockingham, esposo de su hermana.

Un año atrás, cuando Ed Rockingham construyó una casa para sí y Patricia y sus tres chicos, adquirió lo inasequible: su propio canal. Tuvo que construirlo en abierta violación de la ley, para su uso particular y extraer agua de la gran red comunal. Incluso Arnie se sintió ultrajado. Pero no hubo denuncias y hoy el canal, modestamente bautizado con el nombre del hijo mayor de Rockingham; transportaba agua a un centenar de kilómetros del desierto, de manera que Ed Rockingham podía vivir en un lugar adorable y tener jardín, piscina y una rosaleda maravillosamente regada. Cultivaba especialmente grandes macizos de camelias, que eran las únicas que sobrevivieron a otras plantas en Marte. Durante todo el día los aparatos de rueda para aspersión rociaban sus macizos, impidiéndoles que se secasen y murieran.

Doce enormes macizos de camelias le parecían a Arnie demasiada ostentación. No se llevaba bien con su hermana ni con Ed Rockingham. ¿Para qué habrán venido a Marte?, se preguntaba a sí mismo. Para vivir con gastos increíbles y esfuerzos descomunales, lo más igual posible a como vivieron en la patria terrestre. Para él resultaba absurdo. ¿Por qué no quedarse en la Tierra? Marte, para Arnie, era un lugar nuevo y significaba vida nueva; vivía con un estilo nuevo. Él y los otros colonos, tanto grandes como pequeños, habían hecho en Marte incontables ajustes minuciosos en un proceso de adaptación a través de múltiples etapas en las que evolucionaron; ahora resultaban criaturas nuevas. Sus hijos nacidos en Marte comenzaban desde allí, criaturas nuevas y peculiares, en ciertos aspectos enigmáticas para sus padres. Dos de sus hijos, suyos y de Anne, vivían ahora en un campamento de colonos del exterior de Lewistown. Cuando los visitaba, le era casi imposible diferenciarlos; le miraban con ojos tristes, como si esperasen a que se marchara. Por lo que podía deducir, los chicos carecían de sentido del humor. Y, sin embargo, eran sensibles; solían hablar siempre de animales y plantas, del propio paisaje. Ambos muchachos tenían mascotas, animalitos marcianos que le parecían a él horripilantes; tipos de gusanos en forma de *mantis* deliciosas, tan grandes como borriquillos. Esas

malditas cosas se llamaban *«boxers»*, porque a menudo se les veía como boxeando, erguidos y en guardia, uno frente a otro, en una batalla tal que finalmente terminaba con la muerte del más débil comido por su contrincante. Bert y Ned consiguieron adiestrar a sus mascotas *«boxers»* para que hiciesen tareas manuales de ínfimo calibre y que no se comiesen uno a otro. Y las cosas eran sus compañeros; los chicos en Marte se sentían solitarios, bien porque seguían siendo muy pocos y bien porque... bueno, Arnie no lo sabía. Los chicos tenían una expresión como ausente, con sus grandes ojos, como si estuvieran hambrientos de algo que resultaba invisible. Tendían a convertirse en seres retraídos, si se les daba la más pequeña oportunidad, vagando para recorrer los basureros comunales. Lo que traían consigo era de mero valor, para ellos y para los colonos, puesto que consistía en unos cuantos huesos y reliquias quizá de la antigua civilización negra. Cuando volaba con helicóptero, Arnie siempre localizaba a algunos niños aislados, de trecho en trecho, marchando por el desierto, excavando en la roca y en la arena como si intentasen sacar a la superficie de Marte algo que estaba enterrado...

Abriendo con la llave el cajón inferior de su escritorio, Arnie sacó una pequeña máquina de dictar en clave, transistorizada, y la preparó para utilizarla. Dijo por el micrófono:

—Anne, me gustaría reunirme contigo y hablar. Ese Comité tiene demasiadas mujeres y va por mal camino. Por ejemplo, lo que leí últimamente en el *«Times»* me preocupa porque... —se interrumpió, puesto que la máquina de cifrar lanzó un gemido y se detuvo. Hurgó en ella y los carretes giraron despacio para acabar deteniéndose de nuevo.

Creí que la habían arreglado, pensó Arnie furioso. *¿Es que esos empleados no son capaces de hacer nada bien?* Quizá deberían entregarla para la venta en el mercado negro y comprarse, a un precio exorbitante, otra nueva. Parpadeó ante la idea.

La secretaria de la oficina general, aquella de aspecto que no valía la pena ni siquiera mirarla, que permaneció sentada en silencio aguardando, respondió a su gesto de cabeza. Sacó papel y lápiz y comenzó a escribir al dictado.

—Comprendo —anunció Arnie Kott—, perfectamente lo difícil que es mantener las cosas en funcionamiento, sin apenas recambios, y también el modo en que el clima local afecta al metal y a los cables. Sin embargo, estoy harto de pedir que haya un servicio de reparaciones competente en un aparato tan vital como mi máquina

cifradora. Necesito tenerla arreglada, eso es todo. Así que si sus muchachos no pueden hacerla funcionar, les despediré y retiraré su licencia para que practique el servicio de reparaciones dentro de este puesto y lo confiaré a un servicio exterior para que nos deje atendidos —hizo un gesto una vez más y la chica dejo de escribir.

—¿Quiere que me lleve la máquina al departamento de reparaciones, señor Kott? —preguntó.

—No —gruñó Arnie—. Márchese, simplemente.

Cuando la chica se fue, Arnie volvió a tomar una vez más su *«New York Times»* y reanudó la lectura. Allá en la Tierra se podía comprar por casi nada una nueva máquina de aquellas; de hecho, en la patria uno podía... infiernos. Mirando los anuncios... desde antiguas armaduras romanas a abrigos de pieles pasando por equipo de camping, diamantes, navíos cohete y veneno para cangrejos. ¡Cáscaras!

Sin embargo, su proyecto inmediato era ponerse en contacto con su ex esposa sin utilizar la máquina cifradora. *Quizá pueda hacerle una visita*, se dijo para sí. Buena excusa para abandonar el despacho.

Tomó el teléfono y pidió un helicóptero ordenando que se posase en la terraza del Edificio Unión y luego terminó con los restos del desayuno, se limpió la boca apresuradamente y partió hacia el ascensor.

—Hola, Arnie —le saludó el piloto del helicóptero, un joven de rostro agradable, miembro del equipo de «pilotos generales».

—Hola, hijo —contestó Arnie, mientras el hombre le ayudaba a instalarse en el asiento de cuero que se había hecho fabricar especialmente para él. Mientras el piloto se colocaba delante, Arnie se arrellanó, cruzó las piernas y dijo—: Ahora despega y yo te dirigiré en pleno vuelo. Y tómatelo con calma, por que no tengo prisa. Parece que va a ser un hermoso día.

—Un día verdaderamente bonito —contestó el piloto mientras las aspas del helicóptero comenzaban a girar—. Excepto sobre esa bruma en torno a la cordillera FDR.

Apenas habían remontado el vuelo unos metros, cuando sonó el altavoz del helicóptero.

«*Aviso de urgencia*. Hay un grupito de hombres tristes

que han salido al desierto en el punto de girocompás 4'65003 y se están muriendo por estar expuestos al sol y por falta de agua. Los navíos al norte de Lewistown tienen instrucciones de dirigir sus vuelos hacia ese lugar a toda la velocidad posible, para prestarles ayuda. La Ley de las Naciones Unidas requiere a todas las naves comerciales y particulares que acudan».

El anuncio se repitió en la voz briosa del locutor de las NU hablando desde el transmisor de las NU en el satélite artificial que orbitaba en el firmamento.

Viendo que el helicóptero cambiaba de rumbo; Arnie dijo:

—Oh, sigue, hijo mío.

—Tengo que acudir, señor —contestó el piloto— es la ley.

¡Cáscaras!, pensó Arnie con disgusto. Tomó nota mental de hacer que despidiesen al muchacho o que al menos le suspendiesen de empleo y sueldo tan pronto regresasen de su viaje.

Ahora se encontraban por encima del desierto, viajando a buena velocidad hacia el punto dado por el locutor de las NU. *Negros hombres tristes*, pensó Arnie. *Tenemos que dejar todo cuanto estemos haciendo para sacarlos del lío, ¡los muy estúpidos!... ¿es que acaso no pueden cruzar trotando su propio desierto? ¿No han llevado haciéndolo sin nuestra ayuda durante cinco mil años?*

* * *

Mientras Jack Bohlen comenzaba a descender su avión de reparaciones de la Compañía Yee hacia el rancho lechero de McAuliff, captó el aviso urgente del locutor de las NU, parecido a los que Bohlen había oído muchas veces antes y que nunca dejaba de producirle escalofríos.

«...Grupo de hombres tristes que están en el desierto abierto —informaba la voz— ...están muriendo por efectos del sol y la falta de agua. Los navíos al norte de Lewistown....».

Ya lo tengo, dijo para sí Jack Bohlen. Cortó su micrófono, puso en marcha el radiovisor y dijo:

—Navío de reparaciones de la Compañía Yee cerca del punto

4'65003, preparado para responder de inmediato. Llegaré hasta ellos dentro de dos o tres minutos —dirigió su helicóptero al sur, alejándose del rancho de McAuliff, sintiendo una momentánea satisfacción ante la idea del enfado de McAuliff ahora que había visto al helicóptero por encima de su rancho y se imaginaba el motivo de la falta de aterrizaje. Nadie ayudaba menos a los hombres tristes que los grandes rancheros; los miserables nativos nómadas aparecían constantemente en el rancho en busca de comida, agua, ayuda médica y a veces para una simple acción mendicante, y nada parecía más desagradable a los prósperos lecheros que ver mendigar a las criaturas de cuya tierra se habían apropiado.

Otro helicóptero respondió también. El piloto decía:

—Estoy a las afueras de Lewistown en el punto 4'78995 y responderé lo antes posible. Tengo raciones a bordo, incluyendo cincuenta galones de agua. —Dio su identificación y cortó.

El rancho del lechero con sus vacas quedó lejos hacia el norte y Jack Bohlen tenía la vista fija en el desierto abierto, buscando cualquier rastro del grupo de hombres tristes. Seguro que estaban allí. Eran cinco, agrupados a la sombra proyectada por un pequeño promontorio de piedra. No se movían. Probablemente ya estaban muertos. El satélite de las NU, en su vuelo a través del cielo, los había descubierto y, sin embargo, no podía ayudarles. *Sus mentores resultaban impotentes. Y nosotros que podemos ayudarles... ¿qué nos importa?*, pensó Jack. Los hombres tristes se morían de cualquier forma, los restos de su población quedaban más y más maltrechos y desesperados a cada año que pasaba. Estaban protegidos por las patrullas de las NU. *Inútil protección*, pensó Jack.

¿Pero qué podía hacerse por una raza que se extinguía? El tiempo de los nativos en Marte había pasado ya mucho antes de que el primer navío soviético apareciese en el cielo con sus cámaras de televisión reluciendo, allá en los años sesenta. Ningún grupo humano había conspirado para exterminarles; no fue necesario. Y de cualquier forma, habían constituido una enorme curiosidad al principio. Aquí había un descubrimiento que valía por los centenares de millares de millones gastados en la tarea de alcanzar Marte. Aquí existía una raza extraterrestre.

Aterrizó el helicóptero en la arena plana, cerca del grupo de hombres tristes. Desconectó las aspas, abrió la portezuela y bajó.

El cálido sol de la mañana cayó sobre él mientras caminaba por

la arena hacia los inmóviles nativos. Estaban vivos, tenían los ojos abiertos y le miraban.

—Las lluvias caen de mí sobre vuestras valiosas personas —les dijo, el saludo adecuado de los hombres tristes en el dialecto propio.

Al acercarse a ellos advirtió que el grupo estaba formado por una pareja de arrugados ancianos, un joven y la hembra, sin duda marido y mujer, y su hijo. Una familia, evidentemente, que había partido a pie por el desierto, quizá buscando agua o comida. Y, quizás el oasis en el que habían subsistido se había secado. Era un apuro típico de los hombres tristes este término de su epopeya. Aquí yacían, incapaces de seguir más adelante; habían tratado de hacer algo reuniendo montones de vegetales secos y hubieran fallecido pronto de no haberles divisado el satélite de las NU.

Poniéndose despacio en pie, el joven macho nativo hizo una genuflexión y dijo con una voz temblorosa y frágil:

—Las lluvias que caen de tu maravillosa presencia nos dan vigor y fuerzas, señor.

Jack Bohlen arrojó su cantimplora al joven hombre triste, que inmediatamente se arrodilló, desenroscó la tapa y se la dio a la pareja de ancianos. La vieja la cogió y bebió.

El cambio se produjo enseguida. La mujer parecía recobrar vida, cambiar su color gris de la muerte con una rapidez inusitada y perceptible.

—¿Podemos llenar nuestras cáscaras de huevo? —preguntó el joven hombre triste.

Caídos en la arena habían varios huevos de *pakat*, pálidas cáscaras huecas que Jack advirtió estaban completamente vacías. Los hombres tristes transportaban el agua en estos recipientes; su habilidad técnica era tan mínima que ni siquiera poseían tarros de arcilla. Y, sin embargo, reflexionó, sus antecesores habían construido el gran sistema de canales.

—Seguro —dijo—. Viene otro navío con abundante agua —explicó. Volvió a su helicóptero y sacó su cesto con el almuerzo, regresando con él. Lo entregó al macho joven. La pareja de ancianos se había puesto en pie, trotando hacia él con las manos extendidas.

Detrás de Jack el rugido de un segundo helicóptero se hizo

mayor. Estaba aterrizando un gran aparato para dos personas, que al fin se posó, con sus aspas girando lentamente.

—¿Me necesita? —le preguntó el piloto—. Si no, seguiré viaje.

—No tengo mucha agua para ellos —anunció Jack.

—Está bien —contestó el piloto, desconectando las aspas. Bajó con una lata de cinco galones—. Se pueden llevar ésta —le dijo.

Juntos, Jack y el piloto se quedaron contemplando como los hombres tristes llenaban sus cáscaras de huevo con el agua de la lata. Sus posesiones no eran muchas... un carcaj de flechas envenenadas, la piel de un animal para cada uno de ellos; las dos mujeres tenían sus bloques batidores, sus únicas posesiones de valor: sin los bloques no se les consideraban mujeres, porque con ellos preparaban tanto la comida del grano como cualquier alimento que se pudiera conseguir en la caza. Y traían unos cuantos cigarrillos.

—Mi pasajero no está muy de acuerdo conque las Naciones Unidas sean capaces de obligarnos a detenernos y a desviarnos de esta manera —dijo el piloto en voz baja al oído de Jack—. Pero no tienen en cuenta que allá arriba está el satélite y que ven si uno obedece o no. Y el castigo resulta considerable.

Jack se volvió a mirar hacia el helicóptero aparcado. Vio sentado dentro a un hombre corpulento, calvo, bien alimentado, de expresión satisfecha de sí mismo, que miraba sombrío, sin prestar atención a los cinco nativos.

—Hay que cumplir con la ley —dijo el piloto en voz defensiva—. La multa me la pondrían a mí y no a mi pasajero.

Mirando hacia el navío, Jack habló al hombre corpulento y calvo que estaba sentado dentro.

—¿No le hace sentirse bien saber que ha salvado la vida a cinco personas?

El calvo le miró y contestó:

—Querrá decir cinco negros. Yo no le llamo a eso salvar a cinco personas. ¿Y usted?

—Yo sí —dijo Jack—. E intento continuar haciéndolo.

—Adelante, siga de ese modo —afirmó el calvo. Acalorado miró por encima de Jack al helicóptero, leyó las letras que le identificaban y dijo—: ya veremos a dónde le lleva esa manía.

Acercándose junto a Jack, el joven piloto habló presuroso.

—Está usted hablando con Arnie, Arnie Kott. Ya podemos marcharnos, Arnie —subiendo en la cabina, el piloto desapareció dentro del helicóptero y una vez más las aspas comenzaron a girar.

El helicóptero se alzó en el aire, dejando a Jack solo junto a los cinco hombres tristes. Ya habían terminado de beber y estaban comiendo su almuerzo como si se tratara de un excelente manjar. La lata vacía de agua estaba abandonada a un lado. Las cáscaras de huevo repletas estaban ya tapadas. Los hombres tristes no levantaron la vista mientras despegaba el helicóptero. Tampoco prestaron atención a Jack; murmuraron entre sí en su dialecto.

—¿Cuál es vuestro destino? —les preguntó Jack.

El joven hombre triste citó un oasis muy al sur.

—¿Creéis que podréis llegar? —preguntó Jack. Señaló a los ancianos—. ¿Podrán?

—Sí, señor —respondió el joven hombre triste—. Ahora podremos conseguirlo con la comida y el agua que usted y el otro señor nos dieron.

Me pregunto si será posible, se dijo Jack. Naturalmente lo afirmaban, aunque supieran que resultaba una hazaña fuera de su capacidad. Orgullo racial, me imagino.

—Señor —dijo el joven hombre triste—, tenemos un regalo para usted por haberse detenido —y le entregó algo a Jack.

Sus posesiones eran tan escasas que no podía creer que pudieran prescindir de nada. Extendió, sin embargo, la mano y el joven hombre triste puso algo pequeño y frío en ella, un pedacito oscuro y arrugado de sustancia que le pareció como parte de la raíz de un árbol.

—Es un brujo del agua —dijo el hombre triste—. Señor, le llevará hasta el agua, la fuente de la vida, cuando lo necesite.

—Pues a vosotros no os ayudó, ¿verdad? —comentó Jack.

Con una mustia sonrisa el joven hombre triste contestó:

—Señor, nos ayudó; le trajo a usted.

—¿Cómo podréis pasar sin él? —preguntó Jack.

—Tenemos otro. Señor, hacemos brujos del agua —el hombre triste joven señaló a la pareja de ancianos—. Son autoridades.

Examinando con más cuidado al brujo del agua, Jack vio que tenía rostro y unos miembros vagos. Estaba momificado, antes fue una criatura viva de alguna especie: vio sus piernas encogidas, observó las orejas, se estremeció. El rostro era simuladamente humano. Tenía una cara embrujada, sufriente, como si aquel ser hubiera sido asesinado mientras gritaba.

—¿Cómo funciona? —preguntó al joven hombre triste.

—Antaño, cuando uno quería agua, se meaba en el brujo de agua y entonces recuperaba la vida. Ahora no hacemos eso, señor; hemos aprendido de ustedes que mearse es malo. Así que en vez de eso le escupimos y este pequeño brujo lo oye, también casi de igual modo. Eso le despierta y abre los ojos y mira alrededor y entonces abre la boca y convoca al agua. Lo hizo con usted, señor, y con ese otro señor, el grande, que se sentó y no bajó, el señor que no tenía pelo en la cabeza.

—Ese señor es un hombre poderoso —dijo Jack—. Es el rey del Sindicato de Fontaneros de la Unión y posee toda la ciudad de Lewistown.

—Quizá sí —dijo el joven hombre triste—. Por eso no nos detendremos en Lewistown, porque pudimos ver que el hombre que no tiene pelo no nos tiene el menor cariño. Ese es el motivo de que no le hayamos dado un brujo del agua como agradecimiento a su favor, porque él no quería darnos agua; su deseo era contrario a ayudarnos; el regalo vino sólo de sus manos.

Jack dijo adiós a los hombres tristes y regresó a su helicóptero. Un momento más tarde ascendía; debajo suyo, los nativos le agitaban el brazo solemnemente, despidiéndole.

Daré el brujo del agua a David, decidió, *cuando vuelva a casa a fin de semana. Podrá mearse en él o escupirle, lo que prefiera, para satisfacer sus caprichos*.

CAPÍTULO III

Norbert Steiner tenía cierta libertad para ir y venir como gustase, porque era empleado propio. En un pequeño edificio de hierro al exterior de Bunchewood Park fabricaba alimentos saludables, hechos enteramente de plantas minerales domésticas, sin ningún producto químico o preservador, ni tampoco fertilizantes inorgánicos. Una empresa en Bunchewood Park embalaba sus productos en cajas, cartones, tarros y luego Steiner viajaba por todo Marte vendiéndolas directamente al consumidor.

Su beneficio era grande, porque al fin y al cabo carecía de competencia; era el único negocio de alimentos saludables en Marte.

Además, tenía otro negociete. Importaba de la Tierra varios manjares de «*gourmet*», tales como trufas, «*foie gras*», caviar, sopa de cola de canguro, queso azul danés, ostras ahumadas, huevos de tortuga, etc., todo lo cual en Marte era ilegal, debido a los intentos de las NU para obligar a las colonias a ser autosuficientes en lo tocante a la producción de alimentos. Los expertos en alimentación de las NU afirmaban que era inseguro transportar comidas por el espacio debido a la posibilidad que los alimentos recibiesen radiaciones dañinas que los contaminasen, pero Steiner era más perspicaz; el motivo real era el miedo a las consecuencias para las colonias en caso de una guerra allá en la patria. Los envíos de alimentos cesarían y a menos que estas colonias fueran autosuficientes, probablemente morirían de hambre, despoblándose en poco tiempo.

Mientras admiraba su razonamiento, Steiner no deseó confirmarlo de hecho. Unas cuantas latas de trufas francesas importadas sigilosamente no harían que los rancheros dejasen de tratar de producir leche, ni impedirían que los rancheros criadores de cerdos, reses y corderos siguieran luchando por hacer rentables sus granjas. Los albaricoqueros, manzanos y ciruelos se seguirían plantando y cuidando, fumigándoles y regándolos, incluso si los tarros de cristal de caviar aparecían en los diversos puestos vendiéndose a veinte dólares cada uno.

En este instante, Steiner inspeccionaba un embarque de latas de *«halvah»*, una golosina turca que había llegado la noche antes a bordo de un navío autodirigido que enlazaba Manila con el diminuto campo de aterrizaje en las zonas yermas de los montes FDR que Steiner construyera utilizando como trabajadores a hombres tristes. El

«halvah» se vendía bien, especialmente en Nueva Israel y Steiner, inspeccionando las latas en busca de señales de daños, calculó que podía conseguir por lo menos cinco dólares por pieza. Además, también el viejo Arnie Kott, en Lewistown, le compraba cualquier dulce que Steiner pudiera poner en sus manos, incluidos quesos y conservas de pescados de cualquier índole, sin mencionar el tocino ahumado canadiense que servía en latas de cinco libras, lo mismo que los jamones holandeses. De hecho, Arnie Kott era su mejor cliente individual.

El almacén, en donde estaba ahora sentado Steiner, se alzaba al lado de su pequeño campo de aterrizaje ilegal. Erguido sobre el campo, estaba el cohete que llegó anoche; el técnico de Steiner —pues él mismo carecía de habilidad manual de cualquier especie—, estaba trabajando, preparándolo para su vuelo de regreso a Manila. El cohete era pequeño, sólo de unos siete metros de altura, pero de construcción suiza y muy estable. Por encima, el rojizo sol marciano lanzaba sombras alargadas desde los picachos de la cordillera circundante y Steiner había encendido una estufa de petróleo para calentar el almacén. El técnico, viendo a Steiner mirar por la ventana del cobertizo, agitó la cabeza para indicarle que el cohete estaba preparado para cargarlo, así que Steiner dejó sus latas de *«halvah»* temporalmente. Cogiendo la carretilla, comenzó a empujar la carga de cajas a través del umbral del cobertizo para salir al suelo rocoso.

—Eso parece que pesa algo más de cien libras —dijo su técnico con aire crítico, mientras Steiner se acercaba empujando la carretilla.

—Son cajas muy ligeras —contestó Steiner. Contenían hierba seca que, en las Islas Filipinas, era manufacturada de tal manera que al final resultaba algo muy parecido al *«hachís»*[6]. Se fumaba dentro de una mezcla de tabaco corriente de Virginia y alcanzaba un precio terrible, en los Estados Unidos. Steiner jamás había probado la droga; para él, la salud física y moral eran una sola cosa... creía en sus alimentos saludables y nunca fumaba ni bebía.

Otto y él cargaron el cohete con la mercancía, lo cerraron herméticamente y luego Otto ajustó el sistema de guía para una hora determinada. Dentro de pocos días José Pesquito, allá en la patria, en Manila, descargaría el cohete, repasando el conocimiento de embarque incluido y preparando lo que Steiner necesitase para el viaje de regreso.

—¿Quiere usted llevarme volando? —preguntó Otto.

—Primero voy a Nueva Israel —dijo Steiner.

—Está bien. Tengo tiempo de sobra.

Otto Zitte, por sí mismo, manejó antaño un pequeño negocio de mercado negro; trataba exclusivamente en equipo electrónico, componentes de gran fragilidad y pequeño tamaño, que eran introducidos de contrabando a bordo de los transportes comunes, precisamente en las naves que operaban entre la Tierra y Marte. Y en tiempos pasados intentó importar tales mercancías de gran precio en el mercado negro, como máquinas de escribir, cámaras, magnetofones, pieles y whisky, pero la competencia le echó fuera. El comercio con aquellos artículos de primera necesidad de la vida, vendiéndolos en masa por las colonias, estaba ocupado por los grandes peces gordos profesionales del mercado negro que estaban respaldados por un capital enorme y empleaban un sistema de transportes a gran escala. Y, de cualquier forma, Otto no tenía ninguna afición. Quería ser reparador; de hecho, había venido a Marte con ese propósito, sin saber que dos o tres firmas monopolizaban el negocio de las reparaciones operando como sindicatos exclusivos, al igual que la Compañía Yee, para la que el vecino de Steiner, Jack Bohlen, trabajaba. Otto soportó las pruebas de aptitud, pero no resultó lo bastante bueno. Por tanto, después de un año o así en Marte, se puso a trabajar para Steiner y a dirigir su pequeña operación de importación. Resultaba humillante para él, pero por lo menos no efectuaba ningún trabajo manual en una de las brigadas obreras de las colonias teniendo que salir a sufrir el sol calcinante del desierto.

Mientras Otto y Steiner volvían paseando hasta el cobertizo almacén, el segundo dijo:

—Personalmente no puedo soportar a esos israelitas, aunque tengo que tratar con ellos casi siempre. Su modo de vivir es antinatural, en esos barracones y siempre tratando de plantar huertos, naranjos y limoneros, ya sabes. Tienen la ventaja sobre todos los demás de que allá en la patria vivían casi como lo hacen aquí, con el desierto y apenas sin ningún recurso.

—Cierto —contestó Otto—. Pero hay que reconocerles una cosa; realmente son trabajadores. Entre ellos no hay perezosos.

—Y no sólo eso —afirmó Steiner—, son hipócritas con lo referente a los alimentos. Mira cuantas latas me compran de carne guisada. Ninguno de ellos sigue las leyes dietéticas.

—Bueno, si no quieres que quebranten la ley, no les sirvas —concluyó Otto.

—La cosa es asunto suyo, no mío —dijo Steiner.

Tenía otro motivo para visitar Nueva Israel, un motivo que ni siquiera Otto sabía. Un hijo de Steiner vivía allí, en un campamento especial para los que se consideraban «niños anómalos». El término convenía a cualquier criatura que difiriese de la norma, bien física o psicológicamente, hasta el extremo de no poder ser educado en la escuela pública. El hijo de Steiner era de ese género y durante tres años el instructor del campamento trabajaba con él, intentando adaptarle la comunicación con la cultura humana en la que había nacido.

Tener un chico retraído era una vergüenza especial, porque los psicólogos creían que la tal condición venía de un defecto en los padres, de ordinario un temperamento esquizoide. Manfred Steiner, de diez años, jamás sabía una palabra. Corría de puntillas, gritando a la gente como si las personas fuesen cosas peligrosas y punzantes. Físicamente era un muchacho rubio, desarrollado y de mucha salud y durante el primer año o así los Steiner estaban contentos de tenerle. Pero ahora ni siquiera el instructor del Campamento B-G podía darles ligeras esperanzas. Y por naturaleza, por su empleo, los instructores son siempre optimistas.

—Bien puede que me quede todo el día en Nueva Israel —dijo Steiner mientras en compañía de Otto cargaba las latas de *«halvah»* en el helicóptero—. Tengo que visitar todos los *«kibbutz»* del lugar y eso lleva horas.

—¿Por qué no quiere que le acompañe? —preguntó Otto, casi acalorado.

Steiner arrastró los pies, inclinó la cabeza y contestó con tono de disculpa:

—Me entiendes mal. Me gusta la compañía, pero... —durante un instante pensó en decirle a Otto la verdad—. Te llevaré hasta la terminal del tractor-bus y te dejaré allí, ¿de acuerdo? —Se sentía cansado. Cuando llegase al Campamento B-G encontraría a Manfred igual, sin aguantar la mirada de nadie, siempre merodeando por la periferia, más como un animal tenso y alerta que un niño... Apenas valía la pena ir, pero debía de hacerlo.

En su propia mente, Steiner echaba las culpas a su esposa;

cuando Manfred era un niño, jamás le hablaba o le mostraba el menor afecto. Habiendo recibido instrucción de química, ella tenía una actitud indiferente e intelectual, inadecuada en una madre. Bañaba y daba de comer a la criatura como si fuese un animal de laboratorio, una rata blanca. Le mantenía limpio y sano, pero jamás le cantaba, reía con él, y utilizaba lenguaje alguno. Así que, naturalmente, se convirtió en un retraído, ¿qué otra cosa podía hacer? Steiner, pensando en eso, se sintió triste. No valía la pena casarse con una mujer que tuviese grado de maestría. Cuando pensaba en el chico de los vecinos Bohlen, gritando y jugando... sentía cierta envidia, pero, claro, estaba Silvia Bohlen, una madre genuina y muy mujer, vital, con atractivo físico, «viva». Cierto, que era dominante y egoísta... tenía un sentido muy desarrollado de lo suyo, de lo propio. Pero por eso la admiraba. No era una mujer sentimental; se mostraba fuerte; por ejemplo, había que considerar la cuestión del agua y su actitud. No era posible desmoronarla, incluso alegando que tenía filtración en su propio tanque de agua y que había consumido el suministro de dos semanas. Pensando en eso, Steiner sonrió de mala gana. Silvia Bohlen no se dejó engañar ni por un momento.

—Entonces, déjeme en el terminal del bus —dijo Otto.

Con alivio, Steiner contestó:

—Perfecto. Así no tendrás que soportar a esos israelitas.

Mirándole de reojo, Otto insistió:

—Le repito, Norbert, que no me importa reunirme con ellos.

Juntos entraron en el helicóptero. Steiner se sentó ante los mandos y puso en marcha el motor. Nada más dijo a Otto.

* * *

Mientras posaban su helicóptero en el Weizmann Field, al norte de Nueva Israel, se sintió culpable de haber hablado mal de los israelitas. Lo había hecho sólo como parte de su alegato destinado a disuadir a Otto de que le acompañase, pero, sin embargo, no es justo; ir resultaba contrario a sus sentimientos auténticos. Una vergüenza, comprendió. Por eso lo había dicho; vergüenza a causa de su hijo tarado en el Campamento B-G... Era algo que podía obligar a un hombre a decir cualquier insensatez.

Sin los israelitas, su hijo carecería de cuidados. No existían en Marte ningunas otras facilidades para los niños anormales, aunque

había docenas de instituciones para ellos en la patria, lo mismo que cualquier otra clase de comodidades que uno pudiera imaginar. Y el coste de mantener a Manfred en el campamento era tan bajo que resultaba una mera formalidad. Mientras aparcaba el helicóptero y bajaba, Steiner sintió crecer su sentido de culpabilidad hasta preguntarse cómo podría enfrentarse a los israelitas. Le parecía que podrían leerle el pensamiento, intuir de algún modo lo que había dicho refiriéndose a ellos cuando se encontraba en otra parte del planeta.

Sin embargo, el personal del campo israelí saludó complacido y su sentimiento de culpa comenzó a desvanecerse. Evidentemente, no se le notaba después de todo. Cargado con sus pesadas maletas, cruzó el campo hasta el aparcamiento en donde aguardaba el tractor-bus para llevar pasajeros al barrio comercial de la ciudad.

Ya había subido al vehículo y estaba poniéndose cómodo cuando recordó que no había traído ningún regalo para su hijo. La señorita Milch, la instructora, le había dicho que trajese siempre un regalo, un objeto duradero que sirviese a Manfred para acordarse de su padre después de que éste hubiera partido. *Tendré que detenerme en algún lugar*, se dijo para sí Steiner. *Comprar un juguete, o un juego, quizás*. Y entonces recordó que uno de los padres que visitaban a su hija en el Campamento B-G tenía una tienda de regalos en Nueva Israel; se llamaba señora Esterhazy; podría ir allí; la señora Esterhazy había visto a Manfred y comprendía en general a los niños anormales. Sabría qué darle y no haría preguntas embarazosas como: *¿es muy mayor su hijo?*

Descendió del bus en la parada más próxima de la tienda de regalos y caminó por la acera, disfrutando de ver las oficinas y establecimientos tan bien cuidados, aunque pequeños. Nueva Israel, en muchos sentidos, le recordaba a la patria; era una verdadera ciudad, más que Bunchewood Park en sí, o Lewistown. Se podía ver a mucha gente, la mayor parte de ella marchando presurosas como si tuviesen negocios que resolver y se empapó de atmósfera de comercio y actividad.

Llegó a la tienda de regalos, con su cartel moderno y sus grandes escaparates de cristal. A no ser por los matorrales marcianos que crecían en un macetón, podría haber parecido un almacén de la parte baja de Berlín. Entró y encontró a la señora Esterhazy de pie tras el mostrador, sonriendo al reconocerle. Era una hembra atractiva aunque matronal, cuarentona, con pelo negro y siempre bien vestida, de inteligente aspecto. Como todo el mundo sabía, la señora Esterhazy

era terriblemente activa en los asuntos cívicos y políticos; editaba un boletín y pertenecía a un sinfín de comités.

Tenía un niño en el Campamento B-G y era un secreto conocido sólo por unos pocos de los demás padres y, claro, por el personal del campamento. Era un niño muy pequeño, de sólo tres años, que sufría de uno de los más formidables defectos físicos asociados con la exposición a los rayos gama durante su existencia intrauterina. Le había visto una vez sola; había muchas terribles anormalidades en el Campamento B-G. Al principio le asombró; el niño Esterhazy era tan pequeño y tan despeinado, con unos ojos enormes como los de un lémur. Tenía unos dedos peculiarmente unidos por una especie de tela como la de los patos, como si estuviesen destinados a un mundo acuático. Tuvo entonces la sensación de que era una criatura sorprendentemente aguda en sus percepciones; la estudió con profundo interés, pareciendo alcanzar cierta profundidad en su yo, de ordinario inaccesible, ni siquiera para sí... Le parecía hurgar en sus secretos, pero luego inmediatamente se retiró, aceptándole sobre las bases de lo que había captado.

El niño, según se enteró, era marciano, es decir, nacido en Marte, de la señora Esterhazy y de algún hombre que no era su marido, puesto que ella ya no estaba casada. Eso lo dedujo de su conversación; la mujer actuó sin escándalo alguno. Se había divorciado hacía cierto número de años. Evidentemente, pues, el niño del Campamento B-G había nacido fuera de los vínculos matrimoniales, pero la señora Esterhazy, como muchísimas mujeres modernas, no lo consideraba una desgracia. Steiner compartía su opinión.

Dejando en el suelo sus pesadas maletas, Steiner dijo:

—Que bonita tienda tiene usted aquí, señora Esterhazy.

—Gracias —contestó ella, rodeando el mostrador para salirle al encuentro—. ¿En qué puedo servirle, señor Steiner? ¿Viene a venderme *yogurt* y gérmenes de trigo? —los ojos oscuros de ella relucieron.

—Necesito un regalo para Manfred —dijo Steiner.

Una expresión suave y compasiva apareció en el rostro de ella.

—Comprendo. Bueno... —se apartó de él, hacia uno de los mostradores—. Vi a su hijo el otro día, cuando visitaba el B-G. ¿Ha mostrado algún interés en la música? A menudo los chicos retraídos

disfrutan con la música.

—Siente afición a dibujar. Se pasa todo el tiempo pintando.

La señora Esterhazy tomó un pequeño instrumento de madera, parecido a una flauta.

—Es producto de la localidad. Y, además, muy bien hecho —se lo tendió.

—Sí —dijo Steiner—. Me lo llevaré.

—La señorita Milch utiliza la música como método de llegar a los chicos retraídos del B-G —le aseguró la señora Esterhazy mientras iba a envolver la flauta de madera—. En particular, la danza —se quedó dudando—. Señor Steiner, ya sabe que estoy en constante contacto con el grupo político de la patria. Yo... hay un rumor de que las NU están considerando... —bajó la voz, palideció—. Me sabría mal causarle preocupaciones, señor Steiner, pero si hay algo de verdad en esto, y con certeza parece que la hay...

—Siga —pidió. Pero ahora deseaba no haberse entrado. La señora Esterhazy estaba en contacto con los acontecimientos importantes y eso le ponía intranquilo aunque sólo fuese por saberlo, sin necesidad de oír más.

—Se supone que en las NU haya ahora un debate sobre cierta medida relacionada con los niños anómalos —dijo la señora Esterhazy con voz temblorosa—. Quizá provoque el cierre del Campamento B-G.

Al cabo de un momento, Steiner pudo decir:

—¿Pero por qué? —y se la quedó mirando.

—Temen...., bueno, no quieren ver que lo que ellos llaman «ganado defectuoso» aparezca en los planetas coloniales. Desean conservar pura la raza, ¿no lo comprende? Yo sí y, sin embargo... bueno, no estoy de acuerdo, probablemente a causa de mi propio hijo. No, no puedo estar de acuerdo. No se preocupan en la patria por los niños anormales, porque no sienten para ellos las aspiraciones que experimentan hacia nosotros. Tiene que comprender el idealismo de ansiedad que existe en torno nuestro... ¿Recuerda cómo se sintió antes de emigrar aquí con su familia? Allá en la patria ven que la existencia de niños anormales en Marte es un signo de que uno de los mayores problemas terrestres ha sido trasplantado al futuro, ya que *nosotros* somos el futuro, por lo menos para ellos, y...

Steiner la interrumpió.

—¿Está usted segura de esa noticia?

—Del todo —ella le miró, la barbilla alzada, sus ojos inteligentes, tranquilos—, No podemos descuidar las precauciones; sería terrible que cerrasen el Campamento B-G y... —no terminó. En sus ojos leyó algo indescriptible. Los niños anormales, su hijo y el de él, serían asesinados por algún sistema científico, indoloro, instantáneo. ¿Quería decirle eso?

—Dígalo —la apremió.

La señora Esterhazy habló:

—Los niños serían puestos a... dormir.

Agitado, contestó:

—Querrá decir que los matarían.

—¡Oh! —exclamó ella—, ¿cómo puede usted hablar así, como si no le importase? —le miró horrorizada.

—¡Cristo! —exclamó él con amarga violencia—. ¡Sí hay algo de verdad en esto...! —pero no le creyó. Quizá porque no quería creerle, porque la cosa resultaba demasiado fantasmal. *No,* pensó, *no podía ser; ella había captado algún rumor histérico*. Puede que estuvieran votando algún proyecto para algún aspecto tan esencial de este asunto que quizás afectase al Campamento B-G y a sus niños en cierto modo. Pero ellos, los padres de los niños anormales, siempre habían vivido bajo ese temor. Habían leído los decretos de esterilización de ambos padres y de la castración en casos en que se probara que los elementos genéticos habían sido alterados permanentemente, por regla general en casos de exposición a la radiación gama en una cantidad extraordinaria.

—¿Quiénes, en las Naciones Unidas, son los autores de este decreto? —preguntó.

—Hay seis miembros en el Comité de Sanidad Interplanetaria y de Bienestar que se supone han redactado el proyecto —ella comenzó a escribir—. Aquí tiene sus nombres. Ahora, señor Steiner, lo que me gustaría es que viese a estos individuos y que hiciese saber a quien pueda que...

Apenas la escuchó. Pagó el importe de la flauta, le dio las gracias, aceptó el papel plegado y se dirigió al exterior de la tienda de objetos de regalo.

¡Maldición, como deseaba no haber entrado! ¿Disfrutaba ella contando tales historias? ¿No había bastantes dificultades en el mundo sin que los cuentos de viejas chismosas fueran retransmitidos por las mujeres maduras que no tenían nada que ver con los asuntos públicos?

Pero en su interior, una voz le estaba diciendo: *Ella puede tener razón. Hay que enfrentarse a las cosas*. Cogiendo las pesadas maletas con fuerza, siguió andando, confuso de su estado, sin darse apenas cuenta de las pequeñas tiendas nuevas por las que pasó mientras se dirigía hacia el Campamento B-G y al hijo que le esperaba.

* * *

Cuando entró en la cúpula acristalada del gran solano del Campamento Ben-Gurion, allí estaba la joven y rubia señorita Milch, con su bata de trabajo y sandalias, toda manchada de arcilla y pintura, con una expresión extraña haciéndola fruncir las cejas. Levantó la cabeza y se apartó un mechón de cabello de la cara, acercándose al visitante.

—Hola, señor Steiner. ¡Qué día hemos tenido! Dos niños nuevos y uno de ellos un verdadero horror.

—Señorita Milch —dijo él— acabo de hablar con la señora Esterhazy en la tienda...

—¿Le habló del supuesto decreto de las NU? —la señorita Milch parecía cansada—. Sí, existe tal decreto. Arnie consigue siempre las mejores noticias, aunque no tengo idea de cómo lo logra. Pruebe de no mostrar ninguna agitación cuando esté con Manfred, si le es posible; se muestra un poco trastornado por los recién llegados de hoy —abrió la marcha para conducir al señor Steiner hasta la sala de juegos en donde su hijo estaba, pero él la alcanzó deteniéndola.

—¿Qué podemos hacer para impedir ese decreto? —preguntó sin aliento. Dejó sus maletas, sosteniendo tan sólo el papel en que estaba envuelta la flauta de madera comprada a la señora Esterhazy.

—Me parece que no podemos hacer nada —contestó la señorita Milch. Siguió adelante hasta la puerta y la abrió. El sonido de voces infantiles llegó, agudo y alto, hasta sus oídos—. Naturalmente, las

autoridades de Nueva Israel y de la patria, en la propia Israel, han presentado furiosas protestas, lo mismo que diversos gobiernos. Pero la cosa resulta todavía secreta; el decreto no se ha divulgado y hay que hacer todas las cosas por bajo mano, para no provocar el pánico. Resulta un asunto un poco delicado. Nadie sabe realmente hacia dónde se inclinaría el sentimentalismo público en esto, o si siquiera hay que hacerle caso —su voz, cansada y quebradiza, monótona, sonaba como si estuviera a punto de desplomarse. Pero luego pareció animarse. Le dio unas palmaditas en el hombro—. Creo que lo mejor que podrían hacer, una vez cerrado el B-G, es deportar a los niños anormales a la patria; no creo que vayan tan lejos como para destruirles.

—Les instalaría en campamentos allá en la Tierra —dijo Steiner rápidamente.

—Vamos a buscar a Manfred —anunció la señorita Milch—. ¿De acuerdo? Creo que sabe que hoy es cuando debía usted venir; estaba plantado junto a la ventana, pero claro, lo hace con mucha frecuencia.

De pronto, para su propia sorpresa, Steiner dijo con voz sofocada:

—Me pregunto si quizás están en lo cierto. ¿Para qué sirve tener un niño que no puede hablar o vivir entre las personas?

La señorita Milch le miró de reojo, pero sin pronunciar palabra.

—Nunca podrá desempeñar un empleo —continuó Steiner—. Será siempre una carga para la sociedad, como lo es ahora. ¿No es esa la verdad?

—Los niños retraídos siguen desconcertándonos —dijo la señorita Milch—. Por qué lo son y cómo han llegado a esa condición y cuál es su tendencia de evolucionar mentalmente; cosa que suelen hacer de repente, sin motivo en apariencia después de años completos de fracaso en responder a los estímulos, es cosa que ignoramos.

—Pienso que si hago caso a mi conciencia no puedo oponerme a ese decreto —dijo Steiner—. No después de haberlo meditado. Ahora que pasó la primera impresión... Sería algo justo... Presiento que es justo —le temblaba la voz.

—Bueno —dijo la señorita Milch—. Me alegro que no le dijese eso Anne Esterhazy, porque nunca lo hubiese dejado marchar; le hubiera soltado discursos hasta convencerle para que fuera de su

parecer —abrió la puerta de la gran sala de juegos—. Manfred está en aquel rincón —añadió.

Viendo a su hijo desde lejos, pensó Steiner: *nunca sabrás cómo mirarle*. La gran cabeza bien formada, el pelo rizado, los rasgos hermosos... El muchacho estaba inclinado, absorto en algún objeto que tenía en las manos. Era un chico realmente guapo, con ojos que brillaban a veces burlones, a veces con alegría y excitación... y con una terrible coordinación. El modo en que corría, de puntillas, como si bailase al son de alguna música inaudible, alguna tonada interna de su propio cerebro, cuyo ritmo le mantenía en trance, era sorprendente.

Somos verdaderos seres pedestres comparados con él, pensó Steiner. *Plomizos, marchamos como masa, mientras que él danza y salta como si la gravedad no ejerciese en su persona la menor influencia, lo contrario a lo que nos ocurre a nosotros. ¿Podría estar hecho de alguna clase nueva y distinta de átomos?*

—Hola, Manny —dijo el señor Steiner a su hijo.

El muchacho no levantó la cabeza ni mostró signo alguno de darse cuenta; continuó atento con el objeto.

Escribiré a los que han redactado el decreto, pensó Steiner, *y les diré que tengo un niño en el campamento. Y que estoy de acuerdo con ellos*.

Sus pensamientos le asustaron.

Manfred, me has convencido. Mi odio hacia ti sale a la superficie, puesto en libertad por la noticia. Ahora comprendo por qué la debaten en secreto; muchas personas poseen este odio, apuesto a que sí, aunque anida en su interior, sin reconocerlo.

—No te daré una flauta, Manny —dijo Steiner—. ¿Para qué iba a dártela? ¿Te importa algo? No —el muchacho siguió sin dar ninguna señal de escuchar—. Nada —continuó Steiner—. Es como si hablara al vacío.

Mientras Steiner permaneció allí, el doctor Glaub, alto, esbelto, con su bata blanca, llevando su tablero de notas, se acercó. Steiner se dio cuenta de su presencia y se sobresaltó.

—Hay una nueva teoría con respecto al retraimiento —dijo el doctor Glaub—. La elaboró Berghölzlei, en Suiza. Desearía discutirla con usted, porque parece ofrecernos un nuevo camino para abordar a

su hijo.

—Lo dudo —contestó Steiner.

El doctor Glaub no pareció oírle, continuó:

—Presume un fallo del sentido del tiempo en el individuo retraído de modo que el medio ambiente que le rodea es tan acelerado que no puede seguir su paso, de hecho, siendo incapaz de percibirlo adecuadamente, precisamente como nos pasaría a nosotros si nos enfrentásemos a un programa de televisión ultraveloz, de modo que los objetos pasasen tan rápidos que fuesen invisibles y el sonido fuese como un murmullo... ¿se da cuenta? Sólo un chirriar en tono alto. Esta nueva teoría colocaría al niño retraído en una cámara cerrada, enfrentándole una pantalla en la que las secuencias filmadas se proyectasen a poca velocidad... ¿comprende? Tanto sonido como video en marcha lenta, tan despacio que usted ni yo no podríamos percibir el movimiento ni comprender los sonidos del lenguaje humano.

Cansino, Steiner dijo:

—Fascinante. Siempre hay algo nuevo en la psicoterapia, ¿verdad?

—Sí —asintió el doctor Glaub—. Especialmente por parte de los suizos; son ingeniosos en comprender los impulsos motores de las personas perturbadas, de los individuos enclaustrados, arrancados de los medios ordinarios de comunicación, aislados... ¿comprende?

—Perfectamente —dijo Steiner.

El doctor Glaub, todavía asintiendo, había seguido avanzando, para detenerse junto a otro padre, a una mujer, que estaba sentada con su niñita, ambas examinando un libro de imágenes en tela.

Esperanzas antes del diluvio, pensó Steiner. *¿Acaso sabe el doctor Glaub que cualquier día las autoridades de la Tierra pueden cerrar el Campamento B-G? El buen doctor trabaja con una inocencia idiota, feliz con sus esquemas*.

Caminando tras el doctor Glaub, Steiner aguardó hasta que hubo una pausa en la conversación y entonces dijo:

—Doctor, me gustaría discutir un poco más esa nueva teoría.

—Sí, sí —dijo el médico, excusándose ante la mujer y su niña; se llevó aparte a Steiner, donde pudieran hablar en privado—. Este concepto de la proporción de los tiempos puede abrir una puerta hasta las mentes tan fatigadas por la tarea imposible de la comunicación en un mundo en donde todo ocurre con tanta rapidez que...

Steiner le interrumpió.

—Supongamos que su teoría resulta. ¿Cómo puede ayudar a una función individual? ¿Intenta mantenerlo en una cámara cerrada con la pantalla de imágenes lentas pasando ante sus ojos durante el resto de su vida? Creo, doctor, que ustedes están aquí jugando. No se enfrentan a la realidad. Todos en el Campamento B-G, son muy virtuosos, carecen de malicia. Pero el mundo exterior... no es así. Este lugar es noble, idealista, pero se engañan ustedes mismos. Por eso en mi opinión también engañan a los pacientes; perdóneme por decírselo. Esta cámara cerrada lenta les resume a todos en general, y especialmente a la actitud suya.

El doctor Glaub escuchaba, asintiendo, con una expresión atenta en el rostro.

—Se nos ha remitido equipo práctico —dijo cuando Steiner hubo acabado—. Desde *Westinghouse*, allá en la Tierra. La comunicación con los demás en la sociedad se conseguía primariamente a través del sonido y *Westinghouse* nos ha diseñado un grabador de audio que capta el mensaje dirigido al individuo psicótico; por ejemplo, su hijo Manfred... Luego, tras grabar el mensaje en cinta de óxido de hierro, lo reproduce casi al instante para él, pero a velocidad inferior, luego se borra y registra el siguiente mensaje, etc., con el resultado de que se establece un contacto permanente con el mundo exterior, a la propia velocidad del tiempo del enfermo. Y más tarde esperamos tener en nuestras manos un grabador de video que presentará un registro constante, pero lento, de la porción visual de la realidad para el paciente, sincronizado con la parte de audio. Reconocidamente, dará un paso arrancando de su aislamiento y poniéndole en contacto con la realidad y los problemas de comunicación que presenten dificultades... pero estoy en desacuerdo cuando usted dice que es demasiado idealista para resultar útil. Observe la terapia química que se intentó no hace mucho. Los estimulantes extendieron el sentido interior del tiempo de los psicóticos de forma que podían comprender los estímulos que se le introducen, pero nada más que el estimulante perdía efectos, el conocimiento del psicópata disminuía mientras su metabolismo defectuoso recuperaba la anormalidad... ¿comprende? Sin embargo,

hemos aprendido mucho de eso; hemos aprendido que la psicosis tiene una base química, no psicológica. Sesenta años de nociones erróneas quedaron trastornadas con un solo experimento, utilizando el amital de sodio...

—Sueños —interrumpió Steiner—. Nunca establecerá contacto con mi hijo —y dando media vuelta, se alejó del doctor Glaub.

* * *

Del Campamento B-G fue en bus hasta un elegante restaurante, *«El Zorro Rojo»*, que siempre le compraba muchas de sus mercancías. Después de acabar el negocio con el propietario, se sentó un rato en el bar, tomándose una cerveza.

El modo en que le había hablado el doctor Glaub... era la clase de estupidez que les había llevado a Marte en primer lugar. A un planeta en donde un vaso de cerveza costaba el doble que un baso de whisky escocés, porque tenía mucha más agua.

El propietario de *«El Zorro Rojo»*, un hombre gordo, pequeño, calvo, con gafas, se sentó cerca de Steiner y dijo:

—¿Por qué está tan triste, Norb?

—Van a cerrar el Campamento B-G —dijo Steiner.

—Bien —contestó el propietario de *«El Zorro Rojo»*—. No nos hacen falta esos monstruos aquí en Marte; resulta mala publicidad.

—De acuerdo —asintió Steiner—. Por lo menos hasta cierto punto —añadió.

—Es como esos niños con aletas de foca de los años sesenta, cuando se empleaba aquella droga alemana. Tuvieron que ser destruidos todos; hay abundancia de niños sanos y normales nacidos, ¿para qué aguantar a los otros? Si usted tuviese un hijo con brazos extra o sin ellos, deforme, en cierto modo no querría conservarlo vivo, ¿verdad?

—No —contestó Steiner.

No dijo que el hermano de su esposa en la Tierra era un focomelo[7]; nació sin brazos y utilizó unos artificiales diseñados para él por una empresa canadiense que se especializaba en tales prótesis.

De hecho, nada dijo a aquel hombre porcuno; bebió su cerveza y se quedó mirando con fijeza las botellas de detrás del mostrador. No le gustaba en absoluto aquel tipo y jamás le había hablado de Manfred. Conocía los profundos perjuicios del individuo. No es que fuese raro. Steiner se sentía incapaz de experimentar resentimiento hacia su interlocutor; simplemente estaba cansado y no quería discutir.

—Eso fue el principio —dijo el propietario—. Los niños nacidos en los primeros 60... Hay algunos en el Campamento B-G... me dan asco. Nunca he puesto un píe dentro de ese recinto y no lo haré jamás —aseguró.

—¿Cómo podría estar en el B-G? —preguntó Steiner—. Apenas son anormales; anormales significa únicos en su especie.

—Oh, sí —reconoció el hombre—. Comprendo lo que quiere decir. De todas formas, si los destruyeron hace años no deberíamos tener lugares tales como el B-G, porque en mi cerebro hay un eslabón de enlace directo entre los monstruos nacidos en los años 60 y todos esos que se supone que nacieron desde entonces debido a la radiación; me refiero a que todo se debe a los genes subnormales, ¿no? Ahora me parece que esa teoría la tuvieron los nazis; vieron la necesidad de cortar por lo sano las tendencias genéticas inferiores allá en 1930; previeron...

—Mi hijo... —comenzó Steiner y se detuvo. Y se dio cuenta de lo que había dicho. El hombre porcuno le miró con fijeza—. Mi hijo está allí... —continuó por fin Steiner—. Significa todo para mí como su hijo lo pueda representar para usted. Sé que algún día saldrá a fundirse en la corriente de este mundo real.

—Permítame que le invite a un trago. Norb —dijo el propietario —, para demostrarle lo mucho que lamento lo que he dicho; me refiero, a la forma en que he hablado.

—Si cierran el B-G será una calamidad demasiado grande para que la podamos soportar; me refiero a los que tenemos niños internos. Yo no podría aguantarlo —dijo Steiner.

—Entiendo lo que siente usted —dijo el hombre porcuno—. Comprendo sus sentimientos.

—Entonces, si los comprende es que es superior a mí —afirmó Steiner—, por que yo no saco ningún sentido de ellos —dejó sobre el mostrador el vaso vacío y bajó del taburete—. No quiero beber más — dijo—. Perdóneme, he de marchar. —Recogió sus pesadas maletas.

—Ha estado usted viniendo aquí mucho tiempo —dijo el propietario—, y hemos hablado en abundancia del campamento y jamás me contó que tuviese un hijo interno. Eso no es jugar limpio — ahora parecía enfadado.

—¿Por qué no?

—Diablos, de haberlo sabido no hubiese dicho lo que dije; es usted responsable, Norb... Pudo haber confiado en mí, pero con intención no lo hizo. No me gusta ni pizca —tenía el rostro rojo de indignación.

Llevando sus maletas, Steiner abandonó el bar.

—Hoy no es mi día —dijo en voz alta—. Discuto con todo el mundo; tendré que pasar las horas de mi próxima visita dando excusas... si es que llego a volver. Pero tengo que hacerlo; mi negocio depende de eso. Y he de detenerme en el Campamento B-G; no hay otro remedio.

De pronto se le ocurrió que podía suicidarse. La idea apareció en su mente de golpe, pero como si siempre hubiese estado allí, formando parte de él. Era fácil hacerlo; simplemente bastaba con estrellar el helicóptero. *Estoy muy cansado de ser Norbert Steiner,* pensó; *yo no podía ser Norbert Steiner o vender alimentos en el mercado negro, ni nada por el estilo. ¿Qué motivos tengo para seguir vivo? Soy un inútil con las manos, no puedo arreglar ni hacer nada; tampoco puedo utilizar mi mente, soy un simple vendedor. Estoy cansado del desprecio de mi esposa porque no puedo mantener en marcha nuestra maquinaria hidráulica... estoy cansado de Otto a quien tuve que contratar porque soy un inútil incluso en mi propio negocio*.

De hecho, pensó, *¿para qué esperar hasta que regrese al helicóptero?* Por la calle venía un enorme y traqueteante tractor-bus, sucio de arena; acababa de cruzar el desierto, procedía de algún lugar viniendo a Nueva Israel con su carga humana. Steiner dejó sus maletas en el suelo y entró corriendo en la calle, dirigiéndose hacia el tractor-bus.

El vehículo hizo sonar la sirena; sus frenos de aire chirriaron. El resto del tráfico se detuvo mientras Steiner corría hacia delante, la cabeza gacha, los ojos cerrados. Sólo en el último momento, con el sonido del claxon tan alto en sus oídos que se le hacía insoportablemente doloroso, abrió los ojos; vio al conductor del autobús mirándole boquiabierto, vio la rueda del volante y el número de la gorra del conductor. Y entonces...

* * *

En el solario del campamento Ben-Gurion la señorita Milch oyó los sonidos de las sirenas y se detuvo en medio de la danza de *«Sugar Plum Fairy»*[8], de la *«Suite Cascanueces»* de Tchaikovsky que estaba tocando en el piano para que los niños bailaran.

—¡Fuego! —exclamó uno de los niñitos, yendo hasta la ventana. Los demás le siguieron.

—No, es una ambulancia, señorita Milch —dijo otro muchacho desde la ventana—, va hacia la parte baja de la ciudad.

La señorita Milch siguió tocando y los niños ante el sonido del ritmo que venía del piano volvieron a sus sitios. Eran como osos del zoo haciendo gracias para que les tirasen cacahuetes; la magia de la música se los sugería y la señorita Milch les dijo que siguiesen y actuasen como los osos.

A un lado Manfred permaneció sin oír la música, la cabeza gacha, en el rostro una expresión pensativa. Mientras las sirenas bramaron fuertes durante un momento, Manfred alzó la cabeza. Al fijarse en eso, la señorita Milch musitó una plegaria. ¡El muchacho había oído! Aporreó el piano emitiendo la música de Tchaikovsky más fuerte que nunca, sintiéndose alegre: ella y los médicos tenían razón, porque a través del sonido se había establecido contacto con el muchacho. Ahora Manfred marchó lentamente hasta la ventana para mirar hacia fuera; a solas miró los edificios y a las calles de abajo, buscando el origen del ruido que le había despertado, que le había llamado la atención.

Después de todo, las cosas no son tan desesperadas, se dijo para sí la señorita Milch. *Cuando su padre se entere, se arrepentirá de haber sentido desánimo*.

Siguió tocando, en tono alto y feliz.

CAPÍTULO IV

Cuando David Bohlen estaba construyendo un dique de tierra húmeda al extremo del jardín huerto de la familia, bajo el cálido sol marciano de media tarde, vio cómo bajaba el helicóptero de la Policía de las NU y aterrizaba ante la casa de los Steiner. Supo al instante que algo ocurría.

Un policía de las NU, con su uniforme azul y su casco brillante, bajó del helicóptero y ascendió por el sendero hacia la puerta principal de los Steiner. Cuando dos de las niñas aparecieron el policía las saludó. Luego habló a la señora Steiner, desapareció en el interior y la puerta se cerró.

David se levantó y corrió desde el jardín, cruzando la zona de arena hasta el canal; lo saltó y cruzó el sendero de tierra apisonada en donde la señora Steiner trató sin éxito de cultivar pensamientos y al llegar a la esquina de la casa se tropezó con una de las niñas Steiner; estaba arrancando un tallo de hierba peluda, el rostro blanco. Parecía como si estuviera a punto de ponerse enferma.

—Eh, ¿qué hay de malo? —le preguntó—. ¿Por qué el policía está hablando con tu madre?

La Steiner le miró y luego se alejó corriendo, dejándole plantado.

Apuesto a que sé lo que es, pensó David. *El señor Steiner ha sido arrestado por haber hecho algo ilegal*. Se sintió excitado y se preguntó qué es lo que habría hecho. Dando media vuelta, regresó por donde había venido, saltó una vez más el canal de agua y por último abrió la puerta de su casa.

—¡Mamá! —gritó corriendo de cuarto en cuarto—, ¿verdad que papá y tú estaban siempre hablando de que el señor Steiner vivía al margen de la ley, me refiero a su trabajo? Bueno, ¿sabes qué ha pasado?

No pudo encontrar por ninguna parte a su madre; debía estar de visita, dedujo. Por ejemplo, en casa de la señora Henessy que vivía muy cerca, hacia el norte, siguiendo el canal; a menudo su madre se pasaba la mayor parte del día visitando a otras damas, tomando café con ellas e intercambiando chismorrerías. *Bueno, se lo están perdiendo*,

declaró David para sí. Corrió hasta la ventana y miró afuera, para asegurarse de que lo veía todo.

Ahora el policía y la señora Steiner habían salido y ambos caminaban lentamente hacia el helicóptero. La señora Steiner se llevaba un gran pañuelo al rostro y el policía la tomaba por el hombro, como si fuese pariente o algo por el estilo. Fascinado, David vio como los dos entraban en el helicóptero. Las niñas Steiner estaban en un grupito; sus rostros parecían raros. El policía se acercó, les habló, luego regresó a la aeronave y al fin se fijó en David. Le hizo un gesto para que saliese y David, sintiendo miedo, obedeció; emergió de la casa, parpadeando al recibir la luz del sol y paso a paso se acercó al agente del casco brillante, del brazalete y del arma en la cintura.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó el policía con un acento suave.

—David Bohlen. —Le temblaban las rodillas.

—¿Está en casa tu padre o tu madre, David?

—No —contestó—. Estoy solo.

—Cuando vuelvan tus padres diles que cuiden de los niños Steiner hasta que regrese la señora —el policía puso en marcha el motor del helicóptero y las aspas comenzaron a girar—. ¿Lo harás, David? ¿Has entendido?

—Sí, señor —contestó David, advirtiendo que el policía llevaba un galón azul, lo que significaba que era sueco. El muchacho conocía todas las señales de identidad que utilizaban las diferentes unidades de las NU. Se preguntó a qué velocidad podría viajar el helicóptero policial; parecía una máquina especialmente rápida y deseó poder viajar en ella: ya no tenía miedo del agente y le hubiera gustado seguir hablando más. Pero el policía se marchaba; el helicóptero se alzó del suelo y torrentes de viento y arena nacieron en torno a David, obligándole a dar media vuelta y a protegerse el rostro con el brazo.

Las cuatro niñas Steiner permanecían aún reunidas; ninguna de ellas hablaba. Una, la mayor, lloraba; las lágrimas le caían por las mejillas, pero no emitía sonido. La más pequeña, que sólo tenía tres años, sonrió tímidamente a David.

—¿Queréis ayudarme a terminar mi dique? —les preguntó David —. Podéis venir; el policía dijo que no pasa nada.

Al cabo de un momento la niña Steiner más pequeña se le acercó y luego la siguieron las demás.

—¿Qué os dijo de vuestro padre? —preguntó David a la mayor. Tenía doce años, era mayor que él—. El policía dijo que podías decírmelo —añadió mintiendo.

No hubo respuesta; la chica se limitó a mirarle con fijeza.

—Si me lo dices —continuó David—, no se lo contaré a nadie. Prometo conservarlo en secreto.

* * *

Tomando sol en el patio cercado y emparrado de June Henessy, bebiendo té helado y conversando adormiladamente, Silvia Bohlen oyó la radio desde el interior de la casa dar las últimas noticias de la tarde.

A su lado, June se levantó y dijo:

—Vaya, ¿no es ese el vecino tuyo?

—¡Chist! —exclamó Silvia, escuchando con atención las palabras del locutor. Pero no lo demás, sólo la breve mención; Norbert Steiner, comerciante en alimentos saludables, se había suicidado en una de las calles de Nueva Israel, arrojándose al paso de un autobús. Era el mismo Steiner, de acuerdo; se trataba de su vecino, lo supo de inmediato.

—¡Qué terrible! —exclamó June, incorporándose y abotonándose los tirantes de su traje de baño de algodón—. Sólo le vi un par de veces, pero...

—Era un hombrecillo horroroso —explicó Silvia—. No me sorprende que lo hiciese —y, sin embargo, se sentía asustada. No podía creerlo. Se puso en pie, diciendo—: con cuatro hijos... ¡Ha dejado a su viuda el cuidado de cuatro hijos! ¿No es eso terrible? ¿Qué va a ser de ellos? De cualquier modo, están desamparados.

—Tengo entendido —dijo June—, que comerciaba en el mercado negro. ¿Lo sabes tú? Quizá la ley se cerraba en su torno.

—Me acercaré a la casa y veré si puedo servir en algo a la señora Steiner —anunció Silvia—. Quizá pueda alojar a sus hijos durante una temporada. —*¿Pero es eso culpa mía?*, se preguntó.

¿Podría haberse suicidado porque le negué aquella agua, esta mañana? Es posible, porque él se encontraba allí; no se había ido todavía al trabajo.

Así que puede ser culpa nuestra, pensó. *Del modo en que los tratamos... ¿cuál de nosotros ha sido en realidad amable con ellos y les ha aceptado? Pero es que en verdad se trata de gente horrorosa, chillona, siempre pidiendo ayuda, rogando y tomando prestado... ¿quién podría respetarles?*

Entró en la casa, se cambió en el dormitorio poniéndose sus pantalones y su camisa de cuello abierto. June Henessy la acompañó.

—Sí —dijo June—, tienes razón... Tendremos que ayudarla en lo que podamos. Me pregunto si se quedará aquí o si volverá a la Tierra. Yo volvería... Estoy dispuesta prácticamente a regresar en cualquier momento, esto es tan aburrido —reconoció.

Cogiendo su bolso y los cigarrillos, Silvia se despidió de June e inició el camino de regreso canal abajo hasta su propia casa. Llegó sin aliento, a tiempo de ver cómo el helicóptero de la Policía desaparecía por el cielo. Eso era el aviso a la familia, imaginó. En el patio trasero encontró a David con las cuatro niñas Steiner; estaban ocupados jugando.

—¿Se llevaron a la señora Steiner? —preguntó a David.

El muchacho se puso rápidamente en pie y se acercó a ella excitado.

—Mamá, se fue con él: yo me ocupo de las niñas.

Eso es lo que me temía, pensó Silvia. Las cuatro niñas seguían sentadas ante el dique, jugando a un lento juego, patético, con el barro y el agua, ninguna de ellas alzando la vista para saludarla; parecían inertes, sin duda por la sorpresa de enterarse de la muerte de su padre. Sólo la más pequeña mostraba signos de revivir y probablemente no habría comprendido la noticia. *Ya,* pensó Silvia, *la muerte de ese hombrecillo se ha extendido y ha conmovido a las otras y la frialdad se extiende*.

Y ni siquiera le tuve simpatía nunca, pensó.

Ver a las cuatro chicas, le hizo enternecerse. *¿Acaso voy a tener que recoger a esas regordetas niñas de clase inferior?*, se preguntó a sí misma. El pensamiento de respuesta se abrió paso, echando a un lado

cualquier otra clase de consideraciones: *¡No quiero hacerlo!*. Sintió pánico, porque resultaba evidente que no le quedaba otro remedio; incluso ahora estaban jugando en su tierra, en su jardín... ya las tenía en su casa.

Esperanzada, la pequeña preguntó:

—¿Señorita Bohlen, podría darnos un poco más de agua para nuestro dique?

Agua, siempre deseando agua, pensó Silvia. *Siempre siendo una sanguijuela para nosotros, como si eso de pedir fuese un rasgo innato en ellas*. Ignoró a la niña y en su lugar habló a su hijo:

—Entra en la casa... quiero hablar contigo.

Juntos entraron; allá donde las niñas no podían oír lo que hablaran.

—David —dijo—, su padre ha muerto, lo dijeron por radio. Por eso vino la Policía y se la llevó. Tendremos que ayudarles durante una temporada —trató de sonreír, pero le fue imposible—. Sin embargo, por mucha antipatía que tengamos a los Steiner...

David la interrumpió:

—Yo no les tengo antipatía, mamá. ¿Cómo murió? ¿Tuvo un ataque al corazón? ¿Lo mataron los hombres tristes salvajes?

—No importa cómo le sobrevino la muerte; tenemos que pensar ahora en qué podemos hacer por esas niñas —tenía la cabeza vacía; no podía pensar en nada. Sólo sabía que no quería tener cerca suyo a las criaturas—. ¿Qué podríamos hacer?

—Quizá prepararles el almuerzo. Me dijeron que no habían comido, que la mayor estaba a punto de prepararlo.

Silvia salió de la casa y descendió por el sendero.

—Niñas, voy a prepararos el almuerzo para vosotras. Id a vuestra casa —aguardó un momento y luego empezó a dirigirse hacia la vivienda de los Steiner.

Cuando miró hacia atrás vio que le seguía únicamente la más pequeñita. La mayor dijo con voz lagrimosa:

—No, gracias. No tengo hambre.

—Será mejor que comáis —anunció Silvia, pero sintió alivio—. Ven —dijo a la pequeña—. ¿Cómo te llamas?

—Betty —contestó con timidez la niñita—. ¿Podría comer bocadillo de huevo? ¿Y beber cacao?

—Ya veremos si hay —dijo Silvia.

Más tarde, mientras la niña se comía su bocadillo de huevo y bebía sorbos de cacao, Silvia tuvo oportunidad de explorar la casa de los Steiner. En el dormitorio se tropezó con algo que le interesó: la foto de un niño pequeño con ojos grandes, oscuros, luminosos y pelo rizado; parecía, pensó Silvia, una criatura desesperada de algún otro mundo, algún lugar divino y terrible más allá de lo conocido.

Llevando la foto a la cocina preguntó a la pequeña Betty quién era.

—Mi hermano Manfred —respondió Betty, su boca llena de pan y huevo. Luego empezó a reír. Entre las risitas emergieron unas cuantas palabras dudosas y Silvia captó el hecho de que las chicas tenían orden de no mencionar a nadie la existencia de su hermano.

—¿Por qué no vive con vosotras? —preguntó Silvia, comida por la curiosidad.

—Está en un campamento porque no puede hablar —dijo Betty.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Silvia y pensó: *Sin duda en aquel campamento de Nueva Israel. No me extraña que las chicas tengan prohibido mencionarle; es una de esas criaturas anormales de las que tanto se habla, pero que nunca se ven*.

El pensamiento la puso triste. Una tragedia desconocida dentro del hogar de los Steiner; jamás se lo hubiera imaginado. Y fue precisamente en Nueva Israel donde el señor Steiner acabó con su vida. Indudablemente, estaba visitando a su hijo.

Entonces si esto nada tiene que ver con nosotros, decidió mientras regresaba la fotografía en su lugar en el dormitorio, la decisión del señor Steiner se basaba en cosa personal. Experimentó alivio.

Es extraño, pensó, *cómo uno siente una inmediata reacción de culpa y de responsabilidad cuando se entera de un suicidio. Si al menos no hubiese hecho esto, o lo otro... podría haberse evitado. Yo tengo la culpa*. Y

en este caso no fue así, en absoluto; ella era una extraña para los Steiner, sin compartir parte alguna de su vida actual, sólo imaginando, en un arranque de culpabilidad neurótica, que sí tenía relación.

—¿No veis nunca a vuestro hermano? —preguntó a Betty.

—Creo que lo vi el año pasado —contestó Betty dudosa—. Estaba jugando y le acompañaban otros chicos.

Ahora, en silencio, entraron las tres niñas mayores en la cocina y se plantaron junto a la mesa. Por último, la mayor habló:

—Hemos cambiado de idea, nos gustaría comer.

—De acuerdo —contestó Silvia—. Podéis ayudarme a romper los huevos y a pelarlos. ¿Por qué no vais en busca de David y también le daré de comer al mismo tiempo? ¿No seria divertido comer todos juntos?

Asintieron en silencio.

* * *

Subiendo por la calle principal de Nueva Israel, Arnie Kott vio a una multitud delante y a los coches detenidos junto al bordillo y se paró momentáneamente antes de dar la vuelta en dirección a la Tienda de Objetos de Arte Contemporáneo de Anne Esterhazy. *Algo ocurre*, se dijo para sí. *¿Un robo? ¿Una pelea callejera?*

Sin embargo, no tenía tiempo para investigar. Siguió su camino y al poco llegó a la tiendecita moderna que dirigía su ex esposa; con las manos en los bolsillos del pantalón, entró.

—¿No hay nadie? —preguntó jovial.

No había nadie. *Anne debió haber salido para curiosear el acontecimiento que provocaba la excitación*, se dijo Arnie para sí. No tenía sentido comercial[9]; ni siquiera cerró la tienda.

Un momento más tarde entró Anne presurosa, sin aliento.

—Arnie —exclamó sorprendida al verle—. Oh, Dios mío. ¿sabes lo que ha pasado? Hace un momento que le hablé: simplemente hablar, quizá no ha pasado una hora. Y ahora está muerto —las lágrimas le llenaron los ojos. Se desplomó sobre un sillón, encontró un *Kleenex* y se sonó—. Es simplemente terrible —dijo con voz apagada

—. Y no fue un accidente: lo hizo deliberadamente —añadió.

—Oh, ¿de modo qué es eso lo que ocurría? —dijo Arnie, deseando haberse acercado y echado un vistazo—. ¿A qué te refieres?

—Posiblemente no le conocías. Tiene un hijo en el campamento; por eso entré en relaciones con él—se frotó los ojos y se sentó durante un rato, mientras Arnie vagaba por la tienda. Por último, dijo—: Bueno, ¿en qué puedo servirte? Me alegro de verte.

—Mi maldita máquina de cifrar se estropeó —explicó Arnie—. Ya sabes lo difícil que es conseguir un Servicio de Reparaciones decente. ¿Qué podía hacer si no venir? ¿Te parece bien almorzar conmigo? Puedes cerrar la tienda un ratito.

—Claro —contestó distraída—. Déjame lavarme la cara. Siento como si me hubiese ocurrido a mí, Arnie. El bus le pasó por encima; lo ha convertido en pulpa, el conductor no pudo parar. Me gustaría almorzar... claro... quiero salir de aquí —entró presurosa en el lavabo y cerró la puerta.

Poco después las dos caminaban por la acera juntos.

—¿Por qué la gente se quita la vida? —preguntó Anne—. Yo sigo pensando, si pude haberlo evitado. Le vendí una flauta para su hijo. Todavía la tenía; la vi con su maleta en el bordillo... nunca se la entregó al niño. ¿Es ese el motivo... tiene que ver algo con la flauta? Me debatí entre la flauta y...

—Basta —le cortó Arnie—. No es culpa tuya. Escucha, sí un hombre quiso disponer de su vida, nada puede evitarlo. Y tu no puedes obligar a una persona a que lo haga; lo lleva en la sangre, en su destino. Vienen meditando hacerlo durante años con anticipación y luego resulta como una inspiración súbita; de repente... ¡paf! ¿lo comprendes? —la rodeó con el brazo y le dio palmaditas cariñosas.

Ella asintió.

—Ahora, quiero decir, tenemos al niño allí en el Campamento B-G, pero eso no nos deprime —continuó Arnie—. No es el fin del mundo, ¿de acuerdo? Seguimos adelante. ¿Dónde quieres comer? ¿Qué te parece ese restaurante de la otra parte de la calle*, «El Zorro Rojo»*? ¿Algo bueno? Me gustaría comer garbanzos fritos, pero diablos, hace casi un año desde la última vez que los vi. El problema del transporte tiene que resolverse o no emigrará nadie.

—En *«El Zorro Rojo»* no —dijo Anne—. Odio al hombre que lo dirige. Probemos aquella casita de la esquina: es nueva, no he estado nunca adentro. Tengo entendido que sirven bien.

Mientras se sentaban a la mesa del restaurante, esperando a que les sirvieran la comida, Arnie siguió desarrollando su punto de vista:

—Una cosa, cuando uno se entera de un suicidio, puedes estar seguro: el individuo sabía que no era un miembro útil para la sociedad. Esta es la verdadera realidad a la que ha tenido que enfrentarse, por eso lo hace, sabiendo que uno no es importante para nadie. De eso sí que estoy completamente seguro. Es algo natural... los inútiles se apartan, además, por su propia mano. Así que no perderé sueño jamás cuando me entere de un suicidio y te sorprendería saber cuántas muertes de las llamadas naturales aquí en Marte son en realidad suicidios; me refiero a que es el medio ambiente duro. Este lugar criba, separando a los aptos de los no aptos.

Anne Esterhazy asintió, pero no pareció animarse.

—Ahora este muchacho... —continuó Arnie.

—Steiner —dijo Anne.

—¡Steiner! —se la quedó mirando con fijeza—. ¿Norbert Steiner, el del mercado negro? —alzó la voz.

—Vendía alimentos saludables.

—¡Es ese individuo! —estaba abrumado—. ¡Oh, no, Steiner no! —cielos santo, obtenía de Steiner todas sus golosinas; estaba dependiendo de aquel hombre.

Apareció el camarero con la comida.

—Esto es terrible —dijo Arnie—. Me refiero a realmente terrible. ¿Qué voy a hacer? —Cada fiesta que daba, cada vez que tenía que preparar una comida íntima para alguna persona, es decir, para alguna chica y para él mismo, por ejemplo Marty, o especialmente su última conquista, Doreen... Era condenadamente demasiado para un día; esto y su cifradora, las dos cosas.

—¿Piensas que ha tenido que ver el que fuese de origen alemán? —preguntó Anne—. Ha habido muchas lamentaciones de los alemanes desde aquella plaga de droga. He hablado con unos cuantos que han dicho abiertamente que fue un castigo de Dios por lo que se hizo

durante el periodo nazi. Y no eran hombres religiosos, eran comerciantes, uno aquí en Marte, otro en la patria.

—¡Maldito y estúpido Steiner! —exclamó Arnie.

—Cómete lo que te han servido, Arnie —comenzó a desplegar la servilleta—. La sopa parece buena.

—No tengo ganas —dijo él—. No quiero esta porquería —apartó de un empujón el plato de sopa.

—Sigues comportándote como un niño mayor —dijo Anne—. Aún cogiendo tus rabietas —la voz de ella era suave y compasiva.

—¡Infiernos! —dijo él—, algunas veces me parece soportar el peso de todo el planeta... ¡Y tú me llamas niño! —la miró airado.

—No sabía que Norbert Steiner estuviese complicado en el mercado negro —dijo Anne.

—Naturalmente que no lo sabías; ni tú ni tus comités de damas. ¿Qué es lo que sabéis del mundo que os rodea? Por eso estoy aquí... leí el aviso que colocaste en el *«Times»* y apesta. ¿Has de dejar de emitir esos boletines que lanzas? Repelen a la gente inteligente... Están hechos para chifladas como tú.

—Por favor —dijo Anne—. Come. Y tranquilízate.

—Voy a nombrar a un hombre de mi personal para que cuide tu material antes de que lo distribuyas. Un profesional.

—¿De veras? —dijo ella con suavidad.

—Tenemos un verdadero problema... Carecemos de gente experta que venga de la Tierra; necesitamos técnicos. Nos estamos pudriendo, todo el mundo lo sabe. Nos desmoronamos.

Sonriendo, Anne dijo:

—Alguien ocupará el puesto del señor Steiner. Deben haber otros especuladores del mercado negro.

—Deliberadamente tratas de comprenderme mal y hacerme parecer como un ser codicioso y mezquino, mientras que en realidad soy uno de los miembros más responsables de toda la colonización de aquí y por eso nuestro matrimonio fracasó, a causa de que descargabas sobre mí tus celos y tus ansias competitivas. No sé por

qué vine hoy...

—¿Sabes que se ha presentado un proyecto de decreto a las NU para cerrar el Campamento B-G? —preguntó Anne tranquila.

—No —contesto Arnie.

—¿No te apena pensar en que cierren el B-G?

—¡Infiernos! Proporcionaremos a Sam cuidados individuales.

—¿Y qué sucederá a los demás niños de allí?

—Ya cambias de conversación —dijo Arnie—. Escucha, Anne, tienes que prescindir de lo que tú llamas dominación masculina. De verdad, haces más mal que bien. Lamento decírtelo en la cara, pero es cierto. Eres peor amiga que si fueras enemiga, tal y como llevas las cosas. Eres una entrometida, como la mayor parte de las mujeres. Eres... ¡irresponsable! —resopló de ira.

El rostro de ella no mostró reacción; lo que su ex esposo le decía no le causaba efecto.

—¿No puedes mover influencias para ayudar a mantener abierto el B-G? —preguntó ella—. Quizá puedas hacer un trato; quiero que continúe funcionando.

—Una causa —exclamó Arnie con ferocidad.

—Sí.

—¿Quieres mi opinión sincera?

Ella asintió, mirándole con frialdad.

—He estado lamentándolo desde que los judíos abrieron el campamento.

—Dios te bendiga, sincero y honrado Arnie Kott, amigo de la humanidad —contestó Anne.

—Propaga a todo el mundo que tenemos chiflados aquí en Marte, que si se viaja a través del espacio para llegar hasta aquí, uno puede dañar sus órganos sexuales y crear un monstruo que haría parecer a esos niños con aletas alemanes como dignos vecinos propios.

—Eres igual que el caballero que dirige *«El Zorro Rojo»*.

—Simplemente soy realista. Estamos luchando por nuestra vida; tenemos que conservar la emigración de la gente hacia aquí o moriremos, Anne. Ya lo sabes. Si no tuviésemos el Campamento B-G, podríamos anunciar que lejos de las pruebas terrestres de bombas H, que contaminan la atmósfera, no se producen nacimientos anormales. Yo esperaba que fuera así, pero el B-G lo estropea.

—No es el B-G. Son los propios nacimientos.

—Nadie podría investigar y mostrar nuestros nacimientos anormales sin el B-G —contestó Arnie.

—Lo dices sabiendo que no es verdad, porque desearías poder decir a la patria que aquí se está más seguro...

—Claro —asintió él.

—Eso es... inmoral.

—No. Escucha. Tú eres la inmoral, tú y las otras damas. Al mantener abierto el Campamento B-G sois...

—No discutamos; jamás nos pondremos de acuerdo. Comamos y luego vuelve a Lewistown. No puedo aguantar más.

Terminaron la comida en silencio.

* * *

El doctor Milton Glaub, miembro del grupo psiquiátrico del Campamento B-G, prestado por el puesto de colonos de la Unión Interplanetaria de Camioneros, estaba solo en su propio despacho, de regreso del B-G, acabada su labor del día en el establecimiento. En sus manos tenía una factura por los trabajos de reparación hechos en el tejado de su casa el mes anterior. Lo había mantenido sin arreglar, porque eso entrañaba el uso de la rasqueta para mantener libre de arena los alares del tejado, pero finalmente, el *inspector de edificaciones* le condenó a arreglarlo en el término de treinta días. Por eso tuvo que contratar a los obreros de Conservación de Tejados, sabiendo que no podía pagar, pero careciendo de otra alternativa. Estaba en la ruina. Aquel había sido el peor mes de su vida.

Si al menos Jean, su esposa, gastase menos. Pero la solución no estaba allí, de cualquier manera; la solución estaba en tener más pacientes. La UIC le pagaba un salario mensual, pero por cada paciente recibía una prima adicional de cincuenta dólares; incentivo,

se le llamaba. En la actualidad, significaba la diferencia entre las deudas y el crédito. Nadie con esposa e hijos podía vivir del salario ofrecido a los psiquiatras y la UIC, como todo el mundo sabía, era especialmente parca en los emolumentos.

Y, sin embargo, el doctor Glaub continuaba viviendo en el puesto de colonos de la UIC; era una comunidad corriente, en ciertos aspectos muy parecida a la Tierra. Nueva Israel, como los otros puestos de colonos nacionales, tenía una sensibilidad explosiva, siempre a punto de estallar. De hecho, el doctor Glaub vivió antes en otra colonia nacional, la de la República Árabe Unida, una región particularmente opulenta en la que mucha vegetación, importada de la patria, se había sembrado para que creciese. Pero, para él, los colonos, constantemente animosos contra las colonias vecinas, primero le parecieron irritantes y luego insoportables. Los hombres, en sus trabajos diarios, meditaban sobre los errores cometidos. Los individuos más encantadores estallaban cuando se mencionaban ciertos tópicos. Y por la noche, la hostilidad tomaba forma práctica; las colonias nacionales vivían para las horas nocturnas. Luego, los laboratorios de investigación, que eran escenarios de experimentos científicos y de mejoras durante el día, eran abiertos al público y máquinas infernales se ponían en funcionamiento... Todo esto realizado con mucha excitación y alegría y con una especie de orgullo nacional.

Al diablo con ellas, pensó el doctor Glaub. Vivían desperdiciando la existencia; se habían traído consigo las viejas disputas de la Tierra... y el propósito de la colonización había quedado olvidado. Por ejemplo, en el periódico de las NU aquella mañana había leído la noticia de un accidente en las calles del puesto de los Trabajadores Eléctricos; el relato periodístico implicaba que la colonia italiana era responsable, puesto que varios de los agresores llevaban los largos y engomados mostachos populares en la colonia itálica...

Una llamada a la puerta de su oficina rompió sus pensamientos.

—Sí —dijo, apartando dentro de un cajón del escritorio la factura de la reparación.

—¿Estas preparado para recibir al Buenmiembro Purdy? —preguntó su esposa abriendo la puerta con gesto profesional, tal y como le había enseñado.

—Que entre el Buenmiembro Purdy —contestó el doctor Glaub —. Sin embargo, espera unos cuantos minutos para que pueda leer su

historial clínico.

—¿Has almorzado? —preguntó Jean.

—Claro. Todo el mundo almuerza.

—Pareces cansado —dijo ella.

Mala cosa, pensó el doctor Glaub. Entró en el cuarto de baño, en donde furiosamente oscureció su rostro con el polvo color caramelo de moda. Mejoró su aspecto, pero no su estado mental. La teoría que respaldaba este polvo o maquillaje era que los círculos gobernantes de la UIC eran de ascendencia española y portorriqueña y capaces de verse intimidados si una persona contratada por ellos tenía la piel ligeramente más clara que la suya. Claro que los anuncios no indicaban nada de esa índole; meramente destacaban que «los hombres contratados en el puesto colonial gozarían del clima marciano que tiende a aumentar el tono natural de la piel».

Había llegado el momento de ver a su paciente.

—Buenas tardes, Buenmiembro Purdy.

—Buenas tardes, doctor.

—He visto por el archivo que es usted panadero.

—Sí, cierto.

Una pausa.

—¿Para qué viene a consultarme?

El Buen Miembro Purdy, mirando al suelo y jugando con su gorra, dijo:

—Jamás estuve antes en un psiquiatra.

—No, ya me he dado cuenta de ello.

—Se trata de esa fiesta que da mi cuñado... No soy aficionado a las fiestas.

—¿Se ve usted obligado a asistir? —El doctor Glaub había ajustado en silencio el reloj de su escritorio; marcaba la media hora de plazo que daba a su paciente.

—Es que la han organizado en mi honor. Ellos, ejem, quieren que tome a mi sobrino como aprendiz para que ingrese en la Unión... —Purdy siguió charlando—. Y por la noche no puedo dormir tratando de imaginar cómo salir del lío... Quiero decir que son mis parientes y que no puedo decirles que no. Pero es que tampoco puedo asistir, no me siento lo bastante bueno para eso. Por eso estoy aquí.

—Comprendo —dijo el doctor Glaub—. Bueno, será mejor que me dé detalles de esa fiesta, cuándo y dónde se celebra, los nombres de las personas que asistirán, para que pueda ayudarle.

Con alivio, Purdy buscó en el bolsillo de la americana y sacó un documento perfectamente mecanografiado.

—Seguro que preferiría que fuese usted en mi lugar, doctor. Los psiquiatras descargan mucho a los hombres; no bromeo cuando digo que no puedo dormir pensando en esto —miró con agradecida expresión al hombre que tenía delante, experto en toda clase de relaciones sociales, capaz de marchar por el estrecho y delicado sendero de las complejas relaciones interpersonales que han derrotado a tantos miembros de la Unión durante el curso de los años.

—No se preocupe más por eso —dijo el doctor Glaub—. Porque después de todo, ¿qué es un poco de esquizofrenia? Es decir, ya se sabe lo que uno sufre. Le quitaré de encima toda la presión social y usted podrá continuar con su estado inadaptado crónico, por lo menos durante otros cuatro meses hasta que la próxima demanda abrumadora social exija de sus limitadas capacidades...

Mientras el Buenmiembro Purdy salía del despacho, el doctor Glaub pensaba que ciertamente esto era una forma práctica de psicoterapia, la evolucionada en Marte. En lugar de curar al paciente de sus fobias, uno se convertía en una especie de abogado, colocándose en el lugar de aquel individuo...

Jean llamó dentro del despacho.

—Milt, te telefonean desde Nueva Israel. Se trata de Bosley Touvim.

Oh, Dios, pensó el doctor Glaub. Touvim era el presidente de Nueva Israel; algo iba mal. Apresuradamente cogió el teléfono de su escritorio.

—Aquí el doctor Glaub.

—Doctor —sonó la voz oscura, seria y poderosa—, le habla Touvim. Hemos tenido aquí una muerte, un paciente suyo, creo. ¿Tiene usted la amabilidad de venir volando y ocuparse de esto? Permítame que le dé unos cuantos detalles... Norbert Steiner, alemán occidental...

—Señor, no es paciente mío —interrumpió el doctor Glaub—. Sin embargo, su hijo es... un muchacho retraído del Campamento B-G. ¿Qué quiere decir? ¿Qué ha muerto Steiner? ¡Por todos los cielos, pero si hablé con él esta mañana!... ¿Seguro que es el mismo Steiner? De ser así, tengo un archivo suyo, de toda la familia, a causa de la naturaleza y la enfermedad del muchacho. Con los niños recluidos tratamos de comprender primero la situación familiar antes de empezar ninguna terapia. Sí, iré inmediatamente.

—Se trata de un suicidio —afirmó Touvim.

—No puedo creerlo —contestó el doctor Glaub.

—Llevo media hora discutiendo esto con el personal del Campamento B-G; me han dicho que usted tuvo una larga conversación con Steiner poco antes de abandonar el campamento. En la encuesta, nuestra Policía querrá saber qué indicio, si es que dio alguno, mostró Steiner de estar deprimido. Lo que pudo haber dicho, quizá le diera a usted la oportunidad de disuadirle, impidiéndole que se suicidase, obligándole a sufrir una terapia. Tengo entendido que Steiner no dijo nada que pudiese ponerle sobre aviso acerca de los motivos de su decisión.

—Absolutamente nada —contestó el doctor Glaub.

—Si es así, no tiene porque preocuparse —anunció Touvim—. Simplemente esté preparado para proporcionar el historial clínico del individuo y discutir los posibles motivos que le han impulsado a disponer de su vida. Ya me entiende.

—Gracias, señor Touvim —dijo el doctor Glaub cansino—. Supongo que es posible que se sintiese deprimido por su hijo, pero yo le expliqué la nueva terapia que teníamos preparada; cifrамos altas esperanzas en sus resultados. Sin embargo, parecía mostrarse cínico y se cerró; no respondió como yo habría esperado. ¡Pero suicidarse!

¿Qué pasará si pierdo el sueldo del B-G?, se estaba preguntando el doctor Glaub. *No puedo hacerlo*. Trabajar allí una vez a la semana significaba bastantes ingresos, aunque no le sirvieron para conseguir la seguridad financiera. El cheque del B-G por lo menos amortiguaba

las consecuencias de su pobreza.

¿Y por qué no pensó ese imbécil de Steiner en el efecto que su muerte causaría en los demás? Sí, debió tenerlo en cuenta; lo hizo para vengarse de nosotros. Para vengarse... ¿pero de qué? ¿Porque tratamos de curar a su hijo?

Esto es un asunto muy serio, pensó. Un suicidio después de la entrevista con un doctor sobre un paciente. Gracias a Dios que me ha avisado el señor Touvim. Aun así, los periódicos lo husmearán y todos querrán que se cierre el Campamento B-G porque la situación se beneficiará con tal medida.

* * *

Luego de reparar el equipo de refrigeración del rancho lechero de McAuliff, Jack Bohlen regresó a su helicóptero, colocó su caja de herramientas detrás del asiento y se puso en contacto con su jefe, el señor Yee.

—El colegio —dijo el señor Yee—. Tiene usted que ir allí, Jack; sigo sin tener a nadie que enviar para tal misión. Hay un mensaje de su esposa, Jack.

—¿Sí? —estaba sorprendido; a su jefe no le gustaba que las esposas de los empleados telefoneasen y Silvia lo sabía. Quizá le había pasado algo a David—. ¿Puede decirme lo que quería ella? —preguntó.

El señor Yee dijo:

—La señora Bohlen pidió a la telefonista que le informase que un vecino suyo, un tal señor Steiner, se ha suicidado. La señora Bohlen cuida de los hijos de Steiner, y quiere que lo sepa. También preguntó si era posible que usted volviese a casa esta noche, pero yo le dije que lo lamentábamos y que no podíamos prescindir de sus servicios. Debe estar a mano por si se le requiere para alguna reparación hasta fin de semana, Jack.

Steiner muerto, se dijo Jack para sí. *Ese pobre sapo inútil... Bueno, quizá sea mejor*.

—Gracias, señor Yee —contestó por el micrófono.

Mientras el helicóptero se elevaba desde la escasa hierba de los pastos, Jack pensó: *esto va a afectarnos a todos, y profundamente*. Era

una intuición aguda y fuerte, un presentimiento. *Yo no creo haber intercambiado más de una docena de palabras con Steiner y, sin embargo... Hay algo enorme en la muerte. La muerte en sí tiene mucha autoridad. Una transformación tan terrible como la vida misma y mucho más difícil de comprender por nosotros*.

Giró el helicóptero en dirección al Cuartel General de las NU en Marte, de camino a la gran y serpenteante entidad que regía sus vidas, el único organismo artificial, la escuela pública; un lugar al que temía más que cualquier otro en su experiencia lejos de la patria.

CAPÍTULO V

¿Por qué esa escuela pública le ponía nervioso? Examinándola desde lo alto vio el edificio en forma de huevo de pato, blanco contra la oscura y turbia superficie del planeta, aparentemente dejado caer allí a toda prisa; no encajaba en el paisaje circundante.

Mientras aparcaba en la zona prevista a la entrada, descubrió que las puntas de sus dedos las tenía blancas y había perdido el tacto, un signo, familiar para él, indicador de que se encontraba bajo una fuerte tensión. Sin embargo, aquel lugar no preocupaba a David, que era recogido y traído hasta aquí tres días por semana, junto con otros chicos de su grupo escolar. Evidentemente había algún factor en su propia personalidad; quizá porque su conocimiento de las máquinas era tan grande, no podía afectarle la ilusión de la escuela, no podía participar en el juego. Para él, los artefactos de la escuela no eran ni inertes ni vivos; eran ambas cosas en cierto modo.

Pronto estuvo sentado en la sala de espera, con su caja de herramientas al lado.

De una estantería con revistas tomó un ejemplar de *«Mundo del Motor»* y oyó, con sus oídos adiestrados, un rápido chasquido de conmutador. La escuela había advertido su presencia. Se fijó en qué revista había seleccionado, anotaría cuanto tiempo permanecería sentado leyendo y qué tomaría después. Le estaba midiendo.

Se abrió una puerta y una mujer de mediana edad, llevando un traje de *cheviot*, sonriéndole, dijo:

—Usted debe ser el mecánico del señor Yee.

—Sí —contestó él, poniéndose en pie.

—Nos alegramos de verle —le hizo un gesto para que la siguiese —. Ha habido mucho jaleo sobre ese Maestro, pero me parece que es en la fase de salida —dando largas zancadas por un pasillo, le mantuvo una puerta abierta para que la alcanzase— del *Airado Bedel* —dijo ella, señalando.

Lo reconoció por la descripción de su hijo.

—Se estropeó de pronto —le decía la mujer en el oído—. ¿Ve?

Precisamente en mitad de su ciclo... bajó por la calle y gritó y luego estuvo a punto de iniciar el movimiento de agitar el puño.

—No conozco el Circuito Principal...

—Yo soy el Circuito Principal —dijo la mujer de mediana edad, sonriéndole mimosa, sus gafas con montura de acero brillantes al centellear los ojos.

—Claro —contestó él, apenado.

—Pensamos que debe ser esto —dijo la mujer, o mejor su extensión peripatética de la escuela, extendiendo un papel doblado.

Desplegándolo, encontró el jeroglífico de diagramas de las válvulas de realimentación reguladoras.

—Esto es una figura autoritaria, ¿verdad? —preguntó—. Enseña al niño a respetar adecuadamente. Un tipo muy autoritario, tal y como son los Maestros.

—Sí —dijo la mujer.

Manualmente reajustó al *Airado Bedel* y lo puso otra vez en marcha. Después de unos cuantos chasquidos, se puso rojo en el rostro, alzó el brazo y gritó:

—Muchachos, fuera de aquí, ¿entendido? —viendo las peludas patillas temblar de indignación, la boca abrirse y cerrarse, Jack Bohlen se imaginó el poderoso efecto que causaría en un niño. Su propia reacción fue de disgusto. Sin embargo, esta construcción era la esencia del éxito de la maquina de enseñanza; efectuaba un buen trabajo, en conjunción con las otras dos docenas de aparatos colocados, como cabinas en un parque de diversiones, aquí y allá a lo largo de los pasillos que formaban la escuela. Pudo ver la siguiente máquina de enseñanza al doblar la esquina. Había varios niños de pie, respetuosamente, ante ella, mientras el aparato les pronunciaba una arenga.

—...Y entonces pensé —les estaba diciendo con una voz afable e impersonal—, cáscaras... ¿Qué es lo que las gentes pueden aprender de una experiencia como esa? ¿Lo sabe alguno de vosotros? Tú, Sally.

Se oyó la voz de una niñita:

—Ejem, bueno, quizá podamos aprender que hay algo bueno en

cada persona, no importa lo mal que actúe.

—¿Qué dices tú, Víctor? —continuó la máquina de enseñanza—. Oigamos lo que opina Víctor Plank.

El muchacho balbuceó.

—Yo diría lo mismo que Sally; la mayor parte de la gente son verdaderamente buenas personas en el fondo si uno se toma la molestia de mirar en realidad. ¿Es eso cierto, señor *Whitlock*?

Así que Jack estaba escuchando a la Maquina de Enseñanza *Whitlock*. Su hijo había hablado de ese aparato muchas veces; era su favorito. Mientras sacaba las herramientas, Jack escuchó. El tal *Whitlock* era un caballero mayor, de pelo blanco, con acento regional, quizá de Kansas... Era amable, dejaba que los demás se expresasen como quisieran; era una variedad permisiva de la Maquina de Enseñanza, con nada del mal genio y gesto autoritarios del *Airado Bedel*; era, de hecho, tan parecido a Jack como una combinación de Sócrates y Dwight D. Eisenhower.

—Los corderos son graciosos —decía *Whitlock*—. Ahora, mirad cómo se comportan cuando se les hecha algo de comida sobre la cerca, por ejemplo mazorcas de maíz. Oh, la distinguen desde dos kilómetros de distancia —*Whitlock* soltó una risita—. Son listos en lo que les concierne. Y quizás eso nos ayudará a comprender lo que es la verdadera listeza; no es haber leído muchos libracos, y conocer palabras largas... es mostrarse capaz de localizar lo que nos conviene. Resulta muy útil ser verdaderamente listo.

Arrodillándose, Jack comenzó a destornillar la parte posterior del *Airado Bedel*. El Circuito Principal de la escuela estaba de pie plantado, vigilándole.

Sabía que esta máquina obedecería en respuesta a un carrete de la cinta de instrucciones, pero su actuación permitía una abierta modificación en cada etapa, dependiendo del comportamiento de su público. No era un sistema cerrado; comparaba las respuestas de los niños con su propia cinta, luego las conjuntaba, clasificaba y por último contestaba. No había espacio para una única respuesta porque la Máquina de Enseñanza podía reconocer sólo un número limitado de categorías. Y, sin embargo, producía una ilusión convincente de estar viva y ser capaz; era un triunfo de la ingeniería.

Sus ventajas sobre el maestro humano residían en su capacidad para enfrentarse con cada niño individualmente. Patrocinaba más que

enseñaba. Una Máquina de Enseñanza podía manejar hasta mil alumnos y jamás confundir alguno con el siguiente; con cada chico de respuestas alteradas captaba una sutil diferencia de personalidad. Algo mecánico, sí... pero infinitamente complejo. Las Máquinas de Enseñanza demostraban un hecho del que Jack Bohlen se daba perfecta cuenta: había una asombrosa profundidad en lo así llamado «artificial».

Y, sin embargo, sentía repulsión hacia las Máquinas de Enseñanza porque toda la escuela pública estaba engranada para una tarea que estaba en oposición con su concepto: la escuela no debía informar o educar, si no moldear y a lo largo de varias líneas limitadas. Era el enlace a su cultura heredada y tenía que fomentarla, en su totalidad, imbuyéndola en los jóvenes. Inclinaba sus pupilos hacia esto; la perpetuación de la cultura era su meta y cualquier desviación especial en los niños podía conducirles a otra dirección que debía descartarse.

Era una batalla, comprendió Jack, entre el alma compuesta del colegio y las almas individuales de los niños y la primera tenía todos los triunfos. Un niño que no respondiese adecuadamente era considerado como retraído, es decir, orientado según un factor subjetivo que tenía precedente en su sentido de la realidad objetiva. Y ese niño terminaría siendo expulsado del colegio; iría, después de eso, a otra escuela distinta, destinada a rehabilitarle; sería internado en el Campamento Ben-Gurion, no se le podía enseñar; únicamente se le podría tratar como *enfermo*.

La reclusión[10], reflexionó Jack mientras destornillaba la parte trasera del *Airado Bedel*, se había convertido en un concepto suficiente para las autoridades que gobernaban Marte. Sustituía el viejo término de «psicópata» que en su tiempo sustituyó también al «imbécil moral», que había remplazado al «loco criminal». Y en el Campamento B-G, el niño tenía un maestro humano, o mejor aun, «terapéutico».

Incluso desde que su propio hijo entró en la escuela pública, Jack aguardaba enterarse de malas noticias: que el muchacho no podía graduarse según la escala de lo conseguido con que clasificaban las Máquinas de Enseñanza a sus alumnos. Sin embargo, David respondió de corazón a las Máquinas de Enseñanza, es más, alcanzó puntuaciones altas. Al muchacho le gustaban la mayor parte de sus Maestros y volvía a casa encantado con ellos; se llevaba muy bien con los más severos y por ahora resultaba evidente que no tenía problemas... no era un recluido, un retraído, y jamás vería el interior del Campamento B-G. Pero esto no hizo que Jack se sintiese mejor.

Nada, había destacado Silvia, le haría sentirse mejor. Sólo dos posibilidades permanecían abiertas; la escuela pública y el Campamento B-G, y Jack sentía desconfianza de ambas. ¿Y por qué? Eso no lo sabía.

Quizá, conjeturó, era porque realmente tenía tal condición como la de recluido, retraído. Era una forma infantil de la esquizofrenia, que mucha gente tenía; la esquizofrenia era una enfermedad grave que tocaba tarde o temprano a casi cada familia. Y significaba, simplemente, que una persona no podía vivir con los impulsos que le implantaron en su interior los miembros de la sociedad. La realidad de la que huye la esquizofrenia, o que jamás se incorporaba en primer lugar, era la realidad de la vida interpersonal, de la vida en una cultura dada con valores marcados; peor resultaba una vida biológica, ni alguna forma de vida heredada, si no *«vida que se aprendía»*. Tenía que ser recogida poco a poco de los que graduaban a uno, los padres y maestros, y las figuras autoritarias en general... de cualquier persona con quien se pusiese en contacto durante sus años formativos.

La escuela pública, entonces, estaba preparada para rechazar a un niño que no aprendiese. Porque lo que el niño aprendía no eran hechos solamente sobre la base de ganar dinero o conseguir una carrera útil. La cosa resultaba mucho más profunda. El chico aprendía que ciertas materias de la cultura a su alrededor tenían que preservarse a cualquier coste. Sus valores tenían como meta alguna empresa objetiva humana. Y para él mismo la nota propia debía ser convertirse en parte de la tradición que se le entregó; mantenía su herencia durante toda su vida e incluso la mejoraba. Se preocupaba. El verdadero sentido de la reclusión, decidió Jack, era el último análisis en la apatía hacia el comportamiento y destino públicos; era una existencia particular llevada adelante como si la persona individual fuese la creadora de todos los valores, más que meramente la usufructuaria de los valores heredados. Y Jack Bohlen no podía aceptar la escuela pública con sus Máquinas de Enseñanza como único arbitro de lo que era o no era de valor, porque los valores de la sociedad estaban en flujo incesante y la escuela pública era un intento de estabilizar tales valores, de ordenarlos en un punto fijado... de embalsamarlos.

La escuela pública, decidió hacía mucho tiempo, era neurótica, quería un mundo en el que no apareciese nada nuevo, en el que no hubiese sorpresas. Y ese era el mundo compulsivo-obsesivo neurótico; no era un mundo saludable en absoluto.

Una vez, un par de años antes, le contó a su esposa la teoría

propia. Silvia le escuchó con una atención bastante razonable y luego le dijo:

—Pero no comprendes la cuestión, Jack. Trata de entender. Hay cosas mucho peores que la neurosis —su voz había sido baja y firme y él la escuchó atento—. Estamos empezando a descubrirlas. Ya sabes lo que son. *Las has pasado*.

Y asintió, porque sabía lo que quería decir su esposa. Él mismo tuvo un interludio psicótico durante sus primeros veinte años. Era común. Resultaba natural. Y, tuvo que reconocerlo, horrible. Hacía parecer a la escuela pública, compulsiva-neurótica, fija, rígida, como un punto de referencia por el que uno podía agradecidamente dirigir su rumbo hacia la humanidad y compartir la realidad. Le hacía comprender por qué una neurosis era un artefacto deliberado, construido intencionadamente para arrancar lo individual o por una sociedad en crisis. Era una invención que se alzaba de la necesidad.

—No abandones la neurosis —le había dicho Silvia y él comprendió. La neurosis era una parada deliberada, un petrificarse a lo largo del sendero de la vida. Por que más allá yacía...

Cada esquizofrénico sabía lo que yacía. *Y cada esquizofrénico,* pensó Jack, *recordaba, como él, su propio episodio*.

* * *

Los dos hombres de la otra parte de la habitación le miraron extrañados. ¿Qué había dicho? *Herbert Hoover era mucho mejor jefe del FBI de lo que Carrington llegaría a serlo jamás*.

—Sé que estoy en lo cierto —añadió—. Aunque les parezca raro —su mente parecía confusa. Bebió un sorbo de cerveza. Todo se le había hecho pesado, su brazo, el mismo vaso; era más fácil mirar hacia abajo que hacia arriba... Estudió el tapetito de la mesa del café.

—Usted no quiere decir Herbert Hoover —afirmo Lou Notting—. Se refiere a J. Edgar...[11]

¡Cristo!, pensó Jack con desaliento. Sí, había dicho Herbert Hoover y hasta que ellos se lo recalcaron le pareció bien. *¿Qué me pasa?*, se preguntó. *Siento como si esté medio dormido. Y, sin embargo, me acosté a las diez anoche, he dormido casi doce horas*.

—Perdóneme —dijo—. Claro que quise decir... —notó como entorpecida la lengua. Con cuidado dijo—: J. Edgar Hoover —pero su

voz sonó turbia y lenta, como una peonza perdiendo su impulso giratorio. Y ahora le era casi imposible levantar la cabeza; se estaba durmiendo donde se encontraba sentado, aquí en la sala de estar de los Notting y, sin embargo, sus ojos no se le cerraban... lo descubrió cuando probó a cerrarlos y no pudo. La atención la tenía clavada en el tapetito. Busca cobijo antes de atacar, leyó. *¿Puedes conducir este caballo? Primera lección gratis, sin compromiso. Rellene el formulario de ingreso*. Sin parpadear, siguió mirando con fijeza mientras Lou Notting y Fred Clarke discutían sobre ideas abstractas tales como el recorte de las libertades, el proceso democrático... Oyó todas las palabras perfectamente claras y no le importó escuchar. Pero no sintió deseos de discutir, aun cuando sabía que ambos estaban equivocados. Les dejó que disputaran; era más fácil. Y simplemente ocurrió. Y dejó que ocurriera.

—Jack no está con nosotros esta noche —decía Clarke. Con sobresalto, Jack Bohlen se dio cuenta de que habían centrado en él su atención; tenía que decir o hacer algo ahora.

—Claro que sí —exclamó a costa de un esfuerzo terrible; era como alzarse y elevarse del mar—. Seguid, seguid, seguid, escucho.

—Dios, eres como un muñeco —dijo Notting—. Vete a la cama y acuéstate, por tu bien.

Entrando en la sala de estar, Phyllis, esposa de Lou, dijo:

—Jamás llegarás a Marte en el estado en que te encuentras ahora, Jack —aumentó el volumen del aparato de alta fidelidad; era un moderno conjunto de jazz, vibráfono y contrabajo, o quizá un instrumento electrónico funcionando. La rubia y atrevida Phyllis se sentó en el diván cerca suyo y le examinó.

—¿Jack, estás enfadado con nosotros? Me refiero a que te veo tan retirado.

—Está en uno de sus momentos de malhumor —apuntó Notting —. Cuando estábamos en la *mili* solía dejarse dominar por ellos, especialmente las noches de los sábados. Permanecía taciturno y silencioso, pensando. ¿En qué piensas ahora, Jack?

La pregunta le parecía rara; no pensaba en nada, tenía el cerebro vacío. El tapetito seguía acaparando toda su percepción. No obstante, era necesario que les dijese lo que estaba pensando; todos así lo esperaban, pacientemente. Así que recurrió a un tópico:

—El aire —dijo—. En Marte. ¿Cuánto tiempo necesitaré para acostumbrarme? Varía entre diversas personas —un bostezo, que jamás cobró verdadero ser, había nacido en su pecho, difundiéndose por sus pulmones y por la garganta. Dejó que su boca quedase en parte abierta; con un esfuerzo logró cerrar las mandíbulas. Dijo—: creo que será mejor que me vaya. Tengo sueño —utilizando todas sus fuerzas logró ponerse en pie.

—¿A las nueve? —le preguntó Fred Clarke.

Más tarde, mientras caminaba hacia su casa en dirección hacia su propio apartamento, a lo largo de las frescas calles de Oakland se sintió mejor, casi estupendamente. Se preguntó qué es lo que había ido mal allá en casa de los Notting. Quizá el aire cargado o la falta de ventilación.

Pero algo fue mal.

Marte, pensó. Había cortado los lazos, en particular con su empleo, había vendido su *Plymouth*, avisado a su patrón. Y le costó un año conseguir el apartamento; el edificio era propiedad de una Cooperativa de la Costa Occidental, una estructura enorme parcialmente subterránea, con millares de unidades, su propio supermercado, lavanderías, guarderías infantiles, clínica, incluso psiquiatra, allá abajo en la fila de tiendas que quedaba en el nivel subterráneo. Había incluso una Estación de Radio de FM en el piso superior que emitían música clásica escogida por los inquilinos y en el centro se podía encontrar un teatro y una sala de reuniones. Era el más nuevo y enorme de la gigantesca cooperativa de apartamentos... y todo lo había echado por la borda, de pronto. Un día que estaba en la librería del edificio para comprar un libro se le ocurrió la idea.

Después de avisar, recorrió los corredores de la avenida comercial de la finca. Cuando llegó hasta el boletín de anuncios con sus noticias clavadas con chinchetas, se detuvo automáticamente para leerlas. Los niños pasaban corriendo por su lado, camino a la sala de juegos de la parte posterior de la finca. Un aviso largo e impreso, llamó su atención.

AYUDA A EXTENDER EL MOVIMIENTO
COOPERATIVO HASTA ZONAS RECIÉN COLONIZADAS.
LA EMIGRACIÓN PREPARADA POR LA OFICINA DE LA
COOPERATIVA EN SACRAMENTO, EN RESPUESTA AL
GRAN NEGOCIO, Y ENORME TRABAJO EN LA
EXPLOTACIÓN DE LA UNIÓN DE RICAS ZONAS

Se parecía mucho a las noticias de la cooperativa y, sin embargo, ¿por qué no?, mucha gente iba. ¿Y qué le retenía a él en la Tierra? Había renunciado a su apartamento cooperativo, pero seguía siendo miembro; aún tenía su parte de acciones y su número de registro.

Más tarde, cuando firmó y estaba en proceso de tratamiento médico y le ponían las inyecciones pertinentes, la secuencia le dejó turbada la mente; recordó la decisión de ir a Marte como lo primero de la serie y luego el renunciar a su empleo y apartamento. Le parecía más racional de esa forma y contar la historia a sus amigos. Pero simplemente no era verdad. ¿Qué era lo cierto? Por casi dos meses había estado vagando, confuso y desesperado, inseguro de todo excepto de que el 14 de noviembre, su grupo, doscientos miembros cooperativos, partirían para Marte y luego todo cambiaría; la confusión desaparecería y vería con claridad, como vio antaño en cierto periodo del pasado. Supo que otrora fue capaz de establecer el orden de las cosas en el espacio y en el tiempo; ahora, por razones que le eran desconocidas, tanto el espacio como el tiempo se habían alterado de manera que no podía orientarse en ninguno de los dos.

Su vida carecía de propósito. Durante catorce meses había vivido con una meta: conseguir un apartamento en el enorme y nuevo edificio de la Cooperativa y luego, cuando lo tuvo, no había nada. El futuro dejó de existir. Escuchó las suites de Bach que solicitó; compró comida en el supermercado y deambuló por la librería y biblioteca pública del edificio... ¿pero para qué? se preguntó a sí mismo. ¿Quién soy? Y su trabajo, su capacidad, se desvanecieron. Eso fue el primer indicio y en ciertos modos el más ominoso de todos; eso era lo que primero le asustó.

Comenzó con un singular incidente que jamás pudo explicar. En apariencia, parte resultó pura alucinación. ¿Pero qué parte? Había estado como soñando y tuvo un momento de pánico abrumador, el deseo de correr, de marcharse a cualquier costa.

Trabajaba en una empresa electrónica de Redwood City, al sur de San Francisco; manejaba una máquina que mantenía el control de calidad en toda la línea de montaje. Su responsabilidad consistía en procurar que esa máquina no se desviase de su concepto de tolerancias aceptables en un solo componente: una batería de helio líquido no mayor que la cabeza de un fósforo. Un día fue llamado a la oficina del jefe de personal de manera inesperada; no sabía por qué deseaban verle y mientras tomaba el ascensor se sintió muy nervioso. Después,

lo recordó; su nerviosismo era extraordinario.

—Entre, señor Bohlen. —El jefe de personal, un hombre de buen aspecto con pelo rizado gris, quizás una peluca de moda, le dio la bienvenida en el despacho—. Sólo tardaremos un momentito —miró con agudeza a Jack—. Señor Bohlen, ¿por qué no hace efectivos los cheques de su sueldo?

Hubo silencio.

—¿No los hago? —dijo Jack. El corazón le latía con fuerza, haciendo que todo su cuerpo temblase. Se sintió inseguro y cansado. *Yo pensé que sí que lo hacía*, murmuró para sí.

—Puede comprarse un traje nuevo —dijo el jefe de personal—, y necesita un corte de pelo. Claro que eso es cosa suya.

Llevándose la mano a la cabellera, Jack palpó, turbado; ¿necesitaba un corte de pelo? ¿Acaso no fue a la peluquería la semana pasada? Quizás había pasado más tiempo. Dijo:

—Gracias —asintió—. Está bien, lo haré. Seguiré sus sugerencias.

Y luego la alucinación, si es que fue, le ocurrió. Vio al jefe del personal bajo una nueva luz. El hombre estaba muerto.

Vio, a través de la piel del individuo, su esqueleto. Estaba cableado, los huesos conectados con fino alambre de cobre. Los órganos estaban reemplazados por componentes artificiales; riñones, corazón, pulmones, todo hecho de plástico y de acero inoxidable, todo funcionando al unísono pero por entero sin vida auténtica. La voz del individuo salía de una cinta, mediante un amplificador y un sistema de altavoces. Posiblemente en algún momento del pasado el hombre había sido real y vivo, pero eso quedaba atrás y la furtiva sustitución tuvo lugar, centímetro por centímetro, progresando de un órgano al siguiente y la estructura entera estaba allí para engañar a los demás. Para engañarlo a él, a Jack Bohlen, de hecho. Se encontraba solo en este despacho; no había jefe de personal. Nadie le hablaba y cuando él mismo murmuraba algo, nadie le oía; era enteramente una habitación mecánica sin vida en donde se encontraba ahora. No estaba seguro de qué hacer; trató de no mirar con demasiada dureza la estructura humanoide que tenía ante sí. Intentó hablar con tranquilidad, con naturalidad, acerca de su trabajo e incluso de sus problemas personales. La estructura quería aprender de él algo. Naturalmente, le dijo lo menos posible, Y todo el tiempo, mientras miraba la alfombra,

vio sus cañerías y válvulas y partes en funcionamiento con precisión cronométrica; no pudo dejar de ver con aquella visión de rayos X.

Todo lo que ansiaba era alejarse lo antes posible. Comenzó a sudar; estaba goteando de sudor y temblando y su corazón cada vez latía con más fuerza.

—Bohlen —dijo la estructura—, ¿esta usted enfermo?

—Sí —contestó—. ¿Puedo volver a mi puesto? —dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Aguarde un momento —dijo la estructura a su espalda.

Fue entonces cuando el pánico lo dominó y corrió; abrió la puerta de un tirón y se precipitó al pasillo.

Una hora más tarde, se encontró vagando a lo largo de una calle desconocida en Burlingame. No recordó el momento de la entrevista y no sabía cómo había logrado llegar allí. Le dolían las piernas. Evidentemente, había caminado kilómetro tras kilómetro.

Tenía la cabeza mucho más clara. *Soy un esquizofrénico*, se dijo para sí. *Lo sé*. Todo el mundo conoce los síntomas; es la excitación dinámica con un colorido paranoico: la salud mental de la gente penetra dentro de nosotros, incluso dentro de los niños escolares. *Yo soy uno de aquellos. Por eso estaba indagando el jefe de personal*.

Necesito cuidados médicos.

* * *

Mientras Jack quitaba la fuente de energía del *Airado Bedel* y la ponía en el suelo, el Circuito Principal de la escuela dijo:

—Es usted muy experto.

Jack alzó la vista dirigiéndola hacia la figura de hembra de mediana edad y pensó para sí: *Es evidente por qué este lugar me pone nervioso. Se parece mucho a mi experiencia psicótica de hace años. ¿Acaso, en aquel tiempo, pude ver lo que ocurriría en el futuro?*

Entonces no había escuelas de aquella clase. O si las había, ni las había visto ni conocía su existencia.

—Gracias —dijo.

Lo que le había atormentado desde aquel episodio psicótico con el jefe de personal de *Corona Corporation*, ¿era esto? ¿Y si no fuese ninguna alucinación? Supongamos que el así llamado Jefe de personal con quien había estado hablando, resultaba una maquina artificial, un aparato como aquellos de enseñanza.

De haber sido ese el caso, entonces *«no existía ninguna psicosis»*.

En vez de psicosis, pensó una y otra vez, quedará más en el orden de una visión, un vistazo de absoluta realidad, despojando al individuo de su fachada. Y eso era abrumador, una idea tan radical, que no podía confundirse con sus puntos de vista ordinarios. Y la conturbación mental nacía de eso.

Alcanzando el cableado descubierto del *Airado Bedel*, Jack palpó expertamente con sus largos dedos hasta que por último tocó lo que sabía que tenía que estar allí: un conductor roto.

—Creo que ya lo tengo —dijo al Circuito Principal del colegio. *Gracias a Dios*, pensó, *que no son de esos anticuados circuitos impresos, en donde en ese caso hubiese tenido que reemplazar toda la unidad*. Cualquier reparación habría resultado imposible.

—Tengo entendido —dijo el Circuito Principal—, que se necesitan muchos esfuerzos para diseñar los problemas de reparación de los Maestros. No hemos tenido mucha fortuna; aunque tampoco podemos quejarnos ya que ninguna interrupción de servicio prolongada ha tenido lugar. Sin embargo, creo que un mantenimiento preventivo es recomendable en todo lo posible; por tanto, me gustaría que inspeccionase a un Maestro adicional que ya ha mostrado señales de avería. Es absolutamente vital para el funcionamiento conjunto del colegio —el Circuito Principal hizo una pausa educada mientras Jack forcejeaba por conseguir que la punta larga del soldador pasase por toda la red de cableados—. Es *Amable Papá* a quien deseo que usted inspeccione.

Jack murmuró:

—*Amable Papá* —y pensó con acritud: me pregunto si habrá alguna Tía Abuela por aquí. Las dulces decisiones de la Tía Abuela, los relatos para que los niños pequeños queden absortos. Sintió náuseas.

Desde más abajo del pasillo podía oír a los niños discutir de la vida con el *Whitlock*; sus voces le llegaban mientras estaba acostado de espaldas, manteniendo el soldador por encima de la cabeza y hurgando en los mecanismos del *Airado Bedel* para mantener la punta

de la herramienta en el lugar adecuado.

—Sí —decía *Whitlock* con su voz absolutamente plácida, jamás alterada—, el mapache es un animalito sorprendente, sí que lo es. Muchas veces he visto a Jimmy «el Mapache». Y es un tipo grande, con brazos potentes y largos, ágiles.

—Yo vi una vez a un mapache —exclamó excitado el muchacho —. Señor *Whitlock*, yo vi uno, y estuvo cerca de mí.

Jack pensó: ¿Viste a un mapache en Marte?

Whitlock soltó una risita...

—No. Don, me temo que no. No hay mapaches aquí. Tendrías que volver a la vieja Madre Tierra para ver a uno de esos sorprendentes animalitos. Pero lo que yo quiero recalcar es, chicos y chicas, que ¿sabéis cómo el simpático Jimmy «el Mapache» toma su alimento y se lo lleva furtivamente hasta el agua y lo lava? ¿Y cómo nos hace reír el viejo Jimmy cuando el terrón de azúcar se disuelve y no le queda nada que comer? Bueno, muchachos y muchachas, ya sabéis que tenemos aquí mismo en este instante a varios Jimmy «el Mapache»...

—Creo que he terminado —dijo Jack, retirando el soldador—. ¿Quiere que la ayude a arreglar todo esto?

—¿Tiene usted prisa? —preguntó el Circuito Principal.

—No me gusta esa cosa que está hablando allá —dijo. Le ponía tenso y tembloroso, tanto que apenas podía llevar a cabo su trabajo.

Una puerta se cerró, lejos de ellos en el pasillo: el sonido de la voz de *Whitlock* cesó.

—¿Está así mejor? —inquirió el Circuito Principal.

—Gracias —dijo Jack. Pero sus manos le seguían temblando. El Circuito Principal lo advirtió; se daba cuenta del preciso escrutinio de ella. Se preguntó qué es lo que deduciría aquella maquina de su estado actual.

* * *

La cámara en la que se sentaba el *Amable Papá* se componía de un extremo de sala de estar con chimenea, diván, mesita para café,

una ventana panorámica con cortinas y un sillón en el que el *Amable Papá* en persona estaba acomodado, con un periódico abierto en el regazo. Varios niños se sentaban atentos sobre el diván cuando Jack Bohlen y el Circuito Principal entraron: los niños escuchaban las explicaciones de la Maquina de Enseñanza y no parecieron darse cuenta de que alguien había entrado. El Circuito Principal despidió a los niños y entonces inició también la marcha.

—No estoy seguro de lo que desea que haga —dijo Jack.

—Revise su ciclo. Me parece que repite partes del ciclo o se atasca; en cualquier caso, consume demasiado tiempo. Debería volver a su etapa inicial en menos de tres horas —una puerta se abrió para que el Circuito Principal pasase y aquella falsa mujer se marchó; se encontró a solas con el *Amable Papá* y el hecho no le agradó en absoluto.

—Hola, *Amable Papá* —dijo sin el menor entusiasmo. Poniendo en el suelo su caja de herramientas comenzó a destornillar la placa posterior del Maestro.

Amable Papá dijo con una voz cálida y simpática:

—¿Cómo te llamas, jovencito?

—Mi nombre —contestó Jack, mientras aflojaba la placa, la desprendía y la colocaba a su lado—, es Jack Bohlen y soy padre de familia también, como usted, *Amable Papá*. Mi hijo tiene diez años, *Amable Papá*. Así que no me llame jovencito, ¿de acuerdo? —de nuevo volvió a temblar con fuerza y a sudar.

—¡Oh! —exclamó el *Amable Papá*—. ¡Comprendo!

—¿Qué es lo que comprende? —preguntó Jack y descubrió que estaba casi gritando. Dijo—: Mire, desarrolle todo su ciclo completo, ¿de acuerdo? Si así le es más fácil, siga adelante y pretenda que soy un niño. —*Quiero hacer este trabajo y salirme de aquí lo antes posible,* se dijo para sí, *con las menores molestias*. Podía notar las crecientes emociones apilándose en su alma. *¡Tres horas!*, pensó con desaliento.

—Pequeño Jackie —dijo el *Amable Papá*—, me parece que tienes un peso muy grande en tu pecho hoy. ¿Tengo razón?

—Hoy y cada día —Jack encendió su localizador de averías y lo enfocó con su luz al entramado interior del Maestro. El mecanismo parecía moverse ahora adecuadamente, siguiendo su ciclo.

—Quizá pueda ayudarte —dijo el *Amable Papá*—. A menudo resulta un consuelo si un hombre mayor, más experto, puede escuchar tus penas, compartiendo tus preocupaciones y haciéndotelas más ligeras.

—Ya está bien —asintió Jack, sentándose sobre sus talones—. Le seguiré la corriente; por lo menos tengo que quedarme aquí durante tres horas. ¿Quiere que empiece desde un principio? ¿Desde el episodio en la Tierra cuando yo trabajaba para la *Corona Corporation* y tuve la oclusión?

—Empieza por donde quieras —dijo con simpatía el *Amable Papá*.

—¿Sabe usted lo que es esquizofrenia, *Amable Papá*?

—Tengo alguna idea de lo que se trata, Jackie —contestó el *Amable Papá*.

—Bien, *Amable Papá*, es la enfermedad más misteriosa de toda la medicina, eso es lo que creo. Y aparece en una de cada seis personas, lo que significa un alto porcentaje.

—Sí, lo es —reconoció el *Amable Papá*.

—En un tiempo —dijo Jack, mientras contemplaba el movimiento de la maquinaria—, tuve lo que puede llamarse una esquizofrenia polimorfa simple posicional. Y, *Amable Papá*, resultó dura.

—Apuesto a que sí —dijo el *Amable Papá*.

—Ahora, ya sé lo que se supone que debe usted hacer —continuó Jack—, conozco su propósito, *Amable Papá*. Estamos a mucha distancia de la patria, a millones de kilómetros. Nuestra relación con la civilización allá en la Tierra es tenue. Y mucha gente está asustadísima, *Amable Papá*, porque a cada año que pasa ese eslabón se hace más débil. Así que esta escuela pública está ajustada para presentar un panorama fijo a los niños aquí nacidos, darles un medio ambiente terrestre. Por ejemplo, esta chimenea. No tenemos chimeneas aquí en Marte; nos calentamos mediante hornos atómicos. Esa ventana panorámica con todo ese cristal... las tempestades de arena la harían opaca. De hecho, no hay ni una cosa en torno suyo que haya derivado de nuestro actual mundo aquí. ¿Sabe usted lo que es un hombre triste, *Amable Papá*?

—No puedo decir que lo sepa, pequeño Jackie. ¿Qué es un hombre triste?

—Oh, es una de las razas indígenas de Marte. ¿Sabe usted que está en Marte, ¿verdad?

El *Amable Papá* asintió.

—La esquizofrenia —dijo Jack—, es uno de los problemas humanos más acuciantes que ha tenido que resolver la civilización. Con franqueza, *Amable Papá*, emigré a Marte a causa de mi episodio esquizofrénico cuando yo tenía veintidós años y trabajaba para la *Corona Corporation*. Yo me estaba desmoronando. Tuve que trasladarme de un medio ambiente urbano complejo y entrar en otro más sencillo, con toda una frontera de libertad mayor. La presión era demasiado grande para mí; tenía que emigrar o volverme loco. Ese edificio cooperativo; ¿puede imaginarse una cosa que descendiese nivel tras nivel, piso por piso y que ascendiese a la altura de un rascacielos, con gente viviendo allí para que incluso tuvieran su propio supermercado? Me volví loco plantado ante aquella cola de la biblioteca. Todos los demás, *Amable Papá*, cada individuo de la biblioteca y del supermercado, todos vivían en el mismo edificio que yo. Era una sociedad, *Amable Papá*, más que un edificio. Y hoy es aun pequeño en comparación con otros construidos. ¿Qué le parece eso?

—Vaya, vaya... —dijo el *Amable Papá*, sacudiendo la cabeza.

—Ahora mire lo que creo —apuntó Jack—. Pienso que esta escuela pública, y sus máquinas de enseñanza van a crear otra generación de esquizofrenia; los descendientes de personas como yo que se estaban adaptando estupendamente en este nuevo planeta. Van a dividir las almas de estos niños porque les están enseñando a explorar un medio ambiente que no existe para ellos. Ni siquiera existe allá en la Tierra ahora; queda anticuado. Pregúntele a este Maestro *Whitlock* si la inteligencia no tiene que ser práctica para ser en verdad inteligencia. Yo así se lo oí decir, tiene que ser una herramienta que facilite la adaptación. ¿De acuerdo, *Amable Papá*?

—Sí, pequeño Jackie, tiene que serlo.

—Lo que debían enseñar ustedes es como tenemos que... —empezó a decir Jack.

—Sí, pequeño Jackie —le interrumpió el *Amable Papá*—, tiene que ser así —y mientras dijo esto, un diente de la maquinaria pareció resbalar al resplandor de la lámpara localizadora de averías de Jack y

una fase del ciclo se repitió.

—Se atascó —dijo Jack—. *Amable Papá*, tiene un engranaje gastado.

—Sí, pequeño Jackie —dijo el *Amable Papá*—, tiene que ser así.

—Tiene razón —afirmó Jack—. Es preciso que así sea. Todo ese desgaste con el tiempo, nada es permanente. El cambio es la única constante de la vida. ¿De acuerdo, *Amable Papá*?

—Sí, pequeño Jackie —contestó el *Amable Papá*—, tiene que ser así.

Cortando la fuente de energía de la Máquina de Enseñanza, Jack comenzó a desmontar su eje principal, como operación preparatoria para sacar el engranaje gastado.

* * *

—De modo que lo encontró —dijo el Circuito Principal cuando Jack salía media hora más tarde secándose la cara con la bocamanga.

—Sí —contestó él. Estaba exhausto. Su reloj de pulsera le decía que eran las cuatro; una hora más de trabajo le quedaba por delante.

El Circuito Principal le acompañó hasta el aparcamiento.

—Estoy muy satisfecha por la prontitud con que atendió nuestras necesidades —dijo ella—. Telefonearé al señor Yee y le daré las gracias.

Jack asintió y se instaló en el helicóptero, demasiado cansado incluso para decir adiós. Pronto estaba remontando el vuelo; el huevo de pato que era la escuela pública propiedad de las NU se hizo pequeño y lejano, por debajo suyo. Desaparecida su presencia enervante pudo volver a respirar con tranquilidad.

Conectando el transmisor dijo:

—Señor Yee. Aquí Jack; terminé en el colegio. ¿Qué hay ahora?

Al cabo de una pausa la voz pragmática del señor Yee respondió:

—Jack, el señor Arnie Kott, de Lewistown, nos llamó. Ha pedido que le reparemos una máquina cifradora de dictado en la que tiene gran confianza. Puesto que todos los demás de la brigada están

ocupados, le envío a usted.

CAPÍTULO VI

Arnie Kott poseía el único clavicordio de Marte. Sin embargo, estaba desafinado y no podía encontrar a nadie que lo afinara. Por muchas vueltas que se le diera, en Marte no había ni un solo afinador de clavicordios.

Ya llevaba un mes intentando enseñar a su hombre triste doméstico a abordar esa tarea; los hombres tristes poseían un estupendo oído para la música y aquel en particular parecía comprender lo que Arnie deseaba de él. Heliogábalo disponía de una traducción a su dialecto nativo, de un manual acerca del mantenimiento y cuidados de los instrumentos de cuerda y teclado, y Arnie Kott esperaba obtener resultados apreciables en cualquier momento. Pero, mientras, el clavicordio resultaba virtualmente intocable.

De vuelta en Lewistown tras su visita a Anne Esterhazy, Arnie Kott se sentía triste. La muerte del traficante en el mercado negro, Norbert Steiner, era como un sólido golpe bajo y Arnie sabía que tendría que moverse, probablemente de manera drástica y sin precedentes, para compensar la pérdida de proveedor. Eran ahora las tres de la tarde. ¿Qué había sacado de su viaje a Nueva Israel? Sólo unas pocas malas noticias. Anne, como siempre, nunca se dejaba convencer; trataba de seguir sin desviarse en sus campañas y causas de aficionada y que esta tozudez la convirtiera en el hazmerreír de Marte era cosa que a él ni le iba ni le venía.

—Maldito seas, Heliogábalo —exclamó Arnie con furia—, o pones en funcionamiento a ese condenado instrumento o te echo a patadas de Lewistown. Tendrás que volver a comer escarabajos en el desierto con el resto de tu tribu.

Sentado en el suelo, junto al clavicordio, el hombre triste parpadeó, miró de reojo con viveza a Arnie Kott y luego posó otra vez sus ojos en el manual.

—Aquí no se logra nunca arreglar nada —gruñó Arnie.

Todo Marte, decidió, era una especie campo de chatarra; el estado original había sido un estado de perfección y ellos y sus propiedades degeneraron de tal perfecta situación hasta los restos mohosos y deleznables de su existencia actual. A veces sentía como si

presidiera un enorme campo de chatarra. Y entonces, una vez más, pensó en el helicóptero de la Compañía de Reparaciones Yee con que se tropezó en el desierto y en el tipo que lo pilotaba. *Bastardos independientes*, dijo para sí Arnie. *Se les deberían rebajar un poco los humos. Pero saben lo que valen. En su cara parece que haya escrito el conocimiento de saberse vitales para la economía del planeta. No nos inclinamos ante ningún hombre, etc*. Arnie paseó por la gran sala principal de la casa de Lewistown que mantenía en adición a su apartamento de la Casa de la Unión, ceñudo, las manos en los bolsillos.

Pensemos: ese chico me habló con suma arrogancia, reflexionó Arnie. *Debe ser muy buen mecánico para poder mostrarse con ese aire altivo*.

Y Arnie pensó también: *Acabaré con ese individuo aunque sea lo último que haga en mi vida. No consiento que nadie me hablé así y se salga de rositas*.

Pero de los pensamientos habidos acerca del altivo mecánico reparador de la Compañía Yee, el primero de ellos comenzó lentamente a dominar su cerebro, porque era hombre práctico y sabía que era necesario mantener en funcionamiento las cosas. Las normas morales debían quedar relegadas a un segundo término. *Aquí no tenemos una sociedad medieval*, se dijo Arnie para sí. *Si el muchacho es realmente bueno, tiene derecho a decirme lo que se le antoje; lo único que me importa son los resultados*.

Pensando eso, telefoneó a la Compañía Yee en Bunchewood Park y no tardó en tener al propio señor Yee en el otro extremo de la línea.

—Escuche —dijo Arnie—, tengo aquí una cifradora averiada y si su personal puede arreglarla, quizá podría servirme de ustedes bajo una base contractual permanente; ¿me entiende?

No había duda de que sí; el señor Yee le entendía, sin confusión posible. Se imaginó toda la escena.

—Le mandaré a nuestro mejor hombre, señor. Enseguida. Y sé que le satisfará plenamente, lo mismo que la Compañía nuestra, que está a su disposición a cualquier hora del día o de la noche.

—Deseo que venga un mecánico en particular —indicó Arnie y describió al hombre que conociera en el desierto.

—Joven, moreno, esbelto —repitió el señor Yee—. Gafas y

modales nerviosos. Tiene que ser el señor Jack Bohlen, nuestro mejor hombre.

—Permítame decirle —interrumpió Arnie—, que el tal Bohlen me habló de un modo que no se lo consentiría a nadie, pero después de haber meditado comprendí que lo hizo con toda la razón y cuando lo vea se lo diré a la cara. —Sin embargo, en realidad Arnie Kott no podía recordar cómo ocurrió el incidente—. Ese tal Bohlen parece que tiene una buena cabeza asentada sobre sus hombros —terminó—. ¿Podría tenerle aquí hoy mismo?

Sin dudarlo, el señor Yee le prometió servicio para las cinco en punto.

—Se lo agradezco —afirmó Arnie—. Y no se olvide de decirle que Arnie no guarda rencor a nadie. Claro que entonces me encontraba algo abatido, pero ya pasó. Dígale... —meditó—. Dígale a Bohlen que no tiene nada absolutamente que preocuparse por lo acaecido conmigo —colgó y se arrellanó experimentando una áspera satisfacción por haber cumplido con su deber.

Después de todo el día no se había desperdiciado. Y, además, obtuvo de Anne una información interesante durante su estancia en Nueva Israel. Había puesto sobre el tapete el tópico de los rumores acerca de lo que se gestaba en la cordillera FDR y, como siempre, Anne sabía detalles internos procedentes de la patria, informes sin duda dejados caer entre la cadena de murmuraciones orales... Sin embargo, allí había un núcleo de verdad. Las NU allá en la patria, estaban en el proceso de asestar uno de sus golpes periódicos. Pensaban descender dentro de unas semanas sobre la cordillera FDR y reclamar esos montes como tierras de dominio público, como tierras que no pertenecían a nadie, lo que era palpablemente cierto. ¿Pero para qué querían las NU tan enorme porción de terrenos que no valían absolutamente nada? El chisme que le contó Anne a este respecto era capaz de dejarle perplejo. Una historia sonsacada en Ginebra afirmaba que las NU pretendían edificar un parque enorme y sobrenatural, una especie de *Jardín del Edén* para atraer a los emigrantes de la Tierra. Otro informe «de buena fuente» aseguraba que los ingenieros de las NU iban a abordar con un ataque final el problema de poner al descubierto las fuentes energéticas de Marte; instalarían una gigantesca planta productora de energía atómica a partir del hidrógeno, única en cuanto a tamaño y amplitud de miras. El sistema hidráulico quedaría revitalizado. Y, con fuentes adecuadas de energía, la industria pesada podría al fin ponerse en movimiento en Marte, aprovechándose de la tierra libre, la ligera gravedad, los bajos

impuestos.

Y aun había otro rumor que indicaba que las NU iban a instalar una base militar en la cordillera FDR para estropear los planes generales de parecido concepto que habían estado elaborando los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Fuese cualquiera de estos rumores el que resultara cierto, un hecho destacaba con claridad: ciertas parcelas de terreno en los montes FDR iban a ser muy valiosas, pronto, muy pronto. La cordillera entera estaba ahora libre para la venta en parcelas que variaban de extensión desde medio acre hasta cien mil y a un precio increíblemente bajo. En cuanto los especuladores se olieran los planes de las NU, la cosa cambiaría... y sin duda estos especuladores ya habían comenzado a actuar. Para reclamar tierras en Marte era preciso hallarse en el planeta, no se podía hacer desde la patria... esa era la ley. Así que podía esperarse que los especuladores comenzaran a llegar en cualquier momento, si los rumores llegados a Anne eran correctos. Sería todo como en el primer año de la colonización cuando por doquier se tropezaba uno con especuladores.

Sentándose ante su desafinado clavicordio, Arnie abrió un libro de sonatas de Scarlatti y comenzó a tocar una de sus favoritas, pieza que requería cruzar las manos sobre el teclado y que había ensayado durante infinidad de meses. Era una música fuerte, rítmica, vigorosa y Arnie pulsaba las teclas con deleite, ignorando el inarmónico sonido que producía. Heliogábalo se alejó un poco más para estudiar su manual; el sonido le dañaba los oídos.

—Tengo un «larga duración» de esto —dijo a Heliogábalo mientras tocaba—. Es tan condenadamente viejo y valioso que no me atrevo a tocarlo.

—¿Qué es un «larga duración»? —preguntó el hombre triste.

—Si te lo explicara no lo entenderías. Lo interpreta Glenn Gould. Se grabó hace cuarenta años; lo heredé de mi familia. Perteneció a mi madre. Ese tipo sabía cómo ejecutar estas sonatas. —Su propia manera de tocar le desanimó y renunció a seguir. *Nunca sería un buen intérprete,* decidió, *aun cuando este instrumento estuviera en las mejores condiciones, como antes lo estuvo, cuando lo traje aquí desde la patria*.

Sentado en el taburete, pero sin tocar, Arnie pensó una vez más en las doradas oportunidades existentes en las tierras de los montes FDR. *Podría comprar en cualquier momento,* pensó, *con fondos de la*

Unión. Pero, «¿dónde?». Es una larguísima cordillera; no puedo adquirirla «toda».

¿Quién conoce esa zona?, se preguntó. *Probablemente la conocía el tal Steiner, porque, como tengo entendido, es su base de operaciones... o mejor, «era»... ya que sus almacenes se encuentran en un lugar próximo. Y hay exploradores*[12] *que van y vienen. También viven allí los hombres tristes*.

—Helio —exclamó—, ¿conoces la cordillera FDR?

—Señor, la conozco —contestó el hombre triste—. He estado en ella. Son montañas frías, vacías y carecen de vida.

—¿Es verdad que vosotros, los hombres tristes, poseéis una roca oracular a la que acudís cuando queréis conocer el futuro? —preguntó Arnie.

—Sí, señor. Los incultos hombres tristes la tienen. Pero es una vana superstición. La roca se llama Dirty Knobby[13].

—¿Y nunca la has consultado tú?

—No, señor.

—¿Podrías encontrar esa roca si fuera preciso?

—Sí, señor.

—Te daré un dólar si haces en mi nombre una pregunta a esa maldita Dirty Knobby —prometió Arnie.

—Gracias, señor, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué no, Helio?

—Consultar para otro proclamaría mi ignorancia.

—Cristo —exclamó Arnie disgustado—. Es sólo un juego... ¿No puedes hacerlo? Como broma, claro...

El hombre triste no contestó, pero su rostro moreno mostraba tensión y resquemor. Pretendió reanudar la lectura del manual.

—Vosotros fuisteis estúpidos al abandonar vuestra religión nativa —dijo Arnie—. Con ello demostrasteis vuestra debilidad. Yo no lo habría hecho. Dime cómo puedo llegar hasta la Dirty Knobby y le

haré la pregunta personalmente. Sé que vuestra religión enseña que sois capaces de predecir el futuro, ¿y eso qué tiene de peculiar? En la patria tenemos individuos extrasensitivos y algunos de ellos poseen la precognición, pueden leer el futuro. Claro que tenemos que encerrarlos con los demás chiflados, porque es un síntoma de esquizofrenia, si es que sabes lo que eso significa.

—Sí, señor —dijo Heliogábalo—. Conozco la esquizofrenia; es el salvajismo dentro del hombre.

—Claro, es una reversión a los sistemas primitivos del pensamiento, pero, ¿y qué si uno puede leer el futuro? En esos campamentos-manicomio de la patria hay centenares de previdentes... —y entonces se le ocurrió a Arnie Kott una idea. *Quizás aquí en Marte hubiese un par de ellos, en el campamento de B-G*.

Al diablo, pues, con la roca Dirty Knobby, pensó Arnie. *Me dejaré caer por el B-G algún día antes de que lo cierren y me conseguiré un chiflado previdente; le sacaré del campamento y le colocaré en la nómina, aquí mismo en Lewistown*.

Yendo hasta el teléfono, llamó al camarero de la Unión, Edward L. Goggins.

—Eddy —dijo cuando el sirviente se puso al aparato— vete a nuestra clínica psiquiátrica, aborda a esos médicos y vuelve con una descripción de cómo es un chiflado previdente, quiero decir qué síntomas muestra y si conocen alguno que esté en el Campamento B-G y a quien podamos conseguir.

—Está bien, Arnie. Lo haré.

—¿Cuál es el mejor psiquiatra de Marte, Eddy?

—Cielos, Arnie, tendré que investigarlo. Los camioneros tienen uno bueno, Milton Glaub. Lo sé porque el hermano de mi esposa es camionero y fue examinado por Glaub el año pasado.

—Supongo que ese tal Glaub conoce perfectamente bien al B-G.

—Oh, sí, Arnie; va allí una vez por semana, todos hacen turnos. Los judíos pagan muy bien, ellos tienen dinero en abundancia. Lo consiguen de Israel, en la patria, ya se sabe.

—Bien, ponte en contacto con ese Glaub y dile que me busque un esquizofrénico previdente para mí lo antes posible. Pon a Glaub en

la nómina, pero sólo si es preciso; la mayor parte de los psiquiatras se vuelven locos por dinero en efectivo, ya que ven muy pocos billetes en toda su vida. ¿Comprendido, Eddy?

—De acuerdo, Arnie —el camarero colgó.

—¿Has sido alguna vez psicoanalizado, Helio? —le preguntó Arnie, sintiéndose animado ahora.

—No, señor. Todo el psicoanálisis es una estupidez absurdamente famosa.

—¿Por qué, Helio?

—La cuestión con la que nunca se enfrentan es ¿cómo remodelar[14] a la persona enferma? No hay forma, señor.

—No te entiendo, Helio.

—El propósito de la vida es desconocido y, por tanto, su sistema queda oculto a los ojos de las criaturas vivientes. ¿Quién podía decir que quizás esos esquizofrénicos no están en lo cierto? Señor, tienen un valiente porvenir. Se apartan de las cosas simples, que uno puede manejar y convertir en algo práctico; se dirigen interiormente hacia el *significado*. Por tanto, allá donde yace la noche negra sin fondo, el pozo. ¿Quién puede decir si regresarán? ¿Y si es así, cómo serán, habrán captado una parte del significado? Yo los admiro.

—¡Cristo! —exclamó Arnie, con desprecio—. Eres un monstruo medio educado... Apuesto a que si desapareciese de Marte la civilización humana, volverías entre aquellos salvajes en menos de diez segundos, a adorar ídolos y todo lo demás. ¿Por qué pretendes querer ser como nosotros? ¿Por qué estas leyendo ese manual?

—La civilización humana —contestó Heliogábalo—, jamás abandonará Marte, señor; por eso estudio este libro.

—Será mejor que saques de ese libro el modo de afinar mi maldito clavicordio, o regresarás al desierto, se quede o no se quede en Marte la civilización humana —exclamó Arnie.

—Sí, señor —contestó su hombre triste doméstico.

* * *

Desde que perdió su tarjeta de la Unión y, por tanto, no poder

legalmente efectuar su tarea, la vida de Otto Zitte había sido un caos continuo. Con una tarjeta sería ahora un mecánico reparador de primera clase. Por razones que él mismo no comprendía, Otto prefería que los demás creyesen que había fracasado simplemente en las pruebas de aptitud.

Quizás era más fácil pensar de sí mismo como un hombre fracasado; después de todo, el negocio de las reparaciones era casi imposible de abordar... y después de haber entrado en él, ser despedido...

La culpa era suya. Hubo, tres años atrás, un miembro pagado de la Unión, él mismo, con un buen respaldo, en otras palabras, un Buenmiembro de buena fe. El futuro se le abría ante los ojos; era joven, tenía novia y su propio helicóptero, que más tarde vendió; novia que[15], sin embargo, aunque no lo supiese en aquel tiempo, la compartía... ¿Y qué podía hacerle retroceder? Nada, excepto posiblemente su propia estupidez.

Había quebrantado una regla de la Unión que era una ley básica. En su opinión era una norma estúpida, pero no obstante... la venganza es mía, dijo el Sindicato Marciano de Reparadores Extraterrestres. ¡Uf!, cómo odiaba a los bastardos; su odio le transformó la vida y se daba cuenta, lo comprendía... pero no podía evitarlo: quería que ese odio continuase. Necesitaba seguir odiándoles, aborrecer la vasta estructura monolítica donde quiera que existiese.

Le habían pillado para que efectuase el servicio de reparaciones socializado.

Y lo infernal del caso es que en aquel momento[16] no estaba especializado, porque esperaba conseguir un beneficio. Era sólo un nuevo medio de cargar tarifas a sus clientes y en cierto sentido no tan nuevo, de cualquier manera. En la actualidad, era el sistema más antiguo del mundo, un sistema de cambalache. Pero sus ingresos no podían dividirse, así que la Unión cortó de lleno. Su comercio había sido con ciertas esposas que vivían en regiones remotas, mujeres muy solitarias cuyos maridos se quedaban en la ciudad durante cinco días a la semana, viniendo a casa sólo sábados y domingos. Otto, que era guapo, esbelto, con largo pelo negro peinado hacia atrás, lo pasaba muy bien con una mujer tras otra. Y un marido airado, al descubrirlo, en lugar de matar a Otto recurrió a la Oficina de Contratación de la Unión y presentó una denuncia formal: reparaciones sin compensación según tarifas.

Bueno, con certeza no había ninguna tarifa; lo admitió.

Y así ahora, este trabajo con Norb Steiner, que significaba que prácticamente tenía que vivir en los desiertos de la cordillera FDR, separado de la sociedad durante semanas sin fin, haciéndose cada vez más solitario, más amargado. Había sido una necesidad suya el contacto íntimo personal que le metiera en el jaleo en primer lugar y ahora no había más que mirarle. Mientras estaba sentado en el cobertizo de almacenes esperando a que apareciese el próximo cohete, recapacitó en su vida y reflexionó que incluso ni los hombres tristes serían capaces de vivir como él vivía, aislado de todo. Si al menos hubiesen tenido éxito sus operaciones propias en el mercado negro... Él, como Norb Steiner, fue capaz de recorrer diariamente el planeta, visitando persona tras persona. ¿Era culpa suya que las mercancías que prefiriera importar, fuesen lo bastante golosas como para interesar a los peces gordos? Su criterio había sido demasiado bueno; sus géneros se vendían condenadamente bien.

También odiaba a los grandes contrabandistas, lo mismo que odiaba a los sindicatos. Odiaba a la grandeza de por sí; la grandeza que había destruido el sistema americano de la libre empresa, arruinando a los pequeños comerciantes... De hecho, él mismo había sido quizás el último pequeño comerciante de Sistema Solar. Eso era su crimen verdadero; trató de vivir al modo americano, en lugar de simplemente hablar diciendo que así vivía.

—Atorníllales —se dijo a sí mismo, sentado en un cajón, rodeado por cajas y cartones y paquetes y las piezas de varios navíos cohetes desmantelados que yacían para ser utilizados como recambios. Al exterior del ventanal del cobertizo, las colinas rocosas silenciosas y desoladas, con sólo leves matorrales, secándose y muriendo, extendiéndose a todo lo lejos que podían distinguir los ojos.

Y, ¿en dónde estaba ahora Norb Steiner? Sin duda sentado cómodamente en algún bar o restaurante, o en la íntima salita de estar de alguna mujer, haciendo alabanza a sus mercancías, entregando latas de salmón ahumado y consiguiendo a cambio...

—Que los atornillen a todos —murmuró Otto, levantándose para pasear arriba y abajo—. Si eso es lo que quieren, que lo tengan. Rebaño de animales.

Aquellas chicas israelíes... Ahí es donde estaba Steiner, con un grupo de ellas, de ojos cálidos y negros, de labios gruesos, de senos desarrollados, muy sensuales, que se ponían morenas trabajando en

los campos vestidas con cortos pantalones y camisas de algodón ceñidas, sin sostenes, sólo sus grandes y sólidos senos. Por transparencia se les podía ver incluso los pezones, porque la tela mojada se quedaba pegada a ellos.

Por eso no permite que le acompañe, decidió Otto.

Las únicas mujeres que veía aquí en las montañas FDR eran las resecas, torpes y negras mujeres de los hombres tristes, ni siquiera humanas, por lo menos para él. No se dejaba engatusar por los antropólogos que opinaban que los hombres tristes eran del mismo tronco que el *Homo Sapiens*, que probablemente ambos planetas fueron colonizados hace un millón de años por alguna raza interplanetaria. ¿Esos zoquetes humanos? ¿Dormir con una de las mujeres nativas? ¡Cristo, antes prefería hacer un voto de castidad eterna!

De hecho ahora se acercaba un grupo de hombres tristes, caminando animosamente con los pies descalzos por la irregular superficie rocosa de una colina del norte. *En su camino,* según observó Otto, *de la caza. Como siempre*.

Abrió la puerta del cobertizo, esperando a que llegasen hasta él. Cuatro mozos, dos de ellos mayores, una mujer de edad, varios chavales huesudos, llevando sus arcos, sus cachiporras, sus cáscaras de huevo que le servían de mochila.

Deteniéndose, le miraron en silencio y luego uno de los jóvenes dijo:

—Que las lluvias caigan de mí sobre tu valiosa persona.

—Igualmente —contestó Otto, apoyándose contra el cobertizo y sintiéndose torpe, abrumado de desesperanzas—. ¿Qué es lo que quieres?

El muchacho hombre triste extendió un pedacito de papel y Otto, tomándolo, vio que era una etiqueta de una lata de sopa de tortuga. Los hombres tristes se habían comido la sopa, guardando la etiqueta para este propósito; no podían decirle que es lo que querían porque no sabían cómo se llamaba.

—Está bien —dijo—. ¿Cuánto? —levantó los dedos. A los cinco ellos asintieron, cinco latas—. ¿Qué vais a dar? —preguntó Otto, sin moverse.

Una de las jóvenes mujeres se adelantó y señaló aquella parte suya que había ocupado tantísimo tiempo los pensamientos de Otto.

—Oh, Cristo —exclamó Otto con desesperación—. No, basta. Déjalo. Ya no más; no quiero ir jamás —le dio la espalda, camino hacia el cobertizo del almacén y cerró la puerta con tanta fuerza que las paredes temblaron; se dejó caer sobre un cajón de embalaje, la cabeza entre las manos—. Me vuelvo loco —dijo para sí, la barbilla rígida, la lengua tan hinchada que apenas podía hablar. Le dolía el pecho. Y luego, para sorpresa, comenzó a llorar. *Jesús,* pensó asustado, *en realidad me vuelvo loco; me estoy desmoronando, ¿Por qué?* Las lágrimas le caían por las mejillas. Hace años que no lloraba. *¿A qué viene todo esto?*, se preguntó. Su mente no tenía el concepto; era sólo su cuerpo el que lloraba y se notaba como un espectador del llanto.

Pero le produjo alivio. Con el pañuelo se secó los ojos, la cara y maldijo cuando vio que sus manos parecían zarpas por la rigidez, los dedos engarabitados.

Fuera de la ventana del cobertizo estaban todavía parados los hombres tristes, quizá mirándole; no pudo decirlo. Sus rostros no mostraban expresión, pero estaba seguro que debían haberle visto y probablemente estaban tan perplejos como él. *Seguro que es un misterio*, pensó. *Estoy de acuerdo con vosotros*.

Los hombres tristes se reunieron en grupo y conferenciaron y uno de ellos se destacó de los demás y se acercó al cobertizo. Otto oyó como llamaba a la puerta. Yendo a abrir encontró al joven hombre triste plantado tendiéndole algo.

—Esto pues —dijo el joven.

Otto lo tomó, pero por su aspecto no pudo adivinar de qué se trataba. Tenía cristal y metal y graduaciones. Y entonces se dio cuenta de que era un instrumento utilizado en *inspección*[17]. En un costado estaban grabadas las palabras de las NU.

—No lo quiero —dijo irritado, devolviéndoselo no sin antes darle vueltas al aparato. Los hombres tristes debían haberlo robado, comprendió. El joven aceptó la devolución estoicamente y regresó con el grupo. Otto cerró la puerta.

En esta ocasión se fueron; espió a través de la ventana mientras ascendían por el sendero de la ladera de la colina. *Quedaos ciegos*, maldijo para sí. De todas maneras, ¿qué estaba haciendo una Compañía de Exploraciones de las NU en la cordillera FDR?

Para animarse, vagó por el interior hasta encontrar una lata de patas de ranas ahumadas; la abrió, se sentó comiendo displicentemente, sin disfrutar de la golosina en absoluto. Sin embargo, metódicamente acabó el contenido de la lata.

* * *

En el micrófono Jack Bohlen dijo:

—No me envíe, señor Yee... ya me he tropezado hoy con Kott y le ofendí —el cansancio le dominaba.

Naturalmente me tropecé con Kott, por primera vez en la vida y, naturalmente le insulté, pensó para sí. Y con la misma naturalidad, porque así se desarrolló mi vida, me ocurre esto el mismo día en que Arnie Kott decide llamar a la Compañía Yee y pedir servicio. Es típico del jueguecito que yo represento con las fuerzas poderosas e inanimadas de la vida.

—El señor Kott mencionó haberle visto en el desierto —dijo el señor Yee—. De hecho, su decisión de llamarnos se basaba en ese encuentro.

—Es infernal lo que dice —estaba abrumado.

—Yo no sé lo que pasó, Jack, pero no ha ocurrido nada malo. Dirija su navío a Lewistown. Si llega allá antes de las cinco en punto, se le pagará un cincuenta por ciento más. Y el señor Kott, que es una persona generosa universalmente reconocida, está tan ansioso de que funcione su grabadora, que promete una sustanciosa gratificación.

—Está bien —contestó Jack. Era demasiado para rechazarlo. Después de todo, no sabía nada de lo que pensaba Arnie Kott.

No mucho después descendía su helicóptero en el aparcamiento del tejado del edificio de la Unión de Trabajadores Hidráulicos de Lewistown. Un empleado salió y le miró con recelo.

—Mecánico de la Compañía Yee —dijo Jack—. Me llamó Arnie Kott.

—Está bien, camarada —dijo el empleado y le condujo hasta el ascensor.

Encontró a Arnie Kott en una sala de estar muy bien amueblada, tipo terrestre; el hombre gordo y calvo estaba al teléfono y asintió con

la cabeza ante la aparición de Jack. El gesto indicó el escritorio, en donde estaba depositada la máquina de dictado cifradora portátil. Jack se acercó al aparato, quitó la tapa, la puso en marcha. Mientras, Arnie Kott continuó con su conversación telefónica.

—Claro que sé que es un talento engañoso. Seguro, hay un buen motivo por el que nadie ha sido capaz de utilizarlo... pero lo que yo pienso hacer es abandonar todo fingimiento de que no existe porque la gente ha sido demasiado torpe durante cincuenta mil años para tomárselo en serio... Lo que yo quiero hacer es probarlo —una larga pausa—. Está bien, doctor. Gracias —Arnie colgó. Se volvió a Jack y dijo—: ¿Ha estado alguna vez en el Campamento B-G?

—No —contestó Jack.

Estaba atareado abriendo la cifradora.

Arnie se acercó y se detuvo a su lado. Mientras trabajaba, Jack notó la astuta mirada fija sobre su persona; le ponía nervioso, pero no podía hacer nada excepto tratar de ignorar al hombre y seguir. Era un poco parecido al Circuito Principal, pensó para sí. Y luego se preguntó, como hacía a menudo, si iba a tener otro de sus hechizos; cierto, había pasado mucho tiempo, pero aquí había una figura potente cerniéndose a su lado, escrutándole y experimentó algo así como la antigua entrevista con el jefe del personal de la casa *Corona*.

—El del teléfono era Glaub —dijo Arnie Kott—. El psiquiatra. ¿Ha oído usted hablar de él?

—No —dijo Jack.

—¿Qué hace usted? ¿Vive enteramente con la cabeza metida dentro de las maquinas?

Jack alzó la vista, resistiendo la mirada del hombre.

—Tengo esposa e hijo. Esa es mi vida. Lo que hago ahora es un medio de mantener a mi familia —habló tranquilo.

Arnie no pareció ofenderse; incluso sonrió.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó Arnie.

—Café, si tiene.

—Lo tengo y auténtico café casero —dijo Arnie—. ¿Negro?

—Negro.

—Sí, tiene usted aspecto de ser aficionado al café negro. Cree que puede arreglar la máquina ahora mismo o, ¿piensa llevársela al taller?

—La puedo arreglar aquí.

Arnie se mostró satisfecho.

—¡Estupendo! En realidad dependo de esa maquina.

—¿Dónde está el café?

Volviéndose, Arnie salió diligente; estuvo trasteando en otra habitación y luego regresó con una cafetera de porcelana que puso cerca del escritorio, junto a Jack.

—Escuche, Bohlen, dentro de pocos momentos vendrá aquí una persona. Una chica. No quiero interferirme en su trabajo. ¿Podrá seguir?

Jack alzó la vista, suponiendo que el individuo se mostraba sarcástico. Pero evidentemente no: Arnie le miraba y luego posó los ojos en la máquina en parte desmontada, interesado en la marcha de la reparación. *Ciertamente depende de este chisme*, decidió Jack. Era extraño cómo las gentes se aferraban a sus posesiones como si fuesen extensiones de su cuerpo, una especie de hipocondría sobre la máquina. Uno pensaría que un tipo como Arnie Kott podía tirar su cifradora y gastarse el dinero en una nueva.

Entonces sonó un golpe en la puerta y Arnie se apresuró a abrirla.

—Oh, hola —su voz llegó hasta Jack—. Entra. Estoy haciendo que me arreglen mi maquinita.

—Arnie, jamás lograrás que te arreglen la maquinita —contestó la voz de una muchacha.

Arnie soltó una carcajada nerviosa.

—Ah, te presento a mi nuevo mecánico, Jack Bohlen. Bohlen, ésta es Doreen Anderton, nuestra tesorera en la Unión.

—Hola —dijo Jack. Por el rabillo del ojo, no dejó de trabajar, pudo ver que tenía el pelo rojo y una piel extremadamente blanca con

ojos grandes y maravillosos. *Todo el mundo está en la nómina*, pensó con amargura. *Que mundo más grande. Que gran Unión tienes aquí para ti mismo Arnie*.

—¿Tienes trabajo? —pregunto la muchacha.

—Oh, sí —afirmó Arnie—, estos mecánicos son como gusanitos procurando hacer bien su trabajo; me refiero a los muchachos del exterior, no a los nuestros, que son un rebaño de *gandules* que se sientan jugando entre sí a nuestras expensas. Acabe con ellos, Doreen. Quiero decir que este tal Bohlen es una ardilla; va a poner en marcha la grabadora y cifradora en cualquier momento, ¿no es verdad Jack?

—Sí —contestó Jack.

La chica dijo:

—¿No me dices hola, Jack?

Parando en su tarea prestó atención a la muchacha; la miró de igual a igual. La expresión de ella era fría e inteligente, con una cualidad burlona que era al mismo tiempo peculiarmente recompensante y enojosa.

—Hola —dijo Jack.

—Vi tu helicóptero en el tejado —dijo la chica.

—Déjale trabajar —intervino con malicia Arnie—. Dame tu abrigo —se plantó tras ella, ayudándola a quitarse la prenda.

La chica llevaba un traje de lana oscuro, evidentemente importado de la Tierra y, por tanto, caro hasta un grado abrumador. *Apostaría a que el fondo la Unión ha respaldado plenamente la compra*, decidió Jack.

Observando a la chica vio en ella una indicación de un retazo de antigua sabiduría. Bonitos ojos, pelo y piel producían una linda mujer, pero una en realidad excelente nariz era lo que creaba la belleza. Esta chica la tenía: fuerte, recta, dominando sus rasgos, formando la base de las demás características faciales. Las mujeres mediterráneas alcanzan el nivel de la belleza mucho más fácilmente que, digamos, las irlandesas o las inglesas; se dio cuenta que la causa, genéticamente hablando, era la nariz mediterránea. Su propia esposa, Silvia, tenía una alegre y respingona naricilla irlandesa; era lo bastante bonita para cualquier concepto. Pero... ahí estaba la diferencia.

Calculó que Doreen tendría unos treinta años. Y, sin embargo, poseía una frescura que le daba una cualidad estable. La chica seguiría atractiva veinte años más y probablemente ya llevaba otros tantos así; no pudo imaginarla de otra manera. Arnie, invirtiendo en ella, había hecho quizá bien con los fondos que se le confiaron; ella no se desgastaría. Incluso ahora vio madurez en el rostro de Doreen y eso resultaba raro entre las mujeres.

Arnie le dijo:

—Vamos a salir y a tomar una copa. Si tiene usted arreglada la máquina a tiempo...

—Ya está arreglada —había encontrado la transmisión rota y la sustituyó con una de las de su equipo de recambios.

—¡Buen trabajo! —exclamó Arnie, sonriendo como un niño feliz —. Entonces, véngase con nosotros —se volvió la chica y le explicó—. Nos vamos a reunir con Milton Glaub, el famoso psiquiatra; probablemente habrá oído hablar de él. Prometió tomar una copa conmigo. He estado hablándole por teléfono hace un momento y parecía una especie de individuo de gran categoría —dio una palmada sonora en el hombro de Jack—. Apuesto a que cuando aterrizó su helicóptero en el tejado no pensaba poder tomar una copa con uno de los psicoanalistas más conocidos del Sistema Solar, ¿verdad?

—Está bien, Arnie —dijo.

—El doctor Glaub va a proporcionarme a un esquizofrénico — afirmó Arnie—. Lo necesito, necesito sus servicios profesionales — soltó una carcajada, los ojos centelleando, encontrando divertida su propia salida.

—¿De verás? —dijo Jack—. Yo soy esquizofrénico.

Arnie dejó de reír.

—No bromeé. Jamás lo habría imaginado. Lo que quiero decir es que tiene usted un aspecto normal.

Acabando la tarea de montar la cifradora, Jack contestó:

—Y estoy normal. Me curé.

Doreen intervino:

—Nadie se cura del todo de la esquizofrenia —su tono era desapasionado; simplemente afirmaba un hecho.

—Quizá sí —dijo Jack—, si lo que tienen es esquizofrenia posicional.

Arnie le miró con gran interés, incluso con recelo.

—Me está tomando el pelo. Usted trata de ganarse mi confianza.

Jack se encogió de hombros, sintiéndose ruborizar. Volvió la atención por completo a su trabajo.

—No se enfade —dijo Arnie—. ¿De verdad no estaba bromeando? Escuche, Jack, permítame preguntarle; ¿tiene usted alguna habilidad de poder leer el futuro?

Al cabo de una larga pausa, Jack contestó:

—No.

—¿Seguro? —inquirió Arnie receloso.

—Seguro.—Aun deseó haber rechazado la invitación para acompañarles. El intenso interrogatorio le hacía sentirse como desnudo; Arnie le acuciaba demasiado, encorajinándole... pero le resultaba difícil respirar y Jack se trasladó hasta el lado opuesto del escritorio, para colocar más distancia entre él y el fontanero.

—¿Qué le pasa? —preguntó Arnie con viveza.

—Nada —Jack seguía trabajando, sin mirar ni a Arnie ni a la chica. Ambos le estaban contemplando y sus manos le temblaban.

Al poco Arnie dijo:

—Jack, déjeme decirle como llegué a lo que soy. Un talento me subió aquí. Puedo juzgar a la gente y decir cómo son en su interioridad, lo que realmente son: no sólo lo que dicen y hacen. No le creo; apuesto a que me está mintiendo acerca de su predicción. ¿No es eso cierto? Ni siquiera tiene que contestarme —volviéndose a la chica, Arnie dijo—. Pongámonos en marcha; necesito esa bebida. —Hizo un gesto a Jack para que le siguiese.

Dejando sus herramientas, Jack obedeció de mala gana.

CAPÍTULO VII

En su viaje en helicóptero a Lewistown para conocer a Arnie Kott y tomar con él una copa, el doctor Milton Glaub se preguntó si era cierta su buena suerte. *No puedo creerlo,* pensó, *un punto crucial en mi vida como éste*.

No estaba seguro de lo que quería Arnie; la llamada telefónica había sido tan inesperada y Arnie habló tan deprisa, que el doctor Glaub terminó perplejo, sabiendo sólo que tenía que ver con aspectos parapsicológicos y de mentalidad enferma. Bueno, podría contarle a Arnie prácticamente todo lo que sabía sobre ese tópico. Y, sin embargo, Glaub sentía que había algo más profundo en la consulta.

Generalmente, un interés por la esquizofrenia era un síntoma del forcejeo de la propia persona dentro de esa área. Era un hecho que a menudo los primeros signos del crecimiento interno del proceso esquizofrénico en una persona era la incapacidad de comer en público. Arnie habló ruidosamente de su deseo de reunirse con Glaub, no en su propia casa, en la clínica o despacho del doctor, sino en conocido bar y restaurante de Lewistown, el *«Willows»*. ¿Esto era quizás una reacción-formación? Misteriosamente puesto tenso por las situaciones públicas y especialmente por aquellas que entrañaban una función nutritiva, Arnie Kott estaba apoyado cómodamente para recobrar la normalidad que comenzaba a abandonarle.

Pilotando su helicóptero, Glaub pensó en esto; pero luego, por lentas y furtivas etapas, su pensamiento volvió al tópico de sus propios problemas.

Arnie Kott, un hombre que controlaba a los hombres de la Unión; una persona destacada en el mundo colonial, aunque virtualmente desconocido en la patria. Un barón feudal, en realidad. Si Kott va a colocarme en su personal, calculaba Glaub, podría saldar todas las deudas que se habían amontonado, esas terribles facturas de cargo con el veinte por ciento de interés que simplemente parecen estar siempre allí, sin hacerse más pequeñas jamás o desaparecer. Y entonces podríamos comenzar, no entrar en deudas, vivir con nuestros mismos y unos medios grandemente aumentados.

Entonces, también, el viejo Arnie era sueco o danés, o algo así, y no sería necesario para Glaub enmascarar el color de su piel antes de recibir a cada paciente. Además, el hecho que Arnie tenía una

reputación de informalidad le servía de incentivo. Milton y Arnie, se tratarían por sus nombres de pila, por sus diminutivos. El doctor Glaub sonrió.

Lo que debía figurarse era que esta entrevista inicial era para ratificar los conceptos de Arnie, escoger y juzgar con sus ideas y no echar agua fría en las cosas, incluso, digamos, si las relaciones del viejo Arnie estaban fuera de lugar. Una cosa en verdad sería desanimar al pobre hombre. Eso no era correcto.

Comprendo tu punto de vista, Arnie, dijo para sí el doctor Glaub, evadiendo la situación mientras pilotaba su helicóptero más o menos cerca de Lewistown. Sí, hay muchas cosas que el mundo desconoce.

Había conocido tantos tipos de situaciones sociales, representando a los tímidos, a las personalidades cerradas en su esquizofrenia que temblaban ante la aparición interpersonal, que esto, sin duda, sería un juego de niños. Y si el proceso esquizofrénico en Arnie comenzaba a disparar con su artillería pesada, Arnie necesitaría apoyarse en él para su supervivencia.

Perra vida, se dijo para sí el doctor Glaub, aumentando la velocidad del helicóptero hasta el máximo.

* * *

Alrededor del *«Willows»* corría un foso de fresca agua azul. Las fuentes rociaban de líquido elemento el aire y las plantas púrpuras y ámbar y rojo polvoriento alcanzaban grandes alturas, circundando la estructura de cristal de un solo piso. Mientras descendía la gran escalera de hierro forjado negro que conducía al suelo desde el aparcamiento, el doctor Glaub vio a su grupo dentro: Arnie Kott sentado con una sorprendente pelirroja y un amigo vulgar llevando el mono de mecánico y una camisa de lona.

Verdadera sociedad sin clases aquí, reflexionó el doctor Glaub.

Un puente en arco le ayudó a cruzar el foso. Las puertas se abrieron ante él; entró en el vestíbulo, pasó junto al bar, se detuvo para olisquear en presencia de los músicos de jazz y luego se unió a la reunión.

—Hola, Arnie.

—Hola, doctor —Arnie se levantó para hacer las presentaciones —. Dor, este el doctor Glaub, Doreen Anderton. Aquí mí mecánico

Jack Bohlen, un auténtico genio. Jack, este es el más famoso psiquiatra, Milton Glaub.

Todos se saludaron con la cabeza y se estrecharon la mano.

—No el mejor —murmuró Glaub, mientras se sentaba—. Todavía está el suizo de Berghölzlei, los psiquiatras existencialistas, que dominan el campo —pero se sentía profundamente agradecido, por muy incierto que hubiera sido el anuncio de Arnie. Notaba que se le enrojecía el rostro de placer—. Lamento que haya tardado tanto en venir a *«Willows»*. Tuve que pasar por encima de Nueva Israel. Bo... Bo... Bosley Touvim... necesitaba mi consejo en un asunto médico que consideraba urgente.

—¡Vaya hombre ese tal Bosley! —dijo Arnie. Había encendido un cigarro, un genuino *Óptimo Admiral*—. Un verdadero negociante. Pero vayamos a nuestro asunto. Espere, le pediré algo de beber —miró inquisitivamente a Glaub, mientras agitaba la mano llamando a la camarera.

—Escocés, si es que tienen —pidió Glaub.

—*Cutty Sark,* señor —pronunció la camarera.

—Oh, estupendo. Sin hielo, por favor.

—Está bien —dijo Arnie impaciente—. Mire ahora, doctor. ¿Tiene usted el nombre de un esquizofrénico bastante avanzado, para mí, o no? —escrutó con la mirada a Glaub.

—Ejem —murmuró Glaub y luego recordó su visita a Nueva Israel de hacía un ratito—: Manfred, Manfred Steiner.

—¿Algún parentesco con Norbert Steiner?

—De hecho, su hijo. Imagino que no rompo la confianza al decírselo. Está en el Campamento B-G. Es un recluido total, desde el nacimiento. Su madre una personalidad fría, esquizoide, intelectual, haciéndolo todo según las normas del código. El padre...

—El padre está muerto —dijo lacónico Arnie.

—Muy lamentable. Buen tipo, pero depresivo. Ya sabe, fue suicidio. El impulso típico durante una de sus horas bajas. Me extraña que no lo hiciese hace años.

Arnie dijo:

—Me contó usted por teléfono que tenía una teoría acerca de que el esquizofrénico estaba desfasado con respecto al tiempo.

—Sí, es un desplome en su interior del sentido del tiempo —el doctor Glaub les tenía a los tres escuchando y eso le animó a exponer su tópico; resultaba la materia favorita de sus conversaciones—. Todavía tenemos que conseguir una verificación experimental total, pero eso vendrá. —Y entonces, con duda o vergüenza, explicó la *Teoría de Berghölzlei*, pero como si fuese suya.

Evidentemente muy impresionado, Arnie dijo:

—Interesantísimo —y mirando al mecánico, Jack Bohlen, le preguntó—. ¿Pero pueden construirse cámaras de movimiento lento?

—Sin duda. —Murmuró Jack.

—Y sensores —dijo Glaub—. Para sacar al paciente de la cámara y meterlo en el mundo real. Vista, oído...

—Podría hacerse —dijo Bohlen.

—¿Qué les parece esto? —preguntó impaciente Arnie, pero entusiasmado—. ¿Podría ese esquizofrénico correr tan deprisa, comparado con nosotros, en el tiempo, que actualmente se encontrase en lo que para nosotros es el futuro? ¿Explicaría eso su facultad previdente? —Sus ojos claros brillaron de excitación.

Glaub se encogió de hombros como una forma de indicar que estaba de acuerdo.

Volviéndose a Bohlen, Arnie balbució:

—Eh, Jack, eso es. ¡Maldición, debí ser psiquiatra! Infiernos, disminuirle. Yo diría que acelerarle. Dejémosle vivir fuera de fase en el tiempo, si quiere. Pero consigamos que comparta con nosotros sus percepciones... ¿De acuerdo, Bohlen?

Glaub dijo:

—Ahora, esa es la cuestión. Especialmente en los recluidos, cuya facultad de comunicación interpersonal estaba drásticamente desparejada.

—Comprendo —dijo Arnie, pero no lo entendió del todo—.

Infiernos, sé lo bastante como para ver una salida. ¿Acaso ese tipo antiguo, Carl Jung... no logró descifrar el lenguaje de la esquizofrenia hace años?

—Sí —dijo Glaub—, hace décadas Jung rajó y descifró el lenguaje particular de la esquizofrenia. Pero en la reclusión infantil, como ocurre con Manfred, no hay lenguaje en absoluto, por lo menos en ese lenguaje hablado. Posiblemente, pensamientos particulares totalmente personales... pero sin palabras.

—Silencio —dijo Arnie.

La chica le miró admonitoria.

—Esto es un asunto grave —le dijo Arnie—. Tenemos que conseguir que esos desgraciados, esos chicos recluidos, nos hablen y nos digan lo que saben; ¿no es eso cierto, doctor?

—Sí —dijo Glaub.

—Ese muchacho es huérfano ahora —continuó Arnie—. Me refiero a Manfred.

—Bueno, todavía tiene madre —dijo Glaub.

Agitando la mano excitado, Arnie contestó:

—Pero ellos se preocuparon bastante por el chaval para no tenerlo en su casa; le metieron en ese campamento. Infiernos, le sacaré y le traeré aquí. Y, Jack, ponte a trabajar y construye una máquina que establezca contacto con él... ¿Se da cuenta del cuadro?

Al cabo de un momento Bohlen contestó:

—No sé qué decir —soltó una breve risita.

—Claro que sabe qué decir... ¡infiernos!, debería serle fácil. Usted mismo es un esquizofrénico, como nos dijo.

Interesado, Glaub abordó a Bohlen.

—¿Ese es el caso? —Ya había notado como automáticamente, la tensión esquelética del mecánico, mientras estaba sentado dando sorbos a su bebida, y la rígida musculatura, sin mencionar su construcción histérica—. Pero parece que haga usted pasos enormes para la recuperación.

Alzando la cabeza, Bohlen aguantó su mirada, contestando:

—Estoy del todo recuperado. Fue hace muchos años —tenía el rostro plomizo.

Nadie se recupera del todo, pensó Glaub. Pero no lo dijo; en su lugar, afirmó:

—Quizás Arnie tenga razón. Usted podría empatizar con el recluido, puesto que ese es nuestro problema básico; el recluido no puede desempeñar nuestros papeles, ver el mundo como nosotros y nosotros tampoco podemos ocupar su papel. Así que nos separa un abismo.

—¡Haga un puente para eso mismo, Jack! —exclamó Arnie. Dio palmadas a Bohlen en la espalda—. Inicie su tarea; le colocaré en la nómina.

El doctor Glaub se sintió lleno de envidia. Miró furioso su bebida, escondiendo su reacción. La chica, sin embargo, la vio y sonrió. No le devolvió la sonrisa.

* * *

Contemplando al doctor Glaub sentado enfrente suyo, Jack Bohlen sintió la difusión gradual de su percepción que tanto temía, el cambio en su conciencia que le había atacado de esta manera años atrás en el despacho del jefe de personal de *Corona Corporation* y que siempre le pareció tener consigo, al acecho.

Vio al psiquiatra bajo el aspecto de la realidad absoluta: Una cosa compuesta de fríos cables e interruptores, no humana en absoluto, no hecha de carne. Las envolturas carnosas sucumbieron y se hicieron transparentes y Jack Bohlen vio el dispositivo mecánico que había más allá. Sin embargo, no dejó que este terrible estado de conciencia se mostrase al exterior; continuó acariciando su bebida; prosiguiendo escuchando la conversación y asintiendo ocasionalmente. Ni el doctor Glaub ni Arnie Kott se dieron cuenta.

Pero la chica sí. Se inclinó hacia él y le dijo en voz baja, al oído.

—¿No se encuentra usted bien?

Jack sacudió la cabeza. No, decía, no me encuentro bien.

—Vayámonos de aquí —susurró la chica—. Tampoco puedo

soportarlo —volviéndose hacia Arnie dijo en voz alta—: Jack y yo vamos a dejaros solos. Vamos —cogió a Jack por el brazo y se levantó; él notó los ligeros y fuertes dedos de ella y también se puso en pie.

—No tardéis mucho —dijo Arnie y reanudó su fría conversación con el doctor Glaub.

—Gracias —murmuró Jack mientras caminaban por el pasillo entre las mesas.

—¿Vio usted lo furioso que estaba cuando Arnie dijo que iba a colocarle a usted en la nómina? —preguntó Doreen.

—No. ¿Glaub? —pero no se sorprendía—. No me entero de nada —añadió a guisa de excusa—. Es algo relacionado con mis ojos; puede que sea astigmatismo, debido a la tensión —dijo.

—¿Quiere que nos sentemos en el bar? ¿O prefiere que salgamos? —preguntó la muchacha.

—Salgamos —contestó Jack.

Al poco estuvieron plantados en el puente Arco Iris, sobre el agua. Los peces del río se deslizaban por alrededor, luminosos y vagos, seres semireales, tan raros en Marte como cualquier forma de materia concebible. Eran un milagro en este mundo, y Jack y la muchacha, mirándolos, se dieron cuenta. Y ambos supieron que sentían este mismo pensamiento aun sin tener necesidad de formularlo en voz alta.

—Se está estupendo aquí fuera —dijo por último Doreen.

—Sí —casi no podía hablar.

—Todo el mundo —afirmó Doreen—, ha conocido en un momento u otro la esquizofrenia... si no la ha experimentado en sí mismo. En mi casa fue mi hermano, allá en la patria, mi hermano menor.

—No tardaré en estar bien —dijo Jack—. Yo me encuentro bien.

—Pues no lo está —afirmó Doreen.

—No —admitió él—, ¿pero qué diablos puedo hacer? Usted mismo lo dijo; una vez que se es esquizofrénico siempre se padecerá la esquizofrenia —permaneció entonces silencioso, concentrándose en los brillantes y pálidos peces.

—Arnie le tiene en un gran concepto —dijo la muchacha—. Cuando él dice que su mayor virtud consiste en valorar a la gente, no miente. Jack, se ha dado cuenta de que Glaub está desesperadamente ansioso por venderse y conseguir entrar en el personal de nóminas, aquí en Lewistown. Me imagino que la psiquiatría no rinde beneficios, como pasó antaño; hay demasiada competencia. Aquí, en este puesto de colonos, ya hay unos veinte y ninguno hace un verdadero negocio. ¿Acaso... su condición le causó molestias cuando solicitó permiso para emigrar?

—No quiero hablar de eso, por favor —dijo él.

—Paseemos —sugirió la muchacha.

Caminaron por la calle, por delante de las tiendas, la mayor parte de las escuelas estaban ya cerradas.

—¿Qué es lo que usted vio cuando miró al doctor Glaub, allí en la mesa? —preguntó la chica.

—Nada —contestó Jack.

—Entonces tampoco prefiere hablar de eso.

—Cierto.

—¿Cree que si me lo cuenta empeorarían las cosas?

—No son las cosas; soy yo.

—Quizá sean las cosas —sugirió Doreen—. Quizás haya algo en su visión, que se ha convertido de alguna manera en distorsionada y confusa. No lo sé. Y hemos forzado infernalmente en comprender lo que Clay, mi hermano, veía y oía. Él no podía decírmelo. Conozco que este mundo suyo resultara absolutamente distinto del concepto que tenía el resto de la familia. Se suicidó, como Steiner —hizo una pausa ante un quiosco de periódicos, y miró los diarios, que destacaban en la primera página lo de Norbert Steiner—. Los psiquiatras existenciales piden a menudo que se les permita seguir adelante y acabar con sus vidas; es la única solución, para algunos de ellos... porque sus lecciones se hacen insoportables.

Jack nada dijo.

—¿Resulta terrible? —preguntó Doreen.

—No. Somos... desconcertantes —luchó por explicarse—. No hay modo que uno pueda trabajar con lo que se supone debería ver y saber; se hace imposible continuar en la manera acostumbrada.

—¿No trataría usted a menudo de pretender y... convivir con esa cosa, fingiendo como un actor? —Al no responderle Jack, dijo ella—: Usted trató de hacerlo ahí dentro, ahora mismo.

—Me gustaría engañar a cualquiera —admitió—. Daría cualquier cosa si pudiese seguir actuando, representando un papel. Pero es una verdadera división... no ha habido división hasta entonces; se equivocan cuando dicen que es un fraccionamiento de la mente. Si yo desease continuar entero, sin fraccionarme, hubiera tenido que inclinarme y decir al doctor Glaub... —se interrumpió.

—Continúe —dijo la chica.

—Bueno —prosiguió él, aspirando profundamente—, yo diría: *Doctor, puedo verlo a usted bajo el aspecto de eternidad y me doy cuenta que está muerto*. Esa es la sustancia de la mórbida y enfermiza misión. No la quiero; no la pedí.

La chica le cogió por el brazo.

—Jamás se lo dije a nadie antes —afirmó Jack—, ni siquiera a Silvia, mi esposa, y a mi hijo David, le vigilo; le miro cada día para asegurarme que no se muestre también en él. No es fácil que esta enfermedad sea transmitida por herencia como con los Steiner. Yo no sabía que tuvieran un chico en el B-G hasta que Glaub así lo dijo. Y son pequeños monstruos desde hace varios años. Steiner jamás dejó escapar una palabra que lo revelase.

—Se supone que tenemos que volver a *«Willows»* para cenar —dijo Doreen—. ¿Va usted hacerlo? Me parece que sería una buena idea. Mire, usted no tiene que ingresar en el personal de Arnie; puede quedarse con el señor Yee. Posee un hermoso helicóptero. No tiene que renunciar a todo porque Arnie decida que puede emplearle; quizá usted no pueda aprovecharse de él.

—Es un reto interesante; construir un conducto para establecer comunicación entre un chico retraído y nuestro mundo —dijo Jack encogiéndose de hombros—. Creo que hay mucha verdad en lo que dice Arnie. Yo podría ser intermediario, podría hacer aquí un trabajo útil —no le importaba en realidad lo que Arnie quería sonsacarle al muchacho Steiner, según comprendía. Probablemente tiene algún motivo sólidamente egoísta, algo que le proporcionara un beneficio en

dinero efectivo. Ciertamente le importaba un bledo.

De hecho lo puedo conseguir de ambas maneras, comprendió. *El señor Yee puede prestarme a la Unión de Trabajadores Hidráulicos; a mí me pagaría el señor Yee y él cobraría de Arnie. Todo el mundo sería feliz, ¿y por qué no?, juguetear con la mente rota y el mal funcionamiento de un niño ciertamente era más recomendable que trastear con refrigeradores y cifradores; si el chico sufría algunas de las visiones que yo conozco...*

Estaba enterado de la teoría del tiempo que Glaub afirmó ser suya. Lo leyó en un *«Scientific American»*; naturalmente, leía cualquier cosa sobre esquizofrenia que caía en sus manos. Sabía que tenía origen en Suiza, que Glaub no lo había inventado. *Qué rara teoría es,* pensó para sí. *Y, sin embargo, suena a cierta*.

—Volvamos a *«Willows»* —dijo.

Tenía mucha hambre y sin duda la comida seria excelente.

—Es usted valiente, Jack Bohlen —dijo Doreen.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque va a regresar al lugar que le molestaba, a la gente que le produjo su visión, como usted dice, de eternidad. Yo no lo haría, huiría.

—Pero —contestó Jack—, esa es la cuestión; está diseñada para hacerlo huir a uno... la visión por ese propósito tiende a anular sus relaciones con otras personas, a aislarle. Si tiene éxito, se terminó la vida como ser humano. Por eso piensan bien cuando dicen que el término esquizofrénico no es un diagnóstico; es una prognosis... no dice nada de lo que uno tiene, sólo cómo terminará. —*Y yo no quiero terminar así*, se dijo mentalmente. *Como Manfred Steiner, mudo y en una institución; yo intento conservar mi trabajo, mi esposa e hijo, mis amistades...* miró de reojo a la chica que tenía cogida al brazo. *Sí, e incluso deseo conservar los asuntos amorosos, si es que se presenta alguno*.

Yo pretendo seguir luchando.

Metiéndose las manos en los bolsillos mientras caminaba, tocó algo pequeño, frío y duro; sacándolo con sorpresas, vio que era el objeto arrugado parecido a la raíz de un árbol.

—¿Qué diablos es eso? —le preguntó Doreen.

Era la bruja de agua que los hombres tristes le regalaron aquella mañana en el desierto; se había olvidado en absoluto de ella.

—Un amuleto de buena suerte —contestó Jack a la muchacha.

—Es terriblemente feo —dijo ella estremeciéndose.

—Sí —asintió Jack—, pero amistoso. Y tenemos este problema, nosotros los esquizofrénicos; captamos la inconsciente hostilidad de las demás personas.

—Lo sé. El factor telepático. Clay lo tenía peor y peor hasta... —Ella le miró de reojo—, hasta la salida paranoica.

—Esa es la peor de nuestra condición, esta conciencia del sadismo[18] enterrado, deprimido, y de la agresión en los demás en torno a nosotros, incluso los desconocidos. Yo desearía infernalmente no poseerlo; incluso lo captamos de la gente en los restaurantes... —pensó en Glaub—. Los autobuses, en un teatro. Multitudes.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que Arnie quiere averiguar del chico Steiner? —preguntó Doreen.

—Bueno, es la teoría acerca de la predicción...

—¿Pero qué es lo que quiere saber Arnie del futuro? Usted no tiene idea, ¿verdad? Y jamás se le ocurriría intentar descubrirlo.

Así era. No se había mostrado curioso.

—Está usted satisfecho —dijo ella despacio, estudiándole con atención—, le gusta simplemente efectuar su técnica de montar la maquinaria esencial. Eso no está bien, Jack Bohlen, no constituye ninguna buena señal.

—Oh —exclamó él. Asintió—. Es muy esquizofrénico, me imagino, contentarse con una relación puramente técnica.

—¿Se lo preguntará a Arnie?

Se sintió incómodo.

—Es asunto suyo, no mío. Se trata de un trabajo interesante y me gusta Arnie, pero prefiero al señor Yee. Yo simplemente... no quiero entrometerme. Esa es mi manera de ser.

—Me parece que tiene usted miedo. Pero no veo porque... es

valiente y de una manera profunda le veo terrible, terriblemente asustado.

—Quizá sea así —dijo, sintiéndose triste.

Juntos regresaron a *«Willows»*.

* * *

Aquella noche, después de que todos se hubiesen ido, incluyendo Doreen Anderton, Arnie Kott se sentó a solas en su sala de estar, resplandeciente. ¡Vaya jornada aquélla!

Había olfateado a un buen mecánico que ya le arregló su inapreciable cifradora y que iba a construir un chisme electrónico para sondear las facultades de vidente de un niño retraído.

Había conseguido, prácticamente gratis, la información que necesitaba de un psiquiatra y luego logró desembarazarse de él.

Así que, en total, había sido un día de excepción. Quedaban únicamente dos problemas: su clavicordio seguía desafinado y... ¿qué otra cosa más? Se le había pasado de la cabeza. Meditaba mientras estaba sentado delante de su televisor, contemplando los combates desde *América la Hermosa*, la colonia estadounidense[19] en Marte.

Entonces se acordó. La muerte de Steiner. Ya no tenía quien le suministrase golosinas.

—Lo arreglaré —dijo Arnie en voz alta. Apagó el televisor y puso en marcha su cifradora; sentado ante ella, micrófono en mano, pronunció un mensaje. Era para Scott Temple, con quien había trabajado en incontables negocios aventurados e importantes; Temple era primo de Ed Rockingham y un buen elemento para conocer... había logrado, a través de un acuerdo de fletes libres con las NU, obtener el control de la mayor parte de los medicamentos que entraban en Marte... ¡Y vaya negociazo el importe total de estos específicos!

Los tambores de la cifradora giraron animadamente.

—¡Scott! —dijo Arnie—. ¿Cómo estas? Eh, ¿sabes lo de ese pobre muchacho Norb Steiner? Mala cosa, quiero decir. Su muerte y todo lo demás. Tengo entendido que estaba mentalmente... bueno... ya sabes cómo. Como el resto de nosotros —Arnie soltó una larga carcajada de tonos duros—. Así que de todos modos nos deja con un

pequeño problema... Me refiero, las fuentes de suministro. ¿De acuerdo? Escucha, Scott, viejo amigo. Me gustaría hablar de eso contigo. Estoy en casa. ¿Vendrás a verme? Déjate ver por aquí dentro de un día o dos, para que preparemos los acuerdos precisos. Creo que deberíamos olvidar el mecanismo que estaba empleando Steiner; comenzaremos de nuevo, nos proporcionaremos nuestro pequeño aeródromo en algún lugar apartado, también nuestras propias naves cohetes, cuantas necesitemos y lo que nos haga falta. Hay que seguir importando esas ostras ahumadas, como debiera ser —cerró la máquina y trató de pensar si había algo más que decir. No, ya lo había dicho todo; entre él y un hombre como Scott Temple no era necesaria más palabrería; el trato quedaba cerrado—. Está bien, Scott, muchacho, hasta la vista —dijo por último.

Después de haber quitado el carrete se le ocurrió reproducirlo para asegurarse que había quedado cifrado. ¡Dios qué calamidad si por alguna casualidad alguien escuchaba lo dicho!

Pero no había duda, estaba cifrado y fue obra de su instrumento más querido: la máquina que había colocado las unidades semánticas en una especie de maullidos, parodia de la música electrónica, contemporánea. Arnie, oyendo los silbidos, gruñidos, zumbidos, alaridos, vibraciones, rió hasta que le corrieron las lágrimas por las mejillas; tuvo que ir hasta el cuarto de baño y mojarse la cara con agua fría para serenarse.

Luego, de regreso junto a la cifradora, cuidadosamente marcó la caja que contenía el carrete con las siguientes palabras.

«CANCIÓN DEL ESPÍRITU DEL VIENTO»,
CANTATA DE KARL WILLIAM DITTERSHAND.

Ese compositor, Kart William Dittershand, era el favorito actual en la Tierra entre los intelectuales y Arnie detestaba la música, mal llamada electrónica, del individuo; él mismo era un purista: sus gustos se detenían firmemente en Brahms. Arnie sonrió sin comprender la ironía de haber marcado su mensaje en clave, proponiendo a Scott unirse a él y entrar en la importación de alimentos de lujo en el mercado negro, como Cantata compuesta por Dittershand... Luego llamó a un miembro de la Unión para que llevase el carrete al norte, a Nueva Británica, la colonia en Marte del Reino Unido.

Con eso, a los ocho y media de la tarde, terminó con los negocios del día y Arnie regresó a su televisor para ver el final de las peleas. Encendió otro *Óptimo Admiral*, extra suave, se arrellanó,

suspiró, se relajó.

Ojalá todos los días fuesen como éste, dijo para sí. *Podría vivir por siempre si lo fuese.* Días como el presente le hacen a uno más joven, no más viejo. Notó como si pudiera esperar cumplir los cuarenta otra vez.

Ya me imagino entrando en el mercado negro, pensó. Y por género pequeño, como latas de gelatinas de fresas salvajes y rebanadas de congrio en escabeche, etc. Pero eso también era vital; para él especialmente. *Si este Steiner pensó que matándose me podía golpear donde más duele...*

—¡Adelante! —apremió al muchacho de color que estaba recibiendo una paliza en la pantalla de TV—. ¡Levántate, gusano, y dale una buena zurra!

Como si lo hubiese oído, el combatiente negro se reanimó y Arnie Kott soltó una larga y profunda risa de agudo placer.

* * *

En la pequeña habitación del hotel, donde tradicionalmente se quedaba las noches de la semana en Bunchewood Park cuando estaba de servicio, Jack Bohlen se sentó junto a la ventana fumando un cigarrillo y meditando.

Le había vuelto, después de todos aquellos años, lo que temía; tenía que enfrentarse a eso. Ahora no era la angustiosa anticipación, sino actualidad. *¡Cristo!*, pensó con tristeza, *tienen razón, una vez cae uno enfermo, lo está para siempre*. La visita a la escuela pública le había preparado y en el *«Willows»* apareció y le abrumó, tan intacta y llena como si tuviera otra vez sus veinte años y estuviese en la Tierra, trabajando para *Corona Corporation*, allá en Redwood City.

Y sé, pensó, *que la muerte de Norb Steiner tiene algo que ver. La muerte lo trastorna todo, en especial a las personas, las hace obrar de manera rara y peculiar; instala un proceso radiante de acción y de emoción que busca esta salida, más lejos y más lejos, para abrazar a más personas y cosas*.

Será mejor que llame a Silvia, pensó, *y vea cómo se las arregla con Frau Steiner y los niños*.

Pero no se decidió. *De todos modos,* pensó, *nada puedo hacer por ayudar. Tengo que estar aquí de servicio veinticuatro horas en la ciudad, en donde el señor Yee pueda localizarme. Y ahora, también, he de estar a*

disposición de Arnie Kott en Lewistown.

Sin embargo, hubo compensación. Una compensación estupenda, profunda, sutil, muy vigorizadora. Su cartera tenía el número de teléfono y la dirección de Doreen Anderton.

¿Debería llamarla esta noche? Me imagino, pensó, *buscando a alguien, a una mujer, también, con quien pueda hablar libremente, que comprenda mi situación, que genuinamente deseé oír y no tenga miedo*.

Servía de mucho consuelo.

Su mujer era la última persona en el mundo con la que podría hablar de su esquizofrenia; las pocas ocasiones en que lo intentó ella se limitó a desmayarse de miedo. Como cualquier otra persona, Silvia sentía terror ante la idea que esa enfermedad entrase en su vida; ella misma la evitaba con los mágicos encantos de las drogas... como si el Fenobarbital pudiese contener el proceso más perverso y ominoso del alma del hombre. Dios sabe cuántas píldoras se había tragado él mismo durante la última década; lo bastantes como para pavimentar un camino que fuese de su casa hasta este hotel y posiblemente regresar.

Decidió, después de pensar un poco, no llamar a Doreen. Sería mejor dejarla como última salida cuando la cosa se pusiese excepcionalmente dura. Precisamente ahora se sentía bastante plácido. Habría momentos en abundancia en el futuro y muchas necesidades de buscar a Doreen Anderton.

Claro, tendría que tener un cuidado increíble; con toda evidencia Doreen era la amante de Arnie Kott. Pero ella parecía saber lo que hacía y ciertamente conocía a Arnie; debió tenerlo en cuenta cuando le entregó su número de teléfono y dirección y, por lo que importaba, cuando se levantó y abandonó el restaurante.

Confío en ella, dijo Jack para sí. Y para alguien con un ramalazo de esquizofrenia, eso significaba mucho.

Meditando, Jack Bohlen apagó el cigarrillo, se puso el pijama y se preparó para acostarse.

Estaba tapándose precisamente cuando sonó el teléfono de su habitación. Una llamada de servicio, pensó, saltando automáticamente al descolgar.

Pero no lo era. Una voz de mujer le dijo suavemente en oído:

—¿Jack?

—Sí —contestó.

—Aquí Doreen. Simplemente me preguntaba... si estabas bien.

—Estupendo —contestó Jack, sentándose en el borde de la cama.

—¿Crees que podrías venir esta noche a mi casa?

Jack dudó.

—Humm —murmuró.

—Podríamos poner discos y hablar. Arnie me prestó una buena cantidad de antiguos discos estereofónicos LP de su colección... algunos están bastante rayados, pero hay otros que son impresionantes. Es todo un coleccionista, ya sabes; tiene la mayor colección de Bach que hay en Marte. Y ya viste su clavicordio.

Así que era eso lo que había en la sala de estar de Arnie.

—¿No hay peligro? —preguntó.

—No lo hay. No te preocupes por Arnie; no es dominante, si entiendes lo que quiero decir.

—Está bien —contestó Jack—. No tardaré —y entonces se dio cuenta de que no podía hacerlo, porque tenía que estar a mano en caso de que hubiera alguna llamada de reparaciones. Claro que también podía recibirlos a través del teléfono de ella.

—Eso no es problema —dijo la muchacha cuando le explicó la dificultad—. Llamaré a Arnie y se lo diré.

—Pero... —comenzó a decir Jack, anonadado.

—Jack, estás loco si crees que podemos hacerlo de otro modo... Arnie sabe cuanto ocurre en la ciudad. Déjamelo a mí, querido. Le llamaré ahora mismo. Ya puedes venir. Si alguna llamada viene mientras estés en camino, tomaré nota, pero no creo que haya ninguna; Arnie no desea que salgas por ahí arreglando tostadoras a la gente; te desea para sus propios trabajos, para construir esa maquina que permita hablar con el chico Steiner.

—Esta bien —dijo Jack—, no tardaré. Adiós —colgó.

Diez minutos más tarde estaba en camino, volando en el brillante y esbelto helicóptero de la Compañía Yee a través del cielo nocturno de Marte, dirigiéndose hacia Lewistown, al encuentro de la amante de Arnie Kott.

CAPÍTULO VIII

David Bohlen sabía que su abuelo Leo tenía mucho dinero y que no le importaba gastarlo. Por ejemplo, antes de partir del edificio terminal de cohetes, el anciano, con su grueso traje, su chaleco y gemelos de oro —era el traje que el muchacho había tratado de divisar, a lo largo de la rampa en donde aparecieron los pasajeros—, se detuvo ante la floristería y compró a la madre del muchacho un ramo de grandes flores azules de la Tierra. Y quiso comprar algo también para David, pero no había juguetes, sólo dulces, que fue lo que compró el abuelo Leo: una caja de un kilo.

Bajo el brazo el abuelo Leo tenía un cartón blanco atado con una cuerda: no había dejado que los empleados del cohete se hiciesen cargo de él y lo colocasen con el equipaje. Cuando abandonaron el edificio terminal y se encontraban ya en el helicóptero de su padre, el abuelo Leo abrió el paquete. Estaba lleno de pan judío y de golosinas; también había carne de buey en rebanadas envueltas en plástico protector, en total kilo y medio.

—¡Cielos! —exclamó Jack encantado—. Viene desde Nueva York. No puedes conseguir esto aquí en las colonias, papá.

—Lo sé, Jack —dijo el abuelo Leo—. Un amigo judío me dijo donde encontrarlo y me imaginé que os gustaría, porque tú y yo tenemos los mismos gustos —lanzó una risita complacida al ver lo felices que había hecho a sus familiares—. Os prepararé un bocadillo cuando lleguemos a casa: será lo primero que haré nada más llegar.

El helicóptero se alzaba ahora por encima del terminal de cohetes y pasó ya a los principios del oscuro desierto.

—¿Qué tal tiempo habéis tenido aquí? —preguntó el abuelo Leo.

—Muchas tormentas —contestó Jack—. Prácticamente nos enterraron, hace poco más o menos una semana. Tuvimos que alquilar equipo de emergencia para excavar.

—Malo —dijo el abuelo Leo—. Deberías construir una valla de cemento, esa misma de que me hablabas en tus cartas.

—Cuesta una fortuna edificar aquí —dijo Silvia—, no es como allá en la Tierra.

—Lo sé —admitió el abuelo Leo—, pero hay que proteger las inversiones propias... la casa es de un gran valor y no os olvidéis que tenéis agua cerca.

—¿Cómo podemos olvidarlo? —exclamó Silvia—, Gran Dios, sin el canal moriríamos.

—¿Es más ancho este año el canal? —preguntó el abuelo Leo.

—Igual —dijo Jack.

David intervino.

—Lo dragaron, abuelo Leo. Yo los vi; los hombres de las NU, utilizaron una gran máquina que extraía la arena del fondo y el agua es mucho más limpia. Así que mi papá cortó el sistema de filtro y ahora cuando viene el vigilante y abren la compuerta de nuestra casa, podemos bombear tan deprisa que papá me ha permitido plantar un nuevo jardín de verduras que puedo regar con el agua sobrante, y tendré maíz y un par de plantas de *carlota*, pero siempre y cuando no se lo coman los escarabajos. Ya anoche conseguimos maíz. Alzamos una cerca para impedir que esos animalitos entren... ¿cómo se les llama, papá?

—Ratas de arena, Leo —dijo Jack—. En cuanto al jardín de David empezó a producir, vinieron las ratas de arena. Proceden de lejos —extendió las manos para indicar—. Son inofensivas, excepto que comen el equivalente a su peso en diez minutos. Los antiguos colonos nos previnieron, pero tuvimos que intentarlo.

—Es bueno cultivar los propios productos —dijo el abuelo Leo —. Sí, me hablaste del jardín en una de tus cartas, David: mañana me agradará verlo. Esta noche estoy cansado; he hecho un largo viaje, aun cuando los nuevos navíos que tienen; dicen que son más rápidos que la luz, pero no es verdad: aún se tarda mucho en despegar y aterrizar y se sienten fuertes sacudidas. Cerca mío tenía una mujer que estaba aterrorizada al pensar que podíamos abrasarnos; hacía muchísimo calor dentro, a pesar del aire acondicionado. Yo no sé por qué dejan que la gente pase tanto calor, ciertamente que los billetes son carísimos y eso debería compensar. Pero resulta una gran mejora... si uno recuerda el navío que tomasteis vosotros cuando emigrasteis hace años. ¿Cuánto os costo? ¡Dos meses!

—Leo —dijo Jack—, espero que hayas traído tu máscara de oxígeno. La nuestra es demasiado vieja ahora, no inspira confianza.

—Seguro, la tengo en mi maleta parda. No os preocupéis por mí, puedo aguantar esta atmósfera... conseguí que me recetasen un comprimido distinto para el corazón, realmente muy perfecto. Todo mejora en la patria. Claro, está superpoblada. Pero más y más personas emigraron aquí... te doy palabra, hijo. La niebla es cosa mala en la patria, casi le mata a uno.

David intervino:

—Abuelo Leo, el vecino de casa, el señor Steiner, se quitó la vida y ahora su hijo Manfred ha regresado del campamento para niños anormales y mi papá está construyendo un mecanismo para que podamos hablar con él.

—Bueno —dijo el abuelo Leo, con amabilidad. Miró radiante al muchacho—. Es interesante, David. ¿Es muy mayor el chico ése?

—Diez años —contestó David—, pero no puede hablar en absoluto con nosotros, todavía. Sin embargo, papá arreglará la cuestión con su mecanismo y ya sabes las maravillas que hace papá trabajando y para quién trabaja ahora, ¿verdad? El señor Kott, jefe de la Unión de Trabajadores Hidráulicos y de su ciudad; realmente es un hombre muy importante.

—Creo haber oído hablar de él —afirmó el abuelo Leo, con un guiño a Jack que el muchacho captó.

Jack contestó a su padre:

—Papá, ¿sigues aún decidido a hacer ese negocio de comprar tierras en la cordillera FDR?

—Oh, seguro —contestó el abuelo Leo—. Puedes apostar tu vida, Jack. Naturalmente, vine en un viaje sociable, para vernos todos, pero no hubiera podido tomarme tanto tiempo libre de no ser que dedicase parte a este negocio.

—Yo creí que habías renunciado —comentó Jack.

—Vamos, Jack —afirmó el abuelo Leo—, no te preocupes; déjame que me preocupe yo de si hago bien o mal; llevo muchos años ya en el negocio de la compra y venta de terrenos. Tú lo único que tienes que hacer es llevarme hasta las montañas para que eche un vistazo de primera mano. Tengo muchos mapas; y, sin embargo, deseo verlo con mis propios ojos.

—Sufrirás un desencanto cuando lo veas —dijo Silvia—. Es una zona muy desolada, sin agua, apenas existe vida.

—Eso no debe preocuparos ahora —contestó el abuelo Leo sonriendo a David. Dio un codazo al muchacho en las costillas—. Me alegro de ver a un jovencito sano y fuerte y lejos del aire emponzoñado que tenemos en la patria.

—Bueno, Marte también tiene sus inconvenientes —intervino Silvia—. Trata de vivir con agua mala o sin agua en absoluto durante una temporada y lo verás.

—Lo sé —dijo muy serio el abuelo Leo—. Vosotros tenéis valor por vivir aquí fuera. Pero es sano; no os olvidéis de eso.

Debajo de ellos, ahora, relucían las luces de Bunchewood Park. Jack dirigió el helicóptero hacia el norte, tomando el camino de su casa.

Mientras pilotaba el helicóptero de la Compañía Yee, Jack Bohlen miró de reojo a su padre y se maravilló de lo poco que había envejecido, del aspecto vigoroso y sano que tenía Leo, un hombre que había pasado los setenta años. Y, sin embargo, en su trabajo, continuamente, parecía disfrutar más que nunca con la especulación.

No obstante, aunque no lo mostrase, estaba seguro de que el largo viaje en la Tierra había agotado más a Leo de lo que pretendía reconocer. De cualquier forma, ya estaba casi en la casa. El girocompás marcaba 7'08054; estaban a pocos minutos del término del viaje.

Cuando hubieron aparcado en el tejado de la casa y descendido por la escalera, Leo de inmediato cumplió su promesa; en la cocina se puso a trabajar, preparando alegremente a cada uno de ellos un bocadillo de carne de buey con pan judío. Pronto estuvieron todos sentados en la sala de estar, comiendo. Cada cual se sentía tranquilo y relajado.

—No puedes saber el hambre que teníamos de esta clase de comidas —dijo por último Silvia—. Ni siquiera en el mercado negro... —miró de reojo a Jack.

—A veces se pueden comprar alimentos de lujo en el mercado negro —dijo Jack—, aunque últimamente la cosa se ha puesto más difícil. Nosotros no lo hacemos, personalmente. No es por motivos morales, si no porque son demasiado caras esas mercancías.

Hablaron durante un rato, preguntando por el viaje de Leo y las condiciones de la patria. David fue enviado a la cama a las diez y media y luego, a las once, Silvia se excusó y se fue también a dormir. Leo y Jack se quedaron a la sala de estar, sentados aún, los dos solos. Leo dijo:

—¿Podemos salir y echar un vistazo al Jardín del muchacho? ¿Tienes una linterna grande?

Buscando la que empleaba para localizar averías, Jack mostró el camino saliendo de la casa y penetrando en el fresco aire de la noche.

Mientras estaban plantados al borde del sembrado de maíz, Leo le dijo en voz baja:

—¿Cómo os lleváis Silvia y tú estos días?

—Estupendamente —contestó Jack, un poco sorprendido por la pregunta.

—Me parece que hay frialdad entre vosotros dos —dijo Leo—. Seguro que sería terrible, Jack, si os separaseis. Es una estupenda mujer la que tienes, de las que hay sólo una entre un millón.

—Lo reconozco —afirmó Jack incómodo.

—En la patria —continuó Leo—, cuando eras joven, siempre jugabas mucho con las mujeres. Pero sé que ahora has sentado la cabeza ya.

—Cierto —dijo Jack—. Me parece que te estás imaginando cosas y...

—Pareces preocupado, Jack —le interrumpió su padre—. Espero que tu antigua enfermedad, ya sabes a lo que me refiero, no te esté molestando. Hablo de...

—Sé de lo que hablas.

Inquieto, pero decidido, Leo prosiguió:

—Cuando yo era niño no había tantas enfermedades mentales como las que existen ahora. Es un mal de los tiempos; demasiadas personas, demasiadas superpoblación. Recuerdo cuando te pusiste enfermo por primera vez y mucho tiempo antes de eso, digamos cuando tenías diecisiete años, te mostrabas frío con respecto a las

gentes, no te interesaban. También estabas malhumorado. Me parece que vuelves a estar así ahora.

Jack miró con ira a su padre. Eso era lo malo de tener visitas de los parientes; jamás podían resistir la tentación de adoptar sus viejos papeles de sabelotodos, de epítomes de la prudencia. Para Leo, Jack no era un hombre mayor con esposa e hijo; era simplemente su hijo Jack.

—Mira, Leo —dijo Jack—. Aquí hay muy pocas personas; es apenas un planeta colonizado todavía. Naturalmente, que la gente es menos gregaria; tienen que ser más impulsados interiormente que en la patria en donde es como dijiste, día tras día, una escena de multitudes.

Leo asintió.

—Humm. Pero eso debería alegrarte más al ver otros seres humanos.

—Si te refieres a ti, estoy muy contento de verte.

—Seguro, Jack —contestó Leo—. Lo sé. Quizás esté sólo cansado. Pero tu no pareces decir mucho; te veo preocupado.

—Mi trabajo —se excusó Jack—. Ese chico Manfred, ese niño recluido... no puedo quitármelo de la cabeza.

Pero, como en los viejos tiempos, su padre podía ver sin esfuerzo a través de sus pretextos, con verdadero instinto paternal.

—Vamos, muchacho —dijo Leo—. Tienes muchas cosas en la cabeza, pero sé como trabajas; tú trabajo es con las manos y yo hablo de tu cerebro, es tu mente lo que se ha vuelto hacia el interior. ¿Puedes conseguir ese asunto de la psicoterapia aquí en Marte? No me digas que no, porque estoy bien enterado.

—No te voy a decir que no —contestó Jack—, pero te diré que es una cosa que no te importa en absoluto.

Junto a él, en la oscuridad, su padre pareció encogerse, aposentarse.

—Está bien, hijo —murmuró—. Lamento haberme entrometido.

Ambos estaban incómodos y en silencio.

—¡Diablos! —exclamó Jack por último—, no nos peleemos, papá. Volvamos a la casa y tomemos una copa y luego acabemos la jornada. Silvia te ha preparado una cama blanda y cómoda en el otro dormitorio; se que necesitas descansar bastante.

—Silvia es muy atenta con las necesidades de la persona —comentó Leo, con una débil nota de acusación hacia su hijo. Luego su voz se ablandó mientras decía—: Jack, siempre me preocupo por ti. Quizá sea anticuado y no comprenda esta... esta enfermedad mental; hoy en día todo el mundo parece tenerla; es vulgar, como la gripe y la polio solían serlo, como cuando éramos niños y casi todos pillábamos el sarampión. Ahora tú tienes eso. Uno de cada tres, lo oí por televisión, lo pasa. La esquizo... lo que sea. Me refiero, Jack, a que la vida es digna de vivirse, que nadie debería dar la espalda a la realidad, como hacen esos esquizofrénicos. No tiene sentido. Tenéis todo un planeta que conquistar aquí. Mañana, por ejemplo, iré contigo hasta la cordillera FDR y me lo enseñarás todo y luego obtendré los detalles sobre los procedimientos legales en el planeta; voy a comprar. Escucha: tu comprarás, también, ¿me oyes? Te anticiparé el dinero —sonrió esperanzado hacia Jack, mostrando sus dientes de acero inoxidable.

—No es mi ramo —dijo Jack—. Pero gracias.

—Yo te escogeré la parcela —ofreció Leo.

—No. No me interesa.

—¿Estás... disfrutando de tu trabajo ahora, Jack, construyendo esa máquina para hablar con el muchacho que no sabe hacerlo? Me parece una digna ocupación; estoy orgulloso de saberlo. David es un chico estupendo y, el hijo, se siente orgulloso de su padre.

—Lo sé —dijo Jack.

—David nos ha mostrado signos de esa esquizofrenia, ¿verdad?

—No.

—No sé de donde sacaste la tuya —dijo Leo—, seguro que de mí no... Amo a la gente.

—Yo también —contestó Jack.

Se preguntó cómo actuaría su padre si conociese lo de Doreen. Probablemente Leo se sentiría mortalmente asombrado; venía de una

generación muy rígida, nacido en 1924, hace mucho, muchísimo tiempo. Entonces el mundo era diferente. Se sorprendía de lo rápidamente que su padre se adaptó a este mundo de ahora; un milagro, Leo, nacido en el período floreciente que siguió a la Primera Gran Guerra y que ahora estaba aquí plantado, en el borde del desierto marciano..., pero no comprendería lo de Doreen, de lo vital que era para él mantener un contacto íntimo de esta clase, a cualquier costa; o mejor, casi sin costa.

—¿Cómo se llama ella? —preguntó Leo.

—¿Eh... qué? —balbuceó Jack.

—Yo poseo un poco de ese sentido telepático —dijo Leo con voz sin tono alguno—. ¿No es cierto?

Al cabo de una pausa, Jack dijo:

—Evidentemente.

—¿Lo sabe Silvia?

—No.

—¿Puedo adivinar entonces por qué no me miraste a los ojos?

—¡Cáscaras! —exclamó con fiereza Jack.

—¿Está ella también casada? ¿Posee hijos esa otra mujer con la que te has enredado?

Jack contestó con la voz más nivelada que le fue posible.

—¿Por qué no utilizas tu sentido telepático y lo descubres?

—Yo no quisiera ver a Silvia herida —dijo Leo.

—No lo estará —contestó Jack.

—Mala cosa —afirmó Leo—, hacer todo este camino y descubrir algo por el estilo a esto. Bueno... —suspiró—. De todos modos vengo a mi negocio. Mañana tú y yo nos levantaremos temprano y empezaremos.

—No seas un juez demasiado duro, papá —aconsejó Jack.

—De acuerdo —asintió Leo—. Lo sé, son los tiempos modernos.

Tú piensas que jugando así te mantienes bien, ¿verdad? Quizá sí. Quizá sea el único camino hacia la cordura. No quiero decir que no estés cuerdo...

—Sólo defectuoso —corrigió Jack, con violenta amargura. *Cristo, mi propio padre*, pensó. *Qué prueba. Qué tragedia más miserable*.

—Sé que saldrás bien —dijo Leo—. Ahora me doy cuenta de que estás luchando; no juegas, no. Lo digo por tu voz... tienes dificultades. Las mismas que tuviste, sólo que al envejecer, te has desgastado... y resulta más duro... ¿verdad? Sí, lo comprendo. Este planeta es solitario. Es maravilloso que todos los habitantes no os volváis locos de remate. Veo por qué deberías valorar el amor allá donde puedas encontrarlo. Lo que necesitas es algo que yo tengo, esta tierra mía; quizá tú puedas encontrarlo edificando tu máquina para esa pobre crío. Me gustaría verle.

—Lo verás —dijo Jack—. Posiblemente mañana.

Se quedaron un rato más y luego regresaron a la casa.

—¿Sigue Silvia tomando droga? —preguntó Leo.

—¡Droga! —Jack soltó una carcajada—. Fenobarbital. Sí, lo toma.

—Una chica tan buena —se lamentó Leo—. Mala cosa que esté tan tensa y se preocupe demasiado. Y, además, ha de ayudar a esa infortunada viuda de la casa de al lado, como me dijiste. —En la sala de estar, Leo se sentó en el sillón favorito de Jack, cruzó las piernas y se arrellanó, suspirando, poniéndose cómodo para continuar hablando... Definitivamente tenía mucho más qué decir, en una diversidad de asuntos, y pensaba decirlo.

* * *

En la cama, Silvia yacía casi perdida en el sueño, con sus facultades disminuidas por la dosis de la tableta de 100 miligramos de Fenobarbital que había tomado, como siempre, antes de acostarse. Vagamente oyó el murmullo de las voces de su marido y su suegro, procedentes del patio; en una ocasión el tono se hizo vivo y ella se sentó, alarmada.

¿Acaso se van a pelear?, se preguntó. *Dios, espero que no; confío en que la estancia de Leo no vaya a romper la buena armonía*. Sin embargo, las voces bajaron de volumen y ahora ella podía descansar

tranquila otra vez.

Seguro que es un viejo estupendo, pensó. *Parecido a Jack, aunque más asentado en sus cosas*.

Últimamente, desde que su marido comenzó a trabajar para Arnie Kott, había cambiado. Sin duda, por culpa del singular trabajo que se le había confiado; el muchacho Steiner, mudo, recluido, retraído, lo desconcertaba y desde su primera aparición lo había estado lamentando. La vida ya era bastante complicada de por sí. El chaval entraba y salía de la casa, siempre corriendo de puntillas, los ojos continuamente asaeteando, como si viera objetos no presentes, oyera sonidos más allá del alcance normal. Si se pudiera echar atrás el tiempo y se lograse de alguna manera devolver la vida de Norbert Steiner... si al menos...

En su mente drogada vio ella, como un relámpago, cómo el inefectivo hombrecillo partía por la mañana, con sus maletas conteniendo el género, en su papel de vendedor iniciando su ronda, dispuesto a ofrecer yogurt y mermeladas y melaza.

¿Estaba aún vivo en alguna parte? Puede que Manfred le viera, perdido como lo estaba el muchacho —según Jack— en un tiempo desfigurado. ¡Qué sorpresas les esperaban cuando establecieran contacto con el chico y descubrieran que habían remodelado aquel triste y pequeño espectro...! Pero lo más probable es que su teoría sea cierta y que lo que Manfred vea no sea el pasado, sino el momento inmediato posterior al presente, es decir, el futuro. Entonces tendrán lo que quieran. ¿Por qué, Jack? ¿Qué es lo que tú quieres del futuro, Jack? ¿Buscas antes una afinidad entre tú, yo y ese crío? ¿Eso? Oh... Sus pensamientos cedieron el terreno a la oscuridad.

¿Y luego, qué? ¿Volverás a preocuparte por mí, o que? No hay ninguna afinidad entre el enfermo y el sano. Tú eres diferente; tu caso me agobia. Leo lo sabe, yo lo sé. ¿Y tú? ¿Te preocupas?

Se durmió.

* * *

Altos en el cielo revoloteaban describiendo círculos los pájaros carnívoros. En la base del edificio yacían los excrementos. Cogió las boñigas hasta tener entre las manos unas cuantas. Se retorcían y se hinchaban como si tuviesen levadura y supo que dentro habría seres vivos; las transportó con cuidado hasta el vacío corredor del edificio. Una boñiga se abrió, se partió con una hendidura longitudinal,

mostrando el espesor capilar de la corteza; se hizo demasiado grande para sostenerla y la dejó apoyada contra la pared. Un compartimiento se mostró al volcarse y en su amplio interior pudo percibir a la criatura que lo habitaba.

¡Basura! Un gusano, enroscado, hecho de placas húmedas, de un blanco ahusado, el gusano interior nacido en el cadáver de una persona. Si al menos los pájaros circundantes en el cielo lo pudieran hallar y devorarlo... Bajó corriendo los escalones, que cedían al posar en ellos sus pies. Faltaban algunas tablas. Vio a través de las rendijas entre las maderas el suelo de tierra inferior, la cavidad, fría, oscura, llena de astillas tan podridas que formaban una especie de polvo húmedo, destruido por la carcoma.

Unos brazos le alzaron, arrojándole a los pájaros revoloteantes; ascendió flotando, cayendo al mismo tiempo. Le comieron la cabeza. Y luego se vio plantado en un puente sobre el mar. Los tiburones asomaban en el agua, sus aletas cortando la superficie. Cogió a uno con su sedal y el pez ascendió del agua con la boca abierta, para tragárselo. Retrocedió, pero el puente se combó, cedió, de modo que las aguas le llegaron a la cintura.

Ahora llovía basura; todo era basura, allá donde miraba nada más veía que basura. Un grupo de aquellos que no le simpatizaban apareció al extremo del puente y le lanzó un aro formado por afilados dientes de tiburón. Fue como una corona. Él era emperador. Le coronaron con el aro, se lo hicieron bajar más allá de su cabeza, hasta el cuello y comenzaron a estrangularle. Anudaron el lazo y los dientes de tiburón le cortaron la cabeza. Una vez más se sintió sentado en la oscuridad, en los lóbregos sótanos, con el aserrín podrido rodeándole, escuchando el chap-chap de las olas de la marea por doquier. Un mundo en el que la basura reinaba y donde él carecía de voz; los dientes de tiburón le habían cercenado las cuerdas vocales.

Yo soy Manfred, dijo.

* * *

—Te aseguro que te sentirás realmente encantada cuando establezcamos contacto con él... quiero decir, cuando consigamos hallar un camino conducente a su interior, así tendremos el futuro... ¿Y dónde te crees que suceden las cosas sino en el futuro? —preguntó Arnie Kott a la chica que estaba a su lado, en la amplia cama de matrimonio.

Agitándose, Doreen Anderton murmuró.

—No te duermas —dijo Arnie, inclinándose para encender otro cigarrillo—. Escucha, ¿sabes qué...? Un especulador de terrenos de gran experiencia vino hoy de la Tierra. En el espaciodromo tenemos a un muchacho de la Unión que le reconoció, aunque, naturalmente, el especulador se inscribió bajo nombre supuesto. Inspeccionamos la documentación del cohete y se nos escabulló el hombre, eludiendo a nuestro empleado. ¡Ya predije que vendrían! Escucha, cuando nos enteremos de todo por el niño Steiner, lo que diga hará volar la tapa que cubre a todo este asunto. ¿De acuerdo? —sacudió a la dormida chica. Dijo—: Si no quieres despertarte, te tiraré ahora mismito de la cama, tal como estás, con el trasero al aire, y no te quedará más remedio que volverte andando a tu casa.

Doreen gruñó, se dio la vuelta, se sentó. En la suave luz del dormitorio principal de Arnie Kott, estuvo sentada, pálida y transluciente, apartándose el pelo de los ojos y bostezando. Un tirante de su camisón le resbaló por el brazo y Arnie contempló apreciativo su alto y duro seno izquierdo, con la gema de su pezón sobresaliendo en el mismísimo centro.

Cielos, vaya chavala que tengo, se dijo Arnie para sí. *Ella vale un Potosí. Y ha hecho un sorprendente trabajo manteniendo en su tarea al tal Bohlen e impidiendo que divagara y se nos fuera, como suelen hacer esos esquizofrénicos heterodoxos... Quiero decir que es casi imposible mantenerlos aplicados a una tarea, porque resultan gentes irresponsables y sujetas a multitud de cambios en su humor. El tal Bohlen es un sabio cretino, un idiota capaz de arreglar muchos aparatos y tenemos que apechugar con su idiotez; no nos queda más remedio que aguantar. No se puede obligar a un tipo así; nunca permiten que se les fuerce*.

Arnie tomó las sábanas y las echó a un lado, descubriendo a Doreen y sonriendo al verle las piernas desnudas, sonriendo al ver cómo ella se bajaba el camisón hasta las rodillas.

—¿Cómo puedes estar cansada? —le preguntó—. No has hecho nada excepto acostarte. ¿No es eso? ¿Es que acostarte con un hombre es tan agotador?

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Más no —dijo.

—¿Qué? —exclamó Arnie—. ¿Estás de broma? Acabamos de empezar. Quítate el camisón. —Cogiendo la prenda por la orilla

inferior, la subió una vez más; pasó el brazo por debajo del cuerpo de la chica, la alzó y al instante le sacaba el camisón por la cabeza. Lo depositó en la silla de junto a la cama.

—Voy a dormir —dijo Doreen, cerrando los ojos—. Si a ti no te importa.

—¿Y por qué iba a importarme? —respondió Arnie—. Seguirás aquí, ¿no? Despierta o dormida, estás toda aquí, en carne... ¡y qué carne!

—Ooooh —protestó ella.

—Lo siento —la besó en la boca—. No quería hacerte daño.

Doreen dobló la cabeza; estaba dispuesta a dormirse. Anne se sintió ofendido. *Pero, ¡qué diablos!, ella, de todos modos, nunca cooperaba demasiado*.

—Cuando termines, vuélveme a poner el camisón —murmuró Doreen.

—Sí, pero aún no termino.

Puedo aguantar una hora más, se dijo Arnie para sí. *Quizá, dos. Además, me gusta de esta manera. Una mujer dormida no habla. Lo que lo estropea todo es cuando empiezan a hablar. O cuando emiten gemidos. Nunca pudo soportar los gemidos*.

Pensó: *Me muero por obtener resultados de ese proyecto Bohlen. No puedo esperar; sé que oiremos algo realmente maravilloso cuando empecemos a escuchar. La cerrada mente de ese chico, ¿qué cantidad de tesoros contendrá? Estar ahí dentro debe ser como hallarse en el país de las hadas, viéndolo todo hermoso, puro y realmente inocente*.

Entre sueños, Doreen gimió.

CAPÍTULO IX

Jack puso en la mano de su padre, Leo Bohlen, una gran semilla verde. Leo la examinó y la devolvió.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Jack.

—Pues vi, eso... la semilla.

—¿Ocurrió algo?

Leo meditó, pero no se le ocurrió nada que hubiese visto suceder, así que por último dijo:

—No.

Sentado tras el proyector de películas, Jack anunció:

—Fíjate ahora —apagó las luces de la habitación y luego, en la pantalla, surgió una imagen mientras el proyector funcionaba. Era una semilla metida en el suelo. Mientras Leo miraba, la semilla se hendió. Dos tentáculos aparecieron como sondeando; uno empezó a crecer hacia arriba, el otro se dividió en finos cabellos y descendió. Mientras, la semilla se agitaba en el suelo. Enormes proyecciones se desplegaron del tentáculo ascendente.

Leo carraspeó:

—Vaya, Jack —dijo—, vaya semilla que tenéis aquí en Marte; déjala ir. Cielos, crece como si estuviese loca.

—Esta es una semilla ordinaria de Lima —dijo Jack— la misma que te di hace un rato. La película ha sido acelerada; cinco días quedan condensados en segundos. Ahora podemos ver el movimiento que ocurre al germinar la semilla; normalmente, el proceso toma lugar demasiado despacio para que veamos ningún movimiento en absoluto.

—Dime, Jack —exclamó Leo—, eso es muy interesante. De modo que la proporción de tiempo de ese chaval es como en esta semilla. Comprendo. Las cosas que nosotros podemos ver moverse pasarán como un rayo en torno a él, tan deprisa que prácticamente le resultaran invisibles y apuesto a que, sin embargo, fue el lento proceso como el de estas semillas: juraría que puede salir al patio y sentarse y ver cómo crecen las plantas cinco días para él son como, por ejemplo,

diez minutos para nosotros.

—De cualquier forma, esa es la teoría —afirmó Jack.

Continuó, luego, para explicar a Leo cómo funcionaba la cámara. Las explicaciones estaban llenas de términos técnicos, que Leo no comprendía y se sintió un poco irritado mientras Jack seguía hablando. Eran las once de la mañana y Jack no mostraba la menor señal de llevarle en su viaje a la cordillera FDR; parecía completamente inmerso en esto.

—Interesantísimo —murmuró Leo en uno de los puntos.

—Tomamos una grabadora, que funcione a nueve y pico centímetros por segundo, y la pasamos para Manfred a la mitad. Una sola palabra, como «árbol». Y al mismo tiempo hacemos destellar la imagen de un árbol y la palabra junto a ella, inmóvil, que mantenemos a la vista durante quince o veinte minutos. Luego lo que Manfred dice se graba a la mitad de la velocidad de nueve y pico centímetros por segundo y para escucharlo nosotros la aumentamos, reproduciéndola a la velocidad normal.

—Escucha, Jack, tenemos que hacer ese viaje —dijo Leo.

—¡Cristo! —exclamó Jack—, este es mi trabajo —hizo un gesto furioso—. Yo pensé que querías conocerle. Vendrá en cualquier momento. Ella nos lo envió...

Interrumpiendo, Leo dijo:

—Mira, hijo, recorrí millones de kilómetros para echar un vistazo a esa tierra. ¿Vamos a volar hacia allí a no?

—Esperaremos a que venga el muchacho —contestó Jack—, y nos lo llevaremos con nosotros.

—Está bien —advirtió Leo. Quería evitar toda fricción; aceptaba voluntariamente el compromiso, por lo menos en lo que le fuese humanamente posible.

—Dios mío, te encuentras aquí, por primera vez en tu vida, en la superficie de otro planeta. Yo debería pensar que deseabas echar un vistazo, pasear, mirar el canal, las acequias —Jack hizo un gesto hacia la derecha—. Ni siquiera lo has mirado de reojo y hay muchísima gente que ansía ver los canales, discutir sobre su existencia... ¡Es una polémica que tiene siglos de duración!

Apenado, Leo asintió obediente.

—Muéstrame eso, pues —siguió a Jack del taller al exterior, entrando en la fuerte y rojiza luz solar.

—Frío —observó Leo, olisqueando el aire—. Dime, seguro que es fácil dar la vuelta; me fijé anoche que sentí como si pesase sólo la mitad de mi peso. Debe de ser a causa del tamaño de Marte... ¿de acuerdo? Quizá sea bueno para la gente con enfermedades cardiacas, a no ser que el aire es tan fino. Pensé anoche que era la carne de buey que me hizo...

—Leo —dijo su hijo—, cállate y mira a tu alrededor, ¿quieres?

Leo miró en su torno. Vio un plano desierto con magras montañas a lo lejos. Vio una profunda acequia con agua sucia y parda y, junto a la acequia, una vegetación parecida a los musgos, verde. Eso fue todo, excepto la casa de Jack de los Steiner un poco más lejos. Vio el jardín, pero ya lo había visto la noche anterior.

—¿Bien? —preguntó Jack.

Sintiéndose obligado, Leo dijo:

—Muy impresionante, Jack. Tienes aquí una hermosa casa; una casita linda y moderna. Un poco más de sembrados, de panorama y yo diría que todo es perfecto.

Sonriéndole con malicia, Jack contestó:

—Esto es el sueño de un millón de años; plantarse aquí y verlo.

—Lo sé, hijo, y me siento excepcionalmente orgulloso de lo que has logrado, tú y esa estupenda mujer —asintió Leo con solemnidad—. ¿Podemos partir ahora? Quizá podías acercarte hasta la casa en donde está el muchacho —dijo Leo—. Me parece que se llama Manfred, ¿no?... Eso si no te importa.

—Adelante —dijo Jack—. Yo iré después.

Pasaron una pequeña acequia con agua, cruzaron un campo abierto de arena y de escasas y raquíticas plantas, llegando a la otra casa. Leo oyó del interior el sonido de voces de niñas. Sin dudarlo subió por los escalones hasta el porche y llamó al timbre.

Se abrió la puerta y allí apareció una mujer grande, rubia, con

ojos cansados, doloridos.

—Buenos días —dijo Leo—. Soy el padre de Jack Borden; me imagino que es usted la señora de la casa. Bueno, nos llevaremos al muchacho con nosotros en un viaje y se lo traeremos sano y salvo.

La corpulenta rubia vio más allá de él, hacia Jack, que había subido al porche; no contestó nada, sino que se volvió y se alejó en el interior de la casa. Y cuando regresó la acompañaba un muchacho pequeño.

Así que este es el chavalito esquizofrénico, pensó Leo. *Es guapo; nadie diría que está enfermo*.

—Nos vamos a una excursión, jovencito —le dijo Leo—. ¿Qué te parece? —entonces, recordando lo que Jack había dicho acerca del sentido del tiempo del niño, repitió sus palabras muy lenta, lentísimamente, arrastrando cada silaba. El muchacho pasó como un rayo junto a él y bajó disparado los escalones y se alejó hacia el canal; se movió en un torbellino de velocidad desapareciendo de la vista detrás de la casa de los Bohlen.

—Señora Steiner —dijo Jack—. Quiero presentarle a mi padre.

La corpulenta rubia extendió la mano vagamente; no parecía ser muy dueña de sí misma, observó Leo. Sin embargo, le estrechó la mano.

—Encantado de conocerla —dijo educadamente—. Lamento la pérdida de su marido; es algo terrible, algo anonadador que ocurre así, sin previo aviso. Conocía a un individuo en Detroit, buen amigo mío, que hizo lo mismo un fin de semana; salió de la tienda, dijo adiós y nadie le vio otra vez.

—¿Cómo está usted, señor Bohlen? —le contó la señora Steiner.

—Venimos a recoger a Manfred —le dijo Jack—. Esta tarde regresaremos... pero no nos espere muy pronto.

Mientras Leo y su hijo regresaban, la mujer se quedó donde estaba en el porche, mirándoles.

—Es bastante rara —murmuró Leo.

Localizaron al muchacho, plantado sólo en el florido jardín de David y al poco los tres se encontraban en el helicóptero de la

Compañía Yee, volando por encima del desierto en dirección a la línea de montañas del norte. Leo desplegó un gran mapa que había traído consigo y empezó a marcar señales en él.

—Creo que podemos hablar con libertad —dijo a Jack, señalando con la cabeza al muchacho—. Él no... —dudó—. Ya sabes.

—¿Si nos entiende? —preguntó con sequedad Jack—. No claro que no.

—Está bien, está bien —exclamó Leo—. Yo quería asegurarme —cuidadosamente se contuvo para no marcar el lugar en el mapa que según tenía entendido sería el emplazamiento elegido por las NU. Señaló su ruta, utilizando la lectura del girocompás, visible en el tablero del helicóptero Pregunto—: ¿Qué rumores has oído, hijo? ¿Sabes algo de que las NU están interesadas en la cordillera FDR?

—Oí decir algo de un parque o de una central de energía —contestó Jack.

—¿Quieres saber exactamente lo que es?

—Claro.

Leo buscó en el bolsillo interior de la americana y saco un sobre. De él extrajo una fotografía, que entregó a Jack.

—¿Te recuerda esto algo?

Al mirarla, Jack vio que era la foto de un largo y delgado edificio. Se quedó estudiándola largo rato.

—Las NU —dijo Leo—, van a edificar estas construcciones; las habitaciones múltiples. Tiras enormes de ellas, kilómetro tras kilómetro, con centros comerciales completos; supermercados, almacenes, droguerías, lavanderías, casas de helados. Todo construido por autómatas de la construcción que se proporcionan a sí mismos sus propias instrucciones.

Al poco, Jack dijo:

—Parece como el apartamento cooperativo en el que vivía hace años, cuando tuve mi ataque.

—Exactamente. El movimiento cooperativista entrará en esto con las NU. Las montañas FDR fueron antaño fértiles, como todo el

mundo sabe; hay abundancia de agua allí. Los ingenieros hidráulicos de las NU creen que pueden aflorar enormes cantidades de agua a la superficie de los niveles internos. Las tablas de agua están más cerca de la superficie en estas montañas que en ninguna otra parte de Marte; esta es la fuente original de agua para la red de canales, según creen los ingenieros de la NU.

—La Cooperativa aquí en Marte —murmuró Jack con una voz extraña.

—Serán modernas estructuras preciosas —dijo Leo—. Es todo un proyecto ambiciosísimo. Las NU transportará a la gente aquí gratis, proporcionándoles pasaje hasta las nuevas casas y el coste de compra de cada unidad será pequeñísimo. Tomará una gran rebanada de esas montañas, como puedes imaginarte, y según me enteré, esperan que pasen de diez a quince años antes de que el proyecto quede completo.

Jack nada dijo.

—Emigración en masa —continuó Leo—. Esto lo asegurará.

—Me parece que sí —afirmó Jack.

—Los planes son fantásticos —dijo Leo—. Sólo la Cooperativa está invirtiendo casi un trillón de dólares. Tiene enormes reservas en efectivo, ya sabes; es uno de los grupos más ricos de la Tierra... Tiene grandes posesiones, mayores que el grupo de los Seguros o cualquier de los gigantescos sistemas financieros. No hay posibilidad, en el mundo, de un buen negocio sin que ellos no participen y todo este asunto jamás podrá fracasar —añadió—: Las NU han estado negociando con ellos durante seis años esta cuestión.

Por último, Jack pudo hablar:

—¡Qué cambio significará para Marte! Tener la cordillera FDR fértil... aunque sólo sea eso.

—Y densamente poblada —le recordó Leo.

—Resulta duro de creer —dijo Jack.

—Sí, lo sé, hijo, pero no hay duda; dentro de pocas semanas será de dominio público. Yo lo sabía hace un mes. He estado consiguiendo que inversores amigos míos arriesguen capital... Y los represento, Jack. Sólo, no tenía bastante dinero.

—Quieres decir que toda tu idea es presentarte aquí antes de que las NU se apoderen de la tierra —dijo Jack—. Vas a comprarla por muy poco y la revenderás a las NU por mucho más.

—Vamos a comprar grandes parcelas —dijo Leo—. Y luego las subdividiremos. La haremos en lotes, digamos, de treinta por veinticinco metros. El titulo estará en manos de un gran número de individuos: esposas, primos, empleados, en resumen, los miembros de mi grupo.

—De tu Sindicato —dijo Jack.

—Sí, eso es —contestó Leo complacido—. Un Sindicato.

Al cabo de un rato Jack habló con voz ronca:

—¿Y tú no crees que haya nada malo haciendo eso?

—¿Malo en qué sentido? No te entiendo, hijo.

—¡Cristo! —exclamó Jack—. Resulta evidente.

—Para mí no. Explícate.

—Estás estafando a toda la población de la Tierra... y ellos son los únicos que tendrán que poner todo el dinero. Tú aumentas los costos de este proyecto con el fin de ganar un fortunón.

—Pero, Jack, eso es lo que significa la especulación de terrenos —Leo se mostraba turbado—. ¿Qué te creías que era mi negocio? Lleva marchando desde hace siglos; uno compra tierra barata cuando nadie la quiere porque uno cree, por cualquier motivo, que cierto día valdrá mucho más. Y son las noticias y avisos internos lo que impulsa a uno a comprar. Eso es precisamente lo que tiene que ocurrir, cuando uno se mete de lleno en el negocio. Cada especulador de terrenos del mundo tratará de comprar, cuando se enteren; de hecho, ya lo están haciendo ahora. Yo les vencí por cuestión de días. Es este código que existe actualmente en Marte lo que les contiene; no están preparados para venir aquí rápidamente. Así... se lo han perdido. Para cuando anochezca, yo espero haber colocado un depósito sobre la tierra que necesitamos —señaló delante de ellos—. Está allí. Tengo toda clase de mapas; no tendré ninguna dificultad en localizarla. La situación de la pieza de terreno es una vasta zona acañonada llamada el Henry Wallace. Para obligar a la ley y cumplir con ella tengo que pisar la pieza que intente comprar y colocar alguna señal permanente, plenamente identificable, en un lugar descubierto. Llevo conmigo un

señalador, una estaca reguladora de acero con mi nombre grabado. Aterrizaremos en el Henry Wallace y tú me ayudarás a colocar las estacas. Es una simple formalidad; no nos llevará más que unos pocos minutos —sonrió a su hijo.

Mirando a su padre, Jack pensó:

«Está loco». Pero Leo sonrió tranquilo y Jack supo que su padre no estaba loco, que era exactamente lo que había dicho: los especuladores del terreno obraban así, era su modo de llevar a buen fin sus negocios y si realmente había un gigantesco proyecto cooperativo de las NU a punto de comenzar, un comerciante agudo y experto como su padre no podía equivocarse. Leo Bohlen, y los hombres que le respaldaban no actuaban bajo las bases de un simple rumor. Tenían amistades muy bien introducidas. Había habido una filtración, bien en la Cooperativa o en las Naciones Unidas, o en ambas organizaciones y Leo colocaba todos sus recursos en juego para aprovecharse de tal filtración.

—Es, hasta ahora... la máxima noticia —murmuró Jack—, concerniente al desarrollo en Marte —apenas podía creerlo.

—Y que lo digas —asintió Leo—. Debió tener lugar desde el principio. Pero esperaban reunir el capital privado; aguardaban a que otros individuos lo realizaran.

—Eso cambiará las vidas de todos los que residan en Marte —dijo Jack.

Alterará la balanza de poder, creará, una clase rectora totalmente nueva: Arnie Kott, Bosley Touvim... los puestos de colores de la Unión y los puestos nacionales se harán peces pequeños una vez que la Cooperativa, en conjunción con las NU, haya irrumpido.

El pobre Arnie, pensó. *No sobrevivirá a esto. Tiempo, progreso y civilización, todos habrán pasado junto a él, Arnie y sus baños de vapor que desperdician agua, su mezquino símbolo de la pompa*.

—Escucha ahora, Jack —dijo su padre—, no extiendas esta información, porque es confidencial. Lo que queremos es un asunto enrevesado con la compañía abstracta, que no me respalda...[20] Estás en el meollo del negocio, lo que te permitirá tener un título de posesión. Me refiero, que haremos nuestro propósito y luego otros especuladores, especialmente los locales de aquí, serán informados y todos tan tensos tendrán noticias de la compañía abstracta, así que...

—Comprendo —dijo Jack—. La compañía abstracta antepondría el depósito de un especulador local, dándole en apariencia prioridad sobre Leo.

Tenían que poder realizarse muchas triquiñuelas en un juego como éste, se dijo Jack; *no me extraña que Leo trabaje con tanto cuidado*.

—Hemos investigado a la compañía abstracta de aquí y parece ser honrada. Pero nunca se sabe, cuando hay tanto en juego.

De pronto, Manfred Steiner emitió un áspero gruñido. Tanto Jack como Leo alzaron la vista, asombrados. Se habían olvidado de él; estaba en la parte posterior de la cabina del helicóptero, y su rostro apretado contra el cristal, mirando hacia abajo. Señaló excitado.

Muy abajo Jack vio a un grupo de hombres tristes marchando a lo largo del sendero montañoso.

—Está bien —dijo Jack al muchacho—, es gente la que hay ahí abajo, probablemente de caza.

Se le ocurrió que posiblemente Manfred jamás hubiese visto a un hombre triste. *Me pregunto cuál sería su reacción,* murmuró Jack, *si encontrase cara a cara con ellos, de repente. Sería fácil probarla; todo lo que tengo que hacer, es aterrizar el helicóptero delante de ese grupo en particular*.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Leo, mirando al suelo—. ¿Marcianos?

—Sí —contesto Jack.

—¡Que me aspen! —soltó una carcajada Leo—. De modo que esos son marcianos... parecen más como negros aborígenes, como los hombres de la selva africana.

—Tienen un parentesco muy cercano con ellos —dijo Jack.

Manfred se mostraba muy excitado; sus ojos brillaban y corría arriba y abajo de ventanilla en ventanilla, mirando y murmurando.

¿Qué pasaría si Manfred viviese con una familia de hombres tristes durante cierto tiempo?, se preguntó Jack. *Se mueven más despacio que nosotros; sus vidas son menos complicadas. Posiblemente su sentido del tiempo esté cerca al suyo... Para los hombres tristes, nosotros los terrestres quizá les parezcamos tipos ultra acelerados, que marchamos andando a*

velocidad, desperdiciando cantidades ingentes de energía por casi nada.

Pero no había que pensar que volviese a su propia sociedad al colocarlo con los hombres tristes; de hecho, comprendió, le retiraría más de nosotros, de tal modo que no habría posibilidad de poder jamás comunicarse con él.

Al pensar en eso, decidió no aterrizar el helicóptero.

—¿Trabajan arduo esos individuos? —preguntó Leo—. Me refiero a los marcianos.

—Hay unos pocos domesticados —contestó Jack, por emplear una palabra para designarlos—. Pero la mayor parte de ellos continúan viviendo como siempre, cazadores y recolectores de frutos. Todavía no han llegado a la etapa agrícola, del cultivo de sus tierras.

* * *

Cuando llegaron al Henry Wallace, Jack bajó el helicóptero y con su padre y Manfred bajaron al agrietado y rocoso suelo. Entregaron a Manfred papel y lápices para que se divirtiese y luego los dos hombres se pusieron a buscar el lugar más indicado en el que colocar la estaca.

El sitio, una plataforma baja, se encontró, y la señal quedó situada, realizando principalmente el trabajo Jack mientras su padre vagaba por los alrededores, inspeccionando formaciones rocosas y plantas, con un ceño claramente irritado e impaciente. No parecía disfrutar aquí en esta región deshabitada... sin embargo, no dijo nada; educadamente tomó nota de una formación fósil que Jack le destacó.

Tomaron fotografías de la estaca y del área circundante y luego, terminando su trabajo, regresaron al helicóptero. Allí estaba sentado Manfred, en el suelo, atareado dibujando con los lápices. La desolación de la zona no parecía molestarle; pensó Jack. El chico, enfrascado en su mundo interno, dibujaba y les ignoraba; de vez en cuando alzaba la vista, pero no miraba a los dos hombres. Sus ojos eran inexpresivos.

¿Qué es lo que dibuja?, se preguntó Jack, dando la vuelta para colocarse detrás del muchacho y ver el fruto de sus trabajos.

Manfred, levantando los ojos de vez en cuando para mirar ligeramente al panorama que le rodeaba, había dibujado grandes edificios llenos de apartamentos.

—Mira esto, papá —dijo Jack logrando conservar su voz tranquila y firme.

Juntos los dos hombres se quedaron detrás del muchacho, viéndole dibujar, observando cómo los edificios se veían cada vez más claros en el papel.

Bueno, no hay error posible, pensó Jack. *El chaval está dibujando los edificios que habrá aquí; está dibujando el panorama que se producirá, no el que es visible a nuestros ojos*.

—Me preguntó si vio la foto que te enseñé —dijo Leo—, la de las maquetas.

—Quizá sea así —contestó Jack. Eso proporcionaría una explicación; el muchacho había comprendido la conversación, visto los documentos, sacando de ellos la inspiración. Pero la foto había mostrado los edificios desde arriba; en el lugar que se encontraban la perspectiva era distinta. El chico esbozó los edificios como le parecería a algún observador del suelo. Como aparecerían, comprendió Jack, a alguien sentado en donde nosotros ahora mismo estábamos.

—No me sorprendería que estuvieses en lo cierto con esta teoría del tiempo —dijo Leo. Consultó su reloj de pulsera—. Aunque hablando del tiempo, creo que...

—Sí —asintió Jack pensativo—, emprenderemos el regreso.

Había algo más en el dibujo del niño que le llamó la atención. Se preguntó si su padre lo había visto. Los edificios, los grandes apartamentos cooperativos que el muchacho estaba esbozando, se desarrollaban en una ominosa dirección ante sus ojos. Mientras miraban, vieron algunos detalles finales que hicieron a Leo asomar sus ojos una llamarada; rezongó y miró de reojo a su hijo.

Los edificios eran viejos, maltrechos por el tiempo. Sus cimientos mostraban grandes rajaduras radiando hacia lo alto. Las ventanas estaban rotas. Y lo que parecían recios tallos de altas plantas crecían en la tierra de alrededor. Era una escena de ruina y desesperación.

—¡Jack está dibujando unas ruinas! —exclamó Leo.

Eso es lo que hacía; unas ruinas decadentes. Los edificios que se habían alzado durante años, quizá por décadas, que habían pasado su juventud y que conocieron el crepúsculo, entraban en una serenidad y en un abandono parcial.

Señalando a una abierta rendija que acababa de dibujar, Manfred dijo:

—*Ruinas*[21] —su mano contorneó las plantas, las ventanas rotas. Repitió—: *Ruinas* —les miró sonriendo de un modo asustado.

—¿Qué significa esto Manfred? —preguntó Jack.

No hubo respuestas. El chaval continuo dibujando. Y mientras dibujaba los edificios, se hicieron más y más viejos, más en ruinas a cada instante que pasaba.

—Vámonos —dijo Leo con aspereza.

Jack le quitó al muchacho el papel y los lápices y le hizo ponerse en pie. Los tres reentraron en el helicóptero.

—Mira, Jack —dijo Leo. Estaba examinando con atención los dibujos del muchacho—. ¿Qué ha escrito sobre la entrada del edificio?

En letras irregulares y mal dispuestas Manfred había escrito:

AM-WEB

—Debe ser el nombre de la casa —dijo Leo.

—Lo es —contestó Jack, reconociendo la palabra; era la construcción de un *slogan* cooperativo—: *«Alle Menschen werden Brüder».* Todos los hombres son hermanos —dijo en voz baja—. Este es un edificio de la cooperativa —lo recordaba muy bien.

Ahora tomando los lápices una vez más, reanudo su trabajo. Mientras los dos hombres miraban, el chico comenzó a dibujar algo en lo alto de la imagen. Pájaros oscuros, vio Jack, enormes pájaros oscuros como buitres.

En una ventana rota de la casa, Manfred trazó un rostro redondo con ojos, nariz, y una boca de expresión aterrorizada. Alguien dentro de la casa mirando en silencio y desesperanzado, como si estuviese atrapado.

—Bueno —dijo Leo—. Interesante. —Su expresión era ofendida —. Ahora, ¿por qué querrá dibujar eso? ¿Por qué no quiere dibujarlo como tiene que ser, nuevo e inmaculado, con niños corriendo y animalitos o gente satisfecha?

—Quizá dibuja lo que ve —contestó Jack.

—Bueno, si es que ve eso, está enfermo —afirmó Leo—. Hay cosas tan brillantes y maravillosas que podría haber en su lugar. ¿Por qué querrá ver eso mismo?

—Qui... Qui... Quizá no le queda más remedio —exclamó Jack.

«Ruinas», pensó. *¿Podría la palabra «Ruinas» significar tiempo? ¿La fuerza que para el muchacho significa destrucción, deterioro, podredumbre y, por fin, muerte? La fuerza que trabaja en todas partes y sobre todo el Universo*.

¿Y es todo cuanto él ve?

Si es así, pensó Jack, *no me extraña que sea un tipo recluido, reconcentrado; no me extraña que no pueda comunicarse con nosotros. Una visión del universo tan parcial... no es siquiera una visión completa del tiempo. Porque el tiempo también trae a la existencia cosas nuevas; es también el proceso de la maduración y del crecimiento. Y, evidentemente, Manfred no percibe el tiempo en este aspecto. ¿Está enfermo porque ve las cosas así? ¿O las ve de este modo porque se siente enfermo? Una cuestión sin significado, quizás, o de cualquier forma que no podía tener respuesta*. *Este es el punto de vista de Manfred de la realidad y según nosotros se encuentra desesperadamente enfermo; no percibe el resto de la realidad, que nosotros captamos. Y es una terrible porción lo que ve: la realidad en su aspecto más repelente*.

Jack pensó: *¡La gente dice que las enfermedades mentales son como una vía de escape!*

Se estremeció. No era ninguna vía de escape, era una existencia que se estrechaba y que se contraía, al menos, para reducirse a una húmeda tumba, a un lugar en donde nada venía o marchaba; un lugar de muerte total.

Pobre criatura, pensó. *¿Cómo puede vivir de un día para otro, teniendo que enfrentarse a la realidad que él conoce?*

Sombríamente, Jack regresó a la tarea de pilotar el helicóptero. Leo miraba por la ventanilla, contemplando el desierto allá abajo. Manfred, con la expresión tensa y asustada en su rostro siguió dibujando.

* * *

Ellos producían más y más *porquería*. Se llevó las manos a los oídos, pero el producto se deslizó en su interior a través de su nariz.

Luego vio el lugar. Era donde él se encontraba. Le arrojaban lejos de allí; la *porquería* formaba montones que le llegaban a la altura de la cintura; la *porquería* llenaba al aire.

—¿Cómo te llamas?

—Manfred Steiner.

—Edad.

—Ochenta y tres.

—¿Estás curado contra la viruela?

—Sí.

—¿Alguna enfermedad venérea?

—Bueno, un poco de purgaciones, nada más.

—Tratamiento venéreo para este hombre.

—Señor, mis dientes. Están en la bolsa, junto con mis ojos.

—Tus ojos, oh, sí. Dad a este hombre los dientes y los ojos antes de llevarlo a la clínica de males venéreos. ¿Qué hay de tus oídos, Steiner?

—Los tengo, señor; gracias, señor.

Le ataron las manos con gasa a ambos lados de la cama, porque trató de extraerse el catéter. Yació de cara a la ventana, viendo a través del polvoriento y rajado vidrio.

Fuera, un gusano de altas patas recorría los montones de *porquería*, comía y luego algo lo aplastó y siguió adelante, dejándolo aplanado, con sus dientes muertos hundidos en lo que quiso comer. Finalmente,[22] los muertos dientes se levantaron y le salieron de la boca en diferentes direcciones.

Yació allí por ciento veintitrés días y luego su hígado artificial cedió y él se desmayó y murió. Para entonces le habían quitado ambos brazos y piernas hasta la pelvis, porque esas partes suyas se habían podrido.

De cualquier forma no las usaba. Y sin brazos ya no podía quitarse el catéter y eso pareció complacerles.

He sido un AM-WEB mucho tiempo, se dijo. *Quizá podría conseguirme un aparato de radiotransistores para sintonizar a «Friendly Fred's» del «Breakfast Club»;*[23] *me gusta oír las melodías que tocan; son mis composiciones favoritas de antaño*.

Algo del exterior me proporciona la fiebre del heno. Deben ser aquellas plantas de flores amarillas, ¿por qué las dejan crecer tanto?

Una vez vi un juego de pelota.

Durante dos días yació en el suelo, en un gran montón, luego la patrona lo encontró y llamó al camión para que le trajesen hasta aquí.

Roncó todo el camino, por fin despertó. Cuando trataron de darle jugo de uvas, sólo podía hacer funcionar un brazo; el otro nunca más pudo moverlo. Deseaba poder seguir haciendo aquellos cinturones de cuero, eran divertidos y empleaban mucho tiempo. A veces los vendía a la gente que venía a pasar el fin de semana.

—¿Sabes quién soy, Manfred?

—No.

—Soy Arnie Kott. ¿Por qué a veces no te ríes o sonríes, Manfred? ¿No te gusta correr por aquí o jugar?

Mientras hablaba, los ojos del señor Kott *brillaban*[24].

—Evidentemente, no, Arnie, pero eso no es lo que nos interesa aquí de cualquier forma.

—¿Qué es lo que ves, Manfred? Déjanos saber lo que tú ves. Toda esa gente trata de venir aquí, ¿no es verdad? ¿Es cierto, Manfred? ¿Puedes ver a mucha gente viviendo allí?

Se puso las manos en la cara y la *porquería* dejó de manar.

—No sé por qué este chaval nunca ríe.

Porquería, basuras.

CAPÍTULO X

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos, húmedos y brillantes. El señor Kott era un saco de huesos sucios y, sin embargo, brillantes de humedad. La cabeza era un cráneo con tonos verdes; dentro suyo estos verdes se convertían en cosas podridas mientras algo las comía para matarlas todavía más.

Pudo ver todo lo que ocurría dentro del señor Kott, la vida turulante de los gusanos, de la basura. Mientras, su exterior dijo:

—Amo a Mozart. Pondré esta cinta —la caja decía:

«Sinfonía número 40 en Sí bemol, K. 550».

El señor Kott jugueteó con los mandos del amplificador:

—Dirige Bruno Walter —dijo el señor Kott a sus invitados—. Una gran rareza de la edad de oro de las grabaciones.

Por los altavoces salió una serie horrible de crujidos y chirridos, como las convulsiones de los cadáveres. El señor Kott cerró el transporte de la cinta.

—Lo siento —murmuró.

Era un antiguo mensaje cifrado, de Rockingham de Scott Temple o Anne, de alguien; el señor Kott lo sabía. Sabía que por casualidad había aparecido dentro de su biblioteca musical.

Tomando su bebida, Doreen Anderton dijo:

—Qué sorpresa. Deberías borrarlo, Arnie. Tu sentido de humor...

—¡Un accidente! —exclamó Arnie Kott furioso. Buscó otra cinta. *Oh, infiernos*, pensó—. Escucha, Jack —dijo, volviéndose—. Siento haberte hecho venir aquí cuando me enteré de la visita de tu padre, pero ando escaso. ¿Quieres mostrarme tus progresos con el chico Steiner?

Su actuación e interés le hicieron ponerse nervioso. Miró a Jack expectante.

—Nos hemos quedado sin bebida —dijo Jack, colocando sobre la

mesa el vaso vacío.

—¡Por Dios! —exclamó Arnie—. Tengo que enterarme de lo que has hecho, Jack. ¿No puedes anticiparme nada? ¿Es que vosotros vais a estar ahí sentaditos haciéndose arrumacos y murmurando? No me siento bien. —Marchó inseguro hacia la cocina, en donde Heliogábalo estaba sentado en un taburete alto, como un maniquí, leyendo una revista—. Ponme un vaso de agua caliente y un poco de bicarbonato[25] —le pidió Arnie.

—Sí, señor —Heliogábalo cerró la revista y bajó del taburete—. Ya lo oí. ¿Por qué no les echa? No son buenos, nada en absoluto, señor. —Del armarito de encima de la pila fregadero sacó un paquete de bicarbonato de soda; extrajo una cucharadita de café del producto.

—¿Y a quién le interesa tu opinión? —pregunto Arnie.

Doreen entró en la cocina, el rostro tenso y cansado.

—Arnie, creo que me iré a casa. Realmente no puedo soportar a Manfred. Jamás deja de moverse, nunca se sienta quieto. No lo soporto. —Acercándose a Arnie, le besó en el oído—. Buenas noches, querido.

—No sé dónde leí el caso de un muchacho que se creía que era una máquina —apuntó Arnie—. Tenía que enchufarse, decía, para ponerse a trabajar. Me refiero, que has de ser capaz de soportar estas inconveniencias. No te vayas, quédate, hazlo por mí. Manfred se muestra mucho más tranquilo cuando hay una mujer cerca. Ignoro la razón. Tengo el presentimiento que Bohlen no ha logrado nada; voy a salir y decírselo en la cara. —Su doméstico hombre triste intentó colocarle en su mano derecha el vaso de agua caliente y bicarbonato[26]—. Gracias. —Bebió agradecido.

—Jack Bohlen —dijo Doreen—, ha hecho un buen trabajo bajo condiciones difíciles. No quiero oír que digas nada en su contra —se tambaleó ligeramente, sonriendo—. Estoy un poco borracha.

—¿Quién no lo está? —contestó Arnie. Le rodeó la cintura y la acarició—. Yo estoy tan bebido que me siento enfermo. Está bien, ese chico me pone nervioso igual que a ti. Mira, puse esa vieja cinta cifrada; debo de estar chiflado —dejando el vaso desabrochó los botones superiores de la blusa de la muchacha—. Aparta los ojos, Helio. Ponte a leer tu libro —el hombre triste obedeció. Sujetando a Doreen contra su cuerpo, Arnie terminó de desabrochar los botones de la blusa y comenzó con los de la falda—. Sé que me llevan delantera...

esos bastardos de la Tierra que vienen por todas partes donde uno mira. Mi hombre en el terminal ni siquiera puede contarlos; han estado llegando todo el día. Vámonos a la cama —la besó en la clavícula, siguió besando más abajo y más abajo hasta que ella le levantó la cabeza a viva fuerza de manos.

En la sala de estar, su mecánico de primera clase, arrebatado prácticamente al señor Yee, Jugueteaba con el *magnetofón*, colocando torpemente un nuevo carrete. Había derribado su vaso vacío sin querer.

¿Qué pasa si lo consiguen antes que yo?, se preguntó a sí mismo Arnie Kott mientras seguía colgado de Doreen, girando lentamente por la cocina con ella mientras Heliogábalo estaba enfrascado en la lectura. *¿Qué ocurrirá si no puedo comprar en absoluto? Más me valdría estar muerto*. Inclinó a Doreen hacia atrás, pero siguió pensando todo el tiempo. *Tiene que haber sitio para mí. Amo a este planeta*.

Sonó la música; Jack Bohlen había conseguido que la cinta funcionase.

Doreen le dio un pellizco salvaje y él la soltó; salió de la cocina, regresó a la sala de estar, bajó el volumen y dijo:

—Jack, vamos al negocio.

—De acuerdo —asintió Jack Bohlen.

Abandonando la cocina tras él y abrochándose la blusa, Doreen describió un amplio círculo para evitar a Manfred, que estaba a cuatro patas; el muchacho había extendido un trozo de papel de envolver y estaba haciendo una pasta con pedacitos de revistas que pegaba con engrudo. Retazos de blanco aparecieron en la alfombra en donde él había estado agachado.

Acercándose al muchacho, Arnie se inclinó cerca suyo y le dijo:

—¿Sabes quién soy, Manfred?

El muchacho no respondió nada, ni siquiera demostró haber oído.

—Soy Arnie Kott —dijo Arnie—. ¿Por qué no te ríes o sonríes a veces, Manfred? ¿No te gusta correr y jugar? —Sentía compasión por el muchacho, compasión y pena.

Jack Bohlen dijo con su voz gruesa y segura:

—Evidentemente no, Arnie, pero eso no es lo que nos importa — su mirada estaba turbia; la mano que sostenía el vaso temblaba.

Pero Arnie continuó:

—¿Qué es lo que ves, Manfred? Cuéntanos lo que ves. — Aguardó, pero sólo hubo silencio.

El muchacho se concentraba en sus recortes. Había creado una especie de figura en el papel, una arriesgada faja de verde, luego una perpendicular gris y densa, prohibitiva.

—¿Qué significa eso? —dijo Arnie.

—Es un lugar —contestó Jack—. Un edificio. Yo lo traje — continuó, marchándose, regresando después con una envoltura de papel de seda de la que sacó un tosco dibujo a lápiz infantil, que tendió a Arnie para que lo examinase—. Mira —dijo Jack—. Eso es. Querías que estableciese comunicación con él; bueno, la establecí — tuvo alguna dificultad en pronunciar las palabras largas; se le enredaba la lengua.

A Arnie, sin embargo, no le importó lo borracho que estuviese su mecánico. Estaba acostumbrado a atiborrar de licor a sus invitados; el licor era una cosa rara en Marte y cuando la gente tenía acceso a él, como ocurría en casa de Arnie, generalmente reaccionaba igual que Jack Bohlen. Lo que importaba era la tarea confiada a Jack. Arnie cogió el dibujo y lo estudió.

—¿Es eso? —preguntó a Jack—. ¿Y qué significa, hay algo más?

—Nada más.

—¿Qué hay de esa cámara que disminuye la marcha de las cosas?

—Nada —contestó Jack.

—¿Puede el muchacho leer el futuro?

—Absolutamente —dijo Jack—. No hay duda. Ese dibujo es una prueba, a menos que nos oyese hablar. —Volviéndose a Doreen dijo, con voz lenta y espesa—. ¿Crees que nos oyó? No, tú no estabas. Era mi padre. No creo que nos oyera. Escucha, Arnie. No debes ver esto,

pero me imagino que no pasará nada. Ya es demasiado tarde. Este es un dibujo que no debe ver nadie; porque así será dentro de un siglo a partir de ahora, cuando esté en ruinas.

—¿Qué diablos es? —preguntó Arnie—. No sé descifrar el dibujo de un niño chiflado; explícamelo.

—Esto es AM-WEB —dijo Jack—. Una gran construcción de apartamentos. Miles de personas vivirán allí. Lo mayor en Marte. Sólo que se desmorona en escombros, según el dibujo.

Hubo silencio. Arnie estaba abrumado.

—Quizá no te interese —apuntó Jack.

—Claro que sí —contestó a Arnie airado. Apeló a Doreen, que estaba alejada a un lado, con expresión pensativa—. ¿Lo entiendes tú?

—No, querido —contestó ella.

—Jack —dijo Arnie—. Te llamé para que me dieses un informe. Y todo lo que consigo es este oscuro dibujo. ¿Dónde está la gran casa de apartamentos?

—En la cordillera FDR —contestó Jack.

Arnie sintió que su pulso disminuía. Luego, con dificultad, continuaba su marcha más o menos normal.

—Oh, sí, comprendo —dijo—. Comprendo.

—Me imaginé que lo comprenderías —dijo Jack sonriendo—. Te interesa eso. Ya sabes, Arnie, tú crees qué soy esquizofrénico y Doreen también y mi padre..., pero me importan vuestros motivos. Yo puedo conseguirte abundante información sobre el proyecto de las NU en la cordillera FDR. ¿Qué más quieres saber? No es una central de energía ni tampoco un parque. Es una obra de conjunción con las Cooperativas. Es una unidad múltiple, una estructura infinitamente larga con supermercados, precisamente en el centro del Henry Wallace.

—¿Obtuviste todo esto del niño?

—No —contestó Jack—. De mi padre.

Se quedaron mirando uno a otro largo rato.

—¿Tu padre es especulador? —preguntó Arnie.

—Sí —respondió Jack.

—¿Llegó de la Tierra el otro día?

—Sí —dijo Jack.

—¡Jesús! —exclamaron a coro Arnie y Doreen—. Jesús, es el padre de este individuo.

—Sí —dijo Jack.

—¿Queda algo? —preguntó Arnie.

Jack denegó con la cabeza.

—¡Oh, Jesucristo! —exclamó Arnie—. Y lo tengo en mi nómina. Jamás tuve tan mala suerte.

—Yo no sabía hasta ahora que eso es lo que querías averiguar, Arnie —dijo Jack.

—Sí, cierto —asintió Arnie. Hablando a Doreen dijo—: Nunca se lo dije, así que no es culpa suya —distraídamente cogió el dibujo del muchacho—. Y ese es el aspecto que tendrá.

—Evidentemente —aclaró Jack—. Pero no al principio.

Arnie habló a Manfred:

—Tú tenías la información, pero la conseguimos demasiado tarde.

—Demasiado tarde —repitió Jack. Parecía comprender; estaba asustado—. Lo siento, Arnie. De veras que lo siento. Tenías que habérmelo dicho.

—No te lo censuro —le tranquilizó Arnie—. Seguimos siendo amigos, Bohlen. En un simple caso de mala suerte. Has sido sincero del todo conmigo; me doy cuenta. Maldición, claro que es mala cosa. Ya ha presentado su reclamación tu padre, ¿verdad? Bueno, así son las cosas.

—Representa un grupo de inversionistas —dijo Jack con aspereza.

—Es natural —contestó Arnie—. Con capital limitado. ¿Qué podría yo hacer de todas formas? Me es imposible competir. Yo soy un solo individuo —volviéndose hacia Manfred—: Todas esas personas... —señaló al dibujo—. ¿Van allí, verdad? ¿Es eso cierto, Manfred? ¿Puedes ver a muchas personas viviendo? —su voz se alzó, perdido el control.

—Por favor, Arnie —dijo Doreen—. Cálmate; comprendo que estés molesto, pero no deberías ponerte así.

Alzando la cabeza, Arnie contestó en voz baja:

—No comprendo porque este chico jamás se ríe.

Y el muchacho de pronto dijo:

—*Porquería, porquería*.

—Sí —anunció Arnie con amargura—. Es cierto. Es una verdadera y buena comunicación, muchacho. *Porquería, porquería* —se volvió a Jack—. Has establecido una estupenda comunicación: me doy cuenta.

Jack no contestó. Ahora era él quien permanecía ceñudo e intranquilo.

—Me doy cuenta de que se va a necesitar muchísimo tiempo más —dijo Arnie—, para sacarle a este chaval cosas y poderle hablar. ¿De acuerdo? Mala cosa que no podamos continuar. No seguiré adelante con el experimento.

—No hay motivo para que sigas —dijo Jack con una voz plomiza.

—De acuerdo —asintió Arnie—. Así sea. Este es el fin de tu trabajo.

—Pero todavía puedes utilizarle para... —Intervino Doreen.

—Oh, claro —accedió Arnie—. Necesito un mecánico experto para cosas como la cifradora; tengo un millar de aparatos que se estropean cada día. Me refería a este trabajo particular de aquí. Hay que devolver a este muchacho al B-G. AM-WEB. Sí, los edificios cooperativos tienen hombres muy raros, como ése. La Cooperativa instalándose en Marte. Ese es un gran equipo; necesitan toda la extensión. Dile a tu padre de mi parte que es un agudo hombre de

negocios.

—¿Me estrechas la mano, Arnie? —preguntó Jack.

—Claro, Jack —Arnie extendió la mano y los dos se dieron un fuerte apretón, largo, mirándose a los ojos—. Espero verte con frecuencia, Jack. Esto no es el fin entre tú y yo; sino sólo el principio. —Soltó la mano de Jack Bohlen, regresó a la cocina y se quedó plantado sólo, pensando.

Al poco Doreen se le unió.

—Una mala noticia para ti, ¿verdad? —dijo ella, prodigándole con el brazo.

—Malísima —confesó Arnie—. La peor que tuve en mucho tiempo. Pero me pondré bien; no me asusta el movimiento cooperativo. Lewistown y los Trabajadores Hidráulicos llegaron aquí primero y se quedaron mucho más tiempo también. Si hubiese hecho que este proyecto que los muchachos temen empezase antes, la cosa habría resultado distinta y no echarían las culpas a Jack por el fracaso.

Pero en su interior, en su corazón, pensó..., *pero tú trabajabas en mi contra Jack. Siempre. Tú trabajaste con tu padre desde el principio, desde el día que te contraté*.

Regresó a la sala de estar. Ante el *magnetofón*, Jack permanecía triste y en silencio, jugando con los mandos.

—No te lo tomes tan a pecho —dijo Arnie.

—Gracias, Arnie —contestó Jack. Tenía los ojos turbios—. Siento haberte decepcionado.

—A mí no —le aseguró Arnie—. No me has decepcionado, Jack, porque nadie me decepciona.

En el suelo. Manfred Steiner seguía pegando, ignorándoles a todos.

* * *

Mientras volvía volando con su padre hacia la casa, dejando a sus espaldas las montañas FDR, Jack pensó*: ¿Debo enseñar a Arnie el dibujo del chaval? ¿Es preciso que me lo lleve a Lewistown y se lo entregué?* Es tan poco... no parece lo que debiera haber producido por

ahora.

De todas formas, sabía que aquella noche tenía que verse con Arnie.

—Esto de allí abajo es muy desolado —dijo su padre, señalando con la cabeza el desierto inferior—. Es sorprendente lo que vosotros habéis hecho trabajando; deberíais sentiros orgullosos. —Pero su atención estaba en los mapas. Hablaba de manera formularia; resultaba un simple cumplido.

Jack conectó su radio emisor y llamó a Arnie, en Lewistown.

—Perdóname, papá; tengo que hablar con mi jefe.

La radio emitió una serie de ruidos que atrajeron momentáneamente a Manfred; dejó de preocuparse por su dibujo y alzó la cabeza.

—Te vendrás conmigo —dijo Jack al muchacho.

Al poco Arnie estaba en respuesta a su llamada.

—Hola, Jack. —La voz de Arnie llegó atronadora—. He estado tratando de localizarte. ¿Puedes...?

—Iré a verte esta noche —dijo Jack.

—¿Antes no? ¿Qué te parece esta tarde?

—Me temo que no podré ir antes de la noche —contestó Jack—. Aquí... —dudo—. No tengo nada que mostrarte hasta la noche.

Si me acerco a él, pensó, *tendré que hablarle de lo del proyecto cooperativista y de la NU; me lo sacará todo. Esperaré hasta que mi padre haya presentado la solicitud y luego ya no importará*.

—De acuerdo, hasta la noche —asintió Arnie—. Te confieso que estaré sobre ascuas. Jack, sé que vas a venir con algo; tengo mucha confianza en ti.

Jack le dio las gracias, dijo adiós y colgó.

—Tu jefe parece un caballero —comentó su padre acabada la conexión—. Y, ciertamente, te aprecia. Me parece que un hombre con tu habilidad resulta un elemento imprescindible en su organización.

Jack no contestó. Ya se sentía culpable.

—Hazme un dibujo —dijo a Manfred—, de lo que va a pasar esta noche, entre el señor Kott y yo —le quitó al muchacho el papel que estaba dibujando y le entregó una hoja en blanco—. ¿Quieres, Manfred? Tú puedes prever lo que ocurrirá esta noche.

El muchacho tomó un lápiz azul y comenzó a dibujar. Mientras pilotaba el helicóptero, Jack le vigilaba.

Con gran cuidado Manfred trazó líneas. Al principio, Jack nada pudo averiguar. Luego captó lo que mostraba la escena. Dos hombres. Uno pegaba a otro en el ojo.

Manfred rió, una risa larga de alto tono y de pronto apretó el dibujo contra sí mismo.

Jack dedicó su atención a los mandos del aparato. Notó el húmedo sudor de la ansiedad. *¿Así va a ocurrir?*, preguntó, de manera muda, a su propia alma. *¿Una pelea entre Arnie y yo? Y tú quizá la presencies... o por lo menos algún día te des cuenta*.

—Jack —decía Leo—, ¿me llevarás a la Compañía Registradora de Terrenos, verdad? ¿Me dejarás allí? Quiero hacer que me sellen la solicitud. ¿No podrías ir inmediatamente a ese lugar en vez de ir a la casa? Reconozco que estoy intranquilo. Debe haber agentes locales vigilando todo esto y nunca se es demasiado cuidadoso.

—Únicamente te repito que es inmoral lo que estás haciendo —dijo Jack.

—Pues yo te digo que me dejes llevar a mi manera mis negocios, Jack —contestó su padre—. No pretendo cambiar.

—Especulador —le reprochó Jack lacónicamente.

—No quiero discutir contigo —continuó su padre—. Esto no te importa. Si no quieres ayudarme, después de haber venido desde la Tierra cubriendo millones de kilómetros, me imagino que podré conseguir utilizar un transporte público —su tono era suave, pero su rostro se había vuelto de color rojo.

—Te llevaré —dijo Jack.

—No aguanto que me den lecciones de moral —dijo su padre.

Jack calló. Volvió el helicóptero hacia el sur, dirección a los edificios de las NU en Pax Grove.

Dibujando con su lápiz azul, Manfred hizo que uno de los hombres de su escena, el que había recibido un golpe en el ojo, cayese y quedase muerto. Jack lo vio, vio la figura yaciente e inmóvil. *¿Soy yo?*, se preguntó. *¿O es Arnie? Algún día, quizá pronto, lo sabré*.

* * *

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos, húmedos y brillantes. El señor Kott era un saco de huesos sucios y, sin embargo, brillantes de humedad. La cabeza era un cráneo con tonos verdes; dentro suyo, estos verdes se convertían en cosas podridas.

Jack Bohlen también era un saco muerto, lleno de gusanos y *porquería*. El exterior, que engañaba casi a cualquiera, estaba bien pintado y olía bien. Al inclinarse sobre la señorita Anderton —y él se dio cuenta—, vio que la deseaba de un modo terrible. Vertió su yo pegajoso y húmedo más cerca de ella y las palabras del gusano muerto le salieron de la boca.

—Amo a Mozart —estaba diciendo el señor Kott—, pondré esta cinta. —Jugueteó con los mandos del amplificador—. Dirige Bruno Walter. Una gran rareza de las grabaciones.

Por los altavoces salió una serie de crujidos y chirridos, como las convulsiones de los cadáveres. El señor Kott cerró el transporte de la cinta, parando el *magnetofón*.

—Lo siento —murmuró Arnie Kott.

Parpadeando aún el sonido, Jack Bohlen olisqueó el cuerpo de la mujer que tenía a su lado, vio el diminuto sudor en su labio superior en donde una débil mancha de su barra de labios le hacía parecer herida la boca. Quería morder aquellos labios, deseaba hacerle sangre, allí. Sus pulgares querían hundirse en los sobacos, describir un círculo hacia arriba de modo que dentro de él captar los senos, luego sentiría que éstos le pertenecerían para hacer lo que quisiese con ellos. Ya había hecho el movimiento antes; era agradable.

—Qué sorpresa —dijo ella—. Deberías guardarlo Arnie. Tu sentido del humor...

—Un accidente —contestó Arnie. Buscó otra cinta.

Extendiendo la mano, Jack Bohlen tocó el regazo de la mujer. No llevaba nada de ropa interior debajo de la falda. Le acarició las piernas y ella las levantó y se volvió hacia él de modo que las rodillas de la mujer le presionaron; ésta sentada como un animal agazapado en expectación. *No puedo esperar a hacerte mía y a que salgamos de aquí en donde podamos estar solos*, pensó Jack. *Dios, cómo deseo acariciarte y no a través de la ropa.* Cerró los dedos en torno al tobillo desnudo de la muchacha y ésta gimió de dolor, sonriéndole.

—Escucha, Jack —dijo Arnie Kott, volviéndose hacia él—. Siento...

Sus palabras parecieron perderse. Jack no las oyó. La mujer junto a él le decía algo. *Date prisa*, murmuraba. *Yo tampoco puedo esperar*. Su aliento le llegaba en entrecortadas ráfagas, susurrantes desde su boca, y ella le miraba con fijeza, la cara muy próxima a la suya, los ojos enormes, como si estuviese extasiada. Ninguno de los dos oyó a Arnie. La habitación, ahora, estaba en silencio.

¿Se había perdido algo de lo que había dicho Arnie?, Jack extendió la mano y cogió su vaso, pero estaba vacío.

—Nos hemos quedado sin bebida —dijo, colocando sobre la mesa el vaso vacío.

—¡Por Dios! —exclamó Arnie—. Tengo que enterarme de lo que has dicho, Jack. ¿No puedes anticiparme nada? ¿Es que vosotros os vais a estar ahí sentaditos, haciéndose arrumacos y murmurando? — Todavía hablando se alejó, saliendo de la sala de estar y entrando en la cocina; su voz disminuyó.

Junto a Jack la mujer seguía mirándole, la boca entreabierta, como si él la estuviera abrazando con fuerza, como si no pudiese respirar. *Tenemos que salir de esta casa y quedarnos solos*, comprendió Jack. Luego, viéndose alrededor, vio que ya lo estaban; Arnie había salido de la estancia y no podía verles. En la cocina conversaba con su doméstico hombre triste. Así que se encontraba a solas con ella.

—Aquí no —dijo Doreen. Y su cuerpo se estremeció, no se resistió tampoco cuando la apretó por la cintura; no le importaba que la apretasen porque ella así lo quería también. Tampoco podía echarse atrás. Dijo—: Sí. Pero date prisa —clavó sus uñas en los hombros de él y cerró los ojos con fuerza, gimiendo y estremeciéndose—. En el costado están los botones de mi falda —susurró ella.

Inclinándose sobre la mujer la vio lánguida, una belleza casi

podrida, desmoronándose. Grietas amarillas se extendieron a través de sus dientes y las piezas dentales se rompieron y se hundieron las encías, que a su vez se tornaron verdes y secas como cuero y luego ella tosió y le escupió en la cara cantidades de polvo. El *basurero*[27] se había apoderado de ella, comprendió Jack, antes de que pudiese hacer nada. Así que la soltó. Ella se arrellanó hacia atrás; sus huesos, al romperse, producían diminutos sonidos irregulares como de astillas partidas.

Tenía los ojos opacos y de uno de estos ojos las pestañas se convirtieron en las patas peludas y tentativas de un insecto metido allá, deseando salir. Su diminuto ojo rojo del tamaño de una cabeza de alfiler atisbaba más allá del borde de aquel ojo sin vista y luego se retiró: después el insecto se agitó, haciendo que el ojo muerto de la mujer se hinchara y después, por un instante, el insecto asomó a través de las lentes del ojo, miró a un lado y a otro, le vio, pero fue capaz de descubrir quien era o qué era; no podía utilizar del todo el podrido mecanismo detrás del que vivía.

Como globos hinchados excesivamente, sus senos rechinaron y luego se deshincharon hasta quedarse planos y de sus interiores, a través de una red de rendijas y grietas que les cruzaban, una nube de esporas se alzó y voló hasta su cara, el olor rancio y acre del *basurero*, que había venido y habitado el interior desde hacía tiempo y ahora se habría paso hasta la superficie.

La boca muerta se retorció y luego desde la profunda interioridad del fondo de la cañería que era la garganta, una voz murmuró:

—No fuiste lo bastante rápido —y entonces se le desprendió por entero la cabeza, dejando el blanco y puntiagudo muñón del extremo del cuello sobresaliendo violentamente.

Jack la soltó y ella se plegó en un montón reseco, plano, casi de placas transparentes, como la piel abandonada de una serpiente, casi sin peso; él apartó las placas con la mano. Al mismo tiempo, para su sorpresa, oyó su voz desde la cocina.

—Arnie, creo que me iré a casa. Realmente no puedo soportar a Manfred. Jamás deja de moverse por doquier. Nunca se sienta quieto. No lo soporto —acercándose a Arnie, le besó en el oído—. Buenas noches, querido.

—No sé dónde leí el caso de un muchacho que se creía una

máquina —dijo Arnie. Y luego la puerta de la cocina se cerró; Jack no pudo oír ni verles.

Dándose en la frente, pensó: *Realmente estoy borracho*. *¡Qué hay de malo conmigo! Mi mente fraccionándose*... parpadeó, trató de recobrar sus facultades. En la alfombra, no lejos del diván, Manfred Steiner recortaba una escena de una revista con tijeras casi embotadas, sonriendo para sí; el papel crujía al cortarlo, un sonido que distrajo a Jack y le hizo todavía más difícil enfocar su atención errante.

Desde más allá de la puerta de la cocina oyó un pesado respirar y luego prolongados y costosos gemidos. *¿Qué están haciendo?*, se preguntó a sí mismo. Son tres, ella, Arnie y el doméstico hombre triste, juntos... Los gruñidos se hicieron más lentos y luego cesaron. Dejó de haber sonido en absoluto.

¡Ojalá estuviese en casa!, se dijo Jack para sí con una desesperada y profunda confusión. *Quiero marcharme de aquí, ¿pero cómo?* Se sentía débil y terriblemente enfermo, permaneció en el diván, donde estaban, incapaz de moverse.

Una voz en su mente dijo: *Basura, basura, basura, soy basura, basura, basura*.

Alto, dijo a la voz.

Basura, basura, basura, basura, basura, respondió ella.

La oscuridad cayó sobre él desde las paredes. La habitación se rajó de vieja y de polvo, pudriéndose en su trono. *Basura, basura, basura*, decía la habitación. *El basurero está aquí para basura, basura contigo, y hacerte volver basura*[28].

Teniéndose en pie inseguro, logró caminar, paso a paso, hacia el *magnetofón* y amplificador de Arnie. Cogió un carrete de cinta y abrió la caja. Después de varios intentos débiles y defectuosos logró conectar el carrete en su eje transportador.

La puerta de la cocina se abrió una rendija, y un ojo lo vigiló; no pudo decir a quién pertenecía.

Tengo que salir de aquí, se dijo Jack Bohlen para sí. *Alejarme de esto. He de romper esto, arrojarlo de mí o dejar que me coma*.

La cosa me está comiendo.

Giró el mando del volumen convulsivamente de modo que la música atronó y le ensordeció, rugiendo a través de la estancia, derramándose por sobre las paredes, los muebles, azotando a la entreabierta puerta de la cocina, atacándolo todo y a todos los que aparecían en la vista.

La puerta de la cocina cayó hacia atrás, sus goznes se rompieron, se estrelló y una cosa salió apresuradamente por un lado, adquiriendo una inusitada actividad animada por el rugido de la música. La cosa se le acercó a él, pasó por su lado, buscó el mando del control de volumen. La música disminuyó.

Pero se sentía mejor. Se sentía cuerdo, una vez más, gracias a Dios.

* * *

Jack Bohlen dejó a su padre en la Oficina de Registros, y luego, con Manfred, voló hasta Lewistown, al apartamento de Doreen Anderton.

Cuando ella abrió la puerta y lo vio, dijo:

—¿Qué pasa, Jack? —rápidamente le franqueó el paso y él y Manfred penetraron en el apartamento.

—Esta noche la cosa va a ser muy mala —dijo.

—¿Seguro? —Se sentó enfrente de Jack—. ¿Es preciso que vayas? Sí, eso supongo. Pero quizá te equivoques.

—Manfred ya me lo ha dicho —anunció Jack—. Ya lo ha visto.

—No te asustes —dijo Doreen con suavidad.

—Pues lo estoy —contestó él.

—¿Por qué será malo?

—No lo sé. Manfred no pudo decírmelo.

—Pero... —ella hizo un gesto indefinido—, has establecido contacto con él; esto es estupendo. Precisamente lo que quiere Arnie.

—Espero que estés tú presente —dijo Jack.

—Sí, lo estaré. Pero... no puedo hacer mucho. ¿Vale para algo

mi opinión? Porque estoy segura de que Arnie se mostrará complacido; me parece que tienes un ataque de ansiedad sin ningún motivo.

—Es el fin. —Anunció Jack—. Entre Arnie y yo... esta noche. Lo sé e ignoro la razón —sintió náuseas en el estómago—. Casi me parece que Manfred hace algo más que saber y conocer el futuro; en cierto modo, lo *«controla»*, puede convertirlo en lo peor posible, porque es lo que le parece natural, así es como ve la realidad. Resulta como si estar en torno a él significase hundirnos en su realidad. Empieza a mandar sobre nosotros y a reemplazar nuestro propio modo de apreciar las cosas y la clase de acontecimientos que estábamos acostumbrados a ver a nuestro alrededor ahora, sin saber por qué, no se producen. No es natural para mí sentirme de ese modo; yo jamás tuve ninguna sensación antes acerca del futuro.

Guardó silencio.

—Has estado demasiado sobre él —dijo Doreen—. Son tendencias en ti las que... —dudó—. Tendencias inestables, Jack. Unidas a esto; se suponía que tenías que atraerlo a tu mundo, que compartiese la realidad de nuestra sociedad... En su lugar, ¿no te ha llevado él a su mundo? No creo que haya ninguna precognición. Creo que ha sido un error desde el principio. Sería mejor si te salieses de él, si dejases a ese chico... —miró de reojo hacia Manfred, que se había acercado a la ventana del apartamento para mirar a la calle—. Si tú no tuvieses más relación con el muchacho...

—Ya es demasiado tarde para eso —afirmó Jack.

—Tú no eres ni un psicoterapeuta[29] ni médico —dijo Doreen —. Una cosa es que Milton Glaub esté en estrecho contacto día tras día con las personas recluidas, retraídas o esquizofrénicas, pero tú... Tú eres un mecánico que se tropezó con este asunto a causa de un loco impulso por culpa de Arnie; sucedió que estabas en la misma habitación con él, arreglando su cifradora y te viste liado en el asunto presente. No debieras ser tan pasivo, Jack. Dejas que tu vida sea moldeada por el azar y, por Dios... ¿es que no conoces esa pasividad tal y como es?

—Supongo que sí —contestó al cabo de un momento.

—Dilo.

—Hay una tendencia hacia los individuos esquizofrénicos a ser pasivos; lo sé —dijo Jack.

—Sé decidido; no sigas con esto. Llama a Arnie y dile que no eres competente para manejar a Manfred. Él le devolverá al Campamento B-G en donde Milton Glaub podrá trabajar con el muchacho. Son capaces de construir esa cámara retardadora del movimiento allí; ya habían empezado a hacerlo, ¿no?

—Nunca lo conseguirán. Hablaban de importar el equipo de la patria, y ya sabes lo que esto significa.

—Y tú tampoco, lo conseguirás —dijo Doreen—, porque mucho antes de lo que logres, te habrás desmoronado mentalmente. Yo también sé mirar en el futuro; ¿sabes lo que veo? Te veo a ti sufriendo un ataque mucho más serio de los que sufriste antes; veo un colapso psicológico total para ti, Jack, si sigues trabajando en esto. Ya has estado gimiendo con ansiedad aguda esquizofrénica, por pánico ¿no es eso? ¿Verdad?

Él asintió.

—Lo vi en mi hermano —continuó Doreen—. Pánico esquizofrénico y una vez que lo ves sufrir a una persona, nunca lo olvidas. El colapso de sus realidades circundantes, el colapso de sus percepciones del tiempo y del espacio, causa y efectos... ¿y no es eso lo que te está pasando? Hablas como si esta reunión con Arnie no pudiese cambiarse por nada de lo que hagas... y eso es una regresión profunda por tu parte de la responsabilidad y madurez de adulto[30]; eso no es tuyo propio en absoluto —respirando profundamente, su pecho subiendo y bajando casi con dolor, continuó—: a Arnie le diré que abandonas y que necesita buscarse otra persona que trabaje con Manfred. Y le diré que no has hecho el menor progreso, que es inútil para ti y para él continuar con el asunto. He visto a Arnie llevarse estos berrinches antes; sigue pensando en ellos unos cuantos días o semanas y después los olvida. También puede olvidar éste.

—No lo olvidará —dijo Jack.

—Prueba —le propuso ella.

—No —contestó él—. Tengo que ir esta noche y darle el informe de mis progresos. Digo que es necesario; se lo debo.

—Eres un condenado estúpido —contestó Doreen.

—Lo sé —asintió Jack—. Pero no por el motivo que tú te piensas. Soy un estúpido porque acepté un trabajo sin prever sus consecuencias. Yo... —se interrumpió—. Quizás es lo que has dicho.

No soy competente para trabajar con Manfred. Eso es, punto y aparte.

—Pero sigues adelante. ¿Que tienes que enseñar a Arnie esta noche? Enséñamelo a mí, ahora mismo.

Sacando un envoltorio de papel de seda, Jack lo abrió y extrajo los dibujos de los edificios trazado por Manfred. Durante largo rato Doreen lo examinó. Y luego se lo devolvió.

—Esto es un dibujo diabólico y enfermizo —dijo con voz casi inaudible—. Sé lo que es. Es la tumba del mundo, ¿verdad? Es lo que ha dibujado. El mundo después de la muerte. Eso es lo que ve y a través suyo es lo que comienzas tú a ver. ¿Quieres llevárselo a Arnie o has perdido el concepto de la realidad? ¿Crees que Arnie desea ver una abominación como ésta? Quémala.

—No es tan malo —contestó él profundamente perturbado por la reacción de la mujer.

—Sí, lo es —dijo Doreen—. Y es un signo terrible el que no te sorprenda como debía sorprenderte. ¿Lo viste al principio? ¿Te impresionó desagradablemente en la primera ocasión?

No tuvo más remedio que asentir.

—Entonces sabes que tengo razón —dijo ella.

—Necesito continuar —insistió Jack—. Te veré esta noche en su casa. —Yéndose hacia la ventana, dio una palmadita a Manfred en el hombro—. Tenemos que irnos. Ya veremos a esta señora esta noche y también al señor Kott.

—Adiós, Jack —dijo Doreen acompañándole hasta la puerta. Sus ojos oscuros y grandes estaban cargados de desesperación—. Nada puedo hacer por detenerte. Me doy cuenta, has cambiado. Eres ahora menos... vivo... que lo fuiste hace un par de días... ¿lo sabes?

—No —dijo él—. No me di cuenta —pero no se sorprendió de oírlo; lo notaba. Inclinándose hacia ella, la besó de lleno en la boca—. Te veré esta noche.

Ella se quedó en el umbral, mirando en silencio como él y el niño, se marchaban.

En el tiempo que quedaba antes de la noche, Jack Bohlen decidió dejarse caer por la escuela pública y recoger a su hijo. Allí, en

aquel lugar que temía más que ningún otro, descubriría si Doreen tenía razón; se enteraría si su moral y capacidad de distinguir la realidad de las proyecciones de su propio inconsciente habían sido deterioradas o no[31]. Para él, la escuela pública era el sitio crucial. Y mientras dirigía su helicóptero de la Compañía Yee hacia el local, sintió muy profundo en su interior que sería capaz de efectuar una segunda visita.

También sentía una violenta curiosidad por ver si las reacciones de Manfred a aquel lugar y los simulacros, las máquinas de enseñanza, daban algún fruto. Llevaba tiempo con el presentimiento de que si enfrentaba a Manfred con los Maestros de escuela, aparecería una respuesta significativa, quizá similar a la suya propia, quizá totalmente opuesta. En cualquier caso había reacción, estaba seguro.

Entonces pensó resignado: *¿No es ya demasiado tarde? ¿Acaso no se terminó el trabajo, luego de cancelarlo Arnie porque no le interesa?*

¿No he estado yo en su casa esta noche?, ¿qué hora es?

Pensó asustado: *perdí la noción del tiempo*.

—Vamos a la escuela pública —murmuró a Manfred—. ¿Te gusta la idea? Mira la escuela en donde va David.

Los ojos del muchacho relucieron de anticipación. *Sí,* pareció decir: *me gusta eso. Vamos*.

—Está bien —admitió Jack, logrando operar los mandos del helicóptero con gran dificultad; sentía como si se encontrase en el fondo de un gran mar maloliente, luchando simplemente por respirar, casi incapaz de moverse. ¿Pero por qué?

No lo sabía. Siguió adelante, lo mejor que pudo.

CAPÍTULO XI

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos, húmedos y brillantes. El señor Kott era un saco de huesos, sucios y, sin embargo, brillantes de humedad. La cabeza era un cráneo con tonos verdes; dentro suyo, estos verdes se convertían en cosas podridas mientras algo las comía para matarlas todavía más. Jack Bohlen, también, era un saco muerto, *pululando de gusanos*[32]. El exterior que engañaba a casi todo el mundo, estaba bien pintado y olía bien, inclinado sobre la señorita Anderton y él se dio cuenta; vio que la deseaba de una manera sucia. Vertía su yo pegajoso y húmedo más y más cerca de ella y las palabras del gusano muerto asomaban de su boca y caían sobre la mujer. Las palabras del gusano muerto se desparramaban en los pliegues de su ropa y algunas lograron penetrarle por la piel y entrar en el cuerpo.

—Amo a Mozart —dijo el señor Kott—. Pondré esta cinta.

La ropa parecía escocerla, estaba llena de pelo y polvo y de los excrementos de las palabras del gusano. Ella se rascó y la ropa quedó hecha trizas. Clavando los dientes en las tiras, se las tragó masticando.

Jugando con los mandos del amplificador, el señor Kott dijo:

—Dirige Bruno Walter. Una gran rareza de la edad de oro de las grabaciones.

Por los altavoces salió una serie horrible de crujidos y chirridos, y al cabo de un momento ella se dio cuenta de lo que tenía sobre sí; se sentía confusa desde el interior, todas aquellas cosas cadavéricas de las profundidades de su ser se movían y le reptaban, luchando por salir a la luz de la habitación. Dios, ¿cómo podía impedírselo? Le salieron por los poros y se escurrieron, dejando hebras de finísimo y pegajoso hilo de telaraña sobre el suelo, para desaparecer entre las rendijas que había en el entarimado.

—Lo siento —murmuró Arnie Kott.

—¡Qué sorpresa! —dijo ella—. Deberías cerrarlo, Arnie — levantándose del diván apartó el oscuro y maloliente objeto que se le colgaba del cuerpo—. Tu sentido del humor... —dijo.

Él se volvió y la vio mientras la joven se arrancaba de sí la

última hebra de su ropa. Había dejado el carrete de cinta y ahora avanzó hacia Doreen, los brazos extendidos.

—Hazlo —dijo ella y luego ambos estuvieron en el suelo, juntos; él utilizó los pies para quitarse sus vestiduras, metiendo los dedos en la tela y tirando hasta arrancársela. Los brazos estaban entrecerrados sobre los cuerpos, giraron en la oscuridad bajo la estufa y se quedaron allí, sudando y forcejeando atragantándose en el polvo y en el calor de sus propios cuerpos—. Más —pidió ella, clavando sus rodillas en los costados del hombre para hacerle daño.

—Un accidente —dijo él, aplastándola contra el suelo, respirándole en la cara.

Los ojos aparecieron en el borde de la estufa, algo les atisbaba mientras yacían juntos en la oscuridad... algo les vigilaba. Había dejado a un lado el engrudo, las tijeras y las revistas[33], lo soltó todo para contemplar esto y disfrutar y saborear cada sacudida que los amantes experimentaban.

—Vete —le murmuró ella. Pero no se fue—. Más —dijo la joven entonces y aquella cosa se rió ante sus narices. Rió y rió y ella y el peso que la aplastaba siguieron. No podían parar.

Hazme más *basura*, decía ella. *Basura*, *basura*, *basura* para mí, pon tu *basura* dentro de mí, en mi *basura*, tú, *Basurero*. ¡*Basura*, *basura*, me gusta la *basura*! No pares. ¡*Basura*, *basura*, *basura*, *«basura»*.

* * *

Mientras Jack Bohlen descendía el helicóptero de la Compañía Yee hacia el campo de aterrizaje en la escuela pública directamente debajo de ellos, miró de reojo a Manfred y se preguntó que estaría pensando el muchacho. Envuelto en sus pensamientos, Manfred Steiner miraba sin ver hacia fuera, sus rasgos retorcidos en una mueca que repelió a Jack y le hizo instantáneamente apartar la vista.

¿Por qué tuvo que ver algo con este muchacho?, se preguntó Jack. Doreen tenía razón; lo tenía pendiente de su cabeza y los aspectos inestables esquizofrénicos de su propia personalidad renacían a la vida por la mera presencia del muchacho a su lado. Y, sin embargo, no sabía cómo librarse de él; en cierto modo ya era demasiado tarde, puesto que el tiempo se había desplomado y lo dejó aquí, para una eternidad, pillado en una simbiosis con esta criatura desgraciada y muda de la que nada podía sacar excepto que inspeccionase su propio mundo íntimo una y otra vez.

Se había embebido, hasta cierto nivel, del mundo visto por Manfred y eso evidentemente le producía la furtiva desintegración del mundo propio.

Esta noche, pensó. *Tengo que seguir hasta esta noche; sea como sea debo aguantar hasta que vea a Arnie Kott. Luego enviaré a paseo todo esto y regresaré a mi propio espacio, a mi propio mundo; no tendré por qué volver a mirar otra vez jamás a Manfred Steiner. Arnie, por Cristo, sálvame*, pensó.

—Aquí estamos —dijo mientras el helicóptero se detenía en el campo de aterrizaje del tejado.

Cortó el motor.

De inmediato Manfred avanzó hacia la puerta, ansioso por salir.

De modo que quieres ver este lugar, pensó Jack. *Me pregunto por qué*. Se puso en pie y fue para abrir la puerta del helicóptero; al momento Manfred saltó al tejado y echó a correr por la rampa descendente, casi como si conociese de memoria el camino.

Mientras Jack abandonaba el navío, el muchacho desapareció de su vista. Sólo tuvo que darse prisa rampa abajo y entrar en la escuela.

Doreen Anderton y Arnie Kott, se dijo Jack para sí. *Las dos personas que significan más para mí, los amigos con quienes establezco contacto, con quienes tengo intimidad más fuerte. Y, sin embargo, aquí mismo es donde el muchacho ha logrado infiltrarse: me ha arrancado de mis amistades, precisamente éstas, las más fuertes.*

¿Qué queda?, se preguntó a sí mismo. *Una vez que esté aislado, el resto... mi hijo, mi esposa, mi padre, el señor Yee... todos los amigos, casi automáticamente, me serán arrebatados, sin pelea*.

Ya veo lo que me espera si continúo perdiendo, paso a paso, ante los progresos de este muchacho completamente psicótico. Ahora comprendo lo que es la psicosis: la más profunda enajenación de la percepción de los objetos del mundo exterior, especialmente a los objetos que importan: los amigos cálidos y afectuosos. ¿Y qué ocupa su lugar? Una terrible preocupación con... la infinita marea y el flujo del propio yo. Hay cambios que emanan del interior y que afectan sólo al mundo interno. Es un dividirse los dos mundos, el interno y el externo, para que ninguno se dé cuenta de la existencia del otro. Ambos continúan con su realidad, pero cada uno va por su camino.

Es el cesar del tiempo. El fin de la experiencia, de algo nuevo. Una vez que la persona se hace psicótica, ya nunca nada le vuelve a ocurrir.

Y, comprendió, *yo estoy en el umbral de esa caída. Quizá siempre lo estuve; desde el principio me ha resultado implícito. Pero porque este muchacho me ha hecho avanzar mucho camino. O, mejor, por su causa yo he recorrido ese gran camino hacia el abismo*.

Un yo coagulado, fijo e inmenso, que borra todo lo demás y ocupa el campo entero. Luego, el más mínimo cambio queda examinado con la máxima atención. Éste es el estado de Manfred ahora; lo ha sido, desde el principio. La última etapa del proceso esquizofrénico.

—Manfred, aguarda —llamó y siguió lentamente tras el muchacho, rampa abajo para entrar en el edificio de la escuela pública.

* * *

Sentada en la cocina de June Henessy, tomando café, Silvia Bohlen discutía de sus últimos problemas.

—Qué cosa más terrible —dijo, refiriendo a Erna Steiner y a los hijos de Steiner—, es esa; hagámosle frente, son gente vulgar. No le deberíamos hablar de esta manera, pero me he visto obligada a verles mucho últimamente y no puedo ignorarlo; cada día me los pasan por la cara.

June Henessy, llevando pantalones cortos blancos y un transparente sostén, correteaba ante ella, de aquí para allá de la casa, regando con un jarro de cristal sus diversas plantas de interior.

—Realmente se trata de un chico fantasmal. Es el peor de todos, ¿verdad?

—Y lo aguanto casi todo el día —afirmó Silvia estremeciéndose —. Jack trabaja con él, ya lo sabes, tratando de hacerle formar parte de la raza humana. Yo creo que deberían acabar con los monstruos y basuras como ésa; a la larga dejarles vivir resulta terriblemente destructivo. Es una falsa piedad hacia ellos y hacia nosotros. Ese muchacho necesita cuidados y los necesitará durante el resto de la vida; jamás saldrá de ninguna institución.

Volviendo a la cocina con el jarro vacío, June dijo:

—Voy a decirte lo que hizo Tony el otro día. —Tony era su último amante; se había ligado con él desde hacía seis meses y mantenía a las otras damas, especialmente a Silvia, al corriente—. Almorzamos en el *«Ginebra II»*, un restaurante francés que conoce; comimos caracoles... los sirven en sus conchas y una tiene que sacarlos con un tenedor horrible que tiene púas de casi un palmo. Claro, es comida del mercado negro; ¿lo conoces? ¿Sabías que hay restaurantes que sirven exclusivamente golosinas del mercado negro? Yo no, hasta que Tony me llevó. Si quieres, te diré dónde está, claro.

—Caracoles —dijo Silvia con repugnancia, pensando en los maravillosos platos que ella habría pedido si su amante la hubiera invitado a comer en un sitio como aquél.

¿Cómo será tener un plan amoroso? Difícil, pero seguramente valdrá la pena, si es que lo podía mantener en secreto con respecto a su marido. El problema, claro, era David. Y ahora Jack trabajaba una parte del tiempo en casa y su suegro estaba también de visita. Y ella nunca podría recibir a su amante en casa, a causa de la vecindad de Erna Steiner; la corpulenta viuda, vería, comprendería y probablemente, debido a su sentido prusiano del deber, informaría de inmediato a Jack. Pero entonces, ¿acaso el riesgo no formaba parte de lo atractivo? ¿No le daba... la sal y pimienta?

—¿Qué haría tu marido si se enterase? —pregunto a June—. ¿Te haría pedazos? Jack sí.

—Mike ha tenido algunos planes desde que nos casamos —dijo June—. Lo lamentaría y posiblemente me pondría un ojo negro y se marcharía durante una semana o así con una de sus amiguitas, dejándome con los niños, claro. Pero regresaría.

Para sí, se preguntó Silvia si Jack había tenido algún plan de esos. No le pareció probable. Se preguntaba cuáles serían sus sensaciones si descubría el engaño de su marido... ¿sería el fin del matrimonio? *Sí*, pensó. *De inmediato me iría en busca de un abogado*. ¿Iría? Es imposible decirlo con anticipación...

—¿Cómo os miráis tu suegro y tú? —preguntó June.

—Oh, no muy mal. Él, Jack y el chico Steiner están fuera hoy, en un viaje de negocios. No veo mucho a Leo, en la actualidad; vino principalmente en viaje de negocios... ¿June cuántos amantes has tenido?

—Seis —contestó June Henessy.

—¡Ufff! —exclamó Silvia—. Yo ninguno.

—Hay mujeres que no nacieron para eso.

Eso le pareció a Silvia no un insulto bastante personal, sino una ofensa a su anatomía.

—¿Qué quieres decir?

—Que psicológicamente no son aptas —explicó June con una risita—. Se necesita cierto tipo de mujer capaz de crear y mantener una ficción compleja, día tras día. A mí me gusta... disfruto con los engaños que le cuento a Mike. Tú eres diferente. Tú tienes un cerebro sencillo y directo; la decepción no es cosa que te atraiga. De cualquier forma, tienes un buen marido —destacó la autoridad de su criterio alzando las cejas.

—Jack solía estar fuera de casa toda la semana —dijo Silvia—. Pude haber tenido un amante entonces. Ahora sería mucho más difícil.

Deseaba, fervientemente, tener o haber tenido algo creador o útil o emocionante para haber llenado sus largas y vacías tardes; se aburría mortalmente mientras estaba sentada en la cocina de alguna otra de sus amigas tomando café hora tras hora. No le extrañaba que muchas mujeres tuviesen amantes. Era eso o la locura.

—Si quedas limitada al marido en cuanto a la experiencia emocional —decía June Henessy—, careces de bases para juzgar; estás poco más o menos atascada en lo que él tiene que ofrecerte, pero si te acuestas con otros hombres, puedes comprender mejor cuáles son las deficiencias de tu marido y resulta mucho más fácil ser objetiva con respecto a él y saber lo que es preciso cambiar en el esposo; una puede insistir hasta que se produce el cambio. Por otra parte[34], ve lo inútil que ha sido y comprende que con estos hombres una puede aprender a mejorarse, para dar así al marido más satisfacción. No puedo comprender que haya nada que perder probándolo.

Expuesto así, ciertamente parecía una idea buena y saludable en todo a lo que concernía. Incluso el marido salía beneficiado.

Mientras permaneció sentada tomando café y meditando aquellas palabras, Silvia miró por la ventana y vio sorprendida el aterrizaje de un helicóptero.

—¿Qué es eso? —preguntó a June.

—Por todos los cielos, no lo sé —contestó June, mirando hacia fuera también.

El helicóptero se detuvo cerca de la casa; la puerta se abrió y un hombre guapo de pelo negro, llevando brillante camisa de nylon y corbata, pantalones deportivos y zapatos estilo europeo, descendió. Tras él apareció un hombre triste que cargaba con dos pesadas maletas.

En su interior Silvia Borden notó cómo su corazón daba un vuelco mientras contemplaba al hombre moreno caminar hacia la casa, con el hombre triste siguiéndole con las maletas. Así se imaginaba que sería el Tony de June.

—Cielos —exclamó June—. Me pregunto quién será. ¿Un vendedor? —Sonó la llamada a la puerta principal y echó a correr para abrir. Silvia dejó su taza y la siguió. Junto a la puerta, June se detuvo—. Me siento un poco... desvestida —se llevó la mano nerviosa a los pantalones cortos—. Habla con él mientras corro al dormitorio y me cambio. Yo no esperaba que ningún desconocido viniese; ya sabes, tenemos que tener cuidado puesto que vivimos aisladas y nuestros maridos están fuera... —salió corriendo hacia el dormitorio, el cabello revoloteando.

Silvia abrió la puerta.

—Buenos días —dijo el hombre guapo con una sonrisa que reveló perfectos dientes mediterráneos. Tenía un débil acento—. ¿Es usted la señora de la casa?

—Eso me imagino —contestó Silvia, sintiéndose tímida e incómoda; se miró a sí misma, preguntándose si estaba vestida lo bastante modesta como para plantarse allí hablando con aquel individuo.

—Deseo presentarle un surtido estupendo de elementos saludables que quizás usted ya conozca —dijo el hombre. Continuó mirándola a la cara y no obstante Silvia obtuvo la clara impresión de que al mismo tiempo lograba examinar el resto de su cuerpo detalle a detalle. La conciencia de sí misma creció, pero no se sintió enfadada; el hombre tenía modales encantadores, a la vez tímidos y, sin embargo, singularmente audaces.

—Comida saludable —murmuró—. Bueno, yo...

El hombre hizo un gesto con la cabeza y su servidor avanzó,

dejando en el suelo una de las maletas y abriéndola. Cajas, botellas, paquetes... La mujer se sintió muy interesada.

—Manteca de cacahuete sin homogeneizar —declaró el hombre —. También dulces dietéticos sin calorías, para conservar su adorable silueta. Germen de trigo. Centeno. Vitamina E; es decir, la vitamina de la *«vitalidad»*... aunque, claro, para una joven como usted no es aún apropiada —su voz siguió murmurando mientras señalaba una mercancía tras otra; ella se encontró inclinándose junto a él, tan cerca que sus hombros se rozaron. Rápidamente se retiró, asombrada e impresionada.

En la puerta, June apareció momentáneamente, ahora llevando falda y un suéter de lana; estuvo cerca un momento y luego se retiró al interior y cerró la puerta. El hombre no se fijó en ella.

—También hay muchas golosinas de experto catador que la señorita quizás apreciaría —decía él—. Mire —alzó un tarro.

Ella se quedó sin aliento: era caviar.

—¡Cielo santo! —exclamó, hipnotizada—. ¿De dónde lo consiguió?

—Caro, pero vale la pena —los oscuros ojos del hombre se clavaron en los suyos—. ¿No está usted de acuerdo? Acuérdese de los días en la patria, suave luz de velas y música de Wagner interpretada por una orquesta... días de romance con un torbellino de deliciosos lugares donde acudir —le sonrió larga y abiertamente.

«Mercado negro», advirtió ella. El pulso le martillaba en la garganta cuando dijo:

—Mire, ésta no es mi casa. Yo vivo a un kilómetro a lo largo del canal —señaló—. Estoy muy interesada.

La sonrisa del hombre pareció atravesarla.

—No ha estado usted nunca aquí ¿verdad? —dijo ella, ahora un poco balbuceando y temblorosa—. No le vi jamás. ¿Cómo se llama? Me refiero al nombre de su firma.

—Me llamo Otto Zitte —le entregó una tarjeta, que apenas miró; no podía apartar los ojos de la cara de él—. Mi negocio lleva mucho tiempo establecido, pero solo recientemente, debido a una circunstancia imprevista... fue reorganizado de modo que ahora estoy

en situación de saludar a los nuevos clientes directamente. Clientas nuevas como usted.

—¿Pasará usted por mi casa?

—Sí, esta misma tarde... a última hora... y entonces, con tranquilidad, podremos examinar las mercancías importadas de las que poseo la distribución exclusiva. Buenas tardes —se puso en pie con agilidad felina.

June Henessy había reaparecido.

—Hola —dijo con voz baja, y precavida, pero interesada.

—Mi tarjeta —Otto Zitte entregó el cartoncito blanco a la dueña de la casa.

Ahora ambas tenían su tarjeta; cada una la leía con atención.

Sonriendo con su astuta e insinuante sonrisa, Otto Zitte hizo una señal a su doméstico hombre triste para que abriese la otra maleta.

* * *

Mientras estaba sentado en su despacho del Campamento Ben-Gurion, el doctor Milton oyó la voz de una mujer en el pasillo, ronca y llena de autoridad, pero inconfundiblemente femenina. Escuchando, oyó las deferencias de la enfermera hacia ella y supo que se trataba de Anne Esterhazy, que había venido a visitar a su hijo Sam.

Abriendo el archivo buscó la «E» y al poco tenía la carpeta *«Esterhazy, Samuel»* extendida ante él, sobre el escritorio.

Resultaba interesante. El muchacho había nacido fuera del matrimonio, un año o más después de que la señora Esterhazy se divorciase de Arnie Kott. Entró en el Campamento B-G con el nombre de ella, también. Sin embargo, indudablemente el padre era Arnie Kott; la carpeta contenía una gran cantidad de información sobre Arnie y los doctores habían dado por sentado su parentesco sanguíneo.

Evidentemente, aunque su matrimonio terminó hacía mucho, Arnie y Anne Esterhazy se veían lo bastante como para dar nacimiento a una criatura. Su relación, por tanto, no era simplemente comercial.

Durante un rato el doctor Glaub rumió cómo utilizar esta información que le había quedado en las manos. ¿Tenía Arnie

enemigos? Ninguno que supiese; Arnie simpatizaba a todas las personas... es decir, a todas menos al doctor Milton. Evidentemente el doctor Glaub era la única persona en Marte que había sufrido de manos de Arnie, realización que no hacía que el doctor Glaub se sintiese nada feliz.

El hombre me trató de la manera más inhumana y displicente[35], se dijo a sí mismo por millonésima vez. ¿Pero qué podría hacer? Pasarle la factura a Arnie... cobrar alguna insignificancia por sus servicios. Eso, sin embargo, de nada serviría. Quería, tenía el derecho a mucho más. De nuevo el doctor Glaub estudió la carpeta. Un caso raro el de Samuel Esterhazy; no conocía ninguno precisamente parecido. El muchacho parecía haber retrocedido hasta alguna línea antigua de casi hombres, o cualquier variante que no logró sobrevivir: la que vivió parcialmente en el agua. Le recordó a Glaub la teoría adelantada por un número de probabilidades que el hombre descendía de los monos acuáticos que vivieron entre las rompientes y las aguas poco profundas.

El IQ,[36] advirtió, era de sólo 73. Una vergüenza.

Especialmente, pensó de pronto, podía Sam, sin duda, ser clasificado como un retrasado mental más que anormal. El Campamento B-G no es una institución para los retardados y su directora, Susan Haynes, había devuelto a sus padres a varios niños recluidos, pseudoautistas[37], que no resultaron ser nada más que imbéciles normales. El problema del diagnóstico dificultó la resolución, claro. En el caso del muchacho Esterhazy, estaban allí también los estigmas físicos...

Sin duda, se dice el doctor Glaub. *Tengo base: enviaré a su casa al niño Esterhazy. La escuela pública podría enseñarle sin dificultades, podría descender a su nivel. Eso es la zona física en donde se le puede considerar «anormal» y no es nuestro trabajo ocuparnos de los descentrados físicamente*.

¿Pero qué motivo tengo?, se preguntó.

Posiblemente lo hago por devolver a Arnie Kott su modo cruel de tratarme.

No, decidió, *eso no me parece probable; no soy el tipo psicológico que descubre venganzas... Eso sería una revulsión ínfima o quizás un desahogo absurdo*[38]. Hace mucho tiempo que se había clasificado como individuo del tipo genital, dedicado a madurar sus tendencias

genitales.

Por otra parte, su altercado con Arnie Kott le causó reconocidamente el deseo de hurgar y examinar la carpeta del niño Esterhazy... Así que había una relación pequeña, pero definidamente causal.

Leyendo por entero la carpeta se vio sorprendido una vez por la singular relación que allí se implicaba. Allí estaban, llevando a cargo una unión, después de años de haber terminado su matrimonio. ¿Por qué se habían divorciado? Quizás hubo un forcejeo de clase entre ellos; Anne Esterhazy era claramente un tipo de hembra dominante con fuertes componentes masculinos, lo que Jung llamaba la mujer *«con ánimo»*. Al tratar con éxito con tal tipo, uno tenía que representar un papel definido; tenía que capturar la posición de autoridad desde el principio y jamás ceder ni un palmo. Era preciso ser ancestral, o sino quedaría rápidamente derrotado.

El doctor Glaub apartó la carpeta y luego pasó por el pasillo hasta la sala de juegos. Localizó a la señora Esterhazy; estaba jugando con su hijo. Acercándose, se plantó a observarlos hasta que ellos se dieron cuenta de su presencia y se detuvo.

—Hola, doctor Glaub —dijo ella animosa.

—Buenas tardes, señora Esterhazy. Ejem, ¿cuando haya terminado la visita, podría venir a mi despacho?

Recompensaba ver a una mujer competente, de expresión autosatisfecha, mostrarse interesada.

—Claro, doctor Glaub.

Veinte minutos más tarde estaba sentado frente a ella, el escritorio por medio.

—Señora Esterhazy, cuando su hijo vino por primera vez al Campamento B-G había muchas dudas acerca de la naturaleza de su problema. Se creyó durante algún tiempo que pertenecía al reino de las perturbaciones mentales, posiblemente una neurosis traumática o...

La mujer le interrumpió con firmeza.

—Doctor, va a decirme que puesto que Sam no tiene problemas excepto su defectuosa capacidad para aprender, no debe permanecer aquí, ¿verdad?

—Y el problema físico —añadió el doctor Glaub.

—Pero eso no es cosa suya.

Hizo un gesto de resignación y de acuerdo.

—¿Cuándo me lo debo llevar a casa? —la mujer estaba pálida y temblorosa; sus manos abrieron el bolso, luego lo cerraron con fuerza, contrayéndose sobre él.

—Oh, dentro de tres o cuatro días. O una semana.

Mordiendo un nudillo, la señora Esterhazy se quedó mirando a ciegas la alfombra de la oficina. Pasó el tiempo. Luego con voz temblorosa dijo:

—Doctor, como usted quizá sabe, llevo mucho tiempo preparando la lucha contra un decreto que ahora han presentado antes las NU y que significaría el cierre del Campamento B-G —su voz cobró fuerza—. Si me veo obligada a llevarme a Sam, retirare mi apoyo en este asunto y esté usted seguro de que ese decreto será aprobado. E informaré a Susan Haynes del motivo por el que retiro mi apoyo.

Un lento escalofrío de sorpresa pasó por el cerebro del doctor Milton Glaub. No se le ocurrió nada que decir.

—¿Lo comprende, doctor? —preguntó la señora Esterhazy.

Logró asentir con la cabeza.

Poniéndose en pie, la señora Esterhazy dijo:

—Doctor, llevo mucho tiempo en política. Arnie Kott me considera como una aficionada, pero no lo soy. Créame, en ciertas zonas soy muy aguda políticamente.

—Sí —dijo el doctor Glaub—. Sé que lo es —automáticamente se puso en pie también.

La acompañó hasta la puerta del despacho.

—Por favor no vuelva a mencionar este asunto de Sam —le recomendó la mujer mientras abría la puerta—. Lo encuentro demasiado penoso. Es mucho más fácil para mí considerarlo como un ser anómalo —le miró de frente—. No queda dentro de mi capacidad pensar de él como un ser retardado —dando media vuelta, se alejó rápidamente.

No había resultado demasiado bien, se dijo para sí el doctor Glaub mientras temblorosamente cerraba la puerta del despacho. La mujer con toda evidencia tiene un impulso sádico de fuerte hostilidad unido a una fuerza agresiva externa.

Sentándose tras el escritorio encendió un cigarrillo y lo fumó con desesperación, mientras luchaba por recobrar su aplomo.

* * *

Cuando Jack Bohlen llegó al pie de la rampa descendente no había ni rastro de Manfred. Varios niños pasaron trotando sin duda camino a sus maestros. Comenzó a vagar por allí, preguntándose dónde habría ido el muchacho. ¿Y por qué tan deprisa? No era nada bueno.

Delante, un grupo de chicos se había reunido en torno a un maestro, alto, de pelo blanco, de cejas pobladas a quien Jack reconoció como *Mark Twain*. Manfred, sin embargo, no estaba entre ellos.

Mientras Jack comenzaba a pasar por delante de *Mark Twain*, éste interrumpió su monólogo a los niños, fumó varias veces de su cigarro y llamó a Jack:

—Amigo mío, ¿en qué puedo servirle?

Haciendo un alto, Jack dijo:

—Busco a un muchachito que traje conmigo.

—Conozco a todos los jóvenes —dijo la Máquina de Enseñanza *Mark Twain*—. ¿Cómo se llama?

—Manfred Steiner —describió al muchacho mientras la Máquina de Enseñanza le escuchaba atenta.

—Humm —dijo cuando había terminado. Fumó un momento y luego bajó una vez más el cigarro—. Creo que encontrará a ese joven hablando con el emperador romano *Tiberio*. O al menos así me han informado las autoridades de cuyo cargo está esta organización; hablo del Circuito Principal, señor.

Tiberio. No se había dado cuenta de que tales figuras estuviesen representadas aquí en la escuela pública: los personajes históricos importantes y básicos. Evidentemente, por su expresión, *Mark Twain*

comprendió sus pensamientos.

—Aquí, en el colegio —le informó—, como ejemplos no para emular si no para evitar con el celo más escrupuloso, encontrará, señor, mientras efectúe su peregrinación por estas salas, muchos chacales, piratas y granujas, dando dolorosos sermones en tonos lamentables y contando sus historias para enseñar a la juventud.

De nuevo *Mark Twain* fumó su cigarro, le guiñó el ojo. Desconcertado, Jack continuó presuroso su camino.

Ante él, *Emanuel Kant* se detuvo para preguntar. Varios alumnos, de unos diez años, se hicieron a un lado para permitirle hacerle las preguntas con mayor comodidad.

—*Tiberio* —dijo la máquina con un fuerte acento inglés—, se encuentra siguiendo este camino —señalo con autoridad absoluta: no tenía la menor duda y Jack una vez más bajó presuroso por el pasillo indicado.

Un momento más tarde se encontró acercándose a la frágil figura ligera de blanco pelo del emperador romano. Le parecía que estaba musitando cuando se acercó, pero antes de que pudiese hablar volvió la cabeza en su dirección.

—El muchacho que usted busca ha seguido adelante. Era suyo, ¿verdad? Un joven muy atractivo —luego guardó silencio, como si estuviese pensando. Al poco, Jack supo que la máquina se reconectaba con el Circuito Principal del colegio, que ahora utilizaba todas las máquinas de enseñanza en un intento de localizarle a Manfred—. No habla con nadie en este momento —no tardó en decir *Tiberio*.

Jack prosiguió entonces. Una figura de mujer de mediara edad sonrió al cruzarse con él; no sabía quién era y ningún niño conversaba con ella, pero de inmediato la máquina dijo:

—El muchacho que busca está con *Felipe II*, de España —señaló por el pasillo de la derecha y luego añadió con una voz peculiar—: Dese prisa; le agradeceríamos que se lo llevase del colegio lo antes posible. Muchísimas gracias —cayó en un profundo silencio.

Jack recorrió el pasillo que se le había indicado. Casi de inmediato al doblar el corredor se encontró ante la estética figura de *Felipe II*. Manfred no estaba allí, pero alguna cualidad intangible de su esencia parecía aún permanecer en la zona.

—Acaba de marcharse ahora, querido señor —le anunció la Máquina de Enseñanza. Su voz tenía la misma nota de urgencia peculiar que la de la figura femenina hacia un momento—. Tenga la amabilidad de encontrarle y llevárselo; se lo agradeceríamos.

Sin aguardar más, Jack se lanzó corredor abajo, un escalofrío dominándole mientras corría.

—Le agradeceríamos... —dijo una figura sentada con una blanca túnica al cruzar ante ella. Y luego, mientras pasaba por delante de un hombre de pelo gris con levita, la máquina también, se levantó ante el apuro urgente de la escuela y dijo:

—...lo antes posible.

Dobló la otra esquina. Y allí estaba Manfred. El muchacho estaba solo, sentado en el suelo, apoyado contra la pared, la cabeza gacha, aparentemente sumido en sus pensamientos.

Inclinándose, Jack le preguntó:

—¿Por qué te escapaste?

El muchacho no contestó. Jack le tocó, pero siguió sin haber reacción.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jack.

De repente el muchacho se agitó, se puso en pie y se quedó plantado mirando a Jack.

—¿Qué pasa? —fue otra pregunta que le hizo Jack.

No hubo respuesta. Pero el rostro del muchacho estaba nublado con una emoción turbia y distorsionada que no encontraba salida; miró a Jack sin verle. Totalmente absorto en sí mismo, incapaz de irrumpir en el mundo exterior.

—¿Qué ha pasado? —dijo Jack.

Pero sabía que jamás lo descubría; no había modo para que la criatura se expresase. Sólo silencio, la renuncia total de comunicación entre los dos, el vacío que no podía llenarse.

El muchacho apartó la vista entonces y volvió a dejarse caer en un montón sobre el suelo.

—Quédate aquí —le dijo Jack—. Haré que te traigan a David — cansado, se apartó del chaval, pero Manfred no se movió. Cuando llegó a la Máquina de Enseñanza, Jack le dijo—: Me gustaría que me trajesen a David Bohlen, por favor; soy su padre, lo llevaré a casa.

Era la Máquina de Enseñanza *Thomas Edison*, un hombre mayor que lo miró de reojo, asombrado y se rascó la oreja. Jack repitió lo que acababa de decir.

Asintiendo, la máquina dijo:

—*Basura, basura*.

Jack lo miró con fijeza. Y luego se volvió hacia Manfred. El muchacho seguía desplomado, de espaldas a la pared.

Una vez más la Máquina de Enseñanza *Thomas Edison* abría la boca y dijo a Jack.

—*Basura, basura* —no pronunció otra palabra; guardó silencio.

¿Soy yo? se preguntó a sí mismo Jack. *¿Es la final ruptura psicótica para mí? ¿O...?*

No podía creer aquella posibilidad; simplemente no era posible.

Pasillo abajo, otra Máquina de Enseñanza se dirigía a un grupo de niños; su voz le llegó desde la distancia, despertando ecos metálicos. Jack se esforzó por escuchar.

—*Basura, basura* —decía a los niños.

Cerró los ojos. Sabía en un momento de perfecta conciencia que su propia alma, sus propias perfecciones, no lo habían informado mal; estaba ocurriendo, precisamente lo que veía y oía, ocurría.

La presencia de Manfred Steiner había invadido la estructura de la escuela pública, penetrando en lo más profundo de su ser.

CAPÍTULO XII

Todavía en el escritorio en su despacho del Campamento B-G, meditando sobre la conducta de Anne Esterhazy, el doctor Milton Glaub recibió una llamada de emergencia. Era del Circuito Principal de la escuela pública de las NU.

—Doctor —declaró la voz llana—, lamento molestarle, pero necesitamos ayuda. Hay un ciudadano varón vagando por el recinto y en un evidente estado de confusión mental. Nos gustaría que viniese a llevárselo.

—Seguro —murmuró el doctor Glaub—. Voy de inmediato.

Pronto estuvo en el aire, pilotando su helicóptero a través del desierto de Nueva Israel hacia la escuela pública. Cuando llegó, el Circuito Principal le salió al encuentro y le acompañó a paso vivo por toda la casa hasta que llegaron a un corredor sin salida.

—Comprendimos que debimos mantener al niño lejos de él —le explicó el Circuito Principal, mientras hacía que la pared se descorriese, descubriendo el pasillo que no estaba, en verdad, cerrado.

Allí, con una expresión turbada en el rostro, había un hombre que era conocido del doctor Glaub. El médico tuvo una reacción de inmediata satisfacción, a su pesar. ¿De modo que a Jack Borden le había dominado su esquizofrenia? Los ojos de Bohlen estaban desenfocados; evidentemente estaba en un estado de estupor catatónico, probablemente alternando con la excitación... Parecía agotado. Y con él había otra persona a quien el doctor Glaub reconoció. Manfred Steiner yacía acurrucado en el suelo, inclinado hacia delante, como en un estado avanzado de reclusión.

Su asociación tampoco le ha hecho prosperar, observó para sí el doctor Glaub.

Con la ayuda del Circuito Principal, metió a Steiner y a Bohlen en el helicóptero y al poco regresaba a Nueva Israel y al Campamento B-G.

Acurrucado, las manos crispadas, Bohlen dijo:

—Déjeme que le explique lo que pasó.

—Por favor, hágalo —contestó el doctor Glaub.

Jack Bohlen habló con voz desigual:

—Fui al colegio para recoger a mi hijo. Me llevé a Manfred —se retorció en su asiento para mirar al chico Steiner que no había salido de su catalepsia; el muchacho estaba desplomado en el suelo del helicóptero, tan inerte como una escultura—. Manfred se me escapó. Y entonces... la comunicación entre la escuela y yo se cortó. Todo lo que pude oír fue... —se interrumpió.

—Locura doble —murmuró Glaub[39].

—En lugar de la escuela le oí a «él» —continuó Bohlen—. Oí que sus palabras salían de los Maestros —guardó entonces silencio.

—Manfred tiene una poderosa personalidad —dijo el doctor Glaub—. Agota los recursos de uno encontrarse a su alrededor mucho tiempo. Creo que sería conveniente para usted, por su propia salud, abandonar el proyecto. Me parece que arriesga demasiado.

—Tengo que ver esta noche a Arnie —dijo Bohlen con un susurro rasgado y áspero.

—¿Y usted qué? ¿Qué va a ser de usted?

Bohlen no contestó.

—No puedo tratarle en este estado de dificultad —dijo el doctor Glaub—. Más tarde... no estoy seguro.

—Ahí dentro, en esta maldita escuela —murmuró Bohlen—, me quedé completamente confuso, no sabía que hacer; seguir adelante, buscando a alguien con quien pudiese hablar. Alguien que no fuese... como él... —señaló hacia el muchacho.

—Es un problema para los esquizofrénicos relacionarse con la escuela —dijo Glaub—. Los esquizofrénicos, como usted, tratan con frecuencia con gente mediante su inconciencia. Las máquinas, claro, no tienen personalidades sombrías; lo que poseen se encuentran en la superficie. Puesto que la esquizofrenia es acostumbrarse a ignorar constantemente la superficie y mirar por debajo... mantiene una superficie blanca. Simplemente, se muestra en el enfermo esquizofrénico incapaz de comprender a las máquinas.

—Yo no pude comprender nada de lo que decían —dijo Bohlen

—, fue simplemente eso... la conversación sin significado que acostumbra a emplear Manfred. Su idioma particular.

—Ha tenido usted suerte de poder salir de ese estado —le advirtió el doctor Glaub.

—Lo sé.

—¿Y qué pasará ahora con usted, Bohlen? ¿Descanso y recuperación? ¿O más contactos peligrosos con un chico tan inestable...?

—No me queda más remedio —contestó Jack Bohlen.

—Es verdad. No tiene elección; debe retirarse.

—Pero aprendí algo —afirmó Bohlen—. Me enteré de lo mucho que hay en juego personalmente en todo este asunto. Ahora sé lo que sería quedarse desgajado del mundo, aislado, tal y como está Manfred. Haría cualquier cosa por evitarlo. No tengo intención de renunciar ahora.

Con manos temblorosas, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—La prognosis no es buena para usted —dijo el doctor Glaub.

Jack Bohlen asintió.

—Ha habido una disminución de sus dificultades, sin duda debido a que se vio usted arrancado del medio ambiente del colegio. ¿Me equivoco? No hay posibilidad de decir cuánto tiempo podrá usted funcionar; quizá dentro de unos minutos, una hora, posiblemente hasta esta noche; y luego deberá soportar un ataque peor. Las horas nocturnas son especialmente malas, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Bohlen.

—Puedo hacer dos cosas por usted. Llevarme a Manfred de regreso al Campamento B-G y representarle ante Arnie esta noche; acudiría allí como su psiquiatra oficial. Suelo hacerlo siempre, es mi trabajo. Deme el encargo y le dejaré en su casa.

—Quizá después de esta noche —dijo Bohlen—. Puede que me pueda representar más tarde si esto empeora. Pero precisamente hoy he de llevarme a Manfred conmigo para ver a Arnie Kott.

El doctor Glaub se encogió de hombros. *Sugestión imperiosa*, comprendió. *Signo del retraimiento*[40]. Jack Bohlen no se dejaría convencer: estaba ya demasiado arrancado de la realidad para oír o comprender. El tema, para él se había convertido en un ritual hueco, que no significaba nada.

—¡Mi hijo David! —dijo Jack Bohlen de pronto—. Tengo que volver a la escuela y recogerle. Y también mi helicóptero de la Compañía Yee está allí —sus ojos se hicieron ahora más claros, como si saliese del estado que le dominase hasta aquel momento.

—No vuelva —le apremió el doctor Glaub.

—Lléveme otra vez a la escuela.

—Entonces no baje hasta el colegio; permanezca en el campo de aterrizaje. Haré que le envíen a su hijo... puede esperar en el helicóptero hasta que suba. Quizá sea más seguro para usted. Yo me enfrentaré con el Circuito Principal —el doctor Glaub sintió una oleada de simpatía para aquel hombre.

—Gracias —contestó Bohlen—. Se lo agradezco —lanzó una sonrisa al doctor y el doctor Glaub se le devolvió.

* * *

—¿Dónde está Jack Bohlen? —preguntó plañidero Arnie Kott.

Eran las seis de la tarde y Arnie se sentaba sólo en su sala de estar, bebiendo un *Old Fashioned* demasiado dulce[41] que Helio le había preparado.

En este momento su doméstico hombre triste se encontraba en la cocina preparando una cena con productos del mercado negro. Reflexionando que ahora tenía su suministro a precio de mayorista, Arnie se sintió bien. ¡Qué mejora respecto al antiguo sistema, cuando Norbert Steiner se llevaba todos los beneficios! Arnie sorbió su bebida y esperó que llegaran sus invitados. En un rincón la música salió de los altavoces, sutil y, sin embargo, persuasiva; llenó la habitación y arrullo al Buenmiembro Kott.

Aún estaba en aquella especie de trance cuando el ruido del teléfono le sobresaltó, despertándole.

—Arnie, aquí Scott.

—¿Eh? —exclamó Arnie, nada complacido; prefería tratar mediante su sistema cifrado—. Mira, tengo esta noche una reunión vital de negocios y a menos que sea algo importante...

—Es importante, sin duda —dijo Scott—. Hay otra persona entrometida en tu negocio.

Turbado, Arnie exclamó:

—¿Qué? —entonces comprendió a lo que se refería Scott Temple —. ¿Te refieres a las golosinas?

—Sí —contestó Scott—. Y está bien aposentado. Tiene su campo de aterrizaje, su cohete que viene, sus rutas... Debe de haber sustituido a Steiner...

—No digas más —interrumpió Arnie—. Ven aquí enseguida.

—Lo haré —el teléfono dio un chasquido cuando colgó Scott.

¿Qué te parece eso?, se dijo Arnie para sí. *Cuando empiezo bien, algún intruso se entromete. Y pienso que he de asentarme en este negocio de mercado negro en primer lugar... ¿por qué ese tipo ha empezado en donde empezó Steiner? Pero ya es demasiado tarde; estoy en el ajo y nadie me sacará a la fuerza.*

Media hora más tarde, Scott apareció en la puerta, agitado; recorría paseando la sala de estar de Arnie Kott, comiendo entremeses y hablando a gran velocidad.

—Ese tipo es un verdadero profesional, debe haber estado en el negocio antes... Ya ha recorrido todo Marte, prácticamente ha visitado la totalidad de la población, incluyendo las casas aisladas que quedan en los malditos bordes, hasta a las amas de casa que sólo compran quizás un tarro de algo; así que no ha dejado a nadie sin recibir su visita. No habrá sitio para nosotros y apenas comenzábamos las operaciones. Ese tipo, reconozcámoslo, nos está haciendo bailar al son que quiere.

—Comprendo —dijo Arnie, frotándose la parte calva de su cráneo.

—Tenemos que hacer algo, Arnie.

—¿Sabes dónde está su base de operaciones?

—No, pero probablemente se encontrará en la cordillera FDR; ahí es donde tenía Norman Steiner su campo. Primero buscaremos ahí.

Scott tomó nota en su agenda.

—Encuentra su campo —dijo Arnie—, y comunícamelo. Yo haré que salga hacía allá un navío de la Policía de Lewistown.

—Entonces sabrá quién va contra él.

—Cierto. Quiero que sepa que es Arnie Kott su enemigo y no una oposición ordinaria. Haré que el navío de la Policía deje caer una bomba táctica o alguna otra arma de demolición de tipo menor y que termine con su campo. Así el individuo se arrepentirá de su descaro. Y así será, porque luego iré yo y le demostraré que no se puede competir conmigo, especialmente cuando decido entrar en un negocio. La cosa le irá bastante mal y no será preciso empeorársela más.

En su agenda, Scott tomó nota de todo: *«No será necesario empeorársela, etc.»*.

—Consígueme la posición —terminó Arnie—, y me encargaré que se cuiden de él. Yo haré que le detenga la Policía, sólo que se apodere de su equipo, no queremos encontrarnos en dificultades con las NU. Estoy seguro de que eso le destruirá. Es un simple muchacho, ¿verdad? ¿No será, por ejemplo, un equipo grande de la patria?

—Los informes que tengo son que se trata de un individuo.

—¡Estupendo! —exclamó Arnie, despidiendo a Scott.

La puerta se cerró tras él y una vez más Arnie Kott se encontró solo en la sala de estar, mientras que su doméstico hombre triste trasteaba en la cocina.

—¿Cómo te sale la *bouillabaisse*? —le preguntó Arnie.

—Estupenda, señor —contestó Heliogábalo—. ¿Puedo preguntarle quién vendrá esta noche a comérsela? —En la cocina aparecía rodeado de varias clases de peces, más un montón de hierbas y especias.

—Jack Bohlen, Doreen Anderton y un crío retraído con el que Jack trabaja recomendado con el doctor Glaub... el hijo de Norbert Steiner —contestó Arnie.

—Tipos *bajos* en total[42] —murmuró Heliogábalo.

Bueno, lo mismo que tú, pensó Arnie.

—Tú prepara bien la comida —dijo irritado; cerró la puerta de la cocina y regresó a la sala de estar.

Bastardo negro, me tienen metido en esto, pensó para sí; *fuiste tú y su piedra pronosticadora la que me dio la idea. Y será mejor que dé resultado, porque todo lo mío depende de ello. Y, además…*

El timbre de la puerta sonó por encima de los altavoces.

Abriendo, Arnie se encontró frente a Doreen. Ella le sonrió calurosa cuando entró en la sala de estar, con sus altos tacones, una piel en torno a los hombros.

—Hola. ¿Qué es lo que huele tan bien?

—No sé qué clase de pescado —Arnie se hizo cargo de las pieles; las quitó quedando ella con sus suaves hombros al descubierto, morenos y levemente pecosos—. No —dijo de inmediato—. No es esta la clase de velada; es comercial. Entra y ponte una blusa decente —la acompañó hasta el dormitorio—. Otra vez será.

Mientras estaba plantado en la puerta del dormitorio viéndola como se cambiaba pensó: *¡Qué mujer de gran categoría la que tengo aquí!* Mientras ella cuidadosamente dejaba sobre la cama su vestido sin tirantes, pensó: *Yo se lo regalé*. Recordó el modelo de los almacenes y la *maniquí*[43] que lo llevaba. Pero Doreen estaba mucho mejor; ella poseía aquella flamante cabellera roja que le producía escalofríos de excitación que recorrían su columna vertebral.

—Arnie —dijo ella, volviéndose hacia él, mientras se abrochaba la blusa—, se bueno con Jack Bohlen esta noche.

—Oh, infiernos —protestó él—, ¿Qué quieres decir? Todo lo que deseo del bueno de Jack son resultados; me refiero que ha tardado bastante… El tiempo vuela.

Doreen repitió:

—Ten calma, Arnie, o nunca te lo perdonaré.

Gruñendo, se alejó hasta la barra de bar de la sala de estar y comenzó a preparar una bebida.

—¿Qué quieres? Tengo una botella de whisky irlandés de diez años de antigüedad; está estupendo.

—Dame de eso —contestó Doreen, saliendo del dormitorio. Se sentó en el diván y se alisó la falda sobre las cruzadas rodillas.

—Tienes buen aspecto con cualquier cosa —dijo Arnie.

—Gracias.

—Escucha, lo que estás haciendo con Bohlen cuenta con mi permiso, claro, como ya sabes. Pero cuanto hagas queda sólo en la superficie; ¿de acuerdo? Tu interior debes reservarlo para mí.

Enigmáticamente, Doreen preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de mi interior? —le miró hasta que él se echó a reír—. Cuidado —dijo—. Sí, claro, yo soy tuya, Arnie. Todo aquí en Lewistown te pertenece, incluso los ladrillos y la argamasa. Cada vez que vierto un poco de agua por el sumidero de la cocina, pienso en ti.

—¿Por qué en mí?

—Porque eres el Dios del agua desperdiciada —ella le sonrió—. No es más que un pequeño chiste; pensaba en tu baño de vapor con todos los grifos abiertos.

—Sí —dijo Arnie—. Recuerda aquel tiempo que tú y yo íbamos allí tarde, por la noche, y yo abría con mi llave y entrábamos como una parejita de niños traviesos... Nos deslizábamos, poníamos en funcionamiento las duchas de agua caliente hasta que todo el lugar no era más que vapor. Y entonces nos desnudábamos... Realmente debíamos haber estado bebidos... y después corríamos desnudos en el vapor, escondiéndonos uno del otro... —sonrió—. Y una noche te cogí cerca del banco de masaje y te di unos azotes en el trasero. Seguro que nos divertimos sobre aquel banco.

—Buena memoria —dijo Doreen, también recordando.

—Yo me sentía como si tuviese diecinueve años otra vez aquella noche —continuó Arnie—. Realmente soy joven, para ser un hombre mayor. Quiero decir que me quedan muchas energías... si sabes a lo que me refiero —recorrió la habitación—. ¿Cuándo va a venir ese Bohlen, diablos?

Sonó el teléfono.

—Señor —llamó Heliogábalo desde la cocina—. No puedo atenderlo; le ruego que lo coja usted.

Arnie se volvió a Doreen.

—Es Bohlen diciendo que no puede venir... —hizo un gesto, como si se rebanase la garganta y descolgó el aparato.

—Arnie —le llegó la voz de un hombre—. Lamento molestarte; aquí el doctor Glaub.

—Hola, doctor Glaub —dijo Arnie aliviado. Y volviéndose a Doreen, añadió—: No es Bohlen.

—Arnie, se que estás esperando al señor Bohlen esta noche —dijo el doctor Glaub por teléfono— pero no ha llegado todavía ¿verdad?

—No.

Tras una duda Glaub prosiguió.

—Arnie, sucede que he pasado hoy unos momentos con Jack, y aunque...

—¿Qué pasa, acaso ha tenido un ataque de esquizofrenia? —con aguda intuición Arnie sabía que eso era; que, precisamente, eso constituía el motivo de la llamada del doctor.

—Está bien —continuó Arnie—, admito que está sufriendo una gran tensión, acuciado por el tiempo. Pero también nosotros. Tengo que desilusionarte si quieres que le perdone como si fuese un niño que está demasiado enfermo para ir al colegio. No puedo hacerlo. Bohlen sabía dónde se metía. Si no consigue resultados que él mismo me va a demostrar esta noche lo arreglaré de forma que no pueda reparar jamás ni una simple tostadora en Marte durante el resto de su vida.

El doctor Glaub guardó silencio y luego dijo:

—Es la gente como usted con sus ásperas e impulsivas demandas, las que crean esquizofrénicos.

—¿Y qué? He conseguido un nivel de vida; él tiene que superarse; eso es todo. Un alto nivel de vida, lo sé[44].

—Y también él tiene altas miras.

—No tanto como las mías —repuso Arnie—. Bueno, ¿tiene algo más que decirme, doctor Glaub?

—No —contestó Glaub—. Excepto que... —su voz tembló—. Nada más. Gracias.

—A usted por la llamada —Arnie colgó—. Ese tipo está *extrañado*[45], es demasiado cobarde para decir lo que pensaba —disgustado se alejó del teléfono—. Tiene miedo de defender sus creencias; sólo siento desdén hacia él. ¿Por qué me ha llamado si no tiene valor?

—Me sorprende que haya llamado —dijo Doreen—. Ha asomado el pescuezo. ¿Qué te dijo de Jack? —los ojos estaban ensombrecidos por el interés; se levantó y se acercó a Arnie cogiéndole del brazo para impedirle que siguiese paseando—. Dímelo.

—Oh, simplemente dijo que estuvo un rato hoy con Bohlen; supongo que Bohlen tuvo una especie de ataque de su enfermedad, ya sabes.

—¿Va a venir?

—¡Cristo, no lo sé! ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Los médicos llamando, tú acosándome como si fuese un zorro azotado o algo por el estilo —con rencor y repulsión se soltó de las manos de ella y la apartó—. Y ese chiflado negro de la cocina. ¡Cristo! ¿Acaso está cocinando alguna receta del hechicero de su tribu? Lleva ahí dentro varias horas.

—Arnie, escucha —intervino Doreen con voz débil, pero controlada—. Si acucias demasiado a Jack y le haces daño, jamás me acostaré contigo, te lo prometo.

—Todo el mundo lo protege, no me extraña que se encuentre enfermo.

—Es una buena persona.

—Mejor sería que fuera un buen técnico; será mejor que nos exponga lo que piensa ese chaval extendiéndolo ante nuestras narices como si fuese un mapa para que yo pueda leerlo.

Se quedaron mirando uno a otro.

Sacudiendo la cabeza Doreen dio media vuelta, recogiendo su vaso y se alejó de espaldas a Arnie.

—Está bien, yo te he de decir lo que hay que hacer. Busca una docena de mujeres tan buenas en la cama como yo; ¿qué soy para el gran Arnie Kott? —su voz era siniestra y envenenada.

La siguió con torpeza.

—Diablos, Dor, eres única, te lo juro, eres increíble, como esa lisa espalda que tienes, ese vestido que llevabas al entrar, que la revelaba —le acarició el cuello—. Eres impresionante, incluso para el gusto de la Patria.

Sonó el timbre de la puerta.

—Él —dijo Arnie, volviéndose de inmediato para abrir.

Abrió la puerta. En ella estaba Jack Bohlen, con aspecto cansado. Con él había un muchacho que bailaba sin cesar de puntillas, de un lado a otro, los ojos brillando, captándolo todo y, sin embargo, sin fijarse en ninguna cosa definida. El muchacho de inmediato pasó como un rayo junto a Arnie y entró en la sala de estar en donde el potentado le perdió de vista.

Desconcertado, Arnie dijo a Jack Bohlen:

—Entra.

—Gracias, Arnie —contestó Jack, obedeciendo.

Arnie cerró la puerta, los dos empezaron a mirar en busca de Manfred.

—Entró en la cocina —dijo Doreen.

Era cierto. Cuando Arnie abrió la puerta de la cocina allí estaba el muchacho, hechizado observando a Heliogábalo.

—¿Qué pasa? —preguntó Arnie al muchacho—. ¿Jamás viste antes a un hombre triste?

El chaval no contestó.

—¿Qué postre estás haciendo, Helio? —preguntó Arnie.

—Flan —contestó Heliogábalo—. Un plato filipino, una especie

de dulce con salsa de caramelo. Del libro de cocina de la señora Rombauer.

—Manfred, éste es Heliogábalo —dijo Arnie.

Plantados en la puerta de la cocina. Doreen y Jack miraban también. El muchacho parecía muy afectado por el hombre triste, advirtió Arnie. Como si estuviese bajo un hechizo, seguía con los ojos sin perderse ninguno de los movimientos que hacia Helio. Con un penoso cuidado, Helio vertió el flan en los moldes que llevaba al congelador de la nevera.

Casi tímidamente, Manfred dijo:

—Hola.

—Eh —exclamó Arnie—. Ha dicho una palabra actual.

—He de pedirles a todos que abandonen la cocina —dijo Helio con una voz un tanto extraña—. Su presencia me pone tan nervioso que no puedo trabajar. —Su voz fue tan imperativa que uno a uno salieron de la pieza. La puerta cerrada apartó de los reunidos la visión de Helio, trabajando.

—Es bastante raro —se excuso Arnie—. Pero sabe cocinar.

—Es la primera vez que oigo a Manfred hablar así —dijo Jack a Doreen—. Parecía impresionado y se apartó solo, ignorando al resto de los demás, para plantarse junto a la ventana.

Uniéndose a él Arnie dijo:

—¿Qué quieres beber?

—*Bourbon* y agua.

—Lo prepararé —contestó Arnie—. No puedo molestar a Helio con pequeñeces así —soltó una carcajada, pero Jack no.

Los tres se sentaron, con sus vasos en la mano, durante un rato. Tras darle unas viejas revistas a Manfred para que leyese, le vieron tenderse en la alfombra, olvidándose una vez más de su presencia.

—Esperar hasta que probéis esta cena —dijo Arnie.

—Huele maravillosamente —afirmó Doreen.

—Todo mercado negro —explicó Arnie.

Doreen y Jack, juntos en el diván, asintieron.

—Va a ser una gran noche —dijo Arnie.

Otra vez asintieron.

Alzando de nuevo la copa, Arnie anunció:

—Por la comunicación sin la que no habría nada en absoluto.

—Brindo por eso, Arnie —dijo Jack sombrío. Sin embargo, ya había apurado su vaso; lo contempló vacío en la mano, evidentemente como perdido.

—Te prepararé otro —dijo Arnie, tomando el recipiente.

En la barra del bar preparó una nueva dosis de bebida para Jack, vio que Manfred se había aburrido con las revistas; una vez más el muchacho estaba en pie, vagando por la estancia. Quizá le gustaría recortar y pegar, decidió Arnie. Dio a Jack el vaso lleno y entró en la cocina.

—Helio, trae un poco de goma de pegar o engrudo y tijeras para el chaval y papel para que pegue cosas.

Helio había terminado con el flan; su trabajo, evidentemente, estaba hecho y se había sentado con un ejemplar de *«Life»*. De mala gana se levantó y fue en busca de engrudo, tijeras y papel.

—Es un chico divertido, ¿verdad? —dijo Arnie a Helio, cuando regresó el hombre triste—. ¿Qué opinas de él? ¿Lo mismo que yo?

—Los niños son todos parecidos[46] —contestó Helio. Y salió de la cocina dejando a Arnie solo.

Arnie le siguió.

—Comeremos pronto —anunció—. ¿Todos habéis probado esos entremeses de queso azul danés? ¿Alguien desea algo en particular?

Sonó el teléfono. Doreen que estaba más cerca, contestó. Y se lo entregó a Arnie.

—Para ti. Un hombre.

Era otra vez el doctor Glaub.

—Señor Kott —dijo el doctor Glaub con una voz fina y poco natural—, es esencial para mi integridad proteger a mis pacientes. Dos pueden jugar a este juego de acoso. Como sabe, su hijo Sam Esterhazy nacido fuera del matrimonio, se encuentra en el Campamento B-G donde yo estoy al mando como uno de los médicos.

Arnie gruñó.

—Si usted no trata bien a Jack Bohlen —continuó Glaub—, si le aplica su táctica inhumana, cruel y agresiva, me vengaré sacando del campamento a Sam Esterhazy, con la base de que no es un retrasado mental. ¿Comprendido?

—Oh, Cristo, lo que usted diga —gruñó Arnie—. Hablaremos de eso mañana. Váyase a la cama y que le reemplacen; tome un comprimido, pero déjeme en paz —colgó el teléfono violentamente.

La cinta del carrete transportador había llegado a su fin; la música cesó largo rato antes. Arnie se acercó a su biblioteca de grabaciones y cogió una caja al azar. *Ese doctor,* se dijo para sí, *ya me meteré con él, pero ahora no. No en estos tiempos. Debe haber algo que le perjudique; debe tener algo que lamentar, algo de qué arrepentirse*.

Examinando la caja leyó:

«W. A. Mozart, Sinfonía 40 en Sí Bemol, K. 550»

—Me gusta Mozart —dijo a Doreen, Jack Bohlen y al chico Steiner—. Pondré esto —sacó el carrete de la caja y lo puso en el transportador; jugueteó con los mandos del amplificador hasta que pudo oír el siseo de la cinta mientras pasaba a través del cabezal—. Bruno Walter es el director —dijo a sus invitados—. Una gran rareza de la edad de oro de las grabaciones.

Una horrible sarta de crujidos y chirridos salió de los altavoces. *Eran sonidos como las convulsiones de los muertos*, pensó Arnie con horror. Cortó inmediatamente el *magnetofón*.

* * *

Sentado en la alfombra, recortando fotografías de las revistas con las tijeras y pegándolas en una nueva serie de configuraciones, Manfred Steiner oyó el ruido y alzó la vista. Vio al señor Kott corriendo presuroso a la grabadora para apagarla. Por muy turbio que

pareciese al señor Kott ese movimiento, Manfred ni lo advirtió. Era difícil verle cuando se movía tan rápidamente; era como si en cierto modo hubiese logrado desaparecer de la habitación y luego reaparecer en otro lugar. El muchacho se asustó.

El ruido también le asustó. Miró donde el señor Bohlen estaba sentado, para ver sí mostraba signos de trastorno. Pero el señor Bohlen permaneció allí con Doreen Anderton, entrelazado con ella de un modo que hizo que el muchacho se estremeciera de interés. ¿Cómo pueden dos personas aguantar estando tan cerca? Era, para Manfred como si sus identidades separadas hubiesen manado juntas y la idea de tal confusión le aterrorizaba. Fingió mirar más allá de ellos, a la segura y uniforme pared.

La voz del señor Kott rompió por encima del muchacho, áspera y rasgada con tonos que no comprendió. Luego Doreen Anderton habló y después Jack Bohlen; todos charlaban en un caos. Ahora el muchacho se tapó los oídos con las manos. De inmediato y sin previo aviso, el señor Kott salió disparado de la habitación y desapareció por completo.

¿Dónde se había ido? Por mucho que miró el muchacho, no lo pudo encontrar. Comenzó a temblar, preguntándose qué iba a pasar, y entonces vio, para su azoramiento, que el señor Kott había reaparecido en la habitación en donde estaba la comida, charlando con la oscura figura que había allí.

La oscura figura, con una gracia rítmica, descendió de su sitial en lo alto del taburete, fluyó paso a paso a través de la estancia, sacó un vaso de la alacena. Impresionado por el movimiento del hombre, Manfred le miró directamente y en aquel momento el individuo oscuro buscó su mirada, reuniéndose los ojos de los dos seres.

—*Debes morir* —le dijo el hombre oscuro en una voz lejana—. *Entonces renacerás*. ¿Lo comprendes, criatura? No hay nada para ti tal y como eres ahora, porque algo salió mal y no puedes ver, ni oír, ni sentir. Nadie puede ayudarte. ¿Lo comprendes, niño?

—Sí —dijo Manfred.

La figura oscura se deslizó hasta el fregadero, colocó algo de polvo y agua en el vaso y se lo presentó al señor Kott, que apuró su contenido, charlando todo el rato.

Que hermosa era la oscura figura. ¿Por que no puedo ser yo así?, pensó Manfred. Nadie tenía un aspecto tan singular y bello.

Su contacto con el hombre como sombra quedó cortado. Doreen Anderton pasó entre ellos mientras corrían al interior de la cocina y empezaba a hablar con tonos altos. Una vez más, Manfred se llevó las manos a los oídos, pero no pudo dejar de oír el ruido.

Miró hacia delante, como para escapar. Se alejó del sonido y de las ásperas y turbias idas y venidas.

Delante de él se extendía un sendero montañoso. El cielo era denso y rojo y entonces vio puntitos, centenares de puntitos gigantes que crecía y se acercaban más. Cosas que llovían sobre ellos, hombres con pensamientos antinaturales. Los hombres chocaron contra el suelo y se precipitaron en círculos. Formaron líneas y luego grandes cosas como insectos aterrizaron, una tras otra, sin pensamientos de ninguna clase, y empezaron a excavar.

Vio una mujer tan grande como un mundo; la tierra desaparecía y se convertía en negro, en vacío y en nada... Dentro del agujero los hombres saltaban uno a uno, hasta que no quedó ninguno de ellos. Estaba solo, con el silencioso agujero-mundo.

Se asomó al borde del agujero y miró. En el fondo, en la nada, una criatura se desenrollaba como si estuviera emitiéndose. Reptó hacia arriba, se hizo amplia, ocupó un poco de espacio cuadrado en todo su continente y adquirió color.

Estoy en ti, pensó Manfred, *una vez más*.

Una voz dijo:

—Ha estado aquí en el AM-WEB más tiempo que cualquier otro. Estaba aquí cuando llegó el resto de los otros.

—¿Y le gusta?

—¿Quién sabe? No puede caminar ni alimentarse. Los archivos se perdieron en el incendio. Posiblemente tiene doscientos años de edad. Le amputaron los miembros y, claro, la mayor parte de sus órganos internos le fueron extraídos en su totalidad. De lo que más se queja es de fiebre del heno.

No, pensó Manfred... *No puedo soportarlo; me arde la nariz, no puedo respirar. ¿Este es el principio de la vida, lo que la oscura figura sombría me prometió? ¿Un nuevo principio en dónde yo seré distinto y alguien podrá ayudarme?*

Por favor, ayúdenme, dijo. *Necesito algo, alguien. No puedo esperar aquí para siempre; debe hacerse pronto o no hacerse en absoluto. Si no se hace, creceré y me convertiré en el agujero-mundo y el agujero se lo comerá todo*.

El agujero, bajo el AM-WEB, aguardó a ser todos aquellos por encima que habían logrado caminar alguna vez por allí; aguardó a ser todo y todos. Y sólo Manfred Steiner lo podía contener.

* * *

Dejando su vaso vacío, Jack Bohlen sintió cómo comenzaban a separarse todas las piezas de su cuerpo.

—Nos hemos quedado sin bebida —logró decir a la chica a su lado.

Doreen contestó con un rápido susurro:

—Jack, tienes que recordar, posees amigos, yo soy tu amiga, el doctor Glaub llamó... es amigo tuyo —le miró ansiosa el rostro—. ¿Te encuentras bien?

—¡Por Dios! —gritó Arnie—. Tengo que enterarme de lo que has hecho, Jack. ¿No puedes anticiparme nada? —con envidia se enfrentó a los dos; Doreen se apartó de Jack imperceptiblemente—. ¿Es que acaso vais a permanecer ahí sentados haciéndose arrumacos y murmurando en voz baja? No me encuentro bien —les abandonó luego, entrando en la cocina.

Inclinándose hacia delante, los labios de Jack casi tocaron los de Doreen, y ésta le susurró:

—Te amo.

Él trató de sonreír. Pero tenía la cara rígida, no quería ceder.

—Gracias —dijo, deseando que supiese lo mucho que esto significaba para él. La besó en la boca. Sus labios eran cálidos, suaves, amorosos; le dieron cuanto tenían, sin retener nada.

Con los ojos llenos de lágrimas, ella dijo:

—Noto cómo te deslizas más y más lejos otra vez volviéndote a ti mismo.

—No —dijo él—. Estoy bien —pero no era verdad; lo sabía.

—*Basura, basura* —dijo la chica.

Jack cerró los ojos. *No puedo alejarme*, pensó. *Se ha cerrado esto sobre mí completamente*.

Cuando abrió los ojos descubrió que Doreen se había levantado del diván y marchaba hacia la cocina. Voces, la suya y la de Arnie, llegaron hasta él, donde estaba sentado.

—*Basura, basura, basura, basura*.

—*Basura*.

Volviéndose hacia el muchacho que estaba sentado cortando su revista sobre la alfombra, Jack le dijo:

—¿Me puedes oír? ¿Puedes entenderme?

Manfred alzó la vista y sonrió.

—Háblame —dijo Jack—. Ayúdame.

No hubo respuesta.

Poniéndose en pie Jack marchó hasta el *magnetofón*; comenzó a inspeccionarlo, de espaldas a la habitación. ¿Estaría ahora vivo, se preguntó, si hubiese hecho caso al doctor Glaub, si no hubiese venido aquí y hubiera permitido que me representase?

Probablemente no. Como en el anterior ataque: había ocurrido de cualquier forma. Es un proceso que debe desplegar; debe trabajar por sí mismo y salir a la superficie para lograr su conclusión.

Lo siguiente que supo es que estaba de pie en una negra y vacía acera. La habitación, la gente que lo rodeaba, había desaparecido, se encontraba solo.

Edificios grises y superficies verticales a ambos lados. ¿Era esto AM-WEB? Miró en su torno frenético. Luces aquí y allá. Estaba en una ciudad, y ahora la reconoció como Lewistown. Comenzó a caminar.

—Espera —le llamó una voz, la voz de una mujer.

Desde la entrada de un edificio una mujer con capa de pieles echó a correr, sus tacones altos picoteando en la acera y despertando ecos. Jack se detuvo.

—No fue tan mal después de todo —dijo ella alcanzándole sin aliento—. Gracias a Dios que ha pasado. Arnie está terriblemente trastornado por las noticias de la obra de la Cooperativa; son muy ricos y poderosos, le han hecho sentirse muy pequeño.

Juntos caminaron sin dirección, la chica cogida de su brazo.

—Además, dijo que te va a mantener como mecánico suyo— continuó ella—; posiblemente lo piensa de verdad. Sin embargo, Arnie está dolido. De pies a cabeza, lo sé; lo puedo asegurar.

Trató de recordar, pero no lo logró.

—Di algo —suplicó Doreen.

Al cabo de un momento habló él:

—Él... sería un mal enemigo[47].

—Me temo que sí —ella le miró a la cara—. ¿Vamos a mi casa? ¿O quieres detenerte en alguna parte y tomar un trago?

—Caminemos —dijo Jack Bohlen.

—¿Aún me amas?

—Claro —contestó.

—¿Tienes miedo de Arnie? Quizá trate de vengarse en ti porque... no comprende lo de tu padre —sacudió la cabeza—. Jack, él tratará de montársete encima; te echa la culpa a ti. Es condenadamente primitivo.

—Sí —dijo Jack.

—*Di* algo —le acució Doreen—. Pareces como de madera, como si no estuvieses vivo. ¿Es eso tan terrible? ¿No lo fue, verdad? Pareces ya recuperado.

Con un esfuerzo dijo Jack:

—No... no me da miedo lo que pueda hacer Arnie.

—¿Dejarías tu esposa, por mí, Jack? Dijiste que me amabas. Quizá podamos emigrar de regreso a la Tierra, o algo por el estilo.

Juntos siguieron caminando.

CAPÍTULO XIII

Para Otto Zitte fue como si la vida se hubiese abierto una vez más; desde la muerte de Norb Steiner se movía por Marte como en los viejos tiempos, efectuando sus entregas, vendiendo, conociendo gente cara a cara y hablando con ella.

Y más particularmente, ya había encontrado a varias mujeres de buen aspecto, solitarias amas de casa desterradas en sus hogares del desierto, día tras día, añorando compañía... por decirlo de algún modo.

Hasta ahora no le había sido posible visitar la casa de la señora Silvia Bohlen. Pero conocía exactamente donde estaba; la tenía marcada en el mapa.

Hoy efectuaría la visita.

Para esta ocasión se puso su mejor traje: un traje sencillo, inglés, de piel de tiburón que llevaba años sin utilizar. Los zapatos, lamentablemente, eran locales, lo mismo que la camisa. Pero la corbata acababa de llegar de Nueva York, el último grito, brillante y animosos colores; se dividía en lo bajo en una especie de bifurcación como un tridente. Levantándola a la altura de los ojos, la admiró. Luego se la puso y contempló también el efecto que hacía en su persona.

Su largo pelo negro brillaba. Se sentía feliz y confiado. *Este día comienza de nuevo para mí, con una mujer coma Silvia*, se dijo mientras se ponía su abrigo de lana, cogía las maletas y salía del cobertizo-almacén, ahora convertido en una vivienda del todo confortable, dirigiéndose al helicóptero.

Describiendo un amplio arco condujo el helicóptero por el firmamento en dirección este. Las tristes montañas FDR quedaron atrás; pasó por encima del desierto, vio por fin el canal George Washington en el que se orientó. Siguiéndolo, se acercó al pequeño sistema de canales que se rebifurcaban del principal y pronto se encontró en el empalme de los canales William Butler Yeats y Herodoto, cerca de los que vivía los Bohlen.

Ambas mujeres, pensó, *son atractivas, esa June Henessy y la tal Silvia; pero de las dos, prefiero a Silvia; tiene esa cualidad malhumorada,*

adormecida, que poseen siempre las mujeres muy emocionales. June es demasiado atrevida y decidida; las de su clase hablan y hablan, como sabihondas. Quiero una mujer que sepa escuchar.

Recordó las dificultades en que se había metido antes. Se preguntó cómo sería su marido. *Tengo que investigar*, dijo para sí. Muchos de esos hombres se toman en serio la vida de pioneros, especialmente los que viven lejos de las ciudades, guardan armas en sus casas, etc.

Sin embargo, ese era el riesgo que corría uno y valía la pena.

Por si se le presentaban dificultades, Otto Zitte llevaba arma propia, una pistolita calibre 22, que guardaba en un bolsillo oculto dentro de una de las maletas. La tenía allí ahora, y cargada.

Nadie se entrometa conmigo, dijo para sí. *Si quieren jaleo... pronto lo tendrán*.

Animado por ese pensamiento, descendió de su helicóptero, exploró la tierra abajo... no había ningún otro helicóptero aparcado en casa de los Bohlen... y se preparó para aterrizar.

Era esta innata precaución lo que le hizo aparcar el helicóptero a un kilómetro de la casa de los Bohlen, a la entrada de un canal de servicio. Desde allí marchó a pie, gustoso de soportar el peso de la maleta; no tenía otra alternativa. Un número de casas se alzaban entre él y la de los Bohlen, pero no se detuvo en llamar a ninguna puerta; fue directamente por el canal, sin detenerse.

Cuando se acercó a la casa de los Bohlen, disminuyó el paso, recobrando aliento. Miró con cuidado a las casas próximas... De la casa de la derecha llegó el estrépito de niños pequeños. Gente en casa, allí. Así que se acercó a la de los Bohlen desde el ala apuesta, caminando en silencio, oculto de la casa en donde había oído voces infantiles.

Llegó, subió al porche, llamó al timbre.

Alguien le miró desde detrás de las rojas cortinas de la ventana de la sala de estar. Otto mantuvo una sonrisa formal y correcta en su rostro, la que servía para cualquier eventualidad.

La puerta principal se abrió; allí estaba Silvia Bohlen, con su cabello cuidadosamente peinado, carmín en los labios, llevando un suéter y unos pantalones rojos, con sandalias. Las uñas de los dedos de

los pies estaban pintadas de brillante escarlata; lo advirtió con el rabillo del ojo. Evidentemente se había arreglado esperando su visita. Sin embargo, ella, como es natural, asumió una pose blanda, indiferente; le miró en altivo silencio, sujetando el pomo de la puerta.

—Señora Bohlen —dijo con su tono más íntimo de voz. Inclinándose, añadió—: he pasado kilómetros de yermo desierto, pero encuentro una justa recompensa en verla una vez más. ¿Le interesaría nuestra especial sopa de canguro? Es increíble y deliciosa, un alimento que jamás conseguirá en Marte a ningún precio. He venido derecho a ofrecérselo, viendo que usted es una mujer calificada y con buen criterio para discernir cuáles son los buenos alimentos que valen la pena sin reparar en gastos —y mientras lanzaba su discursito, avanzó con sus mercancías hacia la puerta abierta. Un poco rígida y dubitativa, Silvia contestó:

—Ejem, entre —abrió del todo la puerta y él de inmediato pasó al interior y dejó las maletas en el suelo, junto a una baja mesita de la sala de estar.

El arco de flechas y el carcaj de un muchacho le llamaron la atención.

—¿Está su hijo? —preguntó.

—No —contestó Silvia, moviéndose nerviosa por la habitación, con los brazos pegados—. Hoy está en el colegio —trató de sonreír—. Y mi suegro se fue a la ciudad; no regresará a casa hasta muy tarde.

Bueno, pensó Otto; *comprendo*.

—Por favor, siéntese —la apremió—. Así podré mostrarle mis mercancías adecuadamente, ¿no le parece? —con un gesto alcanzó una silla y Silvia se sentó en el borde, los brazos todavía cruzados sobre el pecho, los labios apretados con fuerza.

Que tensa está, observó él. Es un buen signo porque significa que se da plena cuenta del significado de todo lo que ocurre, de mi visita, de la ausencia de su hijo, hecho también demostrado por haber cerrado con cuidado la puerta principal; las cortinas de la sala siguen corridas, todos los detalles son perfectos.

Silvia balbuceó:

—¿Quiere tomar un poco de café? —saltó de la silla y entró en la cocina. Un momento más tarde reapareció con una bandeja en la

que había una cafetera, azúcar, leche, dos tacitas de porcelana china.

—Gracias —murmuró él.

Y durante su ausencia había colocado otra silla junto a la de ella.

Tomaron café.

—¿No le da miedo vivir aquí, sola la mayor parte del tiempo en esta región tan desolada? —preguntó.

Ella le miró de reojo.

—Cielos, creo que me he acostumbrado.

—¿De qué parte de la Tierra procede usted?

—San Luis.

—Aquí esto es muy distinto. Una vida nueva, más libre. En donde uno puede librarse de los prejuicios y ser fiel a su mismo; ¿de acuerdo? Las viejas costumbres y hábitos del anticuado Viejo Mundo es mejor que queden olvidadas en su propio polvo. Aquí... —y miró por toda la sala de estar, con sus muebles vulgares; había visto tales sillas, alfombras, muebles auxiliares centenares de veces, en casas semejantes—. Aquí vemos el choque de lo extraordinario[48], cómo cobra nuevos aspectos, cómo late, señora Bohlen, al compás de la oportunidad que se presenta ante las personas valientes una sola vez... una tan solo... en toda su vida.

—¿Qué otra cosa tiene usted además de sopa de canguro?

—Bueno —contestó él, frunciendo el ceño interiormente—, huevos de tortuga; buenísimos. Verdadera manteca de vaca. Leche agria. Ostras ahumadas. Mire... traiga usted unas cuantas galletitas corrientes y yo proporcionaré la mantequilla y el caviar, como regalo —le sonrió y se vio recompensado por una radiante y espontánea sonrisa de ella; los ojos de la mujer relucieron de anticipación y se puso en pié impulsivamente para marchar presurosa, como un niñito, a la cocina.

Al poco se sentaron juntos, apiñados sobre la mesa, extendiendo los negros y aceitosos huevos de pescado sobre las galletas.

—No hay nada como el verdadero caviar —dijo Silvia, suspirando—. Sólo lo tomé una vez antes en mi vida, en un

restaurante de San Francisco.

—Observe lo otro que tengo —de su maleta sacó una botella—. *Húngaro Verde*, de las bodegas *Buena Vista* de California; las bodegas más antiguas de ese Estado.

Tomaron el vino en copas de alto pie (también había traído las copas él). Silvia se arrellanó en el diván, los ojos entrecerrados.

—Oh, cielos. Esto es como una fantasía. No puede suceder realmente.

—Pues sí —Otto dejó la copa y se inclinó sobre ella. Ella respiraba lenta, regularmente, como si durmiera; pero le miraba con fijeza. Sabía exactamente lo que iba a ocurrir. Y mientras él se inclinaba más y más, ella no se movió; no trató de escabullirse.

La comida y el vino, calculó él mientras la abrazaba, en su precio de comerciante, era de casi cien dólares NU; valía la pena, por lo menos para él.

Su vieja historia se repetía. Una vez más, fuera de la escala de la Unión[49]. *Era mucho más*, pensó Otto un poco más tarde, cuando habían abandonado la sala de estar para dirigirse al dormitorio, que tenía ya las persianas bajadas, con una difusa y tranquila media luz, silenciosa y acogedora, hecha para que ocurriesen cosas como las que iban a suceder.

—Nada así me ha ocurrido jamás —murmuró Silvia—. Nunca, en toda mi vida —la voz era llena de felicidad y de aquiescencia, como si emergiese desde muy lejos—. Estoy borracha, ¿verdad? Oh, Dios mío.

Durante largo rato, luego, guardó silencio.

—¿Acaso perdí el juicio? —murmuró luego—. Debo estar loca. No puedo creerlo, sé que no es real. ¿Y qué importa, cómo puede una hacer algo malo mientras está durmiendo en un sueño?

Después de eso, no dijo nada en absoluto.

Era exactamente la clase de mujer que a él le gustaba: la que no hablaba mucho.

* * *

¿Que es locura?, pensó Jack Bohlen. Para él era el hecho de que en alguna parte había perdido a Manfred Steiner y no recordaba cómo o cuándo. No se acordó de casi nada de lo de la noche anterior, en casa de Arnie Kott; paso a paso, por lo que le contó Doreen, había logrado tener una imagen de lo que sucedió. Locura... tener que construir la imagen de la vida de uno, haciendo preguntas a los demás.

Pero el lapso en la memoria era síntoma de profunda perturbación. Indicaba que su alma había dado un salto brusco del tiempo, y que esto ocurrió después de un periodo en el que había vivido, varias veces, a un nivel algo inconsciente, y precisamente esa sección era lo que ahora le faltaba.

Se había sentado, comprendió, en la sala de estar de Arnie Kott una y otra vez, experimentando lo que ocurrió la noche anterior; y luego, cuando por fin tuvo lugar la realidad, lo sobrepasó. La perturbación fundamental en el sentido del tiempo, que el doctor Glaub creía que era la base de la esquizofrenia, ahora le embarazaba.

Aquella noche en casa de Arnie tuvo lugar y había existido para él... Pero quedaba fuera de la secuencia.

En cualquier caso, no había modo de restaurarla, porque ahora yacía en el pasado. Una perturbación del sentido del tiempo pasado no era síntoma de esquizofrenia, sino de neurosis compulsiva-obsesiva. Su problema, como esquizofrénico, residía por entero en el futuro.

Y su futuro, como ahora lo veía, consistía principalmente en Arnie Kott y en el ansia instintiva de venganza de Arnie.

¿Qué oportunidades tenemos para oponemos a Arnie?, se preguntó.

Casi ninguna.

Apartándose de la ventana de la sala de estar de casa de Doreen, caminó lentamente hacia el dormitorio y la miró mientras yacía, todavía dormida, en el gran lecho desordenado.

Mientras estaba plantado mirándola despertó, le vio, y le sonrió.

—Tenía el más extraño de los sueños —dijo—. En mi pesadilla yo dirigía la *«Misa en Re Menor»* de Bach, precisamente la parte del Kyrie. Era un compás de cuatro por cuatro. Pero cuando me encontraba en mitad, alguien vino y me arrebató la batuta y dijo que no era cuatro por cuatro —frunció el ceño—. Pero lo es en realidad.

¿Por qué dirigía así? Ni siquiera me gusta la *«Misa en Re Menor»* de Bach. Arnie tiene una cinta de esa composición; la reproduce casi siempre, especialmente a última hora de las veladas.

Él pensó en los sueños que había estado sufriendo de vagas formas que se agitaban, que huían; tenían algo que ver con un alto edificio de muchas habitaciones, con buitres o halcones circundando sin cesar por encima. Y una cosa terrible en una alacena... No la había visto, sólo notó su presencia allí.

—Los sueños, de ordinario, se relacionan con el futuro —dijo Doreen—. Tienen que ver con el potencial de una persona. Arnie quiere empezar a crear una especie de orquesta sinfónica en Lewistown; ha hablado con Bosley Touvim, de Nueva Israel. Quizá yo sea la inspectora; quizá significa eso mi sueño —saltó de la cama y se puso en pie, desnuda, esbelta y suave.

—Doreen —dijo con firmeza—. No recuerdo nada de anoche. ¿Qué fue de Manfred?

—Se quedó con Arnie, porque tiene que volver al Campamento B-G, ahora, y Arnie dijo que él lo llevaría. Va casi siempre a Nueva Israel, a visitar a su hijo, a Sam Esterhazy. Irá hoy, él mismo te lo anunció —hizo una pausa para después decir—: Jack... ¿habías tenido tú antes amnesia?

—No —contestó él.

—Probablemente es debido a la sorpresa de pelearte con Arnie; es muy duro para una persona enfrentarse a Arnie, me he dado cuenta.

—Quizá lo sea —admitió él.

—¿Qué hay de un desayuno? —ahora comenzó a ponerse ropas limpias sacadas de los cajones de la cómoda, ropa interior, una blusa —. Prepararé tocino y huevos... delicioso tocino danés en latas —dudó y luego dijo—. Más mercancías del mercado negro proporcionadas por Arnie. Pero son realmente buenas.

—Por mí no hay inconveniente —dijo él.

—Después de que nos acostamos anoche permanecí despierta durante horas preguntándome qué es lo que haría Arnie. Me refiero a nosotros. Creo que será tu trabajo, Jack; creo que hará presión sobre el señor Yee para que te deje marchar. Debes estar preparado para

eso. Ambos debemos estarlo. Y, claro, me dejará; eso es evidente. Pero no me importa... te tengo a ti.

—Sí, eso es, me tienes a mí —dijo Jack, como un reflejo.

—La venganza de Arnie Kott —afirmó Doreen, mientras se lavaba la cara en el cuarto de baño—. Pero él es tan humano... No es mezquino. Le prefiero a ese Manfred; realmente no podría soportar a esa criatura. Anoche fue una pesadilla... seguí sintiendo como tentáculos fríos y pegajosos vagando por la habitación y en mi mente... intimidaciones de maldad y de repulsión que no parecían ni estar en mí ni fuera de mí... sólo cerca. Sé de dónde venían —después de un momento terminó—. Era ese niño. Eran sus pensamientos.

No tardó en estar friendo el tocino y calentando café; él puso la mesa y luego se sentaron a comer. La comida tenía buen olor y Jack se sintió mucho mejor, probándola, mirándola y oliéndola y dándose cuenta de la existencia de la chica enfrente suyo, con su pelo rojo, larga, suave y esbelta, hermosa siempre.

—¿Se parece tu hijo a Manfred? —preguntó ella.

—Oh, infiernos, no.

—¿Se parece a ti o a...?

—Silvia —acaba él—. Se parece a su madre.

—Es bonita, ¿verdad?

—Eso diría yo.

—Mira, Jack, cuando estaba acostada despierta y pensando, se me ocurrió; quizás Arnie devuelva a Manfred al Campamento B-G. ¿Qué haría él con una criatura de ésas? Arnie es muy imaginativo. Ahora ese plan de comprar la tierra de la zona FDR ha pasado... Quizá descubra un mundo enteramente nuevo para el sentido de precognición de Manfred. Se me ocurrió a mí... Ríete. Quizá pueda poner en contacto a Manfred con Heliogábalo, el hombre triste doméstico suyo... —ella guardó silencio después, consumiendo el desayuno y con la vista fija en el plato.

—Quizá tengas razón —dijo Jack. Se sentía mal solo al oírla decir aquello. Le pareció muy cierto; era plausible.

—Tú nunca hablaste con Helio —dijo Doreen—. Es la persona

más cínica y amargada que conocí jamás. Incluso se muestra sardónico con Arnie; odia a todo el mundo. Quiero decir que tiene un interior verdaderamente retorcido.

—¿Pedí yo a Arnie que se hiciese cargo del muchacho? ¿O fue idea suya?

—Arnie lo sugirió. En principio no estabas de acuerdo. Pero te habías vuelto tan... inerte y retirado. Era tarde y todos habíamos bebido mucho... ¿te acuerdas de eso?

Jack asintió.

—Arnie sirvió ese *Jack Daniel's*, etiqueta negra. Debí beber la quinta parte de una botella. —Ella sacudía la cabeza con tristeza—. Nadie más en Marte tiene mejor licor que Arnie; lo echaré de menos.

—No puedo hacer mucho en ese aspecto —dijo Jack.

—Lo sé. Pero está bien. No espero que lo hagas; no espero nada, de hecho. Todo ocurrió tan deprisa anoche; en un minuto estábamos todos en buena armonía, tú, Arnie y yo... luego, de repente, fue evidente que militábamos en bandos opuestos, que jamás volveríamos a estar juntos, por lo menos no como amigos. Resulta triste —se secó los ojos con el canto de la mano. Una lágrima bajó por su mejilla—. ¡Jesús, estoy llorando! —dijo furiosa.

—Si pudiésemos volver y revivir lo de anoche...

—Yo no lo cambiaría —dijo ella—. No lo lamento nada. Y tú tampoco debes de lamentarlo.

—Gracias —contestó Jack. Le cogió la mano—. Haré lo mejor que pueda por ti. Como aquel individuo dijo, yo no soy mucho, pero sí todo cuanto tengo.

Doreen sonrió y, al cabo de un momento, continuó comiendo su desayuno.

* * *

En el mostrador principal de su tienda, Anne Esterhazy preparó un paquete para enviarlo por correo. Mientras comenzaba a redactar la etiqueta, un hombre entró en la tienda; ella alzó la vista, lo vio, un hombre alto delgado, con gafas demasiado grandes para su cara. El recuerdo le produjo disgusto al reconocer al doctor Glaub.

—Señora Esterhazy —dijo el doctor Glaub—. Quiero hablar con usted, si me lo permite. Lamento nuestro altercado; me porté mal y quisiera excusarme.

—¿Qué es lo que desea, doctor? Tengo trabajo —contestó ella con frialdad.

Bajando la voz, el médico habló con un tono rápido y monótono.

—Señora Esterhazy, esto está relacionado con Arnie Kott y el proyecto suyo acerca de un niño anormal a quien sacó del campamento. Necesito que use usted su influencia sobre el señor Kott y su gran celo para las labores humanitarias para procurar que no se realice una crueldad con un inocente esquizoide introvertido, que cayó dentro del plan del señor Kott debido a su línea de trabajo. Ese hombre...

—Espere —le interrumpió ella—. No le sigo —lo hizo pasar para que le acompañase a la trastienda, en donde nadie que entrase podría oírles.

—Me refiero a Jack Bohlen —dijo el doctor Glaub, aun más rápidamente que antes—, que podría convertirse en un psicótico permanente como resultado del deseo de Kott de vengarse, y le pido a usted señora Esterhazy... —siguió y siguió suplicando.

Oh, cielo santo, pensó ella. *Otra labor que quieren endosarme... ¿es que no tengo ya bastante?*

Pero escuchó; no le quedaba más remedio.

Durante largo rato murmuró el doctor Glaub y gradualmente ella comenzó a construirse una idea de la situación que él trataba de describir. Resultaba claro que sentía rencor contra Arnie. Y, sin embargo... había más. *El doctor Glaub era una curiosa mezcla de idealista y de envidia infantil, una especie de persona rara*, pensó Anne Esterhazy mientras escuchaba.

—Sí —dijo en un punto—, eso es propio de Arnie.

—Pensé en acudir a la Policía —continuó el doctor Glaub—. O a las autoridades de las NU y luego me acordé de usted, así que por eso vine —la miró, sin ingenuidad, pero con decisión.

* * *

A las diez en punto de aquella mañana Arnie Kott entró en el despacho principal de la Compañía Yee en Bunchewood Park. Un chino de aspecto inteligente, rozando los cuarenta años, se le acercó y le preguntó qué deseaba.

—Yo soy el señor Yee —se estrecharon las manos.

—Quiero hablar de ese muchacho Bohlen, que tengo yo en préstamo de usted.

—Oh, sí. ¿Verdad que es un mecánico expertísimo? Naturalmente, lo es —el señor Yee le miró con aguda precaución.

—Me gusta tanto —dijo Arnie—, que quiero comprarle su contrato —sacó su chequera—. Deme un precio —pidió.

—Oh, tenemos que conservar al señor Bohlen —protestó el señor Yee, alzando los brazos—. No, señor, solo podemos prestarlo, nunca prescindir de él.

—Dígame el precio —insistió Arnie pensando: *chino del diablo, granuja comerciante*.

—¡Separarnos del señor Bohlen! ¡No podríamos sustituirle!

Arnie aguardó.

Tras meditar, el señor Yee dijo:

—Supongo que podría repasar nuestros archivos. Pero se necesitarían horas para determinar el valor aproximado del señor Bohlen.

Arnie aguardaba con el talonario en la mano.

Después de haber comprado a la Compañía Yee el contrato de trabajo de Jack Bohlen, Arnie Kott regresó volando a Lewistown. Encontró a Helio con Manfred, juntos en la sala de estar. Helio estaba leyendo en voz alta al niño.

—¿Qué significa toda esta jerigonza? —preguntó Arnie.

Helio, dejando el libro, contestó:

—El niño tiene un impedimento oral que yo estoy ayudándole a superarlo.

—¡Estúpido! —exclamó Arnie—, nunca lo superará.

Se quitó el abrigo y se lo tendió a Helio. Al cabo de un momento, el hombre triste de mala gana dejó el libro y aceptó el abrigo; avanzó para colgarlo en el armario de vestíbulo.

Por el rabillo del ojo, Manfred parecía estar mirando a Arnie.

—¿Cómo te va, chaval? —preguntó Arnie con tono amistoso. Dio unas palmaditas en la espalda del muchacho—. Escucha, ¿quieres volver a ese manicomio, al inútil Campamento B-G? ¿O prefieres quedarte conmigo? Te doy diez minutos para que decidas.

Para sí, pensó Arnie: *te quedarás conmigo, no importa lo que decidas. Estúpido y fructífero niño, tú y tu bailoteo de puntillas y tu mudez que jamás dice nada. En cuanto a tu facultad de leer el futuro, lo que he obtenido de tu cerebro, que anoche demostró palpablemente sus condiciones, es una nimiedad.*

De regreso, Helio dijo:

—Quiere quedarse con usted, señor.

—Claro que sí —afirmó Arnie complacido.

—Sus pensamientos —aclaró Helio—, son para mí tan claros como el plástico y lo mismo le pasa a él con los míos. Ambos somos prisioneros, señor, en una tierra hostil.

Al oír aquello Arnie soltó una larga y sonora carcajada.

—La verdad siempre divierte al ignorante —sentenció Helio.

—Esta bien —dijo Arnie—, así que soy un ignorante. Sólo me reí un poco de tu simpatía por ese chaval, nada más. No te ofendas. ¿De modo que tenéis algo en común los dos? No me sorprende —cogió el libro que Helio había estado leyendo—. Pascal —leyó—. *«Cartas provincianas».* ¡Cristo en la cruz! ¿Para qué sirve esto? ¿Es de alguna utilidad?

—Los ritmos —dijo Helio con paciencia—. La gran prosa establece una cadencia teatral y mantiene la atención errante del muchacho.

—¿Por qué vaga?

—Por el temor.

—¿Temor de qué?

—De la muerte —contestó Helio.

Serenándose, Arnie dijo:

—Oh. Bueno. ¿Su muerte? ¿O simplemente la muerte en general?

—Este muchacho experimenta su propia vejez, yace a muchas décadas de ahora, en la Casa de Ancianos que todavía no se construye en Marte, un lugar de ruinas más allá de toda expresión. En este lugar del futuro pasa años vacíos y penosos, abrumados... un objeto, una persona, mantenida viva mediante estúpidas normas legales. Cuando trata de fijar sus ojos en el presente, casi de inmediato se ve abrumado por la temida visión de sí mismo una y otra vez.

—Cuéntame lo de la casa de esas viejas personas —pidió Arnie.

—Se construirá pronto —contestó Helio—. Parece un enorme dormitorio para emigrantes a Marte.

—Sí —dijo Arnie, reconociéndolo—. En las montañas FDR.

—La gente llega —dijo Helio—, y se instala, y vive, y arranca a los salvajes hombres tristes de su último refugio. A su turno, los hombres tristes maldicen la tierra, estéril como es. Los colonos terrestres fracasan; sus edificios se deterioran año tras año. Los colonos regresan a la Tierra más deprisa de lo que vinieron aquí. Por último se utiliza el edificio para ese otro uso; se convierte en el hogar para el anciano, el pobre, el senil y el enfermo.

—¿Por qué no habla? Explica eso.

—Para escapar de su terrible visión se retira a los días más felices, días dentro del cuerpo de su madre en donde vivía nada más, sin cambios, sin tiempo, sin sufrimiento. El seno materno, la vida uterina. Él se dirige a sí mismo hacia allí, a la única felicidad que ha conocido. Señor, se niega a abandonar el lugar querido.

—Comprendo —dijo Arnie, creyendo apenas lo que decía su hombre triste.

—Su sufrimiento es como el nuestro, como todas las otras personas. Pero en él resulta peor, porque tiene preconocimiento, cosa que nos falta a nosotros. Es un terrible conocimiento para tenerlo. No

me extraña se haya convertido... en negro interiormente.

—Sí, es tan oscuro como tú —afirmó Arnie—, y no exterior, tampoco, si no como dijiste... interiormente. ¿Cómo puedes soportarle?

—Yo lo aguanto todo —contestó el hombre triste.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Arnie—. Creo que hace más que ver en el futuro. Me parece que lo controla.

Los ojos del hombre triste se volvieron opacos. Se encogió de hombros.

—¿No es verdad? —insistió Arnie—. Escucha, Heliogábalo, bastardo negro; este chaval nos engañó a todos anoche. Lo sé. Y vio por anticipado lo que ocurría y trató de intervenir en ello. ¿Acaso intentaba que no pasase? ¿Pretendía detener al tiempo?

—Quizá —dijo Helio.

—Eso sí que es todo un talento —confesó Arnie—. Quizás podría volver al pasado, como él desea y pueda alterar el presente. Sigue trabajando con él continúa después de esto. Escucha, ¿ha llamado Doreen Anderton o ha venido esta mañana? Quiero hablar con ella.

—No.

—¿Crees que estoy chiflado? Me refiero para imaginarme lo que este chico y sus posibles facultades.

—Se ve usted impulsado por la rabia, señor —dijo el hombre triste—. Un hombre dominado por la rabia puede tambalear en su pasión, tropezando con la verdad.

—¡Qué estupidez! —exclamó Arnie disgustado—. ¿Acaso no puede decir si es sí o si es no? ¿Tienes que hablar tonterías?

—Señor, le diré algo sobre el señor Bohlen, a quien usted desea perjudicar —dijo Helio—. Es muy venerable...

—Vulnerable —le corrigió Arnie.

—Gracias. Es frágil, se le hace daño fácilmente; debería ser fácil para usted acabar con él. Sin embargo, posee un amuleto, que le dio alguien que le quiere o quizá varios que le quieren. El amuleto que es el brujo del agua de un hombre triste. Puede garantizarle la seguridad.

Al cabo de un intervalo, Arnie dijo:

—Ya veremos.

—Sí —murmuró Helio en una voz que Arnie apenas la había oído emplear antes—. Tendremos que esperar y ver qué fuerza sigue viviendo en cosas tan antiguas.

—La fuerza evidente de que tal basura es una cosa carente de valor se ve en ti mismo. Prefieres estar aquí aceptando órdenes mías, sirviéndome la comida y barriendo el suelo y colgándome el abrigo, antes que vagar por ahí fuera en ese desierto marciano donde te encontré. Ahí serías una bestia moribunda, suplicando un poco de agua.

—Humm —murmuró el hombre triste—. Es posible.

—Y que no se te olvide eso —dijo Arnie—. O podías encontrarte otra vez de vuelta a la naturaleza, con tus huevos para transportar aguas y tus flechas, marchando sin ir a ninguna parte —*a ninguna parte en absoluto*, pensó para sí—. Te estoy haciendo un gran favor, permitiéndote vivir aquí como un ser humano.

A primeras horas de la tarde Arnie Kott recibió un mensaje de Scott Temple. Lo colocó en su descifradora y pronto lo estaba escuchando.

> «Localizamos el campo del tipo, Arnie; está en las montañas FDR en efecto. No se encontraba allí, pero acaba de llegar un cohete automático. De hecho, por eso lo encontramos: seguimos la pista dejada por el cohete al descender. De todas formas, el individuo tenía un gran almacén lleno de mercancía, nos la llevamos toda y ahora se encuentra en nuestros almacenes. Hemos plantado un arma tipo A enterrada, y volamos el campo y el cobertizo con todo el equipo que tenía».

Bien hecho, pensó Arnie.

> «Y, como dijiste, para que se dé cuenta de quién está en su contra, le dejamos un mensaje. Clavamos una nota en los restos de la torre de orientación del campo de aterrizaje que decía:
>
> *«A Arnie Kott no le gusta lo que estás haciendo».*

¿Qué te parece eso, Arnie?».

—Me parece estupendo —murmuró Arnie en voz alta, aunque le pareció la palabra un poco... intencionada.

El mensaje continuaba:

> «Lo descubrirá cuando vuelva y pensé —es idea mía sujeta a tu corrección—, que podríamos efectuar un viaje allí más tarde, dentro de esta semana, para asegurarnos que no reconstruya. Algunos de esos operadores independientes son bastante escurridizos, como los individuos que el año pasado trataron de instalar su propio sistema telefónico. De todos modos, creo que con eso acabamos con él. Y a propósito, utilizaba el viejo aparato montado por Norb Steiner. Encontramos los archivos con el nombre de Steiner, así que tenías razón. Buena cosa es que hayamos caído de inmediato sobre ese tipo, porque podía habernos proporcionado disgustos».

El mensaje terminaba. Arnie colocó el carrete en su cifradora, se sentó ante el micrófono y respondió.

—Scott, lo hiciste bien. Gracias. Confío que sea lo último que sepamos de ese individuo y apruebo que hayas confiscado sus géneros; podremos emplearlos todos. Déjate caer por aquí alguna tarde y tomaremos una copa.

Detuvo el mecanismo entonces y rebobinó el carrete.

De la cocina venía el sonido apagado e insistente de Heliogábalo leyendo en voz alta a Manfred Steiner. Al oírlo, Arnie sintió irritación y luego su rencor hacia el hombre triste creció. *¿Por qué permitiste mezclarme con Jack Bohlen cuando podías leer la mente del muchacho?*, se preguntó. *¿Por qué no hablaste?*

Sintió un profundo odio hacia Heliogábalo. *Tú también me traicionaste*, se dijo para sí. *Como el resto, Anne, Jack, Doreen; como todos*.

Yendo hasta la puerta de la cocina, gritó:

—¿Estás obteniendo resultados o no?

Heliogábalo bajo el libro y contestó:

—Señor, esto requiere tiempo y esfuerzo.

—¡Tiempo! —exclamó Arnie—. Infiernos, ese es todo un problema. Envíalo de vuelta al pasado, digamos hace dos años, y hazle que compre en mi nombre el Henry Wallace... ¿puedes lograrlo?

No hubo respuesta. La pregunta, para Heliogábalo, era demasiado absurda para considerarla siquiera. Enrojecido, Arnie cerró de un portazo la cocina y regresó a la sala de estar.

Entonces que me envíe a mí al pasado, se dijo Arnie. *Esta capacidad de parar el tiempo debía valer algo; ¿por qué no puede conseguir la clase de resultados que necesito? ¿Qué le pasa a todo el mundo?*

Me hacen esperar sólo para enojarme, se dijo.

Y, decidió, *no voy a esperar mucho más tiempo*.

* * *

Para la una de la tarde aún no habían llamado de servicio de la Compañía Yee. Jack Bohlen, esperando junto al teléfono en el apartamento de Doreen Anderton, supo que algo iba mal.

A la una y media llamó el señor Yee.

—Creí que el señor Kott le informaría, Jack —dijo el señor Yee con sus modales prosaicos—. Ya no es mi empleado, Jack, sino de él. Gracias por sus estupendos servicios.

Desmoralizado por la noticia, Jack dijo:

—¿Acaso Kott compró mi contrato?

—Eso mismo, Jack.

Jack colgó el teléfono.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Doreen, mirándole con ojos muy abiertos.

—Soy de Arnie.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —contestó él—. Creo que es mejor que lo llamemos y lo descubramos. No parece como que vaya a ser él quien me llame.

Está jugando conmigo, pensó. *Juegos sádicos... divirtiéndose quizás*.

—Es inútil telefonearle —dijo Doreen—. Jamás dice nada por teléfono. Tendremos que ir a su casa. Quiero acompañarte; por favor, permíteme que te acompañe.

—Está bien —contestó, yendo hacia el armario para coger su abrigo—. Vamos —dijo a la muchacha por último.

CAPÍTULO XIV

A las dos de la tarde Otto Zitte asomó la cabeza por la puerta lateral de la casa de los Bohlen y se aseguró de que no había nadie mirando. Podía marcharse sin preocupaciones, comprendió Silvia Bohlen, mientras advertía lo que él estaba haciendo.

¿Qué he hecho?, se preguntó a sí misma mientras permanecía plantada en medio del dormitorio abrochándose torpemente la blusa. *¿Cómo voy a mantenerlo en secreto?* Incluso si la señora Steiner no le ve, seguramente se lo dirá June Henessy y ella se lo contará a todo el mundo a lo largo del canal William Butler Yeats; le gusta la murmuración y la chismorrería. Sé que Jack lo descubrirá. Y Leo podía haber vuelto a casa pronto...

Pero ya era demasiado tarde. A lo hecho pecho. Otto estaba recogiendo sus maletas, preparándose a partir.

Ojalá hubiera muerto, se dijo a sí misma.

—Adiós, Silvia —le murmuró Otto presuroso mientras se dirigía hacia la puerta—. Ya te llamaré.

Ella no contestó; se concentró en ponerse los zapatos.

—¿No te vas a despedir de mí? —preguntó él, deteniéndose ante la puerta del dormitorio.

Mirándole de reojo, ella contestó:

—No. Sal de aquí. No vuelvas nunca... te odio, de veras.

Otto se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Porque eres una persona horrible —dijo ella con lógica perfecta—. Jamás tuve nada que ver con un individuo como tú. Debí estar loca, ha debido ser la soledad.

Otto pareció sinceramente ofendido. Enrojecido, se apoyó en la puerta del dormitorio.

—Fue tan idea mía como tuya —murmuró finalmente,

dirigiéndole una mirada fulminante.

—Vete —contestó ella, dándole la espalda.

Por fin la puerta principal se abrió y se cerró. Se había ido.

Nunca, nunca jamás, se dijo para sí Silvia. Fue el armario-botiquín del cuarto de baño y sacó su botella de Fenobarbital; apresuradamente se sirvió un vaso de agua y ciento cincuenta miligramos de la droga, tragándoselo todo de un tirón.

No debí ser tan mezquina con él, comprendió en un fogonazo de conciencia. *No fue noble, la culpa no era realmente suya, sino mía. No soy buena. ¿Por qué culparle a él? De no haber sido Otto habría sido cualquier otra persona, tarde o temprano*.

Pensó: *¿Volverá otra vez?*. ¿O quizá le he despedido para siempre? Ya se sentía solitaria, infeliz y completamente perdida una vez más, como si estuviese condenada a vagar en un vacío desesperanzado por siempre jamás.

Él en realidad fue muy delicado, decidió. *Gentil y considerado. Pudo haberlo hecho mucho peor*.

Yendo a la cocina, se sentó a la mesa, cogió el teléfono y marcó el número de June Henessy.

No tardó en oír la voz de June en su oído.

—¿Diga?

—Imagínate lo que ha pasado —dijo Silvia.

—Cuéntame.

—Espera a que encienda un cigarrillo —Silvia Bohlen encendió un cigarrillo, buscó un cenicero, se instaló en una silla lo más cómoda que pudo y luego, con una infinidad de detalles, más algo que puso de su cosecha en los puntos críticos, se lo contó.

Para su sorpresa, halló que al narrarlo era tan delicioso como la propia experiencia.

Quizás incluso un poco más.

* * *

Regresando en vuelo por el desierto a su base en las montañas FDR, Otto Zitte rumiaba en su asunto con la señora Bohlen y se felicitaba a sí mismo, se sentía de buen humor, a pesar del arranque de remordimiento no del todo antinatural de Silvia y de las acusaciones que le lanzó cuando se marchaba.

Debías esperártelo, se advirtió a sí mismo.

Había ocurrido antes; cierto que siempre le trastornaba, pero esa era una de las cosas raras y típicas en la mente de una mujer: siempre hay un punto en donde tienen que soslayar la realidad y empezar a echar culpas en todas direcciones, sobre cualquiera que tenga en la mano.

No le importó mucho; nada podría robarle el recuerdo de un momento feliz, especialmente aquel en que los dos estuvieron juntos.

¿Y ahora qué? De vuelta al campo para almorzar, descansar, afeitarse, ducharse y cambiarse de ropa... Aun habría tiempo para empezar una salida más en un auténtico viaje de negocios, sin nada en su cabeza que no fuese el vender las preciadas mercancías.

Otto podía ver los rasgados picachos de las montañas delante; no tardaría en llegar.

Le pareció advertir una columna de humo, de un gris muy feo, alzándose desde las montañas enfrente suyo.

Asustado, aumentó la velocidad del helicóptero. No había duda; el humo se alzaba en o cerca de su campo de aterrizaje. *¡Me encontraron!*, se dijo a sí mismo con un sollozo. *Los de la NU... me han barrido y me están esperando*. Pero de todas formas siguió adelante; tenía que cerciorarse.

Allá abajo yacían los restos de su campo de aterrizaje. Unas humeantes ruinas. Circundó sin rumbo, llorando, las lágrimas corriéndole por las mejillas. Sin embargo, no había ni rastro de las NU, ni vehículos militares ni soldados.

¿Podría ser que un cohete estallase al llegar?

Rápidamente Otto aterrizó el helicóptero; cruzó a pie el suelo caliente hacia los restos de lo que fuera su cobertizo almacén.

Cuando llegó a la torre de señal del campo vio, clavado a ella, un trocito cuadrado de cartón.

A ARNIE KOTT NO LE GUSTA LO QUE HACES

Lo leyó una y mil veces, tratando de comprenderlo. Arnie Kott... si estaba preparado para llamarle... Arnie había sido el mejor cliente de Norb. ¿Qué significaba esto? ¿Había proporcionado un mal servicio a Arnie, o cómo había logrado poner furioso a Arnie? No tenía sentido... ¿Qué había hecho a Arnie para merecerse esto?

¿Por qué?, se preguntó Otto. *¿Qué te hice? ¿Por qué me has destruido?*

No tardó en avanzar hacia el cobertizo, esperando contra toda esperanza que parte de las mercancías pudieran salvarse, esperando encontrar algo entre los restos...

No había restos. El género se lo habían llevado; no había ni una sola lata, tarro, paquete o bolsa. Los escombros del edificio sí, pero sólo eso. Entonces ellos... los que dejaron caer la bomba... vinieron primero y saquearon el almacén.

Me bombardeaste, Arnie Kott, y me robaste mis mercancías, dijo Otto, mientras andaba en círculos, abriendo y cerrando los puños y lanzando miradas de rabia y frenesí al firmamento.

Sin embargo, seguía sin comprender el porqué.

Tiene que haber un motivo, se dijo. *Y lo descubriré; no descansaré, maldito seas. Arnie Kott, hasta que lo sepa. Y cuando lo descubra, iré a por ti. Me pagarás caro lo que me has hecho*.

Se sonó, olisqueó, volvió a su helicóptero a pasos lentos, se sentó en el interior y se quedó mirando hacia delante durante largo rato.

Por último abrió una de las maletas, sacó la pistola calibre 22; se sentó empuñándola y pensando en Arnie Kott.

* * *

—Señor, excúsame por molestarte. Pero si estás preparado te explicaré lo que tienes que hacer.

Encantado, Arnie se detuvo en su escritorio.

—Dispara.

Con expresión triste y altiva en el rostro, Helio dijo:

—Debes llevarte a Manfred al desierto y cruzar, a pie, hasta la cordillera Franklin Delano Roosevelt. Allí terminará tu peregrinaje cuando lleves al muchacho hasta Dirty Knobby, la roca sagrada de los Hombres Tristes. La respuesta que buscas yace allí, cuando hayas presentado al muchacho a la Dirty Knobby.

Agitando su dedo hacia el doméstico hombre triste, Arnie contestó con malicia:

—Y tú me dijiste que eso era un fraude —todo el tiempo había estado presintiendo de que había algo de realidad en la religión de los hombres tristes—. Helio intentas engañarme.

—En el santuario de la roca debes orar. El espíritu que anima a Dirty Knobby recibirá vuestras almas colectivas y quizás si es generoso garantizará lo que pides —añadió Helio—. En realidad queda dentro de la capacidad del muchacho y debes depender de ello. La roca sola es impotente. Sin embargo, viene a ser algo así: el tiempo es más débil en aquel lugar en donde yace Dirty Knobby. Basándose en ese hecho los hombres tristes han prevalecido durante siglos.

—Comprendo —dijo Arnie—. Es una especie de falla en el tiempo. Y los de tu raza obtienen el futuro a través suyo; lo que me interesa ahora es el pasado y francamente, esto me suena un poco resbaladizo. Pero lo intentaré. Me han dicho muchas cosas sobre esa roca...

—Lo que dije antes es cierto —contestó Helio—. Solo, Dirty Knobby no puede hacer nada por ti —no se estremeció, aguantó la mirada de Arnie.

—¿Piensas que Manfred cooperará?

—Le he hablado de la Roca y se muestra excitado ante la idea de verla. Le dije que en ese lugar, uno podía escapar hacía atrás en el pasado. Esa idea le satisface. Sin embargo... —Helio hizo una pausa—. Has de recompensar al muchacho por su esfuerzo. Puedes ofrecerle algo de valor inapreciable... Señor, puedes arrancar el espectro de AM-WEB de su vida para siempre. Prométele que le enviarás de regreso a la Tierra. Entonces no importa lo que sea de él, nunca verá el interior de tan abominable edificio. Si haces eso por él, pondrá a tu disposición todos sus poderes mentales.

—A mí me parece bien —dijo Arnie.

—Y no debes decepcionar al muchacho.

—Oh, diablos, no —prometió Arnie—. Haré todos los pasos necesarios enseguida con las NU... resulta complicado, pero tengo abogados que pueden manejar el asunto con poco esfuerzo.

—Bien —contestó Helio, asintiendo—. Será una estupidez decepcionar al muchacho. Si pudieses experimentar por un momento su terrible ansiedad acerca de su vida futura en ese lugar...

—Sí, suena terrible —asintió Arnie.

—La lástima sería —dijo Helio mirándole—, si tú mismo tuvieses alguna vez que soportar eso.

—¿Dónde está ahora Manfred?

—Camina por las calles de Lewistown —dijo Helio—. Está recorriendo los puntos notables.

—Cáscaras, ¿es eso prudente?

—Así lo creo —contestó Helio—. Se encuentra muy excitado por la gente, las tiendas y la actividad; todo resulta nuevo para él.

—Me parece que has ayudado mucho a ese crío —dijo Arnie.

Sonó el timbre de la puerta y Helio fue a contestar. Cuando Arnie alzó la vista, estaban allí Jack Bohlen y Doreen Anderton, ambos con expresiones fijas, sombrías.

—Oh, hola —dijo Arnie preocupado—. Entrad; estaba a punto de llamarte, Jack. Escucha, tengo trabajo para ti.

—¿Por qué compraste mi contrato al señor Yee? —preguntó Jack Bohlen.

—Porque te necesito —dijo Arnie—. Te diré por qué ahora mismo. Voy a ir en peregrinación con Manfred y quiero que alguien dé vueltas por encima mío para no perdernos y morir de sed. Tenemos que cruzar el desierto a pie hasta las montañas FDR; ¿es eso cierto, Helio?

—Sí, señor —contestó Helio.

—Quiero empezar enseguida —explicó Arnie—. Me figuro que es un viaje de unos cinco días. Nos llevaremos un aparato de comunicaciones portátil para poder notificarte cuándo necesitemos algo de comida o agua. De noche, puedes aterrizar el helicóptero y

montar una tienda para que durmamos nosotros. Asegúrate medicinas a bordo por si Manfred o yo sufrimos la picadura de algún animal del desierto; he oído decir que hay serpientes marcianas y rocas que viven a sus anchas en esa zona —consultó su reloj—. Son las tres; me gustaría empezar a las cuatro y andar por lo menos cinco horas hasta esta noche.

—¿Qué propósito tiene esta peregrinación? —pregunto Doreen.

—He de atender allí unos negocios —dijo Arnie—. Fuera, entre los hombres tristes del desierto. Asuntos particulares. ¿Vas a venir también en el helicóptero? Si es así, será mejor que te pongas algo distinto, quizás botas y gruesos pantalones, porque es siempre posible que os veáis obligados a descender. Es mucho tiempo, cinco días, para mantenerse dando vueltas. Aseguraos en particular del suministro de agua.

Doreen y Jack se miraron.

—Hablo en serio —dijo Arnie—. Así que no comprometeos con otras cosas, ¿de acuerdo?

—Por lo que puedo deducir —indicó Jack a Doreen—, no me queda más remedio. He de hacer lo que me mande.

—Eso es cierto, camarada —asintió Arnie—. Empieza, pues, a reunir el equipo que necesitaremos. Una cocina portátil, una luz portátil, un cuarto de baño portátil, comida, jabón y toallas, un arma de cualquier clase. Ya sabes lo que necesitaremos; llevas viviendo mucho tiempo en el borde del desierto.

Jack asintió con la cabeza, despacio.

—¿Qué es ese negocio? —preguntó Doreen—. ¿Y por qué tienes que caminar? Si tienes que ir hasta allí, ¿por qué no vuelas como haces de ordinario?

—Simplemente tengo que andar —dijo con irritación Arnie—. Así es; no fue idea mía —volviéndose a Helio le preguntó—: ¿Puedo regresar volando?

—Sí, señor —contestó Helio—. Puede regresar del modo que prefiera.

—Menos mal que me encuentro en buena forma física —dijo Arnie—, o esto quedaría fuera de toda cuestión. Espero que Manfred

lo consiga.

—Es un chico muy fuerte, señor —dijo Helio.

—¿Te llevas al muchacho? —murmuró Jack.

—Cierto —contestó Arnie—. ¿Alguna objeción?

Jack Bohlen no respondió, pero pareció más sombrío que nunca. De pronto salió toda su furia contenida en una ráfaga.

—¡No puedes hacer que el muchacho camine durante cinco días a través del desierto! ¡Eso le mataría!

—¿Por qué no vas en algún vehículo de superficie? —preguntó Doreen—. Uno de esos *jeep-tractores* que la gente del servicio postal de la NU utilizan para entregar el correo. Todavía te llevaría mucho tiempo; seguiría siendo un peregrinaje.

—¿Qué te parece eso? —preguntó Arnie a Helio.

Tras alguna reflexión el hombre triste contestó:

—Supongo que ese carrito del que hablas servirá.

—¡Estupendo! —exclamó Arnie decidiéndose allí mismo—. Telefonearé a un par de individuos que conozco y que me traigan uno de esos *jeeps* de correos. Me diste una buena idea, Doreen; te lo agradezco. Claro, vosotros dos tendréis que seguir todavía dando vueltas en el aire para asegurarnos que no sufrimos ninguna avería.

Tanto Jack como Doreen asintieron.

—Quizá cuando llegué allí, adonde voy —dijo Arnie—, descubráis lo que me propongo.

De hecho, vais a hacerlo condenadamente bien, dijo para sí; *no tengo la menor duda*.

—Todo esto es muy extraño —apuntó Doreen; estaba plantada cerca de Jack Bohlen, cogida a su brazo.

—No me eches la culpa —se excusó Arnie—. Censura a Helio —sonrió.

—Es cierto —dijo Helio—. Fue idea mía.

Pero ellos conservaron su expresión hosca.

—¿No has hablado con tu padre todavía hoy? —preguntó Arnie a Jack.

—Sí. Brevemente, por teléfono.

—¿Ya tiene registrada su denuncia de terrenos, sin duda alguna? ¿No han habido dificultades?

—Dice que siguió los pasos adecuadamente —contestó Jack—. Se prepara para regresar a la Tierra.

—Eficiente sistema de operación —dijo Arnie—. Lo admiro. Aparece aquí en Marte, acota la tierra que le interesa, va a la Oficina de Registros, presenta su petición, luego vuelve volando. No está mal.

—¿Qué es lo que te propones, Arnie? —dijo Jack con voz tranquila.

Arnie se encogió de hombros.

—Tengo que hacer este sagrado peregrinaje. Eso es todo.

Sin embargo, aún sonreía; no podía evitarlo. No podía detenerse en esta sonrisa y no se molestó en intentarlo.

* * *

El uso de un *jeep* postal de las NU acortaba la propuesta peregrinación desde Lewistown a Dirty Knobby de cinco días a una media de ocho horas; poco más o menos, calculó Arnie. Sólo quedaba ahora que partir, se dijo a sí mismo mientras paseaba por su sala de estar.

En el exterior del edificio, junto al bordillo, Helio estaba sentado en el aparcado vehículo, junto a Manfred. A través de la ventana Arnie podía verlos bastante lejos. Sacó su pistola de un cajón del escritorio, se la colocó dentro de la americana, cerró la mesa y salió presuroso al vestíbulo.

Un momento más tarde emergía en la acera y se dirigía hacia el *jeep*.

—Aquí vamos —dijo a Manfred.

Helio salió del vehículo y Arnie se sentó detrás del volante. Puso

en marcha el pequeño motor a turbina; hizo un ruido como una abeja encerrada en una botella.

—Suena bien —dijo animoso—. Hasta la vista, Helio. Si esto sale bien habrá una recompensa para ti, recuérdalo.

—No espero recompensa —contestó Helio—. Mi único deber es servirte, señor; lo haría por cualquiera.

Soltando el freno de mano, Arnie despegó de la acera bajando por el tráfico de última hora de Lewistown. Ya estaban en camino. Arriba Jack Bohlen y Doreen sin duda volaban en el helicóptero; Arnie no se molestó en buscarles, dando por garantizado que estaban allí. Agitó la mano despidiéndose de Helio y luego un enorme tractor-bus llenó todo el espacio detrás del *jeep*; Helio desapareció de la vista.

—¿Qué te parece esto, Manfred? —preguntó Arnie mientras guiaba el *jeep* hacia las afueras de Lewistown en dirección al desierto —. ¿No es algo divertido? Marcha a ochenta kilómetros por hora y casi sin gasto de combustible.

El muchacho no respondió, pero su cuerpo temblaba de excitación.

—Está chinado —declaró Arnie, en respuesta a su propio pensamiento.

Ya casi habían abandonado Lewistown cuando Arnie se dio cuenta de un coche que se había colocado tras ellos y que marchaba a su misma velocidad. Vio, dentro del vehículo, dos figuras, un hombre y una mujer. Al principio creyó que eran Jack y Doreen y luego descubrió que era su ex esposa, Anne Esterhazy, y que el individuo era el doctor Milton Glaub.

¿Qué diablos quieren?; se preguntó Arnie. *¿No pueden comprender que tengo trabajo, que no puedo ser molestado, sea lo que sea?*

—¡Kott! —gritó el doctor Glaub—, ¡deténgase al bordillo para que podamos hablar con usted! ¡Esto es vital!

—¡Al infierno! —exclamó Arnie, aumentando la velocidad del *jeep*. Palpó con la mano izquierda su pistola—. No tengo nada que decir... ¿y qué hacéis los dos viajando juntos? —no le gustó el cariz del asunto, ni pizca. *Precisamente ellos dos viéndose*, se dijo para sí. *Debí habérmelo imaginado*. Utilizando el aparato portátil de comunicaciones, llamó a su ayudante, Eddy Goggins, en la Casa de la Unión—. Aquí

Arnie. Mi girocompás marca 8,45702, precisamente al borde de la ciudad. Ven aquí deprisa... tengo a un grupo del que hay que cuidarse. No tardes, están ganando terreno. —De hecho no se habían quedado atrás; era fácil para ellos igualar la velocidad del pequeño *jeep*, e incluso sobrepasarla.

—Lo haré, Arnie —le contestó Eddy Goggins—. Enviaré a algunos de los muchachos inmediatamente; no te preocupes.

Ahora el coche siguió adelante y avanzó hacia el bordillo. Arnie, de mala gana, disminuyó la velocidad de su *jeep* hasta detenerlo. El coche se colocó en posición de bloquear cualquier escapada y Glaub saltó de su interior, avanzando hacia el *jeep*, agitando los brazos.

—¡Este es el fin de su carrera de atropellos y de tiranía! —gritó a Arnie.

Listo, pensó Arnie. *En un momento como este*.

—¿Qué es lo qué quieres? —dijo—. Dilo deprisa; tengo trabajo.

—Deje en paz a Jack Bohlen —jadeó el doctor Glaub—. Le represento y necesita descanso y tranquilidad. Tiene que tratar conmigo.

Anne Esterhazy salió del coche; se aproximó al *jeep* y se enfrentó a Arnie.

—Tal y como tengo entendida la situación... —comenzó.

—¡Tú no comprendes nada! —dijo Arnie con veneno en sus palabras—. Déjame en paz o me ocuparé de vosotros.

Por encima, un helicóptero con la señal de la Unión de Trabajadores Hidráulicos apareció y comenzó a descender; eran Jack y Doreen, dedujo Arnie. Mientras él vio un segundo helicóptero a tremenda velocidad; sin duda se trataba de Eddy y de los miembros de la hermandad. Ambos helicópteros se prepararon para tomar tierra cerca.

—Arnie —dijo Anne Esterhazy—, sé que algo malo va a ocurrirte si no abandonas lo que estás haciendo.

—¿A mí? —preguntó él, divertido e incrédulo.

—Lo presiento, por favor. Arnie. Sea lo que sea lo que prepares,

piénsatelo dos veces. Hay muchas cosas buenas en el mundo; ¿por qué tienes que vengarte?

—Vuelve a Nueva Israel y cuida de tu maldita tienda —puso en marcha el motor del *jeep*.

—Ese muchacho —dijo Anne—. Es Manfred Steiner, ¿no? Deja que Milton se lo lleve de regreso al Campamento B-G; es mejor para todos, mejor para él y para ti.

Uno de los helicópteros había aterrizado. De él tres o cuatro miembros de la Unión de Trabajadores Hidráulicos vinieron corriendo calle arriba y el doctor Glaub, al verlos, tiró tristemente de la manga de Anne.

—Ya les veo —ella permaneció inmutable—. Pero no, Arnie; tú y yo hemos trabajado juntos muy a menudo, en cosas que valían la pena. Por mi bien, y por el de Sam... si sigues adelante con esto, sé que tú y yo jamás volveremos a estar juntos en ninguna situación. ¿No te das cuenta? ¿Es tan importante eso que te propones para perder cosas de tanto valor?

Arnie nada dijo.

Jadeando Eddy Goggins apareció junto al *jeep*. Los hombres que le seguían formaron una especie de abanico avanzando hacia Anne Esterhazy y el doctor Glaub. Ahora el otro helicóptero había aterrizado y de él descendió Jack Bohlen.

—Pregúntale —dijo Arnie—. Viene por su propia voluntad; es un hombre mayor, sabe lo que se hace. Pregúntale si no viene voluntariamente en esta peregrinación.

Mientras Glaub y Anne Esterhazy se volvían hacia Jack, Arnie Kott dio marcha atrás al *jeep*; cambio a primera y salió disparado del lado del coche aparcado. Se produjo un forcejeo cuando Glaub trató de volver a su vehículo; dos miembros de la Unión le cogieron y lucharon. Arnie dirigió el *jeep* hacia delante, y coche y gente quedaron bien atrás.

—Allá vamos —dijo a Manfred.

Delante, la calle se hizo una franja vagamente nivelada que marcaba la entrada en el desierto en dirección a las colinas muy lejanas. El *jeep* siguió su marcha casi a la máxima velocidad y Arnie sonrió. Junto a él, el rostro del muchacho brillaba de excitación.

Nadie puede detenerme, se dijo Arnie para sí.

El sonido ciudadano se desvaneció de sus oídos; había sólo ahora el zumbido de la diminuta turbina del vehículo. Se arrellanó.

Dirty Knobby, prepárate, se dijo. Y luego pensó en el mágico desencanto de Jack Bohlen, el brujo o la bruja acuática que Helio dijera que poseía encima del individuo y Arnie frunció el ceño. El gesto fue momentáneo. No disminuyó la marcha.

Junto a él, Manfred balbuceaba excitado:

—*Basura, basura*.

—¿Qué significa esto de basura, basura? —preguntó Arnie.

No hubo respuesta mientras los dos marchaban en el *jeep* de la oficina postal de las NU hacia la cordillera FDR, que quedaba directamente delante.

Quizá descubra lo que significa cuando lleguemos allí, se dijo Arnie para sí. *Me gustaría saberlo. Por algún motivo los sonidos que emite el muchacho, las palabras casi inteligibles, me ponen nervioso más que alguna otra cosa. Deseó de pronto tener a Helio consigo*.

—*¡Basura, basura!* —exclamó Manfred mientras seguían veloces su marcha.

CAPÍTULO XV

La negra y curvada proyección de piedra arenisca y cuarzo volcánico que era Dirty Knobby asomaba enorme y pelada delante de ellos en el resplandor de la madrugada. Habían pasado la noche en el desierto, en una tienda, el helicóptero aparcado cerca. Jack Bohlen y Doreen Anderton no habían intercambiado palabras con ellos; al amanecer el helicóptero despegó para circundar desde arriba. Arnie y el muchacho, Manfred Steiner, consumieron un buen desayuno, recogieron sus cosas y reanudaron el viaje.

Ahora la peregrinación hacia la roca sagrada de los hombres tristes había terminado.

Viendo de cerca a la Dirty Knobby, Arnie pensó: *Este es el lugar que nos curará de cuanto nos aflige*. Dejando que Manfred tomase el volante del *jeep*, consultó el mapa que Heliogábalo trazara. Mostraba el sendero para alcanzar la roca. Allí estaba, Helio le había dicho, una cámara hueca en la zona norte de la peña, en donde un sacerdote hombre triste solía vivir. A menos, se dijo Arnie para sí, que se haya marchado a dormir con cualquier feligresa. Sabía que los sacerdotes hombres tristes eran viejos verdes en su mayor parte. Incluso los propios hombres tristes les despreciaban.

En la base de la primera colina, a las sombras, aparcó el *jeep* y paró el motor.

—Desde aquí subiremos a pie —dijo a Manfred—. Llevaremos tanta impedimenta como podamos, comida y agua, naturalmente, y la emisora de comunicaciones, y me imagino que si necesitamos cocinar podemos regresar por el fogón. Se supone que nos quedan unos pocos kilómetros que cubrir.

El muchacho había saltado del vehículo. Ayudó a Arnie a descargar la impedimenta y pronto comenzaron a ascender por el sendero rocoso, dentro de la cordillera FDR.

Mirando a su alrededor con aprensión, Manfred se acurrucó y se estremeció. Quizás el muchacho experimentaba la situación de AM-WEB una vez más, conjeturó Arnie. El Henry Wallace quedaba sólo a unos ciento ochenta kilómetros de aquí. El muchacho pudo haber captado las emanaciones de las estructuras que aún habrían de erigirse. De hecho, él mismo casi podía notarla.

¿O era la roca de los hombres tristes lo que notaba?

No le gustó el aspecto. *¿Qué saldrá de esto?*, se preguntó a sí mismo. Es perverso este lugar árido. Pero quizá hace tiempo esta región fuera fértil. Se podía descubrir restos de antiguos campamentos de hombres tristes a lo largo del camino. Quizá los marcianos se originaron aquí; la tierra tenía con certeza un aspecto viejo y usado, como si, pensó, un millón de grises criaturas hubiesen recorrido el sendero a través de los siglos. ¿Y ahora qué quedaba?; los últimos restos de una raza moribunda. Una reliquia para aquellos que no iban a estar mucho más.

Resoplando, cansado por el ejercicio de andar con una carga pesada, Arnie, se detuvo. Manfred pareció remolcar un torbellino de actividad tras él; todavía lanzaba miradas ansiosas y asustadas a su alrededor.

—No te preocupes —dijo Arnie animándole—. Aquí no hay nada que te pueda asustar.

¿Estaba, acaso, el talento del niño fundiéndose ya con el de la roca? Y se preguntó, ¿la roca misma se habría dado cuenta también? ¿Era capaz de eso?

El sector se nivelaba y se hacía más amplio. Todo estaba en sombras; el frío y la humedad pendían por doquier, como si estuviesen entrando dentro de una gran tumba. La vegetación que crecía era escasa y ponzoñosa a lo largo de la superficie rocosa, poseyendo una mortífera cualidad en sí, como si algo lo hubiese envenenado en el acto de su crecimiento. Había en el camino un pájaro muerto, un cadáver podrido que podía haber estado allí durante años; era imposible de calcular. Tenía apariencia momificada.

Seguro que no me gusta este lugar, se dijo Arnie para sí.

Deteniéndose junto al pájaro, Manfred se inclinó y dijo:

—*Basura*.

—Sí —murmuró Arnie—. Vamos, adelante.

Llegaron pronto a la base de la roca.

El viento agitaba los matorrales, que parecían que hubiesen sido despellejados hasta sus elementos primitivos: desnudos y retorcidos, como huesos clavados verticales en el suelo. El viento salía de una

rendija en Dirty Knobby y olía, pensó, como si alguna especie de animal viviese allí. Quizás el propio sacerdote; vio sin sorpresa alguna botella vacía de vino yaciendo a un lado con otros trastos tirados entre el follaje próximo.

—¿Hay alguien por aquí? —preguntó Arnie.

Al cabo de largo rato, un anciano, un hombre triste, gris como si estuviese envuelto en telarañas, salió de la cámara interna de la roca. El viento pareció soplar a su alrededor, de modo que caminó penosa y lateralmente, apoyándose en los costados de la cavidad y luego avanzando una vez más. Tenía los ojos enrojecidos.

—Viejo borracho —dijo Arnie en voz baja. Y luego, en un trozo de papel que Helio le había dado, leyó en idioma marciano la salutación al viejo.

El sacerdote murmuró una respuesta mecánica, con su boca sin dientes.

—Toma —Arnie le tendió un cartón de cigarrillos. El sacerdote, murmurando, avanzó de lado y tomó con sus zarpas el cartón; metió el paquete bajo su túnica grisácea—. ¿Te gusta eso, eh? —exclamó Arnie—. Ya me imaginé que te gustaría.

En el pedazo de papel leyó, en el idioma marciano, el propósito de su visita y lo que quería del sacerdote. Deseaba que el marciano les dejase a él y a Manfred durante una hora, poco más o menos, en la cámara, de manera que pudiesen convocar al espíritu de la roca.

Aún murmurando, el sacerdote retrocedió, ahuecadas las costuras de su túnica. Luego dio media vuelta y se marchó tambaleándose. Desapareció por un sendero lateral, sin mirar ni a Manfred ni a Arnie.

Arnie dio la vuelta al papel y leyó las instrucciones que Helio le había escrito.

1. Entrar en la cámara.

Tomando a Manfred por el brazo le condujo, paso a paso, dentro de la oscura hendidura de la roca; encendiendo la linterna, llevó al muchacho hasta donde la cámara se hizo mayor. Parecía una antigua caja llena de trapos sucios, con un olor más vegetal que animal.

¿Y ahora qué? De nuevo consultó el papel de Helio.

2. Encender fuego.

Una desigual fila de peñascos rodeaba una zona negra en la que yacían fragmentos de madera y lo que parecían ser huesos... Eso daba a entender que el viejo sacerdote se cocinaba aquí sus comidas.

Arnie sacó de su mochila, luego de dejarla en el suelo de la caverna y abrirla, unas cuantas cosas.

—No te pierdas, muchacho —dijo a Manfred. *¿Me pregunto si lograremos salir alguna vez de aquí?*, se interrogó a sí mismo.

Ambos se sentían mejor, sin embargo, una vez encendido el fuego. La caverna se hizo más cálida, pero no seca; el olor a rancio persistía e incluso parecía aumentar, como si el fuego lo atrajese.

La siguiente instrucción le preocupó; no parecía encajar, pero, no obstante, la cumplió.

3. Pon la radio portátil a 574 kilociclos.

Arnie sacó el pequeño transistor japonés y lo sintonizó. En los 574 salieron sólo los ruidos de la estática. Pareció, sin embargo, que obtenía una respuesta de la roca que le rodeaba; la roca pareció cambiar y ponerse más alerta, como sí el ruido de la radio la hubiera despertado a la presencia de los recién llegados. La siguiente instrucción resultaba igualmente enojosa.

4. Toma Nembutal (el muchacho que no tome).

Utilizando la cantimplora, Arnie, se tragó el Nembutal, preguntándose si su fin era enturbiar sus sentidos y convertirle en crédulo. ¿O quizá disminuir su ansiedad?

Sólo quedaba que seguir otra instrucción.

5. Arroja al fuego un paquete incluido.

Colocado en la mochila de Arnie había un paquete pequeño, una página doblada del *«New York Times»*, con alguna especie de hierba dentro. Arrodillándose junto al fuego, Arnie, con cuidado, desenvolvió el paquete y dejó caer las hebras oscuras y secas en las llamas. Un olor nauseabundo se alzó y las llamaradas se apagaron. El humo lo llenaba todo, ocupando el interior de la cueva; oyó cómo Manfred tosía. *Maldición*, pensó Arnie, *moriremos si seguimos con esto.*

El humo desapareció casi enseguida. La caverna parecía ahora oscura y fría y mucho mayor que antes, como si la roca a su alrededor hubiese retrocedido. Notó, de inmediato, como si fuese a caer; ya no parecía poder mantenerse vertical. Desaparecido el sentido del equilibrio, fue la primera sensación que tuvo. No tenía nada que le sirviera de orientación.

—Manfred —dijo—, escucha ahora. Por mi parte no tienes que preocuparte por ese AM-WEB, como Helio te explicó, ¿lo entiendes? Ahora regresa atrás, a cosa de una tres semanas. ¿Puedes hacerlo? Realmente retrocede, trata de hacerlo con el mayor ahínco que puedas.

En la semioscuridad, el muchacho le miró con los ojos desorbitados de miedo.

—Retrocede hasta antes de que conociese a Jack Bohlen —dijo Arnie—. Antes de que me lo encontrase en el desierto aquel día en que los hombres tristes se morían de sed. ¿Lo entiendes? —caminó hacia el muchacho...

Cayó de bruces.

El Nembutal, pensó. *Mejor será volver antes de que me desmaye por completo*. Forcejeó por levantarse, tratando de encontrar un asidero. Una luz destelló, cegándole; se tapó con las manos y entonces se encontraba en el agua. Agua caliente que le caía sobre el rostro; tosió, se ahogó, vio a su alrededor las nubes de vapor, sintió bajo sus pies el entarimado de madera que le resultaba familiar.

Se encontraba en su baño de vapor.

Voces de hombres conversando. La de Eddy diciendo:

—Bien, Arnie.

Luego comenzaron a recortarse formas a su alrededor, otros individuos duchándose.

Dentro suyo, muy abajo, cerca del escroto, su úlcera duodenal comenzó a quemar y se dio cuenta de que tenía un hambre terrible. Salió de la ducha y con piernas débiles e involuntarias cruzó el entarimado cálido y húmedo, buscando al ayudante para que le diese su gran toalla de baño de manufactura terrestre.

Ya estuve aquí antes, pensó; *he hecho todo esto, dije lo que voy a*

decir. Es singular. ¿Cómo diablos le llaman? Es una palabra francesa... Será mejor desayunar. El estómago le daba vueltas y la úlcera le dolía.

—Eh, Tom —llamó al criado—. Sécame y vísteme para que pueda comer; la úlcera me está matando —jamás había sentido antes tanto dolor.

—De acuerdo, Arnie —contestó el ayudante, avanzando hacia él, tendiéndole la enorme y suave toalla blanca.

* * *

Cuando el ayudante le vistió, con los pantalones grises de franela y la camisa de cuello abierto, suaves botas de cuero y gorra náutica, el Buenmiembro Arnie Kott abandonó el baño de vapor y cruzó el pasillo de la Casa de la Unión hasta su comedor, en donde Heliogábalo le tenía preparado el desayuno.

Por fin se sentó ante una pila de pastelillos y tocino, verdadero café casero de la Patria, un vaso de jugo de naranja de los naranjales de Nueva Israel y el ejemplar de la semana anterior del *«New York Times»*, en edición dominical.

Tembló de consternación mientras extendía la mano para coger el vaso de denso, dulce y fresco jugo de naranja; el vaso era resbaladizo y suave al tacto y casi se le escurrió de los dedos... Pensó; *tengo que tener cuidado, ir más despacio o tener calma*. Es realmente esto: *He vuelto aquí donde estaba, hace varias semanas. Manfred y la Roca de los hombres tristes lo hicieron juntos. Uf*, pensó, su mente era un torbellino de anticipación. *¡Esto es algo!*

Sorbió el juego de naranja, disfrutando de cada trago, hasta que el vaso quedó vacío.

Tengo lo que quería, se dijo a sí mismo.

Ahora debo tener cuidado, se dijo; *hay cosas que no quiero seguramente cambiar. Deseo asegurarme de no enredar mi negocio del mercado negro haciendo lo natural y entremetiéndome para que el viejo Norb Steiner no se suicide. Quiere decir, que es triste por él, pero yo no intento abandonar el negocio; así que se quedará como fue. Como tiene que ser*, se corrigió a sí mismo.

Principalmente tengo otras cosas que hacer; primero, veré de conseguir un derecho de opción legal para las tierras del FDR que rodea a la zona de Henry Wallace y esa opción precederá a la del viejo Bohlen en

varias semanas. Así que se vaya al diablo el viejo que viene de la Tierra. Cuando llegue dentro de varias semanas descubrirá que ya han comprado la tierra. Hará todo el camino hasta aquí para nada. Quizá sufra un ataque de corazón. Arnie soltó una risita. *Mala cosa.*

Y después, el otro asunto; el propio Jack Bohlen.

Voy a arreglarlo, se dijo para sí, *precisamente a arreglar a un tipo que no me conoce, aunque yo sí que le conozco a él.*

Yo soy ahora para Jack Bohlen su destino.

—Buenos días, señor Kott.

Enojado por haber interrumpido su meditación, alzó la vista y vio a una chica que había entrado en la habitación y estaba plantada junto a su escritorio expectante. No la reconoció. Era una muchacha de la oficina de secretariado, y comprendió que había venido para recibir el dictado de la mañana.

—Llámame Arnie —murmuró—. Todo el mundo me llama así. ¿No lo sabías? ¿Eres nueva?

La chica no era del todo guapa y volvió la vista a su periódico. Pero por otra parte tenía una figura llena y pesada. Llevaba un vestido de seda negra. *No debe de llevar mucho debajo*, se dijo para sí, mientras la observaba de reojo. *No está casada; no llevaba anillo de boda en el dedo*.

—Acércate —dijo—. Me tienes miedo porque soy el famoso y grande Arnie Kott, encargado de todo este lugar, ¿verdad?

La chica se aproximó con un provocativo movimiento de deslizamiento que le sorprendió; pareció deslizarse lateralmente hacia el escritorio. Y con una voz insinuante y áspera dijo:

—No, Arnie, no me das miedo —su osada mirada no parecía propia de la inocencia; al contrario, el conocimiento que implicaba le sobresaltó. Le parecía como si estuviese consciente de cada uno de los anhelos que le dominaban a él, especialmente los que la concernían.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —preguntó.

—No, Arnie —se acercó más ahora y se apoyó al borde del escritorio de modo que una pierna, apenas podía creerlo, fugazmente entró en contacto con la de Arnie.

Metódicamente, su pierna onduló contra la suya en un movimiento rítmico y reflexivo, que le hizo retroceder y decir débilmente:

—Eh...

—¿Qué te pasa, Arnie? —preguntó la chica sonriendo.

Su sonrisa era fría y, sin embargo, llena de intimación, profundamente sin calor, como si una máquina la hubiese estampado allí, construidos con un molde los labios, dientes, lengua. Y a pesar de ello, le arrolló con su sensualidad. Vertía un calor empapador y saturado que le hizo ponerse rígido en su silla, incapaz de apartar la vista. Principalmente era la lengua, pensó. Vibraba. El extremo, advirtió, tenía una forma puntiaguda, como si fuese cortante; una lengua que podía herir, que disfrutaría hundiéndose en algo vivo, atormentándolo y haciéndole suplicar piedad. Esa parte fue la que más le molestó: oír las súplicas. Los dientes, también, blancos, brillantes y afilados... hechos para hendirse.

Se estremeció.

—¿Te molesto, Arnie? —murmuró la chica, inclinado su cuerpo a lo largo del escritorio de manera que ahora no pudo comprender cómo lo había logrado, se apoyaba casi por entero contra él. *Dios mío,* pensó, *es... es imposible*.

—Escucha —dijo, tragando saliva, y encontrando su garganta seca; apenas pudo musitar las palabras—, vete y déjame leer —cogiendo el periódico lo mantuvo entre él y ella—. ¡Vete! —repitió con un berrido.

La forma retrocedió un poco.

—¿Qué te pasa, Arnie? —su voz parecía un quejido, como las ruedas de metal rozando unas con otras.

Un sonido automático venía fuerte de ella, como una grabadora de *magnetofón*, pensó.

Nada dijo; cogió su periódico y leyó.

Cuando después alzó la vista, la chica se había ido. Estaba a solas.

No recordaba eso, se dijo a sí mismo, temblando interiormente,

sintiendo que el estómago se le revolvía. *¿Qué clase de criatura fue esa? No lo entiendo... ¿qué es lo que pasó entonces?*

Comenzó automáticamente a leer un articulo en el periódico sobre un navío que se había perdido en el espacio, un carguero del Japón llevando un embarque de bicicletas. Se sintió divertido, incluso después de saber que habían perecido trescientas personas a bordo; tenía mucha gracia, la idea de ver aquellas miles de pequeñas y ligeras bicicletas japonesas flotando como restos, circundando al Sol para siempre... No es que no fuesen necesarias en Marte, con su falta virtual de fuentes de energía... Un hombre podía pedalear sin costo durante centenares de kilómetros bajo la ligera gravedad del planeta.

Leyendo más se tropezó con un artículo de una recepción en la Casa Blanca para... parpadeó. Las palabras parecieron correr juntas; apenas podía leerlas. Algún error de impresión. ¿Qué decía? Se acercó más el periódico...

Basura, basura, decía. El artículo se había convertido en algo sin significado; nada más que las palabras *basura-basura*, una tras otras. *¡Cielo santo!* Lo miró disgustado, su estómago reaccionando; la úlcera duodenal ahora le dolía más que nunca. Se había puesto tenso y furioso, la peor combinación posible para un paciente ulceroso, especialmente a la hora de comer. *¡Malditas sean estas palabras basura-basura!*, se dijo a sí mismo. ¡Es lo que el chaval dice! Seguro que han estropeado el artículo del periódico.

Mirando de reojo a través del papel vio que casi todos los artículos se habían convertido en tonterías, turbios al cabo de una línea o así. Creció su irritación y arrojó el periódico a un lado. ¡Vaya infierno aquel en que se había visto envuelto!

Eso son palabras esquizofrénicas, comprendió. Un idioma particular. *¡No me gusta en absoluto! Está bien si él quiere hablar así, de acuerdo, ¡pero aquí no tiene nada que hacer! No tiene ningún derecho a colocarse materialmente en mi mundo*. Y entonces, pensó Arnie: *Claro, me ha hecho venir aquí, retrocediendo en el pasado, y quizás piensa que esa acción le da derecho a cualquier otra libertad. Quizás el chaval piense que éste es su mundo*.

Esa idea no agradó a Arnie; deseó que no se le hubiese ocurrido nunca.

Levantándose del escritorio fue hasta la ventana y miró a la calle de Lewistown, bastante abajo. La gente marchaba presurosa; iban muy

deprisa, y los coches también; ¿por qué tan rápidos? Había algo desagradable en sus movimientos, en sus sobresaltos; parecían tropezar unos con otros o estar a punto de hacerlo. Objetos colisionantes como bolas de billar, duros y peligrosos... Hasta los edificios parecían quebradizos, con las esquinas vivas. Y, sin embargo, cuando trató de destacar un cambio... y lo había sin duda... no pudo. Esto era la escena familiar de cada día. No obstante...

¿Se movían tan deprisa? ¿Era eso? No, era algo más profundo. Había una «hostilidad» omnipresente en todo; las cosas no chocaban solamente; se golpeaban una con otra, como si lo hiciesen con deliberación.

Y entonces vio algo más, algo que le hizo carraspear. La gente de la calle, allá abajo, yendo deprisa de una parte a otra, casi no tenía rostros, sólo fragmentos o remanentes de cara, como si nunca hubiesen sido formadas las líneas faciales.

Oh, esto no es posible, dijo Arnie para sí. Ahora sentía miedo, profunda e intensamente. *¿Qué pasa? ¿Adónde me han traído?*

Regresó, impresionado, a su escritorio y volvió a sentarse. Cogiendo su taza de café bebió, tratando de olvidar la escena de abajo, procurando reanudar la rutina de la mañana.

El café tenía un gusto raro, amargo, fuerte y tuvo que dejar la taza. *Supongo que el chico se imagina que le van a envenenar*, pensó Arnie con desesperación. *¿Es eso? ¿Acaso tengo que verme comiendo una comida de gusto infernal a causa de sus alucinaciones? Dios,* pensó; *eso será terrible*.

Lo mejor para mí, decidió, *es efectuar mi tarea aquí lo antes posible y luego regresar al presente*.

Abriendo con la llave el cajón inferior de su escritorio, Arnie sacó la pequeña grabadora cifradora a baterías y la preparó para su uso. Dijo al micrófono:

—Scott, tengo un asunto importante que transmitirte. Insisto que actúes inmediatamente. Lo que quiero hacer es comprar las montañas FDR porque las NU van a establecer una zona inmensa de alojamiento allí, básicamente en torno al cañón Henry Wallace. Ahora te transferiré suficientes fondos de la Unión, en mi nombre, claro, para asegurarme el título de todo esto, porque dentro de dos semanas los especuladores...

Cortó, porque la máquina cifradora se había detenido. La hurgó y los carretes giraron despacio y luego otra vez quedaron parados.

Creí que estaba arreglado, pensó Arnie, furioso. *¿No la reparó Jack Bohlen?* Entonces recordó que habían vuelto al pasado antes de que Jack Bohlen hubiese sido llamado; por ello no funcionaba.

Tendré que dictar a la secretaria, pensó. Comenzó a apretar el botón de su escritorio que la llamaría, pero retiró la mano. *¿Puedo dejar que regrese?* Se preguntó. Pero no había otra alternativa. Oprimió el botón.

La puerta se abrió y entró ella.

—Ya sabía que me llamarías, Arnie —dijo, yendo hacia él presurosa, insinuante y apremiante.

—Escucha —dijo con autoridad en su voz—. No te acerques demasiado a mí, no puedo soportar a la gente que se me arrima.

Pero mientras hablaba reconoció sus temores por lo que eran; era el miedo básico de los esquizofrénicos a la gente que se les acercaban demasiado porque pensaban que podían reducirles su espacio vital. Miedo a la proximidad, debido a la notable estupidez esquizofrénica de todos los que le rodeaban. *Esto es lo que estoy haciendo*, pensó Arnie. Y, sin embargo, aun sabiéndolo, no pudo soportar tener a la chica muy cerca suyo; se levantó bruscamente y se alejó, acercándose una vez más a la ventana.

—Lo que tú digas, Arnie —contestó la chica en un tono que era insaciable.

Y a pesar de haberlo dicho avanzó hacia él hasta que, como antes, casi le rozó. Se encontró Arnie oyendo los ruidos de su respiración, el perfume de su cuerpo, áspero y desagradable... Se sintió sofocado, incapaz de conseguir bastante aire para llenar sus pulmones.

—Voy a dictarte una carta —dijo, alejándose de ella, manteniendo una distancia entre los dos—. Es para Scott Temple y deberá ir cifrada para que nadie pueda leerla —*para que ellos no puedan leerla*, pensó; ese siempre había sido su temor, no podía censurar tal defecto en el muchacho. Comenzó a dictar—: Tengo un asunto muy importante; actúa de inmediato. Significa muchísimo; las NU van a comprar un enorme pedazo de tierra en las montañas FDR...

Dictó y dictó; incluso mientras hablaba el miedo le asaltó, un

miedo obsesivo que crecía a cada momento. ¿Y si ella estuviese escribiendo esas palabras *basura-basura*? *Lo tengo que mirar,* se dijo a sí mismo; *tengo que acercarme a ella y ver*. Pero no se decidía, le daba miedo la proximidad.

—Escuche, señorita —dijo interrumpiéndose a sí mismo—. Deme su *block*, quiero ver lo que está escribiendo.

—Arnie —le dijo ella, con su áspera e insinuante voz—, no puedes averiguar nada mirándolo.

—¿Qué? —preguntó él asustado.

—Está en taquigrafía —ella le sonrió fríamente, por lo que pareció una palpable malevolencia.

—Está bien —contestó Arnie cediendo. Continuó y completó su dictado; no le dijo que lo pusiese en clave y que se lo mandase a Scott lo antes posible.

—¿Y después qué? —preguntó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, Arnie —dijo ella.

Y el tono de sus palabras le hizo temblar de desaliento y de puro disgusto físico.

—Después nada —dijo—. Vete; no vuelvas —siguiéndola cerró con un portazo a espaldas de la chica.

Creo, decidió, *que tendré que establecer contacto directo con Scott; no me fío de ella*. Sentándose tras el escritorio, cogió el teléfono y marcó.

Al poco oyó el sonido de la llamada. Pero sonó en vano; no hubo respuesta. *¿Por qué?*, se preguntó. *¿Acaso huye de mí? ¿Está en mi contra? ¿Trabaja con ellos?* No puedo fiarme de él; no puedo fiarme de nadie. Y luego, de inmediato, una voz dijo:

—Hola, Scott Temple al habla —se dio cuenta de que sólo unos pocos segundos y unos cuantos timbrazos habían pasado; todos los pensamientos de traición, siniestros, encajaban en su mente casi en un instante.

—Aquí Arnie.

—Hola, Arnie. ¿Qué pasa? Adivino por tu tono que algo se prepara. Cuéntalo.

El sentido del tiempo esta perturbado, comprendió Arnie. *Me pareció que el teléfono sonaba media hora, pero no fue así, en absoluto*.

—Arnie —decía Scott—. Habla. Arnie, ¿está ahí?

Es la confusión esquizofrénica, advirtió Arnie. *Básicamente, la ruptura con el sentido del tiempo. Ahora lo padezco porque ese chaval también lo padece*.

—¡Cristo! —exclamó Scott airado.

Con dificultad Arnie rompió su cadena de pensamientos y dijo:

—Eh, Scott. Escucha. Tengo un informe interno y confidencial; tenemos que actuar ahora mismo, ¿entiendes? —contó con detalle a Scott lo de la NU y de las montañas FDR. Terminó—: Así que ya ves, vale la pena que compremos cuanto podamos y pronto. ¿De acuerdo?

—¿Estás seguro de ese informe? —preguntó Scott.

—Sí. ¡Lo estoy!

—¿Cómo te llegó? Francamente, Arnie, me agrada, pero sé que forjas a veces planes locos, siempre te escapas por la tangente. Me sabría mal quedarnos estancados con ese asunto de la tierra de FDR.

—Te doy mi palabra —dijo Arnie.

—No puedo aceptarla.

Le parecía imposible creer lo que oía.

—¡Llevamos trabajando juntos varios años y siempre nuestros tratos fueron a base de la palabra mutua! —gritó—. ¿Qué pasa, Scott?

—Eso es lo que te pregunto —respondió Scott tranquilo—. ¿Cómo un hombre de tu trabajo y experiencia puede morder el anzuelo de esa falsa noticia? La exploración indica que la cordillera FDR no vale nada; sé que lo sabes. Todo el mundo lo sabe. Así que dime lo que te propones.

—¿Es que no *confías* en mí?

—¿Y por qué iba a *confiar* en ti? *Prueba* que tienes un informe

verdaderamente de confianza y que no es una vulgar fanfarronada.

Con dificultades. Arnie dijo:

—¡Infiernos, hombre! Si pudiese probarlo, no tendrías que confiar en mí; eso no entrañaría confianza. Está bien entraré en esto solo, y cuando descubras lo que te perdiste échate las culpas tú mismo, no a mí —colgó con violencia el teléfono, lleno de rabia y desesperación. ¡Vaya cosa la ocurrida! No podía creerla; Scott Temple, la única persona en el mundo con que podía hacer negocios por teléfono. El resto merecía ser arrojado al océano, por lo granujas que resultaban...

Es un malentendido, se dijo a sí mismo. Pero basado en una confianza interna, insidiosa, fundamental. Una desconfianza esquizofrénica.

Un colapso, comprendió, *de la capacidad para comunicarme*.

Poniéndose en pie, dijo en voz alta;

—Creo que iré yo mismo a Pax Grove y veré al encargado de la Oficina de Registros. Presentaré mi petición —y entonces recordó: *Primero iré a «amojonar» la pertenencia; he de ir hasta el emplazamiento, en la cordillera FDR*. Y todo en él se rebeló ante la idea. *He de ir a ese hediondo lugar donde aparecerá algún día el edificio*.

Bueno, no había otra salida. Primero tendría que hacer una estaca en uno de los talleres de la Unión, luego tomar un helicóptero y encaminarse hacia el Henry Wallace.

Parecía, al pensar en eso, que tenía que cumplimentar una serie de difíciles acciones. ¿Cómo podría hacerlo todo? Primero tendría que encontrar algún trabajador de metal que pudiese marcar su nombre en la estaca; eso quizá llevase días. ¿A quién conocía en las tiendas de Lewistown que pudiese realizar la tarea? Y si no conocía al individuo, ¿cómo podía fiarse de él?

Por fin, nadando contra la intolerable corriente, logró descolgar el teléfono y llamar a una tienda.

Estoy tan cansado que apenas puedo moverme, advirtió. ¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho yo? Sí, tenía el cuerpo como aplanado, fatigado. *Si al menos pudiese conseguir algo de descanso*, pensó para sí. *Si pudiera dormir...*

* * *

Era bien entrada la tarde cuando Arnie Kott pudo proporcionarse la estaca de metal, con su nombre grabado, en la tienda taller de la Unión y establecer acuerdos para que un helicóptero de la Unión le llevase hasta la cordillera FDR.

—Hola, Arnie —le saludó el piloto. Un joven de rostro agradable, del grupo de pilotos de su Sindicato.

—Hola, hijo mío —le murmuró Arnie, mientras el piloto le ayudaba a entrar en el asiento especial de cuero que habían construido para él en las fábricas tapiceras. Mientras el piloto se instalaba en el asiento delante de él, Arnie dijo:

—Ahora démonos prisa, porque se me hace tarde; tengo que cubrir el camino y luego ir a la Oficina de Registros en Pax Grove.

Y sé que no lo conseguiremos, pensó para sí. *Porque... no hay bastante tiempo...*

CAPÍTULO XVI

El helicóptero de la Unión de Trabajadores Hidráulicos con el Buenmiembro Arnie Kott a bordo, apenas había remontado el vuelo cuando se oyó el altavoz:

> *«Anuncio de emergencia. Hay un grupito de hombres tristes en el desierto, en el punto de girocompás 4,65003, muriéndose por falta agua y por exposición al sol. Los navíos al norte de Lewistown tienen instrucciones de dirigir su vuelo hacia ese punto a toda velocidad posible para ayudarles. La ley de las Naciones Unidas ordena todas las naves comerciales y particulares que respondan».*

El anuncio se repitió en la voz tensa del locutor de las NU, hablando desde el transmisor de las NU en el satélite artificial, en algún lugar del firmamento.

Notando cómo el helicóptero alteraba el rumbo, Arnie dijo:

—Oh, vamos, hijo mío —era la última gota que colmaba el vaso de agua—. No llegaré nunca a la cordillera FDR, y mucho menos a Pax Grove y a la Oficina de Registros.

—Tengo que responder, señor —dijo el piloto—. Es la ley.

Se encontraban por encima del desierto, marchando a buena velocidad hacia el punto dado por el locutor de las UN. *Negros*, pensó Arnie. *Tenemos que dejar todo lo que estamos haciendo para sacarles del apuro a esos estúpidos condenados... Y lo peor es que ahora conoceré a Jack Bohlen. No se puede evitar. Se me olvidó eso: ahora es demasiado tarde*.

Palmeándose el bolsillo de la americana encontró que aún tenía allí la pistola. Se sintió algo más animoso; la empuñó mientras el helicóptero descendió para aterrizar. *Espero que pueda vencerle aquí*, pensó. Pero para su desaliento vio que el helicóptero de la Compañía Yee había aterrizado antes que él y Jack Bohlen ya estaba atareado dando agua a los cinco hombres tristes. *Maldito sea*, pensó.

—¿Me necesitan? —preguntó el piloto de Arnie desde su asiento —. Si no, proseguiré el viaje.

En su respuesta, Jack Bohlen contestó:

—No tengo mucha agua para ellos —se secó la cara con el pañuelo, sudando bajo el cálido sol.

—Está bien —dijo el piloto y detuvo las aspas.

—Dile que venga hacia aquí —ordenó Arnie a su piloto.

Saltando fuera con una lata de cinco galones de agua el piloto se acercó a Jack y al cabo de un momento Jack dejó de atender a los hombres tristes y caminó en dirección a Arnie Kott.

—¿Me necesitaba usted? —dijo Jack, plantado mirando a Arnie.

—Sí —contestó Arnie—. Voy a matarle —alzó la pistola y apuntó a Jack Bohlen.

Los hombres tristes habían estado llenando sus cáscaras de huevo con agua; ahora se detuvieron. Un joven macho, moreno y flaco, casi desnudo bajo el rojizo sol marciano, buscó detrás de él algo, tomó el carcaj de flechas envenenadas; extrajo una de las flechas, la encajó en su arco y con un solo movimiento disparó. Arnie Kott no vio nada: sintió un agudo dolor y miró cómo la flecha le salía del pecho, algo por debajo de la clavícula.

Leen el pensamiento, pensó Arnie. *Las intenciones*. Trató de arrancarse la flecha, pero no quiso moverse. Y entonces se dio cuenta que estaba ya muriéndose. El dardo se encontraba envenenado y notó cómo el tóxico entraba en sus miembros, deteniendo la circulación de la sangre, subiendo hacia lo alto para invadir su cerebro y su mente.

Jack Bohlen, plantado por debajo suyo, dijo:

—¿Por qué quería matarme? Ni siquiera sabe quién soy.

—Claro que sí —logró gruñir Arnie—. Tú vas a arreglar mi cifradora y me quitarás a Doreen y tu padre me robará cuanto tengo, todo lo que me importa, la cordillera FDR y lo que venga —cerró los ojos y descansó.

—Usted debe de estar loco —exclamó Jack Bohlen.

—No —dijo Arnie—. Conozco mi futuro.

—Déjeme que le lleve a un médico —le apremió Jack Bohlen saltando al helicóptero, apartando al turbado joven piloto para

inspeccionar la saliente flecha—. Pueden darle un antídoto si llega usted a tiempo —puso en marcha el motor; las aspas del helicóptero comenzaron a girar despacio y luego aumentaron su velocidad.

—Llévame al Henry Wallace... —murmuró Arnie— para que pueda clavar la estaca que me dé derecho a reclamar.

Jack Bohlen le miró de reojo.

—Usted es Arnie Kott, ¿verdad?

Apartando al piloto del asiento, se sentó en los mandos y de inmediato el helicóptero comenzó a remontarse.

—Le llevaré a Lewistown; es lo más cerca y allí le conocen.

Sin decir nada, Arnie se arrellanó; los ojos todavía cerrados. Todo le había salido mal. No había clavado su estaca y no le había hecho nada a Jack Bohlen.

Esos hombres tristes, pensó Arnie mientras notaba como Bohlen le alzaba del helicóptero. Estaban en Lewistown; vio, a través de los ojos ensombrecidos por el dolor, edificios y gentes. *La culpa es de esos hombres tristes, desde el principio; de no ser por ellos yo nunca habría conocido a Jack Bohlen. Ellos tienen la culpa de todo el asunto*.

¿Por qué no había muerto todavía?, se preguntó mientras Bohlen le llevaba a través del campo de aterrizaje del techo del hospital por un ascensor de emergencia. Mucho tiempo había pasado; el veneno seguramente le habría invadido del todo. Sin embargo, aún sentía, pensaba, comprendía. *Quizá pueda morir aquí en el pasado,* dijo para sí; *o quizá no pueda hacerlo, quizá tenga que seguir adelante, incapaz de morir, incapaz de regresar a mi propio tiempo*.

¿Cómo pudo actuar tan deprisa aquel joven hombre triste? De ordinario no utilizaban sus flechas sobre la gente terrestre; es un crimen capital. Significa el fin para ellos.

Quizá, pensó, *me estaban esperando. Conspiraron para salvar a Bohlen porque les ha dado agua y comida*, pensó Arnie. *Apuesto a que son los que le dieron el aparato del brujo acuático, claro. Y cuando se lo dieron es que sabían. Sabían todo esto, incluso entonces, desde el mismo principio*.

Estoy desamparado en este terrible y maldito pasado esquizofrénico de Manfred Steiner. Quiero volver a mi propio mundo, a mi propio tiempo;

sólo deseo salir de aquí, no ansío presentar ninguna reclamación ni dañar a nadie, quiero regresar a Dirty Knobby, a la caverna, con aquel maldito muchacho. Ser como era. Por favor, pensó Arnie. *¡Manfred!*

Ellos, alguien, le llevaba sobre ruedas por un oscuro pasillo en alguna especie de vagoneta. Voces. Una puerta se abrió, un metal reluciente; instrumentos quirúrgicos. Unos rostros enmascarados, notó cómo le ponían sobre una mesa... *¡Ayúdame, Manfred!*, gritó, muy profundo dentro de sí mismo. *¡Van a matarme! Tienes que hacerme volver, hazlo ahora u olvídalo, porque...*

Una máscara de vacío y total oscuridad apareció sobre él y descendió. *¡No!*, gritó Arnie. *No ha terminado. No puede ser el fin mío. Manfred, por Dios, antes que esto siga adelante y sea demasiado tarde, demasiado tarde... Necesito ver otra vez la brillante realidad en donde no había esto... esta criminal esquizofrenia, y esta locura, y esta ansia bestial, y esta muerte. ¡Ayúdame a escapar de la muerte, a volver al mundo a donde pertenezco! ¡Socorro, Manfred! Ayúdame...*

* * *

Una voz dijo:

—Levántese, señor, su tiempo ha expirado.

Abrió los ojos.

—Más cigarrillos, señor —el sucio y anciano sacerdote hombre triste, con su túnica gris, leve como una telaraña, se inclinó sobre él sacudiéndole, murmurando una y otra vez su letanía al oído—. Si quiere quedarse, señor, tiene que pagarme —comenzó a arañar la chaqueta de Arnie.

Arnie se sentó buscando a Manfred. El muchacho había desaparecido.

—Apártate de mí —ordenó Arnie poniéndose en pie. Se llevó las manos al pecho y no se notó nada.

Caminó inseguro hasta la boca de la caverna y se esforzó por salir a través de la rendija, penetrando en el frío sol de la mañana de Marte.

—¡Manfred! —gritó.

No había rastro del muchacho. *Bueno,* pensó, *de todos modos he*

vuelto al mundo verdadero, eso es lo que importa.

Ya había perdido su deseo de matar a Jack Bohlen, de comprar la tierra de estas montañas. *Y que se llevase Bohlen, si quería, a Doreen Anderton*, se dijo Arnie a sí mismo mientras se marchaba al sendero por el que previamente vinieron. *Pero mantendré la palabra dada a Manfred; le enviaré a la Tierra en la primera ocasión que tenga y quizás este cambio le cure, quizá tengan allí mejores psiquiatras ya. De todos modos, no terminará en ese campo*.

Mientras descendía por el sendero, aún buscando a Manfred, vio cómo un helicóptero daba vueltas; *quizás han visto dónde se fue el muchacho*, se dijo para sí. Ambos, Jack y Doreen, debían haber estado vigilando todo el rato. Deteniéndose, agitó los brazos al helicóptero, indicando que quería que aterrizasen.

El aparato descendió con precaución hasta descansar en el sendero, en el amplio lugar ante la entrada de Dirty Knobby. La puerta se descorrió y Doreen bajó.

—Estoy buscando a ese chico... —comenzó Arnie.

Entonces vio que no era Jack Bohlen. Era un hombre a quien jamás viera antes. Blando, oscuro, pero con ojos frenéticos y emotivos, un hombre que vino hacia él corriendo al mismo tiempo que agitaba algo que relucía bajo la luz del sol.

—Tú eres Arnie Kott —le dijo el individuo con voz aguda.

—Sí, ¿y qué? —contestó Arnie.

—Destruiste mi campo de aterrizaje —le gritó el individuo. Y alzando la pistola, disparó.

La primera bala no le dio a Arnie. *¿Quién eres y por qué me disparas?*, se preguntó Arnie Kott mientras buscaba su propia arma en el interior de la chaqueta. La encontró, la sacó y disparó contra el hombre que corría. Luego comprendió quién era aquel tipo; *era el individuo del mercado negro al que dio la lección*, se dijo Arnie para sí.

El hombre que corría se tambaleó, cayó, rodó por el suelo y disparó desde allí. El disparo de Arnie también había errado. La bala pasó tan cerca de Arnie esta vez, que por un momento pensó que le había alcanzado; se llevó la mano instintivamente hacia el pecho. *No,* comprobó, *no me diste, bastardo*. Alzando la pistola. Arnie apuntó y se preparó para disparar una vez más sobre la figura.

El mundo estalló en torno suyo. El sol cayó del cielo; se sumió en la oscuridad y con él arrastró a Arnie Kott.

Después de un largo rato, la figura tumbada se agitó, el hombre de ojos frenéticos se puso en pie con precaución, levantándose y estudiando a Arnie; luego comenzó a andar hacia él. Mientras caminaba sostenía la pistola con ambas manos y le apuntaba.

Un zumbido desde lo alto le hizo levantar la vista; una sombra acababa de cubrirle y ahora un segundo helicóptero comenzaba a aterrizar entre él y Arnie. El helicóptero separó a ambos hombres y Arnie Kott ya no pudo ver al miserable y mezquino negociante del mercado negro. Del aparato bajo Jack Bohlen. Corriendo hacia Arnie, se inclinó.

—Cárgate a aquel individuo —susurró Arnie.

—No puedo —contestó Jack y señaló. El traficante del mercado negro había despegado. Su helicóptero se alzaba por encima de Dirty Knobby, oscilando, luego se lanzó hacia delante, traspasó el picacho y se fue—. Olvídate de él estás mal herido... piensa en ti mismo.

Arnie murmuró:

—No te preocupes por eso, Jack —dijo. Cogió a Jack de la camisa y le hizo agacharse para que su oído quedase cerca de la boca —. Te diré un secreto —dijo Arnie—. Algo que he descubierto. Esto es otro de estos momentos esquizofrénicos. Todo es ese maldito odio esquizofrénico y ansias de muerte, ya me ha pasado a mí y no puedo morir. La primera vez fue una de esas flechas envenenadas clavada en el pecho. Ahora esto. No estoy herido, ni preocupado —cerró los ojos, luchando por conservar el conocimiento—. Busca a ese chaval, está en algún lugar. Pregúntale y te lo dirá.

—Te equivocas, Arnie —contestó Jack, inclinándose junto a él.

—¿Me equivoco? ¿Cómo? —apenas podía ver a Bohlen; la escena se había hundido en el crepúsculo y la forma de Jack era imprecisa y fantasmal.

No puedes engañarme, pensó Arnie. *Sé que sigo en la mente de Manfred; muy pronto despertaré y no me habrán disparado, me encontraré otra vez bien y hallaré el camino de regreso a mi propio mundo, en donde estas cosas no suceden. ¿No es verdad?* Trató de hablar, pero no pudo.

Apareciendo junto a Jack, Doreen Anderton dijo:

—Va a morir, ¿verdad?

Jack no contestó. Intentaba cargarse a Arnie sobre el hombro para llevarlo al helicóptero.

Es otro de esos mundos de basura-basura, dijo Arnie para sí, mientras notaba que Jack le levantaba. *Seguro que le di una lección, también. No haré ninguna chifladura como esta otra vez*. Intentó explicarlo mientras Jack le transportaba hasta el helicóptero. *Tú sólo hiciste esto*, quiso decir. *Me llevaste al hospital de Lewistown para que me sacasen la flecha. ¿No te acuerdas?*

—No hay posibilidad de salvarle —dijo Jack a Doreen mientras colocaban a Arnie dentro del helicóptero. Jadeó falto de aliento mientras se sentaba ante los mandos.

Claro que sí, pensó Arnie con indignación. *¿Qué te pasa? ¿no vas a intentarlo? Será mejor que lo pruebes, maldito*. Hizo un esfuerzo para hablar, como para decirle a Jack eso, pero no pudo; no pudo decir nada. El helicóptero comenzó a elevarse.

* * *

Durante el vuelo de regreso a Lewistown, Arnie Kott murió.

Jack Bohlen hizo que Doreen ocupase los mandos y se sentó junto al muerto, pensando para sí que Arnie había muerto creyendo que estaba todavía perdido en las oscuras corrientes de la mente del chaval Steiner. *Quizá así sea mejor*, pensó Jack. *Quizá la cosa le ha resultado más fácil*.

El hecho de que Arnie Kott había muerto le llenaba, para su incredulidad, de alivio. Todo parecía bien, se dijo a sí mismo, mientras estaba sentado junto al cadáver. *Es demasiado duro. Arnie no se lo merecía por lo que hizo... Las cosas que hizo eran malas, pero no tanto*.

—¿Qué es lo que te decía? —preguntó Doreen.

Parecía muy tranquila para tener junto a ella el cadáver de Arnie; pilotó el helicóptero con una pericia indiferente.

—Se imaginaba que esto no era real —dijo Jack—. Balbuceaba algo sobre hallarse en una fantasía esquizofrénica.

—Pobre Arnie —murmuró Doreen.

—¿Conoces al hombre que le disparó?

—Algún enemigo que se creó en cualquier momento de su vida.

Guardaron silencio durante un rato.

—Deberíamos buscar a Manfred —sugirió Doreen.

—Sí —dijo Jack.

Pero yo sé dónde está el muchacho ahora, murmuró para sí. *Ha encontrado a algunos hombres tristes salvajes en las montañas y está con ellos*; *es evidente y seguro que habría ocurrido tarde o temprano en cualquier caso*. No estaba preocupado, no le importaba por Manfred. Quizá que por primera vez en su vida el muchacho estaba en una situación a la que podría ajustarse; podía, con los hombres tristes salvajes, discernir un estilo de vida que era genuinamente suyo y no una reflexión pálida y atormentada de las vidas de los que le rodeaban, seres que eran diferentes a él y a quienes nunca podría parecerse por mucho que lo intentase.

—¿Pudo estar en lo cierto Arnie? —preguntó Doreen.

Por un instante no la comprendió, y luego, cuando averiguó el significado, sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿por qué estaba tan seguro?

—No lo sé —contestó Jack.

Pero tenía que ver con Manfred; Arnie así lo había dicho, poco antes de morir.

—En muchas maneras, Arnie era agudo —dijo Doreen.

Sí, pensó, *debió tener muy buenos motivos*.

—Era agudo, cierto —contestó Jack—, pero siempre creía lo que deseaba creer, y comprendió que hacía lo que quería y así, se trajo sobre sí mismo la propia muerte; algo que le fue fatal en el curso de su vida.

—¿Qué será ahora de nosotros sin él? —preguntó Doreen—. Me resulta difícil imaginarme la vida sin Arnie... ¿Sabes lo que quiero decir? Me parece que sí. Cuando vimos aterrizar a ese otro

helicóptero, deseé que hubiésemos comprendido lo que iba a suceder. Si al menos hubiésemos llegado unos pocos minutos antes... —se interrumpió—. Es inútil decirlo ahora.

—Inútil —asintió brevemente Jack.

—¿Sabes lo que va a ocurrirnos ahora? —dijo Doreen—. Vamos a quedar separados uno del otro, tú y yo. Quizá no enseguida, pero tarde o temprano nos sucederá.

Jack no dijo nada; no quería discutir. Puede que tuviese razón. Estaba cansado de forcejear por prever lo que tenían ante ellos.

—¿Me amas aún? —preguntó Doreen—. ¿Después de lo que ha pasado? —se volvió hacia él para ver su cara mientras respondía.

—Sí, naturalmente que sí —contestó Jack.

—Y yo —añadió ella en voz baja y desmayada—. Pero no creo que baste. ¿Qué harías con tu esposa y tu hijo?... De todas formas, valió la pena; por lo menos para mí. Nunca lo lamenté. No somos responsables de la muerte de Arnie; pero debemos sentir remordimiento de conciencia. Él se la buscó, por lo que preparaba, y al final la encontró. Y nunca sabremos exactamente lo que fue. Pero adivino que se trataba de algo para dañarnos.

Jack asintió.

En silencio continuaron el viaje de regreso a Lewistown, llevando con ellos el cuerpo de Arnie Kott; llevaron a Arnie a su casa, a su ciudad, a donde era, e indudablemente siempre lo sería, Supremo Miembro de su Unión de Trabajadores Hidráulicos, Sucursal del Cuarto Planeta.

* * *

Ascendiendo en un mal marcado sendero de las áridas rocas de la cordillera FDR, Manfred Steiner se detuvo cuando vio ante él a un grupo de seis hombres morenos y sombríos. Llevaban consigo cáscaras de huevos llenas de agua, carcajs de flechas envenenadas y cada mujer su maza de batir. Todos fumaban cigarrillos mientras marchaban en fila india a lo largo del sendero. Al verle, se detuvieron.

Uno de ellos, un joven macho flaco, dijo con educación:

—Lluvias caigan de tu maravillosa presencia, nos den vigor y

nos reconforte, señor.

Manfred no entendió las palabras, pero sí captó sus pensamientos: recelosos y amistosos, sin subtonos de odio. Notó dentro de ellos que no había ningún deseo de hacerle daño y eso le resultó agradable: olvidó su miedo a las personas y volcó su atención en las pieles de animales que cada uno llevaba. *¿Qué clase de animal es eso?*, se preguntó.

Los hombres tristes se mostraron también curiosos hacia él. Avanzaron hasta rodearle.

—Son navíos-monstruos —pensó uno de ellos en dirección suya —, que aterrizan en estas montañas sin nadie a bordo. Han provocado la extrañeza y la especulación, porque parecen ser un portento. Ya han comenzado a reunirse sobre el terreno[50] para efectuar cambios. ¿Por casualidad procedes de ellos?

—No —respondió Manfred mentalmente, en un modo que ellos pudieron oír y entender.

Los hombres tristes señalaron y vio, hacia el centro de la cordillera de montañas, una flota de vehículos cohete de las NU oscilando en el aire. Habían llegado de la Tierra, comprendió. Estaban aquí para romper el terreno. El edificio de infinidad de habitaciones se había comenzado; AM-WEB y las otras esculturas similares no tardarían en aparecer en el cuarto planeta.

—Abandonamos la montaña por esa causa —dijo uno de los machos mayores de los hombres tristes, pensando para Manfred—. No hay modo de que podamos vivir aquí ahora que ha comenzado esto. A través de nuestra roca vimos estas cosas hace tiempo, pero ahora son ya el presente.

Dentro de sí mismo dijo Manfred:

—¿Puedo ir con vosotros?

Sorprendidos, los hombres tristes se retiraron para discutir la petición. No sabían quién era y lo qué quería; jamás habían convivido antes con un emigrante.

—Nos vamos al desierto —le contestó por fin el joven macho—. Es dudoso que podamos sobrevivir allí; sólo lo intentaremos. ¿Estás seguro de querer correr esta suerte?

—Sí —contestó Manfred.

—Entonces, ven —le pidieron los hombres tristes.

Reanudaron la marcha. Estaban cansados, pero marchaban a buen paso. Manfred pensó al principio que se quedaría atrás, pero los hombres tristes le esperaron y así fue capaz de mantenerse unido al grupo.

El desierto se extendía, para ellos y para él. Pero ninguno lo lamentó. Era imposible dar la vuelta de cualquier forma, porque no podían vivir bajo las nuevas condiciones.

Ya no tengo que vivir en el AM-WEB, dijo Manfred para sí; así que se quedó con los hombres tristes. *A través de estas sombras oscuras escaparé*.

Se sentía muy bien, mejor de lo que podía recordar haberse sentido antes en toda su vida.

Una de las hembras marcianas tímidamente le ofreció un cigarrillo de los que llevaba. Dándole las gracias, lo aceptó. Continuaron.

Mientras marchaban. Manfred Steiner sintió algo extraño ocurriendo en su interior. Estaba cambiando.

* * *

Al oscurecer, mientras preparaba la cena para sí misma, David y su suegro, Silvia Bohlen vio una figura a pie, una figura que caminaba al borde del canal. *Un hombre*, se dijo para sí. Asustada fue hasta la puerta principal, la abrió y miró para ver quién era. Dios, parecía aquel vendedor de alimentos saludables, el tal Otto, no sé cuantos...

—Soy yo, Silvia —dijo Jack Bohlen.

David salió corriendo de la casa, y acercándose excitado a su padre gritó:

—Eh, ¿cómo es que no traes tu helicóptero? ¿Viniste en el tracto-bus? Apuesto a que sí. ¿Qué le pasó a tu helicóptero, papá? ¿Se averió y te dejó plantado en el desierto?

—No más helicópteros —contestó Jack.

Parecía cansado.

—Lo oí por la radio —dijo Silvia.

—¿Lo de Arnie Kott? —Él asintió—. Es cierto —entrando en la casa se quitó la americana; Silvia se la colgó en el armario.

—¿Te ha afectado mucho, verdad? —dijo ella.

—No hay trabajo —contestó Jack—. Arnie había comprado mi contrato. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Leo?

—Durmiendo la siesta. Ha estado fuera la mayor parte del día, en sus negocios. Me alegro de que hayas venido antes de que se vaya; quiere partir para la Tierra mañana, según dijo. ¿Sabes que las NU han empezado a ocupar la tierra de la cordillera FDR? Lo oí también por la radio.

—No lo sabía —contestó Jack, entrando en la cocina y sentándose en la mesa—. ¿Hay un poco de té helado?

Mientras le preparaba el té helado, dijo ella:

—Me imagino que no debería preguntarte lo serio que es el asunto del trabajo.

—Puedo ingresar en cualquier equipo de reparadores —contestó Jack—. El señor Yee me aceptaría de inmediato. Estoy seguro de que no quería perder mi contrato en primer lugar.

—Entonces, ¿por qué estas tan desanimado? —le preguntó allá.

Y luego se acordó de Arnie.

—Hay unos tres kilómetros desde donde me dejó el tractor-bus —dijo—. Sólo estoy cansado.

—No esperaba que vinieses —se sentía nerviosa y le era difícil preparar la cena—. Sólo tenemos hígado, tocino, zanahoria frita con mantequilla sintética y ensalada. Y a Leo lo único que le gustaría es cualquier clase de pastel para postre; David y yo lo íbamos a hacer más tarde como regalo a tu padre, porque después de todo se va y quizá no lo volvamos a ver; tenemos que hacernos esa idea.

—Me parece muy bien lo del pastel —murmuró Jack.

Silvia estalló:

—¡Ojalá quieras decirme lo que ocurre...! Jamás te vi así. No

estás sólo cansado: debe ser la muerte de ese hombre.

—Pensaba en algo que dijo Arnie Kott antes de morir —no tardó en decir Jack—. Yo estaba con él. Arnie dijo que él no se encontraba en un mundo verdadero; que se hallaba en una fantasía esquizofrénica y es lo que ha estado dando vueltas desde entonces en mi cabeza. Pero nunca así; se me ocurrió lo mucho que se parece nuestro mundo al de Manfred... Creí que eran absolutamente distintos. Ahora comprendo que sólo es cuestión de matices.

—No quieres hablarme de la muerte del señor Kott, ¿verdad? La radio simplemente dijo que se mató en un accidente de helicóptero en las asperezas de la cordillera FDR...

—No fue un accidente. Arnie murió asesinado por un individuo que le buscaba, sin duda porque le trató mal y tenía un explicable rencor hacia su enemigo. La Policía ya le está buscando, naturalmente. Arnie murió pensando que era un odio insensato y un odio psicótico lo que se dirigía hacía él, pero en realidad me parece que es probablemente odio muy racional[51] sin elementos psicóticos en absoluto.

Con un sentimiento de culpa abrumador, Silvia pensó: *El odio que sentirías hacia mí si supieses la cosa terrible que hice hoy*.

—Jack... —dijo con torpeza, no muy segura de cómo expresarse, pero dándose cuenta que debía hacer la pregunta—. ¿Crees que nuestro matrimonio se ha terminado?

Jack se la quedó mirando largo, larguísimo rato.

—¿Por qué lo dices?

—Sólo porque quiero oírte decir que no terminó.

—Pues no terminó —afirmó él, aún mirándole insistentemente.

Ella se sintió como descubierta, como si su marido pudiese leerle el pensamiento, como si supiese exactamente lo que había hecho.

—¿Hay alguna razón para creer que terminó? ¿Por qué te imaginas que vine a casa? Si nuestro matrimonio no importase, ¿habría venido aquí, hoy después...? —se interrumpió muy pronto y guardó silencio—. Me gusta mi té helado —murmuró.

—¿Después de qué? —preguntó ella.

—Después de la muerte de Arnie.

—¿Y adónde más hubieses ido?

—Una persona siempre puede encontrar dos lugares en los que elegir: la casa y el resto del mundo con los demás seres que lo pueblan.

—¿Cómo es ella? —preguntó Silvia.

—¿Quién?

—La chica; ahora por poco me lo dices.

No respondió durante largo rato, tanto que su esposa creyó que no iba a hacerlo. De pronto, Jack dijo:

—Tiene el pelo rojo. Casi me quedo con ella, pero no lo hice. ¿No te basta saber eso?

—Yo también puedo elegir —dijo Silvia.

—No lo sabía —contestó de manera glacial—. No me di cuenta. No me sabe mal enterarme; sirve de alivio. No estarás hablando teóricamente, ¿verdad? Hablas de una concreta realidad.

—Cierto —dijo Silvia.

David entró corriendo en la cocina.

—¡El abuelo Leo está despierto! —gritó—. Le dije que habías vuelto a casa, papá, y se ha alegrado y quiere enterarse de cómo van las cosas.

—Van bastante bien —dijo Jack.

—Jack —le apuntó su esposa—, me gustaría que siguiésemos adelante. Si tú quieres...

—Seguro —contestó Jack—. Ya lo sabes. He vuelto otra vez a casa. —Le sonrió con tristeza—. He recorrido un largo camino, primero con ese condenado tractor-bus, al que odio, y luego a pie.

—Ya no habrá nada más —dijo Silvia—, de... otras elecciones, ¿verdad, Jack? Realmente tiene que ser de esta manera.

—No más —dijo él, asintiendo enfáticamente.

Ella se acercó a la mesa y se inclinó besándole en la frente.

—Gracias —murmuró Jack, cogiéndola por la muñeca—. Eso me parece bien —ella pudo notar su fatiga.

—Necesitas una buena comida —dijo ella—. Jamás te he visto... tan aplastado —se le ocurrió entonces que Jack tenía un nuevo ataque de su enfermedad del pasado, su esquizofrenia; que eso explicaría las cosas. Pero no quiso acuciarle en el asunto; en su lugar, dijo—: Nos acostaremos temprano esta noche, ¿verdad?

Él asintió de una manera vaga, tomando un sorbo de su té helado.

—¿Estás ahora contento —preguntó ella— de haber vuelto aquí? ¿O has cambiado de idea? —le preguntó.

—Me alegro —dijo él. Su tono era fuerte y firme. Evidentemente, así lo sentía.

—Tienes que ir ahora a ver al abuelo antes de que se vaya... —comenzó Silvia.

Un grito le interrumpió, sorprendiéndola. Se puso en pie.

—Los vecinos, la casa de los Steiner —le empujó para pasar; ambos salieron corriendo.

En la puerta principal de casa de los Steiner, una de las niñas le salió al encuentro.

—Mi hermano...

Ella y Jack apartaron a la criatura y entraron en la casa. Silvia no comprendió lo que vio, pero Jack sí; la cogió de la mano e impidió que siguiese más adentro.

La sala de estar estaba llena de hombres tristes. Y en su centro vio parte de una criatura viva, un anciano sólo del pecho para arriba; el resto de él era una mezcla de bombas y mangueras y barómetros, de maquinaria que funcionaba con chasquidos, incesantemente activa. Mantenía vivo al anciano, comprendió ella al instante. La parte que faltaba de él había sido sustituida por la máquina. *Oh, Dios*, pensó ella. *¿Quién o qué es eso, ahí sentado con una sonrisa en su rostro arrugado?* Ahora les habló.

—Jack Bohlen —murmuró y su voz salió de un altavoz mecánico, de la maquinaria, no de la boca—, estoy aquí para despedirme de mi madre —hizo una pausa y ella oyó cómo la maquinaria aumentaba la velocidad, como si trabajase con dificultades —. Ahora puedo darte las gracias —dijo el anciano.

Jack, plantado junto a ella, sujetándole la mano, dijo:

—¿Por qué? Nada hice por ti.

—Sí, eso creo —la cosa sentada allí asintió hacia los hombres tristes, y ellos le empujaron acercándole más a Jack e incorporándola de modo que le pudiera mirar directamente—. En mi opinión... —cayó en un silencio y luego reanudó su frase, en voz más alta ahora—. Trataste de comunicarte conmigo hace muchos años, te lo agradezco.

—No fue hace tanto —dijo Jack—. ¿Te olvidaste? Volviste con nosotros; fue sólo hoy. Este es tu distante pasado, cuando eras un niño.

—*¿Quién es?* —preguntó Silvia a su marido.

—Manfred.

Llevándose las manos a la cara se tapó los ojos. No podía soportar por más tiempo seguir mirándolo.

—¿Te escapaste del AM-WEB? —preguntó Jack.

—Sí —fue un sí sibilante, con un alegre temblor—. Estoy con mis amigos —señaló hacia los hombres tristes que le rodeaban.

—Jack —dijo Silvia—. Sácame de aquí... por favor... no puedo soportarlo —se agarró a él y tuvo que sacarla de casa de los Steiner, penetrando en la oscuridad de la tarde.

Leo y David salieron al encuentro, agitados y asustados.

—Dime, hijo —preguntó—, ¿qué pasó? ¿Por qué gritaba aquella mujer?

—Ya terminó —contestó Jack—. Todo va bien —volviéndose a Silvia dijo—: Debe de haber salido corriendo. No me entendió, al principio.

—Yo tampoco lo entiendo y no quiero comprenderlo; no intentes explicármelo —contestó Silvia, temblando.

Regresó al fogón, apagando el fuego, mirando las cacerolas para ver lo que se había quemado.

—No te preocupes —le dijo Jack, acariciándola.

Ella trató de sonreír.

—Probablemente no volverá a ocurrir —afirmó Jack—. Pero si sucede...

—Gracias —dijo ella—. Pensé, cuando le vi por primera vez, que era su padre, Nobert Steiner; eso fue lo que me asustó.

—Tendremos que buscar una linterna y localizar a Erna Steiner —anunció Jack—. Tenemos que asegurarnos de que se encuentra bien.

—Sí —contestó ella—. Id Leo y tú, yo haré lo que me falta de la cena, he de continuar cocinando o se estropeará todo.

Los dos hombres, con una linterna, abandonaron la casa. David se quedó con ella, ayudándola a poner la mesa. *¿Dónde estarás?*, se preguntó mientras miraba a su hijo. *Cuando seas viejo así, todo arrugado y sustituido por la maquinaria... ¿Tendrás el mismo aspecto también?*

Quizá es mejor que no podamos adivinar el futuro, dijo para sí. *Gracias a Dios que nos es imposible hacerlo*.

—Ojalá hubiera podido salir —se quejaba David—.¿Por qué no quieres decirme por qué la señora Steiner gritaba de ese modo?

—Quizá te lo diga algún día —contestó Silvia.

Pero no ahora, se dijo a sí misma, *sería demasiado pronto para cualquiera de nosotros*.

La cena ya estaba lista y ella salió automáticamente al porche para llamar a Jack y a Leo, sabiendo que mientras lo hacia, no vendrían; estaban lejos, demasiado ocupados, tenían mucho que hacer. Pero ella les llamó de todas maneras porque era su misión.

En la oscuridad de la noche marciana su marido y su suegro buscaban a Erna Steiner; su linterna enfocaba aquí y allí, y sus voces se podían oír, indiferentes, competentes y pacientes.

FIN

* *«Algunos prefieren ir hacia adelante pero yo me movería volviendo sobre mis pasos».*

* *Colección publicada por la New English Library (N. de la T.).*

[3] En el original figura *«sandía»,* cuando en realidad se hablaba de melones. *(N. del e-E.)*

[4] En el original *«exparsión»* (palabra inexistente). *(N. del e-E.)*

[5] *«El oyente replica»* o *«El oyente contesta»*, de acuerdo a las traducciones de las Editoriales Sudamericana Nebulae y Minotauro, respectivamente. *(N. del e-E.)*

[6] En el original *«asis» (N. del e-E.)*

[7] En el original *«fócido»* (palabra inexistente). *Focomelo:* persona nacida con focomelia (monstruosidad caracterizada porque las manos o los pies parecen insertarse directamente en el tronco, como ocurre en las focas). *(N. del e-E.)*

[8] Se refiere a la danza de *«Hada de azúcar». (N. del e-E)*

[9] En el original *«Cierto sentido comercial». (N. del e-E.)*

[10] En el original *«recluimiento»* (palabra inexistente). *(N. del e-E)*

[11] *Herbert Hoover*: Presidente de los Estados Unidos en el período 1929-1933. *J. Edgar Hoover*: Director del *Federal Bureau Investigation (FBI)*, por más de 30 años. *(N. del e-E.)*

[12] En el original *«prospectores»* (palabra inexistente que el traductor declinó del verbo *«prospección»*: exploración del subsuelo). *(N. del e-E)*

[13] En las traducciones de Minotauro y Sudamericana Nebulae, figura como *«Puño Manchado»* y *«Monte Sucio»*, respectivamente. *(N. del e-E.)*

[14] En el original *«demoldear»* (palabra inexistente). *(N. del e-E.)*

[15] En el original *«el antiguo»* (palabra imposible de traducir o interpretar, al no existir esa interpretación en su lengua original). *(N. del e-E)*

[16] En el original «en la actualidad». *(N. del e-E.)*

[17] En las versiones de Minotauro y Sudamericana Nebulae, figura como *«instrumento de topografía»* e *«instrumento usado en agrimensura»*, respectivamente. *(N. del e-E.)*

[18] En el original *«solismo»*. *(N. del e-E.)*

[19] En el original *«EUA»*. *(N. del e-E.)*

[20] En el original figura *«como la compañía abstracta que me respalda...»*. Por *«compañía abstracta»*, se refiere, en verdad, a la institución encargada de registrar la propiedad de las tierras en Marte, y en la frase del texto original se habla de la «transparencia» en el accionar de dicha compañía y no de respaldos. *(N. del e-E)*

[21] El autor inventó para esta novela la palabra *«gubbish»*, (y sus declinaciones *gubbled, gubble, Grubber,* etc.), que es la unión de *«garbage»* (basura) y *«rubbish»* (absurdo), cuyo significado sería basura; majadería; tontería, pero en su sentido entrópico. En la versión de Vértice, se tradujo como *«¿ruinas?, porquería, basuras, gusanos, ¿brillaban?»*. La versión de Editorial Minotauro usó la palabra *«grubia»* (junto a *grub, grubiando,* etc.) y Sudamericana Nebulae mezcla *«bazofia»* con términos en su lengua original. *(N. del e-E.)*

[22] En el original *«Generalmente»*. *(N. del e-E.)*

[23] En la versión de Sudamericana Nebulae figura *«El Alegre Club del Desayuno de Freddy»* y en Minotauro como *«El Club Mañanero del Amigo Fred»*. *(N. del e-E.)*

[24] En su idioma original figura *«gubbled»,* siendo su traducción *«grubiando con los dos ojos»* o *«le salía bazofia de los ojos»,* de acuerdo a las versiones de Minotauro y Sudamericana Nebulae, respectivamente. *(N. del e-E.)*

[25] En el original *«y un poco de sifón»*. *(N. del e-E.)*

[26] En el original, el orden de las palabras está cambiado: *« Con el vaso de agua caliente y bicarbonato intentó colocarlo en su mano derecha por su doméstico hombre triste»*. *(N. del e-E.)*

[27] *« Gubbler»* en la versión de su idioma original. *(N. del e-E.)*

[28] *«The Gubbler is here to gubble gubble you and make you into*

gubbish», en la versión de su idioma original. *(N. del e-E.)*

[29] En la versión de Vértice, *«Psicoterapista»* (palabra inexistente). *(N. del e-E.)*

[30] *«Y eso es una regresión profunda por tu parte abandonando la responsabilidad del adulto su madurez»*, figura en castellano como traducción de *«and that's a deep regression on your part from adult responsibility and maturity»*. *(N. del e-E.)*

[31] En el original de Vértice figura como *«se enteraría de si su capacidad de distinguir la realidad, su moral y su habilidad, podían diferenciar las proyecciones de su propio inconsciente fueron inspiradas o no»* como traducción de *«he would learn if his morale and ability to distinguish reality from the projections of his own unconscious had been impaired or not». (N. del e-E.)*

[32] En la versión original en inglés figura como *«teeming with gubbish»*, siendo las traducciones *«palpitante de bazofia»* y *«rebosante de grubia»*, para las de Sudamericana Nebulae y Minotauro, respectivamente. *(N. del e-E.)*

[33] En la versión de Vértice figura *«Había dejado a un lado el englobe de las tijeras y las revistas»* como traducción de *«It had put away its paste and scissors and magazines». (N. del e-E.)*.

[34] Figura en la versión de Vértice como *«En cuanto por parte de una». (N. del e-E.)*

[35] La versión de Vértice tradujo *«That man treated me in the most inhumane and cavalier fashion»* como «El hombre me trató de la manera más humana, pero también caballerosa». *(N. del e-E.)*

[36] Siglas de *«Intelligence Quotient»*, o cociente de inteligencia. *(N. del T.)*

[37] Figuraba *«pseudoretraídos»* como traducción de *«pseudoautistic»*. *(N. del e-E.)*

[38] La versión de Vértice decidió «autocensurar» parte de la traducción: *«that would be more the anal-expulsive or perhaps the oral-biting type»,* que figura como «*Eso sería más propio de un carácter anal-expulsivo o quizá de un ansioso oral»* o *«eso estaría más de acuerdo con el tipo expulsivo-anal o con el mordiente-oral»*, en las traducciones de Minotauro y Sudamericana Nebulae, respectivamente.

[39] En el original en inglés figura *«"Folie á deux", Glaub murmured. Madness of two»*, cuya traducción sería: *«—Folie á deux —murmuró Glaub—. Locura de a dos»*. *(N. del e-E.)*

[40] En el original en ingles figura: *«Impervious to suggestion, he realized. A sign of autism»*, cuya traducción sería *«Insensible a las sugerencias, se dio cuenta. Un signo de autismo»*. *(N. del e-E.)*

[41] En la edición de Vértice figura erróneamente *«bebiendo un refresco demasiado dulce que Helio le había preparado»*, cuando en el original figura *«drinking a slightly too sweet Old Fashioned which Helio had fixed»*. El *Old Fashioned* es un trago alcohólico formado por Bourbon, gin, jugo de naranja y azúcar. *(N. del e-E.)*

[42] Se refiere a gente de baja «estofa» o « condición». En el original *«"Low types all," Heliogabalus murmured»*. *(N. del e-E)*

[43] Se refiere a una «modelo». *(N. del e-E.)*

[44] En el original en inglés figura *«So what? I've got standards; he's got to meet them; that's all. Very high standards, I know that»*, refiriéndose a criterios, normas, etc. y no al «nivel de vida». *(N. del e-E.)*

[45] En la versión original en inglés dice: *«That gutless wonder;...»*; el significado de *«gutless»* en la jerga es «sin agallas, cobarde, etc.». *(N. del e-E.)*

[46] En el original de Vértice figura *«por el estilo»* para la palabra *«alike»* que significa: semejante, parecido. *(N. del e-E)*

[47] En la versión de Vértice, figura erróneamente como «amigo». *(N. del e-E.)*

[48] En la versión de Vértice figura *«la clase extraordinaria»* como traducción de *«the clash of the extraordinary»*. *(N. del e-E.)*

[49] Figuraba erróneamente traducido *«Again, it was not union scale»*, como *«De nuevo, era una unión duradera». (N. del e-E.)*

[50] En el original decía «la Tierra», error de traducción. La versión en inglés dice «the land». (*N. del e-E*)

[51] El original decía «irracional». *(N. del e-E)*